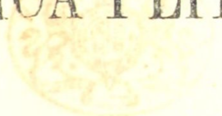
BIBLIOTECA MEXICANA

HISTORICA Y LITERARIA



HISTORIA
DEL NAYARIT,

Sonora, Sinaloa y ambas Californias.

QUE CON EL TÍTULO DE
"APOSTÓLICOS AFANES DE LA COMPAÑIA DE JESUS,
EN LA AMERICA SEPTENTRIONAL"
SE PUBLICÓ ANÓNIMA EN BARCELONA EL AÑO DE 1754.
SIENDO SU AUTOR

EL PADRE JOSE ORTEGA. K

Nueva edicion,
aumentada con un prólogo escrito por el Sr. Lic.

MANUEL DE OLAGUIBEL.



Florece Fomentado.

MEXICO.
TIPOGRAFIA DE E. ABADIANO.
1887

PROLOGO.

Ya que no se ha podido conseguir la publicacion de las Crónicas de México, fuente purísima de nuestra historia, se acomete hoy luchando con muchas dificultades, la árdua empresa de reimprimir algunos de nuestros libros antiguos tan importantes como raros y se dá principio à la coleccion con esta obra.

Aquí verá el lector un cuadro de las luchas entre la barbarie y la civilizacion; aquí verá como sin un solo soldado, sin el estrépito de las armas entraba un sacerdote; empuñando un crucifijo, pronunciando solo palabras de paz y de bondad y conquistaba toda una provincia, convirtiendo en labradores á los perezosos, y en hombres humildes y moralizados à quienes no pensaban ántes mas que en el asesinato

y en la rapiña. Aqui verà realizada la idea del conquistador Valdivia que escribía al Rey de España que no le mandara soldados sino frailes.

Sabeis quienes eran estos frailes? Eran sabios como Veracruz y Gilbert, como Kino y Consag, eran hijos de reyes, que no pasaban de legos; como Pedro de Mura.

Vinieron á nuestro país cuando estaba reciente la reforma hecha á las órdenes religiosas por el insigne Jimenez de Cisneros.

Entre todos los institutos se distinguieron como misioneros los Franciscanos y los Jesuitas, debiéndoseles importantes exploraciones científicas.

La obra que tiene á la vista el lector es la historia del Nayarit y de la Pimerìa en Sonora; pero tiene importantes referencias á otros estados. Se recomienda desde luego por su estilo sencillo y elegante, superando nuestro autor á su época en la que reinaba el Gongorismo.

Divídese en tres libros, consagrado el primero al Nayarit y los restantes à la Pimería y otras regiones.

Aunque la obra se publicó anónima en Barcelona en la casa del impresor Pablo Nadal, el año de 1754, descubrióse luego quien era el autor y Beristain lo designò terminantemente, consagrándole este párrafo: "Ortega (P Josè) nació en la ciudad de Tlascala el 15 de Abril de 1700 y en 20 de dicho mes del año 1717, vistió en el noviciado de Tepozotlán, la sotana de la compañía de Jesus. Concluidos sus estudios fué enviado á las misiones del Nayarit donde trabajó apostólicamente treinta años. Escribió: "Doc-

trina cristiana, oraciones, confesonario, arte y vocabulario de la lengua Cora." Imp. à expensas del Illmo. Sr. D. Nicolás Gómes de Cervantes, obispo de Guadalajara, año de 1729.—"Apostólicos afanes de la Compañía de Jesus en la América Septentrional" Imp. en Barcelona por Pablo Nadal.—1754—en 4. ᵒ Esta obra que es una historia de la conquista espiritual del Nayarit ó Gran Nayar y de la Pimería alta se imprimió en Barcelona por el P. Fluvià, y aunque allí se dice que fué escrita en la América por un Jesuita mexicano, es sin duda de nuestro Ortega, como lo conocerá el que lea con reflexion el capítulo 25 del libro 1. ᵒ (1.)

En efecto, si acudimos al Catálogo de las personas y domicilio de los Jesuitas, encontramos en el párrafo XLV: P. Josephus Ortega superior. Jesus María.—Provincia Nayaritensis y en la segunda parte, ò sea el Catálogo de los Jesuitas, con sus nombres, patria y época en que ingresaron en la Compañía, lo que sigue: "P. Josephus Ortega. Tlascalens. Angelop. 15 April, An. 1700.—23. April An. 1717· (2.)

Si ligamos este dato con lo claramente expuesto

---

(1) Biblioteca Hispano Americana Septentrional por el Dr. D. José Mariano Beristain y Souza. Edicion del Sr. Presbítero Vera. Tomo 2. ᵒ pág. 364. Amecameca. 1883 3 vols in 4. ᵒ

---

(2) Catálogus Personarum et Domiciliorum, in quibus sub A. R. P. Ignatio Visconti. Preposito General XVI etc. etc. Societas Jesu Moxicana pro Gloria Dei ex instituto laborat. ect. Mexici Ex Regalis et Antiquioris Divi Ildephonso Collegii Typographia. Anno MDCCLI.

en el cap. 25 de los Apostólicos Afanes, convendremos en que el autor no puede ser otro más que el Padre Ortega, misionero residente en Jesus María, de la Provincia del Nayarit, por el año de 1751, época de la impresion del Catàlogo.

Pero procurémos averiguar un poco más acerca del escritor Tlascalteca. En la misma Biblioteca de Beristain, encontramos que tuvo otro hermano, tambien Jesuita, el Padre Miguel, mayor que nuestro cronista, pues tomó la sotana desde 1702, y fué rector del Colegio de Zacatecas.

Escribió: "Elogio de San Pedro Nolasco" Imp. en México en el año 1734. in 4.° Orígen de la célebre imágen de Nuestra Sra. del Refugio de la Ciudad de la Puebla y pompa con que dicha Ciudad celebró su fiesta el año de 1747.Imp. en dicha Ciudad el mismo año.

Si acudimos á la Biblioteca de la Compañia encontraremos el mismo párrafo de Beristain (1)

En las "Noticias" de Sedano, se hace referencia á nuestro Jesuita, considerándolo autor de los "Apostòlicos Afanes," en las páginas 311 y 317 del tomo 1.° (2)

---

(1) Bibliotheque des Escríbains de la Compagnie de Jesus.—Notices Bibliographiques por Augustin de Backer de la Compagnie de Jesus, avec la collaboration D' Alois de Backer et de Charles de Sommervogel. Liege Chez l' auteur A. de Backer.—Lyon.—chez l' auteur C. Sommervogel Tomo 2.° columna 1632.—3 vols. in fólio—1872.

---

(2) Sedano—Noticias de México. Publicacion del Señor Presbítero D. Vicente de P. Andrade.—México.—1880.—2 vols. in 4.°

En esta última obra encontramos al Padre José Ortega en la lista de los desterrados de México y dice que habiendo sido la expulsion en toda la Nueva España, la noche del 24 al 25 de Junio de 1767, se embarcó nuestro autor en union de otros cuarenta y ocho Jesuitas, en la Fragata "Buen Suceso," que salió de Veracruz el dia 30 de Enero de 1768.

Hasta aquì ignorabamos el lugar dónde habia muerto el Padre Ortega pero buscamos el Catálogo especial de los Jesuitas que fueron expulsados y allí salimos de toda duda, con el siguiente párrafo: "Ortega Josè Tlascala Abril 15 de 1700. Entró en la Compañía en 23 de Abril de 1717. Residìa al tiempo del arresto en el Colegio del Espíritu Santo de la Puebla, en donde era capellan. Hizo su profesion de cuarto voto en 2 de Febrero de 1735. Se embarcó en la Fragata el "Buen Suceso" que salió de Veracruz el dia 29 de Noviembre de 1 767. Murió en el Puerto de Santa Marìa el dia 2 de Julio de 1768, á los 68 años, 2 meses y 17 dias de su edad.

Esto es todo lo que hemos podido averiguar relativo á nuestro autor.

El Estado de Tlaxcala, puede contar con gusto en el número de sus hijos más notables al infatigable misionero y correcto escritor que ha dado motivo á este imperfecto trabajo.

Manuel de Olaguibel.

APOSTOLICOS AFANES

DE LA COMPAÑIA DE JESUS

EN SU PROVINCIA DE MEXICO.

LIBRO I.

MARAVILLOSA REDUCCION,

Y CONQUISTA DE LA PROVINCIA DE SAN JOSE

DEL GRAN

NAYAR, NUEVO REINO DE TOLEDO

CAPITULO I

Describe la aspereza de su Sierra, sin olvidar la fertilidad de sus faldas.

INJURIA me pareciera usurparle á la árdua Conquista, y reduccion de esa provincia la especial prerrogativa, con que ilustró la frente de su Historia el Padre Antonio Arias Ibarra, uno de los primeros Apostólicos Varones, que entraron á libertar tantas almas, cuantas en los Nayaritas apostatas tenia Lucifer esclavizadas. Llamóla aquel sabio discreto Autor "Maravillosa;" y no sé, porque escrupulizó tanto su delicada pluma en tan proporcionado título; no siendo necesario echar mano para acomodarselo, de las flores con que el primer

Capitan Gobernador que conquistó esta provincia, apellidó su nombre, ni de las hermosas con que se viste la florida vara del glorioso Patriarca San José antiquísimo patron de esta sierra. Todo lo hallarémos decifrado en el discurso de este Libro, en que veremos tantos prodigios, que apenas se encontrará periodo en que no adviertan los ojos una nueva maravilla.

Nómbrase esa sierra la provincia del Gran Nayar; y cuando yo imaginaba que tanta grandeza la deribaba ó del augustísimo soberano Nombre de Jesus, con que la ilustraron los que deseosos de conquistar todos sus moradores, entraron el año de 1716 á sus orillas, ó del excelso patrocinio del grande Patriarca San José, que con su apellido la ensalzó desde el año de 18 del siglo pasado, averigüé por buenos conductos, que tan magestuoso renombre traía su origen del Nayarit ó Nyar (como vulgarmente llaman) por haber sido uno de ese nombre el primero que logró privilegios de Rey en la provincia, como despues veremos. Mientras ahora nos ocupamos en bosquejar la aspereza de esta Sierra, que aunque tan poco dilatada, (pues su recinto de pueblos cristianos, que por todos cuatro vientos la ciñen, apenas son noventa leguas, y de estas solas las setenta pobladas de los Nayaritas) es tan sañuda y horrorosa á la vista, que aun mas que á las aljavas de sus defensores tan guerreros asustó á los principios los alientos de sus conquistadores; porque no solo parecen sus quiebras inaccesibles á los pasos, pero aun á los ojos embarazan su dilatada esfera los empinados cerros y picachos, que se encumbran

de suerte, que no es posible andar por aquel terreno, sin que, ó lo quebrado del camino maltrate las caballerias, ó lo precipitado de las laderas asuste á los ginetes.

Bien experimentó esto á costa de una desgracia Juan José Plodarte, natural de la villa de Jeréz, y soldado, que era entonces en el presidio de San Francisco Javier de Valero, despeñandose por una vereda, que á vista de otras muchas, que se trasiegan, no parece peligrosa, y sin embargo, tropezando acaso la caballeria, dió en un barranco profundìsimo, de donde le sacaron casi muerto con gravísimas dificultades, que solo pudo vencer la caridad cristiana; y quiso despues la curiosidad medir las varas, que el precipitado mozo habia rodado, y se hallô, que pasaban de ciento, desde la cima, hasta el lugar en que paró, y se halló aun vivo con admiracion de todos, que lo tuvieron por prodigio, y lo refiero solamente, para que se vean los grandes y centinuos riesgós, en que andan los que pasan por estos tan horrorosos quebrados caminos de esta sañuda sierra, cuyo intrincado laberinto se deja de algun modo percibir desde un pinal alto, de donde viniendo por la parte del Oriente, se comienza à bajar á la tan nombradaPuerta, y en donde se vé erigida una cruz, cuyos brazos con las flores, y ramas, que ofrece el tiempo, adornan hoy los Nayaritas pasajeros.

Aquí fué, en donde los cuerdos animosos conquistadores reconocieron los empeños, á que les obligaba su tan valiente, como cristiana determinacon. Y aunque en los padres, que venian á redimir

las almas de sus habitadores, solo sirvieron estos horrores para estimular más su Apostólico celo, y encender más su ardiente caridad, al ver tantos Nayaritas miserablemente sepultados en aquel abismo de sombras hechos infames esclavos de Lucifer encarcelados en tan estrechos calabozos; con todo en los militares se entibiaron tanto sus bríos, y atemorizaron de suerte su valor, que fué menester para no volver atrás, en unos todo el aliento de su española cristiana animosidad, y en otros la esperanza casi cierta de lograr muchas riquezas; porque la misma aspereza é infecundo terreno de esta serranía hasta creer á sus deseos, que á poca diligencia encontrarian la abundancia de los ricos metales y copiosos tesoros que prometia encerrar en sus entrañas. Pero aunque á los principios se alentaron con esta lisongera confianza, se les desvaneció tan en breve, que ni se sabe de donde los pudieron sacar entonces, ni se han podido descubrir despues nuevas vetas, disponiendolo así Dios, para que en la conservacion de esta reciente cristiandad sea todo el incentivo su mayor gloria, sin que intervengan otros intereses, de que suelen resultar los graves daños que se lamentan en otras reducciones, y aun en esta lloramos los que á los principios en una desgracia eslabonaron muchas desdichas por el ambicioso deseo de encontrar cierta mina. Mas la relacion del caso tendrá en la historia en adelante su propio nicho, y vamos ya penetrando la sierra para ver si muestra menos desagradable semblante en sus faldas, que descubrió en las cimas de sus cerros,

Y es así; porque como lo más de esta provincia,

es caliente, ya más, ya ménos, segun la situacion de sus parages, logra en las faldas y basas de sus erguidos picachos, que los árboles, y plantas fructíferas no experimenten los rigores del hielo; y que así se eximan de perder la lozanía, y verdor de sus hojas, pagando á sus dueños con el anual tributo de sus frutos, los cortos sudores que les deben en su cultivo. Muchas son las frutas de que abundan estos profundos valles, pero insípidas casi todas, ó sea por la calidad de aquel terreno, ó por el poco ó ningun trabajo de los naturales en cuidarlas; y así en los duraznos y manzanas, que se cogen en los altos, en las pitayas, ciruelas, y otras varias que se encuentran enlas laderas y ancones de los rios, percibe el gusto adulterado el sabor propio que les correspondia; en las playas junto á las aguas y arroyos se siembran y se sacan abundantes cosechas de melones, sandias, y diversas especies de calabazas. A mas de estas, y otras diferentes plantas frutales, que producen las tierras calientes, como son las piñas, papayas y otras semejantes, se encuentran en las laderas variedad de arboles y matas, ó tan vistosas por sus flores, que arrebatan los ojos con su hermosura, ó tan odoriferas, que apenas tiene que apetecer el olfato otros perfumes. Hallanse lirios, azuzenas, tulipanes y muchos arboles vestidos todos de rosas, ya amarillas, ya blancas, ò ya encarnadas. Entre las plantas olorosas las que se llevan la primacía son la que bulgarmente llamaman *palillo*, y la que en unas frutillas redondas encierran varias cuentas, que en el olor remedan al almizcle, y aun algunos las bautizan con el nombre de de ambar,

aunque pequeño Templo, en que fué venerada. Entonces advirtieron todos, que las aves que antes se habian retirado volvieron alegres á saludar con sus gorgeos al verdadero Dios, para enseñar á los Barbáros, que no à los idolos, que les fabricó su engaño, sino al Criador de todo deben tributar sus alabanzas, y sacificarse enteramente

Afianzó este piadoso discurso un caso, que por repetido se entró hasta por los oídos de los mas rudos y aun hasta los corazones de los mas obstinados. Adquirió un soldado en el Presidio de nuestra Señora de Guadalupe una ave, que llamamos *Chachalaca*; y aunque su canto se reduce á un continuado grito, se reparó que siempre que cantaba el *Alabado*, que compuso el Padre Antonio Arias, disponièndole de suerte, que sin faltar á las leyes de la poesía; ofreciese á la devocion mil dulzuras con una clara tierna explicacion de los principales misterios de nuestra santa fé, al llegar al tercer verso donde se confiesa que Dios tiene en una mano el premio para los que le sirven, y en la otra el castigo para los que le ofenden, alzaba el grito acompañando como podia, y aun compungiendo á los que cantaban; lo que lo hizo mas notable fué, que acabado este verso, enmudecia hasta el otro dia, que al mismo tiempo repetia su canto; esto se observó muchos dias, hasta que el descuido ocacionó; ó que se restituyese al monte, ó que alguno nos robase este dulce incentivo de la devocion, y suave tierno fomento de la piedad cristiana. Esta misteriosa circunstancia de alzar solo el grito aquella ave, cuando se les advertía á los Nayeritas las benignidades de Dios en la corona, y las ven-

ganzas de su enojo en la espada, es aun mas prodigiosa si se atiende al genio de los indios de esta sierra, en quienes vemos por la experiencia que no les convence tanto la fuerza de la razon, y ternura del cariño, cuanto consigue, ó el temor, ó el interés: todo fuè necesario para que detestaran sus errores, y abrazaran las verdades de la santa fé católica, como se notará en el decurso de esta Historia.

CAPITULO II.

Antiguedad de los Nayeritas, y noticia del primero que gobernó y dió nombre á esta Provincia, sus bárbaras costumbres, y vana Religion.

No es mi intento averiguar el primitivo verdadero orígen de los Nayeritas; porque no hallando por la escacéz de noticias, donde pueda fijar el pié el discurso, quiero que padezca antes la nota de encogida ,y de poco extensa mi pluma, que el de menos verìdica: prenda, que debe ser el norte de un Historiador, y el alma de cuanto escribe. Apuntaré solamente, lo que ciegamente creían, dejando por ahora la inconsecuente ridicula fábula que conservaban muy fresca en la memoria de la creacion del hombre, y principio que tuvo la variedad de colores que vemos entre Españoles, Indios, Negros y Extrangeros.

Lo cierto es, que esta Nacion tiene antiquísima posesion de este intrincado laberinto de barrancas; pues por noticia inmemorial derivada de padres á hijos se sabe, que cuando vinieron los Mexicanos en busca de las tierras, que sus fementidas deidades les destinaban, para fijar en ellas el escudo de sus armas, ya eran señores de estas serranías los Nayeritas, que noticiosos de hallarse cercano á sus tierras el mexicano con aquel trozo de combatientes, bastantes á conquistar un mundo, ignorantes del destino, que les habia sacado de sus casas, temieron alguna traicion, y que á fuerza de armas quisieran desposeerles de sus tierras. Trataron de prevenirse para la defensa; y sin acordarse ó sin querer valerse de la seguridad, que les ofrecian los inaccesibles picachos, conque naturaleza les proveyò de inexpunable muro, ni de las rasgadas peñas que casí imposibilitan cualquier enemigo abance, dispusieron valerosos aguardarles en unas lomas que estàn entre Peyotan el viejo, y Quaimaruzi, que por menos montuosas eligieron para la batalla; y como si fueran soldados veteranos levantaron para resguardar sus personas, tantas trincheras de piedras que, se cansan los ojos de verlas y aunque quisieran con mucha dificultad pudieran contarlas pues corren sucesivamente unas tras otras por el largo dilatado espacio de mas de dos leguas; argumento que persuade así la antiguedad de sus principios, como la experiencia que tenian para la guerra. Para estas tan acertadas valientes trazas no tenian otro capitán, que les aleccionara, que su propio capricho, ni lograron tener caudillo para su gobierno, hasta que el Naye el año de 1500 em-

puñó el cetro Reconociéronle como à Rey extendiendo su dominio por el Sur, hasta las costas del mar, y por el Norte, hasta el Mazapil. El feudo con que le reconocian sus vasallos, eran flechas y calzas que todos le tributaban. Veneráronle tanto, que despues de muerto, ántes de enjugar las làgrimas de su excesivo sentimiento, le fabricaron una casa en Tracaimota, mas abajo del lugar del Templo del sol, donde en una silla pusieron el cadáver con especiales adornos travando cuando se deshizo el esqueleto con varios hilos. Fué tan abultado que como se reconocia en lo desmedido de su calavera, parecia segun proporcion simétrica de siete cuartas su estatura. Los lienzos y tejidos que le ofrecian por ser su soberano, eran tantos que pasaban de 300 añadiéndoles, aunque sobre vistosamente labrados la curiosidad de muchos caracolillos, y piedras preciosas, que llaman *chalchigüites*. Ceñía su frente una cinta de plata: en la cintura tenia otra de tres dedos de ancho del mismo metal en la muñeca del brazo izquierdo un brazalete, que nombran *manijera*, como el que usan los Indios, que manejan arco, y flechas, para reparar el azote, que dá la cuerda al disparar. Pendia tambien de la cintura una hoja de espada ancha antiquísima, que dicen se la dió el capitán Caldesa en prendas de su amistad cuando entró, como referiremos en su lugar; y los indios pensando, que aun podia defenderles contra los Guainamotecos que al morir Nayerit les hacian mas cruda guerra, se la pusieron à la cinta.

Por milagro mayor, y empresa mas dificil, que conquista á fuerza de armas las Ciudades mas forti-

ficadas, canonizan los Doctores de la Iglesia el ganarle á Dios una alma, sacándola del asqueroso cieno, en que yacía sumergida, al feliz estado de la gracia. Y así si fué grande el triunfo que las armas católicas lograron en la peligrosa conquista de esta pronvincia, cuanta sería la gloria, que á Dios resultó en la reduccion, de unos corazones tan rebeldes, como el de los Nayeritas? Y siéndome necesario, para desempeñar el glorioso título de este Libro, y para que se conozca lo maravilloso de la sujecion de gente tan belicosa, describir la resistencia temeraria y ardides casí insuperables, con que estos serranos hicieron cara à las escopetas y armas de nuestro ejercito, serà menester tambien dar alguna noticia de la torpe ciega obstinacion, con que desesperadamente resistian á las elocuentes penetrantes espadas de la predicacion; porque topando sus puntas en unos pechos de diamantes, no solo no abrìan paso, para introducirse, pero aun se embotaban tanto sus filos, que á no tener los predicadores en la fragua de su pecho tan á mano el fuego, para suplirlo con su ardor, no pudieran conseguir la victoria, que no lograron antes tantos varones Apostolicos cuantos en las Ciudades, Villas y pueblos de su comercio intentaron reducirles.

Era costumbre y aun inclinacion en los Nayeritas el correr las tierras y comerciar en los lugares poblados que rodean esta provincia. Y aunque á cada paso encontraban, ya con personas religiosas, que lastimadas de su perdicion les ponian á la vista los estragos á que iba precipitadamente su ceguedad obstinada; ya con seculares mercaderes, que de-

seosos de ganarles á Dios les embolvian entre los géneros, que cambiaban mil saludables consejos; no solo veían unos y otros malogradas sus industrias, sino tan sin esperanza de efecto alguno, que ni daban la menor muestra, de que pudiera en algun tiempo introducirse en sus pechos la luz de la verdad. Aun con más atencion y refleja advertian los Nayeritas los desórdenes de muchos cristianos de solo nombre, especialmente en los Reales de Minas, en que vivian tan sin temor de Dios, que su vicio más comun y descarado era el de la embriagues, tan congenial á su apetito. Y aunque estos ejemplares no servian de aleccionarles, á lo ménos confirmaban su errado dictámen, de que semejante desórden por más que le condenen los pùlpitos por ruinoso, le canonizan ó le aprueban por más que tolerable los que tan sin reparo le siguen contra la santidad de la ley cristiana que profesan, quebrantándola pùblicamente, aun en las plazas.

Eran tan frecuentes en el Nayar la embriagues que no habia dia que, ó todos ó los más no gastáran en beber, juntándose de las rancherías en los parages que para esto estaban destinados. En estas juntas tomaban satisfaccion de sus agravios, valiéndose de los alfanges cortos, que continuamente traian, ó colgados de la muñeca del brazo, ó embainados en la cinta; porque aunque son diestrísimos en manejar el arco, flechas y honda; pero como pide este género de armas más despierta la advertencia para asegurar el tiro, se valian de los alfanges para vengarse de las ofensas que habian recibido; porque aunque en su entero juicio las hacia olvidar-

depuestas las iras, la familiaridad con que se trataban aun los mayores enemigos, luego que el vino comenzaba à perturbar las cabezas, lo primero que se les ofrecia, era el agravio, remitiendo al alfange el despique y pregonando los más sangrientos estragos, como hazañas dignas de aplaudirse; y en verdad las celebraban todos, ménos los parientes del muerto ó herido que para contínuo recuerdo de la injuria mojaban un lienzo en la sangre que vertian las heridas para que solo la borrase la venganza, quitándole la vida al agresor ó cualquiera de los suyos, sin que la inocencia les escusára los rigores de tan injustas leyes. De esto nacia no solo el que se cometieran tantos insultos y muertes, sino que todos anduvieran señalados, ya en los brazos, ya en la cara de sus crueles bárbaros alfanges. A más de estos estragos se añadian otras obcenidades, que naciendo de unas voluntades locas con el furor del vino, no perdonaban ni á doncellas ni á casadas; y lo peor era, que recobrada la razon, ni se avergonzaban ni temian; ó fuera porque en todos era igual el delito ó por la facilidad de tener uno las mugeres que queria, especialmente si eran hermanas de su primera esposa, que entónces era tal el derecho que adquiría para casarse con ellas, que si otro pedia alguna de las cuñadas, no podia el suegro darla sin consentimiento de su yerno.

Mas con toda esta torpe inclinacion tenian sus tiempos, en que se abstenian aun de sus propias mugeres. Esto lo observaban en el de sus ayunos, cuyas inviolables leyes eran privarse de semejantes excesos, y de comer sal todos los dias que duraban,

que comunmente eran cinco; aunque para empeños graves les prolongaban hasta dos años en obsequio de sus Dioses, que eran tantos como luego veremos. Si los egipcios tenian un Dios para cada dia, los Na. yeritas adoraban tantos ìdolos que á mi juicio, si se repartieran dándole á cada uno el suyo, aun sobràran muchos.

Pero entre toda esta muchedumbre, tres eran propiamente los principales, á quienes clamaban continuamente, y en sus mayores congojas ivan, aunque fuera arrastrando á las puertas de sus templos à llorar y pedir alivio en sus necesidades. Referiré sucintamente su orígen para que se vea la facilidad conque el demonio les engañaba. El primero y mayor ìdolo, a quien más que á otro alguno tributaron adoraciones los Nayeritas, era una piedra blanca que por antonomasia llamaban *el Dios del Nayar*, dándole el nombre de *Tayaoppa*, que quiere decir: *Padre de los vivientes;* porque en ella creian Sacramentado al Sol, por ser especial obra suya. Hízole un indio por nombre *Yca* un adoratorio ó templo muy capaz en Toacamota, que està cerca de la mesa hácia el Poniente y le sirvió con tal esmero, que le adoptó por hijo aquel brillante astro; por cuyo motivo cuando murió pusieron su cadáver en una silla, en que casi deshecho le hallaron los padres, cuando quemaron aquel templo. El segundo ìdolo, ìmán de los afectos de los Nayeritas, como el Sol veneracion de sus respetos, era el que adoraban en Teauta cerca de Quajata con el dulce nombre de *Ta Te*, que quiere decir *Madre Nuestra*. Este ídolo consistia en dos piedras blancas, en que un indio

hechicero llamado *Azquel* les hizo creer se habia convertido una india vieja para quedarse con ellos eternamente: con esa falsa creencia, desde aquel dia veneraron aquellos dos pedernales con el impiamente usurpado nombre de *Ta Te*. El otro ídolo, que cumplia el ternario de la afectuosa especial adoracion de los Nayeritas, era el *Quanamoa*, á quien veneraban por su redentor, por haberles (segun decian) socorrido, no solo en la falta de lumbre que antes padecian, sino en la de otras cosas, como de calzones, sombreros, hachas, machetes, casos y eslabones de que les proveyó. Mas ingratos á tantos beneficios los mismos favorecidos le prendieron y pusieron en una cruz, en que murió y desde donde habiendo resucitado á vista de sus mismos perseguidores subió à los cielos con grande ruido de chirimias y de otros muchos instrumentos; por lo que le veneraban en dos flechas, una cerca de la laguna de Santiago y otra arriba de la Mesa, en donde le fabricaron templos.

Estos eran los ídolos que generalmente más veneraban y los que imaginaban más poderosos, siendo por esto visitadas de todos, las puertas de sus Adoratorios. A otros doce obsequiaban y tenian nombre propio en su idioma; pero aunque en muchos lugares les fabricaban templos, solamente acudian à visitarles por aquellas particulares necesidades, en que podian socorrerles; porque en unos reconocian poder, para conceder destreza en cazar venados; en otros la felicidad en comerciar; en otros la virtud de fecundizar estériles: prerogativa que muy especialmente veneraban en *Quanamoa* à estos

visitaban màs las mugeres que los hombres. Finalmente en cada uno de estos y otros Dioses creian solo poder para alguna especial gracia, acudiendo à venerarles solamente el que deseaba conseguirla.

Fuera de estas mentidas deidades, así como los Asirios à màs de su Dagon, Moloc y Belsebú y otros semejantes adoraban otra chusma de idolillos, que aunque anónimos les reconocian por Dioses, de la misma suerte los Nayeritas tenian otros muchos, à quienes sin otro nombre que el de *Tecuat*, que es lo mismo que *Señor*, rendian sus adoraciones: dàvanlas en muchos lugares à varios guijarros, sin otro argumento de su divinidad, que ó haber remediado alguna faccion de los vivientes, ó haber sido venerados de sus antepasados, que se los dejaron como en herencia, para vincularles así infelizmente sus ruinas. Imposible fuera reducir à número esta muchedumbre de idolillos, porque apénas habrià cerro en casi la mitad de la provincia, que no haya yo recorrido por diferentes motivos y en que no haya tropezado con estas infernales figurillas: unas estàn como olvidadas sin ningun reparo ni aseo sus patios: muchas muy cuidadas, y muy limpios los lugares, en que se veneraban. Y aunque no les fabricaban Templos, hacian un cercado de piedras clavadas en el suelo, fijando en medio el idolo, y cuidando que siempre estuviera barrido el sitio que quedaba dentro el circulo. Lo mismo hacian en los ancones altos de los rios, donde colocaban semejantes dioses, para tener más á mano el recurso cuando deseaban abundante pesca. En uno solo de los muchos que bañan esta sierra, en distancia ape-

nas de diez y ocho leguas habia catorce de estos idolos que yacen hoy ya sepultados y olvidados del todo. Finalmente era tan connatural en estos indios la idolatria, que no contentos con tener tantos dioses, se iban à los templos de las mayores deidades y pedian al guarda idolo alguna reliquia para llevar à su casa; y arrancando cualquiera de las flechas que ellos mismos ántes habian ofrecido, se las daba y en los cerros mas fragosos cercanos à sus rancherias, les hacian su oratorio donde cada vez que querian, le tributaban envueltas en afectuosos suspiros sus comunes ofertas con las ceremonias que veremos.

nas de dios, y ocho leguas habia catorce de estos idolos que yacen hoy ya sepultados y olvidados del todo. Finalmente era tan connatural en estos indios la idolatria, que no contentos con tener tantos dioses, se iban á los templos de las mayores deidades, y pedian al guarda idolo alguna reliquia para llevar á su casa; y arrancando cualquiera de las flechas que ellos mismos ántes habian ofrecido, se las daba y en los cerros mas fragosos cercanos á sus rancherias, les hacian su oratorio donde cada vez que querian, le tributaban envueltas en afectuosos suspiros sus comunes ofertas con las ceremonias que veremos.

CAPITULO III.

Ritos superticiosos, que guardaban con sus Tecuas y consigo mismos, desde que nacian y lo que creian en orden á sus difuntos.

Desde que el gran Nayerit empuñó el cetro de esta provincia, ha estado el mando del gobierno anexo al sacerdocio del que elegian para guarda del idolo mayor que veneraban en Toacamota; por que aunque los del rio contentos con su diosa madre, intentaron varias veces eximirse de la corona, levantando cabecillas de partido ò reyezuelos que les gobernara, nunca, ó por unirse todos, ò por poco afor-

tunados pudieron ver logradas sus pretensiones. Lo único que se establecio fué, que los sacerdotes de los templos, asi el de la diosa madre, como los que cuidaban de las otras principales deidades, fueran de los mas distinguidos y tuvieran voto, no solo consultivo, sino decisivo en las cosas árduas que se ofrecian; y que la eleccion de las personas que les habian de suceder en el oficio sacerdotal, residiera en ellos, para que con consulta y parecer de los mas calificados de su distrito, escogieran al que juzgaran mas idoneo para el cargo, costumbre que se ha guardado siempre, eligiendo el sacerdote con los viejos de su jurisdiccion al que le ha de suceder, aunque no le sea pariente, y el haber elegido á Cuanacrimoa, que fué una india vieja sacerdotisa antecesora del Tonati, no fuè por ser hija del sacerdote, que antes gobernava, sino por parecerles á los consultores, que era de costumbres proporcionadas al oficio; porque siempre atendian á que tuviese aquel lustroso empleo quien por sus sobresalientes calidades se hiziese respetar. Por eso le alzaban desde el dia que le elegian para que la noticia sola le sirviera de freno, para escusar todas aquellas cosas que pudieran disminuirle el credito, y la veueracion entre los otros.

No obstante el guarda idolo del sol era como el sumo sacerdote, á quien todos veneraban, sin que pudiese ejercer acto alguno público cualquier otro, hasta que aquel principiara en su templo, como lo hacia en la bendicion de semillas, primicias y otras cosas semejantes, que primero se bendecian en la mesa, y despues cada sacerdote lo hacia en su adoratorio, á

donde concurrian todos los feligreses de su partido. Describiré las ceremonias que observaban en sus bendiciones, reduciéndolas a una sola, para evitar prolijidad, y escusar molestia a los que leyeren esta historia.

Cuando el maiz habia ya granado por el mes de Setiembre, no le probaban aunque les ejecutara la necesidad, hasta que en los templos de sus Dioses le bendijeran sus sacerdotes, y lo hacian con estas ceremonias. Juntos todos los indios con sus familias ponian los frutos que cada uno traia, sobre un tronco, á un lado y otro estaban dos indios graves, para impedir que llegasen alli los muchachos por estar persuadidos, que si alguno comia de aquellos frutos antes de la bendicion (lo que rezelavan de la inadvertencia y travézura de los niños) les castigaria su Dios con el molesto achaque de herpes. A poca distancia del tronco se sentaba el que habia de tocar el arco, á cuya cuerda amarrada una batea honda daba con un palillo, de que resultaba tal armonia, que la escuchara el oido sin enfado, si el susurro destemplado de los cantores no la confundiera. Junto al músico se sentaba el maestro cantor, que habia de dar el punto; y uno, y otro tenian sus ayudantes, para sustituirles asi que se fatigasen. Ponian alli cerca una batea llena de peyote, que es una raiz diabólica, que molida bebian, para no descaecer al quebranto de tan larga funcion. La que principiaba, formando un circulo de hombres y mugeres, cuantos podian ocupar el espacio de tierra, que habia barrido a este fin. Uno tras otro iban bailando, ó dando zapateadas teniendo en medio al músico, y al maes-

tro de capilla, á quien invitaban, cantando en el mismo descompasado tono, que les dava. Danzaban desde las cinco de la tarde hasta las siete de la mañana, sin parar ni salir del círculo. Acabado el baile, paraban todos los que podian tenerse en pié; porque los mas con el peyote y vino que bebian, estaban incapaces de valerse de sus piernas, para mantenerse en pié, y aun para advertir la bendicion, que el sumo sacerdote hechaba sobre los frutos, rociándoles con una cola de venado, que servia de hisopo, con agua natural, y con ciertas deprecaciones, que decia tan entredientes, que nadie las percibia. Despues señalaba á uno de los viejos que mejor le parecia, para el sermon de gracias á su Dios, por haberles concedido vida, para llegar á ver, y probar aquellos nuevos frutos. Y me consta de algunos, que lo hacian con tal ardor, que era necesario les ayudaran los ojos con sus lágrimas á decir lo que ya no podia con sus voces la lengua. Acabado el sermon, repartia el sacerdote parte de los frutos, reservando lo mas para sí; y se iban todos á sus rancherías á prevenirse, para las particulares bendiciones de sus feligrecías.

Lo que cantaban, asi en este, como en otros bailes, (que solo diferenciaba la variedad de las circustancias) eran unos mal concertados, y peor entendidos elogios al Sol, dignos de su bárbara tosca fantasía: unas veces lo hacian en legua *Tepehuana*, y otros en el mas antiguo idioma *Cora;* y así apénas se hallava quien pudiese penetrar lo que decian. Volviendo ahora á los sacerdotes, eran tan observantes en guardar los ritos, que conducian al culto, y vene-

racion de sus dioses, que á mas de tener sus templos limpios y aseados siempre, no permitian que entrara otro, que el que venia á ofrecer la flecha, que acostumbraban colgar allí, para impetrar lo que pedian á sus ídolos; y aun ántes se aseguraban, si venia en ayunas, y si habian precedido los cinco dias que debian ayunar segun sus leyes.

Cuando la peste les afligia, ó la escacéz de agua atemorizaba, ó les amenazaba la hambre, enviaba el sumo sacerdote á sus coadjutores, que llamaban *Topiles*, á que avisaran á todos los otros sacerdotes, que exhortaran á sus feligreses, á que fuesen á aplacar los enojos de su gran Dios, que como Deidad mas antigua le tributaban siempre primero, que á otro ídolo, los lloros y fervorosas súplicas en sus plegarias. Todos enviaban flechas con sartillas de cuentas, y plumas pendientes, para que el sumo sacerdote se las ofreciera en su nombre. Pero si implacable se hacia sordo á sus desconsuelos, acudian á la Diosa Madre con las mismas ofertas de flechas, cuentas y plumas; y si querian gratularla mas, le ofrecian curiosos tegidos de algodon. Para las necesidades mas graves acudian á estos dos Oráculos, como á Dioses mas poderosos, y de superior esfera. Para otros empeños de ménos monta se iban al adoratorio mas cercano, donde se veneraba alguno de los otros inferiores Dioses, ofreciéndole por mano de su Sacerdote la flecha; y si entraban en las chosillas, que ellos mismos habian fabricado, la adoraban como reliquia de aquel Dios, de cuyo templo la habian descolgado; y entónces pecho por tierra se la tributaban, envolviendo en suspiros la oferta.

Si algun templo con las injurias del tiempo se arruinava, iban llamados del Sacerdote, que le cuidaba, á reedificarle. Y en esa ocasion les era lícito llevarse todas las flechas, que hallaban en el adoratorio; pero siempre tenian el respetuoso estilo de no usar de ellas, ántes que pasaran cinco dias; porque temian, ó que el *Tecuat* se enojara, ó que no podrian acertar tiro con ellas, cuando salieran á caza de venados: diversion, que acostumbraban, ó mandados de los sacerdotes, para autorizar sus funciones eclesiásticas; ó voluntariamente, para adiestrarse á manejar el arco, y lograr la carne, y cueros de los que mataban, reserbando solo las cabezas de los mas abultados, para colgarlas en los templos de los ídolos, procurándolo asi el sacerdote, ó viejo, que les acompañaba, ofreciendo orar por ellos: adelantábase á ese fin aquella mañana en ayunas, y trepando por alguno de los cerros, donde habia adoratorio del lucero, le tributaba oficioso una flecha por sus encomendados, que aguardaban el aviso del sacerdote, para comenzar su caza. Y si habiendo disparado dos veces á los venados, no les mataban, tenia por señal cierta el sacerdote, que algun lacivo inconfeso embarazaba el acierto. Y juntándole á todos, les declaraba su sospecha, y exhortaba á que examinaran sus conciencias: y si alguno se hallaba culpado, confesaba allì públicamente su delito, y daba una flecha para que se ofreciera al ídolo, y se desenojara. Acabada la caza, se iban todos, llevando los venados que habian flechado, y juntos en el lugar, que habian destinado, pasaban lo restante del dia, y la noche entera en glotonerías, y embriagueces: el dia siguien-

te volvia cada uno á su casa. No son ménos supersticiosos los ritos, que obserbaban en las pescas: diversion mas ordinaria por la diversidad, y muchedumbre de peces, que se hayan en los caudalosos rios y arroyos, que bañan esta Sierra.

Las leyes y ritos, que guardaban consigo mismos eran tantos, que si quisiera escribirles la pluma habia de alargar mas de lo que deseó la historia; y asi me contentaré con referir algunos, de que se podrán inferir los muchos, que se omiten. Luego que salia á luz la criatura, buscaban sus padres á uno de sus tios, ó tias, y no á otro, que no fuese ascendiente en la línea trasversal desigual, y le decian: *ves aquí á este nuestro hijo, queremos, que sea tu connombre:* admitia el convidado; y desde entónces llamaban al niño con el mismo nombre, que en su idioma tenia el compadre. Pasado un año, cuando ya el niño comenzava á buscar, que llevar á la boca, avisaban sus padres al padrino, y á todos sus vecinos, para que asistiesen á las ceremonias, que precedian á darle sal al parvulito. Barrian un pedazo de tierra, donde habian de bailar; haciendo en medio una grande hoguera, asi por lograr el beneficio de sus luces para el baile, sin peligro de caer, como para atemperarle al sereno sus rigores, ponian junto á la lumbre á la criatura, á su madre, á la que habia de cantar, y á su ayudante, y muchas botijas de vino, para beber. Bailaban solas las mugeres con las ceremonias, que ya dijimos poco ha: todas las danzarinas, y los mirones bebian cinco veces de aquel vino, que era muy ardiente, y con medida tan exesiva, que dos solas bastaban á trabucar la cabeza mas valiente. Acabado

el dia siguiente el festin, cuando apénas habia quien se acordase de sí, le daban á la criatura sal, casi al modo que se acostumbra á la que se bautiza. Los mismos ritos observaban, ya para darle la primera comida, cuando tenia muelas, y á los doce años vino, para que comenzara á hombrear con los adultos.

Cuando se casaban, aunque procuraban los regocijos de la boda, no bailaban, sino al son aunque discorde de la vihuela y rabeles, como hasta hoy honestamente acostumbran en sus huelgas. Perdida en el matrimonio la flor de la virginidad, se cortaba la muger el pelo; como se lo cortan hasta hoy los más inmediatos deudos del que muere: por ser este el único luto en sus sentimientos y pesares. Luego que moria algun indio le vestian, y envuelto en una manta con su arco y carcaz, si era varon; ó si era muger con su leñador y uso, le llevaban á la cueva, que ántes habia elegido para enterrarse. Así que sacaban el cuerpo, ponian todo lo que habia dejado á la puerta de la casa, para que lo cuidara, sin serle necesario entrar en lo interior á buscarlo, por estar persuadidos que vendria el difunto á ver lo que dejaba, y para escusar tan funesto compañero en la misma casa, le ponian fuera el atractivo de sus cuidados. Pasados cinco dias, pagaban á uno ó dos hechiceros, para que con sus conjuros ahuyentaran aquella imaginada sombra, que les sobresaltaba. Entraban éstos con las pipas, humeando por toda la casa, y con unas ramas de un árbol, que llaman *zapot* iban espantando por todos los rincones hasta que (como ellos persuadian á los caseros) encontraban aquel soñado asombro, y le conjuraban, para que se fuera

al lugar de su descanso. Si acaso tenia el difunto vacas, cuando vivia, le ponian de cuando en cuando en el campo sobre unos palos un pedazo de carne, por temer, que aunque á fuerza de los conjuros habria salido de la casa, que el amor de su ganado le habia de traer algunas veces á buscar algun sustento; y para escusar que le pidiese, se lo ponian, donde no él, (que nunca pudiera venir) sino los buitres ó los perros se lo comian.

A los niños de pecho, cuando morian, untaban con leche sus madres los lábios, para que pudieran llegar al lugar de su descanso. El seno de los párbulos y el de los adultos, que morian de alguna enfermedad en su bárbara creencia era uno mismo. Los que fallecian de muerte violenta, imaginaban que se iban á la region del aire; y así, cuando solia caer alguno de los globos de luz, creían que era algun *Merit* (nombre con que llaman al que murió violentamente) que venia á espantarles. A la region destinada á los que acaban con muerte natural llamaban *Mucchita*, que quiere decir *lugar de muertos:* que es lo mismo, que los mexicanos nombraban *Mictan*, y que ahora á fuerza de la predicacion entienden por el Infierno, lugar verdaderamente de muertos, por serlo en otro muy diferente sentido del que pensaban, todos los que allá paran. Está *Mucchita*, como ellos se figuraban, cerca del real del Rosario en un cerro lleno de cuevas, rodeado todo de moradores respetables con cerquillo, que cuidan de aquellas almas, que de dia se dejan ver en figura de moscas, buscando que comer; y de noche, bailando en su propia figura. Y aunque allí no padecen alguna pe-

na, ni desean volver á vivir, como neciamente se persuadian, le fuera fácil á cualquiera el sacar de aquel lugar la alma, que quisiera, si no fuera por la llorada inconsideracion de cierto indio, á quien le sucedió lo que contaré, para divertir la sequedad de este capítulo.

Vivia éste en el rio de Santiago, casado, y dejando cierto dia á su muger buena y sana, se fué á buscar sal á la costa de tierra caliente, y de vuelta ya, la encontró en el camino; y aunque la requirió á dónde iba? Ni le habló palabra, ni se detuvo; siguióla el marido, dejando sobre una peña el tercio de sal, que traia cargado, y vió que se entraba en *Mucchita*, de que adivinando lo que habia sucedido, empezó á llorar su viudez; acertaron á pasar por allí los custodios de aquel infierno y les contó sus desconsuelos. Compadecidos aquellos personajes de sus lágrimas, le dieron unas varillas diciéndole que á la noche, cuando saliera á bailar, la flechara con una de ellas, y que si asertaba á herirla, lograria que ella le conociese, y volverla á su casa. Pero que advirtiera, que la habia de llevar con especial cuidado, hasta llegar á su tierra; donde habia de tratarla blandamente, sin gritarla ó reñirla, hasta que con el tiempo cobrara fuerza aquella alma; porque al eco solo de una voz alta moriria eternamente, y no podria ya ni él, ni otro sacar de aquel lugar alma alguna. Cogió el indio las varillas, y luego que vió á su muger bailando, acertó á flecharla en una pantorrilla, con que ya conoció al marido; llevóla éste con el cuidado que se le habia advertido. Llegado á su casa, supo cómo habia muerto el mismo dia que

la encontró. Para festejar el regocijo de su resurreccion convidó á todos sus parientes; y como el paradero de todos los convites era la embriaguez, abrió las botijas para que bebieran todos. Por ser el que estaba mas alegre, repetia mas los bríndis, de que le resultó lo que otras veces, y el prorrumpir en aquellas furias, á que provoca el vino, dando tales gritos que llegaron á oídos de aquella tierna alma; quien solo de este achaque murió segunda vez y se fué á *Mucchita*, donde yace eternamente sepultada.

Estos y otros delirios, que creían los Nayeritas voluntariamente ciegos, por haber estado tanto tiempo sordos, sin querer dar oídos á la predicacion Evangélica, están ya tan del todo borrados, que como veremos al fin de esta historia, cualquiera juicioso dictámen sentenciará á su favor, viéndose ya claramente, que han seguido el consejo del Apóstol, despojándose de todos los errores, con que en las tinieblas de su antigüedad estaban envueltos, vistiéndose ahora del brillante hermoso traje de la verdad, sacudiendo el pesado yugo con que Lucifer les dominaba, bajando la cabeza al suave de nuestra ley, y abrazando la Cruz de Cristo tan de veras, que alegra y aun admira á cuantos hoy les comunican, siendo ya mansos corderos los que ántes eran temidos como lobos carniceros.

CAPITULO IV.

Diligencias que para conseguir la reduccion del Nayar, se ejecutaron desde los principios del siglo pasado.

La importancia de la conquista del Nayar era tan manifiesta, que obligó especialmente en estos últimos años á muchos celosos, ya á informar á su magestad, ya á procurar por sí hallar algun resquicio para introducir en esta region de sombras la luz del Evangelio, por ser éste el único terreno que en toda la Nueva España habia quedado, en que se ofrecian adoraciones al demonio, conservando en los ídolos sus ritos supersticiosos y sus inmundos adoratorios, donde, desterrada la verdad, solo se venera

la mentira. Y crecia la confusion y la lástima, por estar situada esta provincia casi en el corazon de esta tan florida, como fervorosa cristiandad, rodeada de pueblos cristianos, sin que le comunicasen la salud, ántes quedaban muchas veces algunos tocados del contagio y enfermedad de los Nayeritas, incurable al parecer de los más experimentados; porque no solo no facilitaban médico para su curacion, pero ni aun admitian el remedio, entrándoseles hasta sus puertas, rebalsándose allí los malignos humores de todo el reino por hallar en esta sierra abrigo los delincuentes que causaban no pequeños estragos en las ciudades, y refugiados en estas barrancas no solo viciaban mas á sus habitadores, sino que creciendo hasta lo sumo su insolente orgulloso atrevimiento, salia fuera de sus límites con funestas lastimosas ruinas. Así se experimentó año de 1702 en el sedicioso tumulto de la sierra de Tepique, inmediata frontera del Nayar, de donde no solo salió para acalorar el motin mucho fuego, animando á los autores de la sedicion, ofreciéndoles seguridad y amparo en caso de salirles mal su loca temeraria pretension, sino que les enviaron los Nayeritas algunas tropas mandadas por el capitan *Tzomon*, uno de los indios de mas valor y osadía. Y aunque entonces quedaron vencidos los rebeldes, siempre se temia, que no estando en el Nayar del todo apagadas las brazas con el escarmiento, se pudiera encender nueva llama que levantase algun dia algun fatal funesto incendio, que llegase hasta la cabeza de la América.

Añadíanse á estos males, que se preveian, otros

que ya se experimentaban; porque aunque los Nayeres, ó Nayeritas antiguamente atendian en sus comercios á ser demasiadamente interesados, sino á querer acaudalar y enriquecerse aun con la hacienda agena ejecutando robos, ya de caballos y ganado mayor de los vecinos, ya de otras alhajas preciosas, cuando con ocasion del comercio se les venia á las manos la que de hurtar les ofrecia el descuido ó confianza de los dueños, ayudando á su mala inclinacion la piedad de los españoles en hospedarles, sin que diese lugar á la más ténue sospecha el buen concepto que les habia grangeado su antiguo proceder.

Llegó á tanto su arrojo, por no haber tenido en el castigo el escarmiento, que asaltaron el pueblo de Acaponeta. La ocasion para este temerario escandaloso atrevimiento, fué, que el alcalde mayor Don Baltasar Serraton habia puesto en prisiones á un indio cristiano del pueblo de San Diego por graves delitos que habia cometido: éste, deseoso de la libertad, convocó por medio de otro indio á los de esta provincia, ofreciéndoles venirse á la sierra á vivir con ellos si le libertaban de los rigores de la cárcel: embajada que recibieron tan gustosos, que sin remitir el negocio á las largas consultas que acostumbran, dispusieron con toda brevedad la accion; y valiéndose de la oscuridad de la noche, entraron en Acaponeta ántes que el dia despertara á sus vecinos para cogerles desarmados. Y para que el susto no les diese lugar de recurrir á las armas, al mismo tiempo que comenzaron á jugar las propias, dieron un formidable alarido, con que atemorizaron de

fuerte á todos, que los mas se pusieron en fuga; y aunque algunos se armaron animosos para resistir el avance, quedó la victoria por los enemigos. Dejaron muertos dos españoles, el alcalde mayor con un indio Filipino herido, saqueada la tienda de un mercader, y quebradas las puertas de la cárcel, de que sacaron al preso, que les habia convocado; y tomando la vuelta hácia el Nayar con celeridad, dieron á la fuga mayor ímpetu que el pasado de la interpresa, temiendo que convocados los pueblos vecinos les siguiesen el alcance en parte donde no pudieran resistirles; y estaban ciertos de que puestos en su sierra hallarian en su aspereza notables ventajas, para burlarse de nuestras fuerzas y vivir seguros, como siempre hasta entonces, sin recelo alguno.

Estas y otras maldades semejantes con el deseo de que no solo se pusiera freno á su insolencia, sino que llegase ya el término de su ceguedad obstinada, movieron á muchos celosos del bien de las almas y de la quietud del reino á informar à la Católica Magestad de nuestro rey y señor Don Felipe V, de tantos males que ya habia pasado del amago à la ejecucion. Quien con mas empeño solicitó el remedio, buscando su eficacia en las Reales disposiciones, fué el señor Licenciado Don Juan Picado Pacheco, Oidor entonces de la Real Audiencia de Guadalajara, y despues de la de México: muy por extenso representó á su Magestad la necesidad inexcusable de reducir esta provincia por lo muy dañosa que podia ser á sus reales dominios la rebeldía de sus habitadores. Hicieron tanta fuerza al piadoso corazon

de nuestro Monarca estas noticias, que al punto despachó repetidas Cédulas, y á sus Vireyes, y á sus Reales Audiencias, especialmente á la de Guadalajara que como mas inmediata podia con mayor eficacia llenar sus reales deseos, aplicando todos los medios conducentes á tan necesaria conquista. Y aunque no se omitió diligencia alguna, todas las inutilizó la obstinacion ciega de los Nayeritas.

Habia ya comenzado la batería, para sujetarles desde los principios del siglo pasado; mas nunca quedaban rendidos, aunque se disimulaban obedientes á la corona; y lo más que se conseguia, era el que en las orillas de su provincia, sin permitir que los nuestros penetrasen pasando por la Puerta á sus barrancos, diesen una obediencia fingida conservando en sus pechos muy disimulada su rebeldía, viéndose obligados muchos capitanes sin ofensa de su valentía á retroceder, por juzgar que en las estrecheces y continuadas cuestas de estas montañas les fabricó naturaleza tal defensa, que era al valor inaccesible y aun á la temeridad insuperables. Los primeros de que tenemos noticias por unos papeles escritos en idioma mexicano, que tenian en su poder y habian conservado con prolija curiosidad los Nayeres, fueron el capitan Don Miguel Caldera y otros dos compañeros suyos, llamados Salazar y Cortés. Estos, sin penetrar en su interior, se mantuvieron en las entradas de la sierra largo tiempo, por los años de 1617 y 18, en ocasion en que llegó allá el capitan Don Bartolomé de Arisbaba, siguiendo el alcance de los tepehuanes, que habiéndose sublevado el año de 16 en la Nueva Vizcaya, abandonaron

su patria para asegurar sus vidas en esta sierra. Vino éste de la ciudad de Durango, y aunque de los tres primeros no consta ni de dónde salieron, ni quién les encomendó la empresa, se discurre que vinieron de la ciudad de Compostela. Llegaron á visitarles el gran Nayerit y otros de los suyos que le acompañaban. Y para que fuese su visita mas grata á los capitanes, les ofrecieron un presente de cuatro niños; pero imaginando ellos que se los daban para que matándolos se los comiesen, horrorizados de tan detestable barbaridad, les afearon sus crueles sobre bárbaros intentos; añadiéndoles que nuestra religion, no solo santa, sino muy conforme á los dictámenes de la razon natural, estaba tan léjos de permitir monstruosidades tan sangrientas, que nos manda aun amar á nuestros propios enemigos. Con esta ocasion se les dió noticia de la verdad y pureza de nuestra ley, citándoles para conferir éste y otros importantes puntos, para el pueblo de Tepique, hácia donde disponian ya su viaje los capitanes; los Nayeritas se volvieron gustosos y agasajados á su tierra, quedando no ménos consolados los nuestros por haber librado, como ellos creian, aquellos cuatro inocentes de la muerte corporal; y deseosos de que lograsen la mejor vida de la gracia, les dejaron en Compostela para que fuesen instruidos y cristianamente educados: diligencia en que se conoció su celo y discrecion, aunque ésta, como verémos, no se dejó ver despues entre los poco considerados ardimientos de su fervor.

Acudieron con puntualidad á Tepique los Nayeritas el dia aplazado, y de aquí pasaron en compañía

de los españoles á la *pila blanca;* sitio de que ya no hay memoria. Aquí hicieron los capitanes al Nayerit y á los suyos tan vehementes importunas instancias para que se bautizaran, que hubieron de bajar las cabezas los más, para complacer á tan autorizada porfia, como consta de los referidos papeles; pero ni se expresa allí si corrió por mano de algun sacerdote la funcion, ni que acompañase alguno á aquellas tropas. Lo cierto es, que habiendo pedido ministro que con sus instrucciones supliera las que debieran haber precedido al bautismo, que cuidase de mantenerles con la hermosura de la gracia, y les preservase de la tan connatural reincidencia à sus antiguas idolatrías, se echa luego de ver que fué poco prudente el fervor de estos celosos caballeros. Mucho ha dado que hacer esta especie de bautismos sugerida de un celo indiscreto con que no pocos, quizà por graduarse de Apóstoles, como si el Señor y los Doctores todos no enseñaran lo contrario à repetidas importunas instancias bautizaban à los que hallaban casualmente en los caminos, sin mas instruccion que la que cabe en gente de campo, y sin examinar si àntes habian sido bautizados. Ni ha faltado quien reconvenido de uno de los que se hallaban presentes, que se informose del indio que intentaba bautizar, si ya lo estaba. Respondió prontamente que si acaso ya otro habia ganado la indulgencia plenaria que sabia se ganaba en el bautismo de los gentiles, no por eso habia él de perder el jubileo: por tales manos corrieron los bautismos de muchos que encontramos en esta sierra, donde no tenian otro maestro que al error y al desórden.

De *la pila blanca* pasaron todos los españoles y Nayares al pueblo de Acaponeta; y de éste, caminando siempre por las faldas de la sierra sin pisar las líneas que se encaminaban al centro, marcharon hasta llegar al sitio que hoy llaman Guazamota, perteneciente entonces à esta provincia: hicieron pié aquí por haber llegado en aquella ocasion el capitan Don Bartolomé de Arisbaba, quien iba en seguimiento de unos fugitivos Tepehuanes, que intentaban refugiarse en la aspereza de estas montañas, para imposibilitar el castigo que merecìa la crueldad con que quitaron la vida à muchos y entre ellos à ocho jesuitas en el alzamiento del año de 1616: venia aquel valeroso caballero enviado del señor Don Gaspar de Alvear y Salazar, del órden de Santiago, que gobernaba por aquel tiempo el reino nuevo de la Vizcaya y andaba ocupado en la campaña castigando á cuantos rebeldes no querian rendírsele siguiendo el alcance á otros que por último se lo imposibilitaron, por haberse refugiado à una inaccesible sierra que está entre las dos provincias de Sinaloa y Taraumara, en donde se fundaron despues à pesar de su aspereza dos misiones, que administran con indescibles trabajos los jesuitas. Hubieran tambien logrado su pretendido asilo en esta sierra los Tepehuanes si el capitan Don Bartolomé, con su sabia prudente conducta, no hubiera corrido con tanta diligencia, que les alcanzó en sus orillas.

Luego que Nayerit entendió los fines que habian traido à sus tierras al capitan Arisbaba con su compañía, ó bien de grado por haberle grangeado la voluntad el otro llamado Caldera, ó por temor vién-

dose obligado á cortejar á quien no podia resistir, ofreció su persona y las de los suyos para alistarse como lo ejecutaron entre los católicos. De esto hasta ahora tienen vanidad, por haber servido entónces no poco á su Magestad, no solo rehusando admitir á los sublevados, sino dando á los españoles algunas trcpas auxiliares para sujetarles y reducirles á debida obediencia, añadiendo aun la sesion de sitio y donacion que hicieron de las tierras necesarias para que se fundase el pueblo de Guazamota y el trabajo personal con que concurrieron á la fábrica de la iglesia y del convento. Y á la verdad que tan honrados servicios dan á los Nayeritas gravísimo fundamento para gloriarse no poco; más no sé si tuvo alguno el capitan Arisbaba para arrojarse el renombre de *Conquistador del Nayar*, dejando grabadas en una piedra que se conserva á la entrada de la iglesia las siguientes cláusulas, que trasladadas fielmente dicen así: "Gobernando D. Gaspar "de Alvear y Salazar, Caballero del Orden de San- "tiago en este reino de la Nueva Vizcaya, por su ór- "den el capitan D. Bartolomé de Arisbaba mandó ha- "cer estos borrones y conquistó esta provincia del "Señor San José del Gran Nayar, la atrajo y redujo "á la obediencia de su Magestad año de mil seiscien- "tos diez y ocho."

Pero por lo que mira á la palabra *conquistó*, si no entiende por nombre de conquista aquellas ceremonias de obediencia que han dado siempre los Nayeres y que no dudo reiterarian en su presencia, no sé cómo asentir á tener por verdadero lo inverosímil; porque si se hubiera de entender como faena el

nombre de *Conquista*, ya que no constará en los papeles que se escribieron al mismo tiempo, pudieran haber omitido lo que dejaron con testimonio autèntico á los Nayeritas en un instrumento jurídico en que se afirma que habian sido conquistadores aquellos mismos que se pretende fueron entónces en la realidad conquistados. Tiene tambien contra lo que dejó grabado en aquella piedra el capitan Arisbaba la tradicion que pasando de Padres á hijos se conserva en la fama pública, de que hasta esta ocasion, no solo no se habia conquistado el Nayar, pero ni aun pisado pié extrangero las cumbres de su Sierra. Ni habia de ser tan poco avisado aquel caballero, ó el que vanamente quiso lisongearle, que no colocando aquella tan honrosa inscripcion dentro del Nayar conquistado, sino á sus puertas que por la sesion de los mismos Nayeritas dejó de ser parte de su provincia, no cuidase de procurar la conservacion de un reino cuya posesion habia añadido á los dominios de la Corona de nuestro Monarca, levantando algun presidio de soldados que obligaran á los que se publican sujetados á que se mantuvieran obedientes; y estableciendo una mision para que el ministro atendiese á que los conquistados á la obediencia del rey se alistasen en el cristianismo y los apóstatas volviesen al gremio de la iglesia: esto precisa á quien cuerdamente lo considere á juzgar que, ó dejó desairada su prudencia ó no debia haber excedido en la ponderacion de aquel elogio que se gravó para la posteridad en crédito de su valor y glorioso inmortal pregon de sus hazañas.

Estas entradas son las únicas que en el siglo pa-

sado hicieron á esta sierra nuestros españoles. Y aunque el reverendìsimo y erudito padre lector Fray Agustin de Betancur, en la cuarta parte de su "Teatro Mexicano," en el cap. I del tratado 5 º, parece que hace mencion de otra, juzgo que fué error de imprenta. Habla allì de las que hicieron los religiosos seráficos á la California; campo que regaron con sus sudores, y en cuyo cultivo se hubieran mantenido, si nó cediera á la hambre; la sed que teniau de aquella reduccion. Este trabajo experimentaron tambien los misioneros jesuitas que hoy cultivan aquella viña del Señor desde el año de 1697, en que abrió felizmente la puerta el venerable y apostólico Padre Juan María Salvatierra. Trata aquel sabio autor en todo el citado capìtulo, solamente de aquella Península, y casi al medio se entretegen unas palabras que no solo parecen traídas de país estraño á la materia de que se habla, sino puestas allí con notable oscuridad, pues se escriben de esta suerte: "Despues del año de 1677, fueron enviados el "reverendo Padre Fray Juan Caballero Carranco. "doctor jubilado, y el Padre Fray Juan Bautista "Ramirez; y aunque se hizo fruto por falta de basti- "mentos en la provincia del Nayarit, convirtieron y "hasta hoy permanece por la provincia de Guada- "lajara." Hasta aquí aquella erudita seráfica pluma; más luego echará de ver cualquiera advertido, que por descuido del impresor ni las voces están atadas, y se añade è inserta en el cuerpo del capítulo, otra materia, que la admite solo con repugnancia la proporcion. Puede ser que hable aquel reverendísimo de los pueblos vecinos al Nayar, que administran

los religiosos seráficos pertenecientes á la Provincia Santa de Jalisco; porque ni la California pertenece á Guadalajara, ni á la provincia del Nayar entraron, aunque en el presente siglo lo procuraron así los religiosos de aquella sagrada apostólica religion, como los capitanes, sin que les detuviese la desgracia de la primera entrada que se hizo, y verémos luego en una lastimosa tragedia.

CAPITULO V.

Desgraciada entrada á esta Sierra del valeroso Capitan D. Francisco Bracamonte.

A las puertas del Nayar, que por espacio de casi dos siglos despues de ganada la Nueva España mantuvo cerradas la malicia de sus habitadores, añadió nuevos cerrojos en los principios de este siglo, la desgracia con el trágico suceso del Capitan D. Francisco Bracamonte. Hallábase este caballero el año de 1701 con el título de Protector del Gran Nayar; honra que le grangeó el especial amor, y respeto, con que los Nayeritas le visitaban, aunque sobornados del interés, por tenerles tan obligados su liberalidad. En ocasion, en que la Real Audiencia de Guadalajara, que presidia entónces el Sr. D. Alonso

Ceballos Villagutierrez, Caballero del Orden de Santiago, deseosa de enarbolar los Estandartes Reales en los más erguidos picachos de esta Sierra intentó conquistarla y probar fortuna, fió la empresa de los aciertos y prudencia de D. Francisco, pareciéndole que con solo el sobrescrito que llevaba de protector suyo, bastaria para que los Nayeres, olvidados de su ferocidad, se le rindieran obedientes. Y aunque tenia el capitan sobrados títulos para excusarse, no quiso, ó por obedecer á ciegas, ó por parecerle la propuesta indigna de su valeroso pecho, sin advertir que ni se opone á la obediencia la representacion de los inconvenientes que el superior no pudo prevenir, ni deslustran al valor los consejos de la prudencia.

Con animoso brío abrazó el mandato no solamente gustoso, sino satisfecho con tan corta escolta, como fué la de solos diez hombres que convocó ó el parentesco ó la amistad, fiándose de la que se prometia hallar en los indios, Y creyendo que les fuese grata la visita que les hacia, y que por lo mismo ofrecerian á sus hijos para que se bautizaran, y atendiendo tambien á que era contingente que ó él, ó alguno de sus soldados enfermara, solicitó y consiguió que le acompañasen dos eclesiásticos fervorosos; el uno era el bachiller D. Juan de Bracamonte, y el otro el bachiller D. Luis Martinez. Y para que constase, ó de los buenos efectos que produjesen sus diligencias, como le prometia su deseo, ó de lo no ejecutado si la rebeldía de los contrarios resistiese á su actividad y aplicacion, trajo tambien consigo un escribano. Todo lo dicho y lo

demás que irá refiriendo la pluma, consta no solo de una declaracion jurídica que ante D. Luis Tortolero y Torres, teniente capitan general de las costas del mar del Sur, y alcalde mayor entónces de la jurisdiccion de Compostela, hizo D. Tomás de Bracamonte, uno de los que entraron acompañando á D. Francisco, y que escapó dichosamente del comun extrago, sino de noticias que nos han suministrado indios fieles que se hallaron en la refriega; y que para darles crédito nos basta el hallarles contestes en el informe, aun habiéndoles separadamente examinado: diligencia à que obligó no ménos la verdad de la Historia, que las mentiras que ordinariamente suelen mezclar los indios en sus deposiciones.

Con tan corto aparato de guerra, que no merecia el nombre de expedicion militar, emprendiò el capitan Bracamonte y dió principio á la jornada por el pueblo de Tonalixco, uno de los que están situados en la circunferencia de esta Sierra, de donde sacó á cierto indio que con ocasion de la cercanía, tenia bastante conocimiento de la tierra, y con sus moradores la aceptacion y familiaridad que acarrea la frecuencia del trato: por eso se juzgó el más apto para prevenir los ánimos con la embajada, valiéndose de persona que no solo iba ménos arriesgada, sino que pudiera, ayudándose de su verbosidad, atraerles más fácilmente á lo que tanto se deseaba: diligencias todas que le calificaron de prudente capitan, si no incurriera en el arrojo de acercarse á estas barrancas tan peligrosas con tan poco tren de prevenciones, sin conocer que las necesitaba mayo-

res, ni advertir ó la falta de reales ó la cortedad de su natural en no haber solicitado de Guadalajara más competente socorro. Y como un yerro eslabona otros muchos, incurrió este caballero en otro aun mucho más irreparable.

Del pueblo de Tonalixco comenzó su marcha, acercándose más al término de su ruina: llegaron á un puesto que ántes era la raya, y donde hubo en otro tiempo rancherìas de Nayeritas, aunque desamparado entónces por haberles quemado sus casas, no sé qué ocasion, D. Francisco Berumen. En este sitio mandó hacer alto y despachó á la primera poblacion, que distaba cerca de dos leguas sierra adentro, al indio intérprete con esta embajada: que deseoso de que acabaran de conocer cuán afecto les era, y que les vivia agradecido al cariño con que le estimaban, venia á hacerles una visita por pagarles las muchas que en tan repetidas ocasiones le habian hecho; que aunque llevaba consigo once españoles, que no venian á otro fin que á acompañarle y á hacerles tambien este cortejo; que no entraban como soldados segun lo daba bien à entender su corto número; que si algo tenian de militares solo era la buena disciplina que experimentarian, no solo no padeciendo hostilidad ni vejacion alguna, sino recibiendo de ellos todos los oficiosos comedimientos que podian justamente prometerse de sus más cordiales amigos; que no dudaba merecerian con la sinceridad de su trato, su gratitud y aun su agradecimiento. Y añadió con especiales encargos al embajador, que les dijera: que el fin principal que les habia sacado de sus tierras, para visitarles, era

el que se lograse la salud de sus almas, compadecidos de verles tantos siglos postrados al error y al engaño; y que siendo el único remedio para quitar estas manchas, el que comunican las saludables aguas del bautismo, les traia dos fervorosos sacerdotes que les servirian de verdaderos padres para su total consuelo.

Esta embajada y meditado razonamiento, cuyos puntos debian proponerse con órden difiriendo la última adicion para tiempo más oportuno aunque la dictaba el celo que ardía en el pecho de este valeroso héroe, exasperó tanto á los Nayeres que sin necesitar sus ánimos bárbaros de otra consulta que su mismo furor, conociendo claramente que con el especioso pretexto de visitarles venia á ponerles al cuello el yugo de la Ley Evangélica que el demonio les pintó siempre, no solo pesado, sino intolerable, respondieron en breves razones al embajador que le dijese á su capitan que ellos no querian ser cristianos ni recibir otra Ley que la que sus mayores les dejaron. Y que si tanto encarecia el amor que les tenia que la mejor muestra que podia dar de su fineza era volverse por el camino por donde habia venido: que de otra suerte ántes tendria por aborrecimiento y no por amistad sus expresiones privándolos con aquella especie de afecto de una alhaja tan estimable como la libertad. Y que por fin, para que conociera que tambien ellos le estimaban, le enviaban este desengaño, asegurándole que si insistía en pasar á lo interior de la sierra, se verian obligados á recibirles con las armas en las manos.

Luego que el capitan oyó tan desahogada respues-

ta y las noticias que el Embajador le dió de las observaciones que habia hecho, conoció el mal ánimo de aquellos bárbaros; y resuelto á no pasar adelante, publicó la retirada para volver con tropa y fuerzas competentes á tan árdua empresa, conociendo ya su debilidad á vista del peligro. Más quiso la desgracia que hubiera entre los de su compañía quien juzgase desdoro dejar de proseguir sus ideas, creyendo que lo que no podian recabar las armas podria alcanzarse con industriosas mañas, añadiendo que era accion indigna de españoles dar la espalda al enemigo sin haberle visto la cara, ni tentado su valor. No fuè menester más para que el capitan le dejara cegar, determinando continuar el viage (que segun sus circunstancias habia de ser no ménos arriesgado que infructuoso) y no volver á su casa hasta avistarse con los rebeldes; así con más ardor que cordura no siguió el dictámen de la retirada por la indiscrecion del consejero.

Mas con gran prudencia y mucha cristiandad ordenó y encargó seriamente á sus pocos soldados que hiciesen con sus obras buenas y ejemplar modo de vivir amable á nuestra Santa Religion ó á lo ménos que evitasen todo desórden para que no se la figurasen aborrecible los Nayeritas, acordándose que aunque á los indios les ciegan los primeros ímpetus del corage, saben como racionales dar lugar á los discursos para llegar á la ejecucion. Y era así, porque aunque estaban fijos en no admitirles y hacerles salir de la sierra, habia resuelto observar si insistian ó en internarse en sus tierras ó en mantenerse en aquel puesto, oidas sus amenazas no acome-

terles sino en caso de que les provocara algun agravio. Guardaron muy atentos esta determinacion nada conforme á su barbaridad; porque habiéndose ya congregado con el aviso que dieron á las interiores rancherías, hasta 200 indios junto al agua que corre por el estrecho cauce de un barranco, ni se valieron de la emboscada que les ofrecia aquel ventajoso sitio, ni lo hubieran hecho despues como hasta ahora lo publican los mismos Nayeritas y se aseguró ya desde entónces entre los españoles si no les irritara la inconsiderada incontinencia de alguno de aquellos que juzgan que no son soldados los que no dan por primera prueba de animosidad las insolencias, para que se conozcan sus bríos por la divisa de sus maldades.

Apenas llegó á noticia de los indios el desacato que rehusa trasladar al papel la pluma, irritados de la injuria que habia padecido para vengarse con mayor satisfaccion de su enojo, procurando esconder en el disimulo su cólera, reprimiendo los primeros ímpetus para asegurar mejor el tiro y lavar con la sangre de todos aquellos españoles su afrenta. Dispusieron para ejecutar su venganza sin riesgo de los suyos ni peligro de malograr sus intentos, despachar una escuadra de los indios más valerosos y osados ordenándoles que hurtándose á la vista y aun á la sospecha de sus enemigos, se emboscaran en un sitio montuoso y estrecho que llaman el *Limon*, y era paso inescusable en caso de que los nuestros se retirasen. Quedarónse los demás á la vista disimulando su irritacion sin haber dado señal alguna de inquietud ni aquella noche, ni á la madrugada: todo á fin

de dar lugar á que los que habian enviado para emboscarse tuviesen tiempo con el beneficio de aquella larga dilacion para descansar y estar mejor apercibidos. Serian ya las nueve de la mañana cuando comenzaron los que estaban á la vista á jugar las armas contra los nuestros, aunque desde el dia antecedente se habian advertidamente atrincherado, no porque intentasen asaltarles ó temiesen ser acometidos, sino porque procuraban entretenerles fingiendo que pretendian disputarles la retirada, para que así cuando la intentasen y ellos la permitiesen, caminasen con más seguridad al lugar de la emboscada donde habia de decidirse la cuestion: ardides todos que nos han dado despues á conocer que aun más que las puntas de sus flechas y los filos de sus alfanjes, debe temerse la agudeza de sus discursos.

Mientras duraba esta apariencia de combate se apoderaron algunos de la mayor parte de los caballos y cuando les pareció que ya habia pasado bastante tiempo para que los de la emboscada estuvieran prevenidos, recelando que la celeridad no frustrase la industria con que habia discurrido la celada, se alejaron de la trinchera encaminándose al Real de nuestra gente, que á corta distancia se le habia alojado; y aunque ya se les habia entrado por los ojos el desengaño que no quiso creer el oido cuando se lo gritó la respuesta del Embajador, no pudiendo reprimir los ímpetus de su fogoso celo, al mismo tiempo que se retiraban de su trinchera los enemigos, se fué para ellos muy fervoroso el Bachiller D. Juan de Bracamonte, llevando en sus manos un devoto Crucifijo para que diese más eficacia á sus

voces la preciosa sangre que por cinco bocas persuadía benignidades. Pero ciegos aquellos bárbaros no ménos que sordos y cruelmente atrevidos, respondieron á la elocuencia del predicador con una lluvia de piedras, armas propias de su dureza; y una de ellas, nunca con más propiedad arrojada, le quitó de las manos y derribó en tierra aquel Divino Simulacro, y acometiendo cogieron al orador con tan rara presteza, que apénas se pudo conocer la distancia que regularmente suele haber entre la ejecucion y el amago.

Y aunque tropezó en los primeros pasos su predicacion con este improviso accidente; ni desmayó su esperanza, ni se acobardó la valentía de su ardiente espíritu; y para que se duplicase en cada uno con la presencia de su apostólico compañero, solicitó el ya prisionero sacerdote con instancias y súplicas, que pasase, como lo consiguió, el Bachiller D. Luis Martinez, de la trinchera al cuartel de los enemigos, asegurando estos el buen pasaje, por influir aun en los bárbaros la alta dignidad del sacerdocio, la veneracion y respeto que alguna vez se echa ménos en los que se precian de cristianos. Con esta diligencia era ya cada uno un Eliseo Evangélico, no dejando piedra por mover, para enternecer aquellos obstinados corazones; ó para que abrieran los ojos, para ver la luz divina, que se les habia venido á entrar por sus puertas; ó para que ya que rebeldes querian perecer en sus engaños, les permitiesen á los españoles que se volvieran á sus casas sin daño de sus personas: solo se pudo conseguir el que prometiesen á los sacerdotes con ingenuidad,

más con alevosa ficcion á los españoles, libre el paso, para que pudieran retirarse, disimulando la traicion, que tenia prevenida su industria, y que para castigar el escándalo que recibieron y horrorizó à estos gentiles, permitió la Divina Justicia.

Dispuso el capitan la marcha, para alejarse con toda la brevedad posible de los cuarteles enemigos, en donde vivia tan de asiento la astucia, al mismo tiempo que de nuestro Real se habia retirado la prudencia, ocupando su lugar el olvido, ò ignorancia del inminente peligro en que se hallaba, El primer órden que se dió con advertencia deliberada, fué el peor yerro que pudo cometerse, y que debió ser conocido; más como daba gritos al cielo aquel primer delito que cometiò la lascivia, les negó sus luces. Dividió en dos trozos su gente, como si no le bastara á aquella escuadra para temer su reino el corto número de soldados. Al primero se dió nombre de vanguardia con el órden de observar en el camino los pasos peligrosos, y reconocer la tierra, avisando prontamente de cualquiera novedad, é incorporándose con los que formaban la que quisieron llamar retaguardia. Esta, que al capitan pareció diligencia precisa, y bastante á precaver cualquier traidor intento de los enemigos, les dividió la dificultad, facilitándoles su premeditada como prevenida faccion. No reparó aquel valeroso caballero en su intento, que debia cautelar, que los Nayeres en caso que les asaltasen, sobre turbados, no les hallasen desunidos, por no ser tan fácil, como se pensó el juntarse, siendo ùnica la senda, y esa estrechísima, ocupando la espesura del monte los enemigos

tan diestros en caminar por la maleza. Más sin otra diligencia, y con la persuasion de quedar todos los indios en su alojamiento, muy satisfechos ya con su retirada, caminaban los nuestros tan tranquilos, que pasó la seguridad á ser descuido. de que se siguió el que se durmiese, ó anduviese tan mal despierta la vigilancia de los que iban delante, para observar los movimientos de los enemigos. Pasaron, sin reparar alguno en el sitio, en que tenian armada la celada los contrarios, que se mantuvieron quietos, por haber reconocido que no iba en la vanguardia el capitan, á quien pretendian matar primero, no dudando que con poca ó ninguna dificultad destrozarian aquel pequeño cuerpo, en faltando la cabeza; discurso á que debieron los que iban en la vanguardia su escape.

No estaban éstos muy léjos, cuando llegó el capitan con los cinco soldados que componian la retaguardia, á la emboscada; y presentándoseles improvisamente los indios desfiguradamente horrorosos con el tizne que usan para aumentar el espanto á su ferocidad, levantando un espantoso alarido, para introducir á un mismo tiempo el susto por los ojos con la deformidad, y por los oídos con el grito, acometieron á los nuestros con tan grande ímpetu y con tanta celeridad, que al capitan le desmontaron del caballo àntes que tuviera tiempo de meter mano á la espada, ni de tomar las armas; y robándoles á los demas el repentino asalto el color, no solo les entorpeció los movimientos, sino que embargánles los discursos, descargaron casi á un tiempo las escopetas: efecto de la turbacion que les causó la

falta de experiencia; porque los veteranos en ésta especie de milicia, que se ejercitan contra los bárbaros de esta América, cuidan siempre de alternarse, para que al tiempo que unos emplean en algunos de los contrarios el tiro, ó les espantan con el estruendo, detengan los otros el orgullo de los indios con el amago, sin dar la carga, hasta que los primeros vuelven á disponer las armas. Por esta tan notable falta embistieron los Nayeritas tanto más atrevidos, cuanto tenian ménos ya de temerosos, y con tal agilidad, que lo mismo fué verse asaltados, que heridos los españoles.

Al ruido que hicieron las bocas de fuego, acudieron con presteza á socorrer á sus compañeros los de la vanguardia, ménos dos, que no conociendo á vista de los otros la disonancia de la fuga; ò juzgando que la onestaba el temor de incurrir la nota de temerarios, quisieron ántes escapar discretos, que arrojarse á un peligro tan cierto y evidente. Pero ni éstos lograron el escape, ni los otros pudieron dar el socorro, que llegó tarde; pues anduvieron tan diligentes los Nayeritas, que sin tener ya otros contrarios que los qüe venian á favorecer, fácilmente hicieron que éstos, aunque pocos, acrecentaran el número de los que quedaban ya en el campo sin aliento; porque acometidos por todas partes, cedió su animosidad al superior número de los bárbaros, sin escapar otro, que los dos sacerdotes á quienes dieron puerta franca, y D Tomás de Bracamonte, que mal herido, segun depone en su declaracion, se ocultó en la espesura del monte; sobreviniendo despues la noche, caminó sin senda y

sin eleccion á la más larga distancia de la sierra enemiga; y aunque fatigado de las heridas, del hambre, y más del temor de ser descubierto, llegó por último dichosamente á las vecinas poblaciones, en donde refirió el trágico suceso de que acababa de ser testigo con sus ojos.

Así acabó con toda su escuadra el valeroso capitan D. Francisco Bracamonte, á quien condujo á fin tan lastimoso, ó el demasiado ardor de su celo, ó su nimia docilidad, ó los excesos de su brìo, ó la escandalosa culpa de uno que ocasionó á todos la ruina. Y aunque con el grito de esta lastimosa tragedia se dió por entendido y quedó advertido el valor para no ejecutar nuevas entradas sin toda aquella fuerza, que si no fuere bastante á avanzar á lo ménos sea suficiente á resistir, no por eso quedó escarmentado el celo apostólico, cuyo fuego no se apagó con aquella sangre; ántes sirviéndole de pábulo, le acrecentó más sus llamas y sus ardores.

CAPITULO VI.

Insisten los ministros reales y evangélicos, á tentar la entrada á esta sierra, y la rebeldía de sus habitadores les cierra obstinadamente las puertas.

Quedaron los Nayeres muy orgullosos con esta victoria, que más que sus armas y ardides les dió nuestra desgracia, castigando la Divina Justicia la insolencia de quien atendió ántes á dar gusto á su apetito, que á guardar las órdenes tan cristianamente prudentes que para lograr el lauro de vencedores, ó á lo ménos la dicha de volverse airosos á sus casas, les habia dado su tan cristiano animoso capitan. Y se mostraron aquellos bárbaros tan insolentes, que à más de quitarles las vidas á muchos de los que incautamente se refugiaban en sus barrancas, resolvieron dar nuevo vuelo à las plumas de sus flechas para hacerlas no ménos famosas que temibles, dilatando los extragos hasta los pueblos

vecinos. Ya insinuamos en otra parte de esta Historia, lo que pocos años despues ejecutó en Acaponeta su alevosìa; llegó el informe de éste y otros insultos que cada dia cometian atrevidos á la Real Audiencia de Guadalajara, á quien como más inmediata herian primero que á otra, estas noticias; y despues de conferido el punto, resolvió la cordura de aquellos señores que se aplicase tal medicina á los males, que con tan sensible comun dolor se experimentaban, que no se pusiesen de peor condicion con lo infructuoso de las diligencias.

Para esto dieron la providencia que consta de una declaracion que jurìdicamente dió Francisco Perez, soldado entònces en el real presidio de Santo Domingo de Yucatan, y uno de los que acompañaron al capitan D. Francisco Mazorra, á cuyo valor y prudencia encomendó la Real Audiencia esta tan importante expedicion, ordenándole que aunque se asegura la victoria más con lo valeroso y disciplinado que con lo numeroso de las tropas, atendiese con desvelo á la eleccion de los soldados que habian de ir á tan grande difícil empresa, sin desatender al número que juzgase competente, ó para dejar escarmentada con el castigo la osadía de los bárbaros, ó para conseguir que quedase reducida la obstinacion de su rebeldía; pues solo de esta suerte se lograba poner freno á sus hostilidades, viendo dentro de sus tierras tales fuerzas, que se conciliasen aquel respeto que no solo enfrena á los más atrévidos, sino que llena de temor á los más osados. Y es bien cierto que para reducir toda la Provincia, conducia no poco la preferencia de las armas, á fin

de contener á los apóstatas, cerrándoles el temor las bocas, para que no pervirtiesen ni obstinasen con sus maliciosos consejos á los gentiles que siempre se reconocieron de tal docilidad, que á no tener colaterales tan perniciosos, ni fueran tan atrevidos ni se mostraran tan rebeldes.

Luego que recibió el órden de la Real Audiencia aquel tan cristiano como animoso caballero, se aplicó con grande empeño á su ejecucion; y arreglándose á los puntos de la instruccion, trató de buscar gente escogida y valerosa, atendiendo muy especialmente que tuviese la circunstancia de saber manejar con agilidad y destreza los caballos; mas no le pareció necesario aumentar los soldados con exceso, contentàndose con solo cien hombres de armas que á su juicio bastaban, no solo para apartarse del camino que tomó el capitan Bracamonte y los que con él se sacrificaron á la desesperacion, sino para resistir y aun para vencer á los enemigos si elegisien la guerra, ó para sujetarles si tomasen el acertado consejo de la paz, dando la obediencia sin aquellos engaños y solapados rendimientos que hasta entònces habia practicado su malicia. Comenzó aquel prudente experimentado capitan su marcha con grande órden, saliendo con cristiano valor y no menor confianza á la campaña, ya por militar en su campo la justicia de la causa, ya por tener toda la valentía española en su ejército, aunque de solos cien hombres, sin advertir que iban á combatir con tantas fieras cuantos eran los que poblaban estas casi inaccesibles montañas, y que les habia de salir al encuentro toda la ferocidad de sus habitadores, man-

comunada por su ruina con la aspereza de su sierra, siéndole preciso pelear á un tiempo no solo contra las armas de los Nayeritas, sino contra lo empinado de las cuestas, lo extrecho de los caminos y lo continuado de los precipicios, cuyos inminentes inevitables riesgos le habian de obligar á dejar alguna gente en los tramos peligrosos para asegurar, si fuese necesario, la retirada.

Todo lo reconoció despues, pero ya tarde; porque aunque penetraron intrépidos los soldados, las asperezas de las primeras cuestas, las angosturas de las cañadas y los arroyos profundos que guarnecen las entradas y sirven de foso y muralla á esta Provincia, luego que se pusieron á la vista de este gigante, hubieron de hacer alto, por verle tan armado de puntas en sus crestones, de cuchillas en sus laderas y de arneses en lo doblado de sus quebradas, que les pareciò desesperacion y buscar voluntariamente su ruina sin pasar adelante. Tuvo el capitan su consejo de guerra, y con el parecer de los más experimentados, determinó no empeñarse en proseguir intentos que pedian mayores fuerzas, y ejército más numeroso. Y aunque los Nayeritas no se atrevieron ó no quisieron acometerles, viéronles entrar y retirarse, quedándose de esta suerte aquellos bárbaros no escarmentados ni reducidos, ántes bien, más orgullosos. Volvióse el capitan Mazorra sin mas fruto que el desengaño, y el de sacar de estas madrigueras al indio Bautista, que habian librado ántes estos gentiles de la cárcel de Acaponeta; y luego que llegaron al pueblo de San Diego, de donde era natural, le entregaron á su gobernador que á la sazon

lo era un hermano suyo; y aunqne sin atender á tan extrecho vínculo, estuvo ya para ejecutar la sentencia que le dió, se le obligó á moderarla con otra ménos rigurosa.

Este fin tuvo la entrada del capitan Mazorra, sin conseguir la reduccion tan deseada de estos indios. Más ni la cuerda retirada de este capitan, ni el eco de le sangre del primero, que aun daba gritos para el escarmieto, bastaron para acobardar el celo de muchos ministros reales y misioneros apostólicos, que despues de frustradas tan repetidas diligencias dieron nuevos golpes á las puertas del Nayar, unos con la ejecucion y otros con el deseo, para abrirlas al Evangelio. El R. P. Fr. Nicolás de Anda, del órden seráfico, que se hallaba en compañía del M. R. P. Fr. Pedro Aparicio, antiguo misionero de Coahuila, intentó animosamente la entrada, que le estorbó el conocimiento del engaño y falsas promesas de los Nayeritas.

Procuró lo mismo con igual ardor el Excelentísimo Señor Duque de Alburquerque, que gobernaba esta Nueva España. Enterado con su grande comprehension de los sujetos, que sobresalian en el dilatado ámbito de su jurisdiccion, y de las prendas que les hacian recomendables, resolvió con maduro acuerdo que entrase al Nayar el capitan D. Diego Ramon, bien conocido por sus heróicas hazañas en el Reino de Coahuila. Más aunque las gloriosas proezas de su valor y las cuerdas industrias que le sugeria su tan acreditada experiencia, pudieran haber conseguido lo que tan ansiosamente se pretendia, para sujetar la porfiada obstinacion de los Nayares,

ocurrieron tales embarazos, que le imposibilitaron la entrada. Ni pudo tampoco lograrla el capitan D. Antonio de Escobedo, sujeto en quien se unian con noble gustoso enlace la afabilidad, el valor y el ser no solo conocido, sino amado de los Nayeritas. Despues de varias representaciones y consultas, se desvaneció la ideada expedicion bajo de su tan sábia como experimentada conducta, quedándose por falta de medios sin eficacia sus animosos cristianos intentos. Poco despues el Señor Licenciado D. Antonio del Real y Quesada, Oidor de la Real Audiencia de Guadalajara, manifestó la magnanimidad de su corazon, haciendo una bizarra representacion, en que ofrecia sin dispendia de los Reales Erarios, cargar sobre sus hombros todos los gastos necesarios para empresa tan importante y gloriosa, como difícil; más no pudo conseguirlo. Y dudo, que aun despues con muy crecidas expensas se lograra poner la victoriosa planta en el Nayar, enseñándonos ya la experiencia, que cuando finalmente se sujetó aquella Provincia, fué más á esfuerzos de las invisibles tropas con que socorrió á nuestros soldados el cielo, que por lo que obró la valentía ni industria humana.

Esperanzados en los divinos favores algunos religiosos de la Santa Provincia de Jalisco, en quienes sobresalia, aun entre tantos abrasados serafines, cuantos eran sus fervorosos hijos, la activa llama de su ardiente celo, quisieron repetir las instancias para introducir en este profundo caos de sombras la luz del Evangelio. Así lo procuraron los RR. PP. Fr. Pedro de Rivera, Fr. Nicolás Barreto, Fr.

Antonio López Guadalupe y Fr. José de Oliván; á quienes so agregó el Reverendísimo Padre Fray Felipe Atanasio de Guevara, que por ser tan expedito en hablar la lengua mexicana, podia servir mucho para la consecucion de tan santos animosos intentos. Resueltos á que no quedara solo en amago, determinaron el viaje á esta Sierra, desatendiendo los peligros y dificultades que engrandecia la fama, y á que habia dado tanto cuerpo el ningun efecto que habian producido las diligencias tan repetidas,

Emprendieron con grande aliento la jornada, saliendo de la ciudad de Guadalajara con edificacion de todos á pié descalzo. Y hubieran sin duda conseguido esta espiritual conquista, si hallaran alguna docilidad en los pechos de los gentiles rebeldes, y algun rastro de humanidad en los tercos obstinados apóstatas: con la noticia de que se acercaban estos Evangèlicos Maestros, recelosos de salir vencidos, resolvieron con bárbara terquedad oponerles una tan obstinada resistencia, que bastase no solo para embarazarles la entrada, sino aun para apagarles todo el ardor de sus bríos para nuevos empeños. En el camino ya desazonó á aquellos apostólicos varones el gusto, con que habian emprendido y proseguido su viaje, un peligroso accidente, que asaltó al Reverendísimo Padre Fray José de Oliván, y le obligó á quedarse, prosiguiendo solos los otros cuatro misioneros su derrota: llegaron á la ranchería de un indio apóstata llamado el *Taetzani*, que era la primera que se encontraba por la parte del Sur, y la tenia en el mismo sitio en que hoy está fundada la Mision de N. P. S. Ignacio de Guainamora. Estu-

vó aquel solapado astuto bárbaro tan léjos de despedirles con desvío, que ántes les recibió con agasajo: artificio de su maliciosa maña, para atender á su seguridad; porque estando á la entrada, no tenia tanta defensa y guarnicion para resistir, como los que moraban en lo interior de aquella inaccesible quebrada Sierra.

Despues de esta primera vista, que prometia favorables socorros, habiendo llegado aquellos celosos religiosos al rio de Atenco, que dista de Guainamota poco más de una legua, no pudieron por la contradiccion de los Nayeritas atravesar sus aguas, ni pasar á la opuesta orilla. Y aunque el ardiente celo del Reverendísimo Padre Rivera, viendo que embarazándole los pasos, no le impedian la predicacion, la empezó deseoso de la conversion de aquellos bárbaros con apostólica energía; más levantando el grito uno de los indios para que no entrara á lo interior del alma por el oído la Fé, que se les predicaba, comenzó á clamar con voces, con ademanes, y con elocuencia tan diabólica á favor de su libertad y del culto de sus falsos dioses, que siguiendo la inquietud de los demás, apagaron de tal suerte los ardores de nuestro elocuente orador, y ahogaron de modo el penetrante sonido de aquel sagrado clarin del Evangelio, que ni aun pudieron percibirse sus ecos; porque conmovió de manera aquel idólatra los ánimos de los suyos, que temieron los religiosos no tomasen irritados alguna cruel bárbara resolucion; y reconociendo prudentes que proseguir la predicacion era gritar á los sordos, y querer que abriesen los ojos á los rayos de la luz

evangélica, los que les tenian tan cerrados aun á la natural, con el más vivo dolor y sentimiento, bien que templándole con la conformidad, con la voluntad divina, y con el rendimiento á los inescrutables juicios del Señor, resolvieron con sábia acertada prudencia restituirse como otras cuerdas blancas palomas al arca, de que salieron, de sus Santos Conventos, ya que en diluvio de tanta contradiccion no hallaron donde fijar el pié.

Quedaron los Nayeritas gozosísimos con la retirada de estos seráficos apóstoles, creyendo, que escarmentados los ánimos católicos no volverian ya en adelante á pisar los umbrales de sus puertas. Pero como su misma obstinacion atizaba el fuego, en que ardia el celo de algunos Ministros Reales, y de tantos Varones Apostólicos, para encender, y alumbrar sus ciegos corazones, se repitió nuevamente esta tan gloriosa empresa año de mil setecientos once, siendo presidente de la nueva Galicia el Sr. D. Toribio Rodriguez de Solís, y gobernando esta América el Excelentísimo Señor Duque de Linares. Y para que no la estorbara otra vez la rebeldía, se encargó obra de tanto empeño al Reverendísimo Venerable Padre Fray Antonio Margil de Jesus, astro verdaderamente grande, que Valencia su patria enviò á esta América, para alumbrarla, y Varon tan apostólico, que ardia en llamas de un fogoso celo, como hijo del Serafin Francisco. Pero su entrada y sus circunstancias piden particular relacion, que dará la pluma en el siguiente capítulo.

CAPITULO VII.

Procura la entrada á esta Provincia el Reverendísimo y V. P. Fray Antonio Margil de Jesus y aunque halla embarazo á los primeros pasos, reconoce los males y representa para su curacion los remedios.

El informe y representacion que hizo el Señor Oidor Don Juan Picado Pacheco, pareció tan bien en el Real Consejo de Indias, que en vista de la respuesta de los señores que le componian y del señor Fiscal, expidió su Magestad el dia 31 de Julio de mil setecientos nueve, Real Cédula al Señor Presidente y Real Audiencia de Guadalajara, en que manda, conformándose con el informe, que aplicasén todos los medios que juzgasen conducentes á la conquista del Nayar, arrancando de raíz la idolatría,

y quitando este lunar que tanto afeaba á la cristiandad de estos tan dilatados reinos. Y con despacho del mismo dia previno su Magestad sus Reales providencias al Señor Virey para que con su influjo acalorase y promoviese empresa tan de su Real agrado.

Uno de los puntos que contenia el informe era el que corriese la Evangélica expedicion por mano del Reverendísimo Padre Predicador Fray Antonio Margil de Jesus, tan diestro y experimentado en Apostólicas correrías: ordenó así su Magestad, mandando al mismo tiempo que con despacho de su real Audiencia se le pidiese á su Paternidad que informase, á lo que obedeció gustoso haciendo la representacion que traslado aquí á la letra para que se conozca tanto lo animoso de su espíritu como lo experimentado de su prudencia, y dice así: " Muy poderoso Señor, con el motivo de haberse expedido " cédula de treinta y uno de Julio de mil setecientos nueve, en que su Magestad, Dios le guarde, se " sirvió de ordenar que se ponga en práctica la re" duccion del Nayarit, se me ordenó y mandó por " V. A. que informase sobre la forma y medios que " se pueden tomar para el fin. Y los que se me ofre" cen son á mi ver los más propios para la suave " introduccion Evangélica y los que su Magestad " en sus leyes tiene establecidos para convertir y " reducir, disponiendo que siempre preceda la paz " Evangélica y los más suaves de la persuacion, por " ser estos Nayeritas, no naciones numerosas ni in" tratables sino desarmados y sin hostilidad y tener " á sus vecinas las fronteras de Huaxuquilla y Tent" zompa y más inmediato el pueblo de Guazamota,

"doctrina de los religiosos de mi Orden Seráfica de
"la Provincia de Zacatecas. Siendo del agrado de
"esta Real Audiencia entraré por aquel rumbo co-
"mo tengo intencion con solo un compañero Predi-
"cador Misionero de nuestro Colegio, á lo interior
"de la sierra sin escolta ni cuidado de armas; don-
"de con la divina gracia usarè de las diligencias
"que me parezcan mas conducentes y eficaces para
"dicho fin. Pero para que á estas se coopere por la
"Jurisdiccion Real con los que pueden moverles
"más, segun en las Provincias de Guatemala expe-
"rimenté en semejantes casos y ejecutó aquella Real
"Audiencia, me parece conveniente y lo suplico así
"á V. A. que se sirva mandarme dar despacho de
"general, perdon de delitos y muertes que hubieren
"hecho en cualquier tiempo los Indios Coras y Na-
"yeritas, y los que á ellos se hubieran refugiado,
"sean hombres ó mugeres y de cualquier calidad
"que sean, ofreciéndoles el que pacificados los in-
"dios perseverarán entre ellos sin que se ejecute
"pena alguna; ó que se puedan salir libremente á
"las tierras de su nacimiento ó de su antigua vecin-
"dad; que si fueren esclavos, teniendo como tienen
"tantos años de atraidos del servicio de sus amos ó
"se den por libres ó se procure con sus amos que se
"declaren tales por haberse portado como libres
"por tanto tiempo. Tambien convendrá ofrecerles á
"los indios que se redujeren y estuvieren como bue-
"nos cristianos sugetos á la doctrina y buenas cos-
"tumbres, que no se les pondrá Alcalde Mayor ni
"otra justicia española, sino que el pueblo que se
"formare con su Iglesia tendrá su Alcalde indio de

" ellos mismos, dirigiéndoles los Padres Misioneros
" en lo que convenga para su gobierno político pues-
" to que en California se ha ejecutado con solo un
" capitan que nombraron los Padres Conversores y
" ha tenido hasta hoy buen efecto; que si quisieren
" se les nombrará un protector, el que ellos quisie-
" ren y les pareciere más favorable á sus causas ó
" inclinaciones que no se permitirá entren á sus
" pueblos Negros, Mulatos, Mestizos, sino los que
" á los Misioneros les pareciere ser conveniente;
" que á los indios cristianos, circunvecinos de la
" comarca, que nos acompañaren ó asistieren ayu-
" dándonos á la empresa y pacificacion se les ofres-
" ca tenerles esta Real Audiencia presente, para fa-
" vorecerles en cuanto se pueda; que con estos des-
" pachos podremos brevemente ejecutar la dicha en-
" trada, siendo V. A. servido. Guadalajara, Enero
" trece de mil setecientos once. *Fray Antonio Mar-*
" *gil de Jesus.*"

Esta consulta no solo pintó este V. P. la suavidad de su espíritu sino tambien su grande juicio y larga experiencia. Y no se puede negar que los medios que proponia parecia que eran los más congruentes y eficaces para conseguir la reduccion. Pero despues que pulsó de cerca el estado de esta miserable rebelde provincia, reconoció la ineficacia de intentarla por los medios de la suavidad y de la razon y que solo conseguiria el estruendo de las armas que abrieran los ojos que tan obstinadamente tenian cerrados, no ménos á su dicha que á la luz del Evangelio. La Real Audiencia en vista de esta representacion no solo concedió cuanto su paternidad pedia

como tan conforme á la razon y á las leyes de estos reinos, sino que añadió su prudencia al reverendísimo padre el encargo de que atendiese á la seguridad de su persona y de los que le acompañasen en la entrada y á los jueces vecinos y demás túbditos suyos con poderosas expresiones un sério riguroso mandato para que se le asistiese prontamente con todo el favor y socorros que su Paternidad juzgase necesarios, conminándoles con la mayor severidad la pena correspondiente en caso de escusarse. Y no contento aquel nobilísimo Senado con estas providencias, le dió toda la facultad y autoridad que fuese necesaria para el más exacto cumplimiento de lo que mandaba su Magestad Católica del Rey nuestro Señor, y feliz éxito de la empresa, encargándole por último que en caso de que las contradicciones le hiciesen retroceder, se informase del número de los gentiles y apóstatas que poblaban esta provincia, de la comodidad que ofrecia para poder formar pueblos de los aguages, distancias y de todo lo demás que juzgase digno de representarse á la Real Audiencia para que ilustrada con estas noticias emprendiese ó la reduccion por medio de la paz, ó la conquista con fuerzas competentes.

No perdió tiempo el Reverendísimo Padre Margil y acompañado del muy Reverendo Padre predicador Fray Luis Delgado Cervantes, inteligente en el idioma mexicano, dió principio á su jornada por los pueblos de la sierra de Tepique, haciendo allí mision; y de éstos, especialmente de los de Guaxuquilla y de San Nicolás sacó tres indios; uno de ellos fué D. Pablo Felipe, que á más de saber escri-

bir entendia la lengua Cora que es la del Nayar. Con ellos y otros dos, uno de Colotlan y otro de Tarasco de Nacion, salió de Guaxuquilla y atravesando la Sierra Madre, llegaron todos felizmente á Guazamota, donde hizo tambien mision y desde allí despachó á D. Pablo Felipe, acompañado de otro indio llamado Juan Márcos con carta á los Nayaritas que escribió su paternidad y que le dictó su caridad y celo ardiente del bien de aquellas almas, incluyéndoles un tanto del despacho para que leyéndoselo D. Pablo Felipe se enterasen de su contenido y reconociesen la Real benignidad en el perdon, privilegios y exenciones que se les ofrecia en su Real nombre, asegurándoles su proteccion el mismo intérprete.

Envióles tambien un rosario y una imágen de Cristo Crucificado; pero no solo dió la respuesta la obstinacion sino tambien el despecho, como lo manifestó una carta que trajo á los RR. PP. y escribió de su misma mano el Embajador: para imitar al Reverendo Padre Margil que la presentò á la Real Audiencia con los mismos términos con que la escribiò el indio, la trasladaré aunque la disonancia de los barbarismos atormente los oídos, sin imitir letra alguna, es como sigue: " D. Pablo Felipe. A doce de " Mayo, yo mi hermano D. Juan Márcos y yo D. " Pablo Felipe, como manda Dios nuestro Señor y " nuestro Señor Rey, ya hicimas como debemos de " Cristianos: llegamos á los Nayeres y les dimos " parte como nos enviaban los padres santos Misio- " neros; y asimismo el domingo llegamos de maña- " na al rancho llamado Coaxata: allí nos atajaron

" miéntras que avisaban y se juntaban todos los vie-
" jos y los hijos: les empecé á hablar yo Juan Már-
" cos, y acabando yo de hablar, yo D. Pablo Felipe
" les empecé á hablar; les entregamos su carta para
" su Huei Tacat y los títulos: no obedecieron; siem-
" pre están en su sér: lo que respondieron fué que
" no querian ser cristianos. Tres veces les rogamos;
" y ellos dijeron que no quieren; que así lo dijo su
" rey que es el primer Nayerit. No se cansen los pa-
" dres misioneros. Sin los padres y los Alcaldes ma-
" yores estamos en quietud; y si quieren matarnos
" que nos maten, que no nos hemos de dar para que
" nos hagan cristianos."

Esta fué la respuesta de los Nayeres; pero no bastò aun con el desaire de haberles vuelto el rosario y Crucifijo, para que se apagase el celo que ardia en los corazones de aquellos Apostòlicos Varones, ántes pareciò que esta desatencion avivò más el fuego de su grande caridad; porque sin más espera reresolviron acercarse á la Puerta, aun no ignorando que habian de salirles al encuentro aquellas formidables irritadas fieras: así lo experimentaron luego que pasaron la raya y se avistaron á la primera ranchería: aparecieron muchos indios que valiéndose del alarido y de las amenazas, procuraron espantarles para que finalmente se volviesen; llamáronles repetidamente los intérpretes, sin moverse hasta que llegaron otros: ya casi al ponerse el sol bajò una escuadra de más de treinta indios, todos armados, unos con alfanges y otros con flechas puestas ya en las cuerdas, como aprontadas para el tiro; aunque se conoció despues, que todo era amago,

para obligar con el miedo á desistir aquella sagrada empresa.

Estaban los dos Misioneros arrimados á un árbol que por haber servido como de resguardo á tan venerables religiosos, muchos de los Nayeres y yo el primero con el sombrero en las manos cuando ahora pasamos por allí damos á conocer el afecto de nuestra veneracion al Reverendísimo y Venerabilísimo ble padre Margil, que entònces extendia con su compañero los brazos aguardando aquellos bárbaros, ò ya para metérselos en el corazon ò ya para desembarazar más el pecho para recibir sus flechas: demostracion que les suspendiò los idòlatras el paso y los movimientos; y adelantándose hácia ellos el Reverendísimo padre Fray Antonio, abrazò al que parecia que capitaneaba aquellas tropas; con esta cariñosa expresion consiguiò que escuchasen el fin de su venida; propúseles con la eficacia que le dictaba su ardiente celo, los grandes ventajosísimos bienes que se les seguirian si admitian rendidos la Ley Evangélica, y los daños que les acarrearia su obstinacion si porfiaban rebeldes en no sugetar sus cuellos al suave yugo de nuestra sagrada Religion. Mas como contrapesaba y aun preponderaba á la brutalidad de sus desenfrenadas pasiones la bárbara libertad de que gozaban, respondieron tercos á D. Pablo Felipe que era el intérprete: "Decid á esos padres "que no se cansen; que de aquí no han de pasar; que "somos mandados y enviados de los viejos y princi- "pales para aseguraros lo mismo que ya oísteis de "su boca, que no quieren ser cristianos; y nos man- "daban venir con órden de que no os dejemos pasar

"so pena de que quitarán la vida á nosotros como "á traidores y á vosotros como á rebeldes, añadien- "do que si entrasen españoles armados, ellos pro- "curarán defenderse ayudándoles tambien los pue- "blos cristianos de la frontera."

Dada esta tan bárbara como obstinada respuesta se retiraron los Gentiles á un cerro inmediato, sin hacer otra demostracion que tirarles á los Religiosos un zorro empajado diciéndoles: *Tomad eso para cenar.* De este irreverente atrevimiento y de la respuesta que repitió el capitan de aquellas tropas á D. Pablo Felipe, que despues de entrada la noche se pasó al cerro en que estaban alojados los Nayeres, para observar los movimientos de los padres, reconoció el apostòlico y experimentado padre Margil que la rebeldìa de aquellos miserables estaba en tal estado que solo á fuerza de armas se podia y aun debia contrastar. Y hallando del mismo dictámen à los que le acompañaban determinó tomar la vuelta para el pueblo de Guazamota, como lo ejecutaron todos el dia siguiente. Retiráronse estos apòstoles ya con el sentimiento de no haber logrado el fin de aquella sagrada empresa, á lo ménos con el consuelo de haber echado la red y de haber conocido el orígen y causas de la bárbara obstinacion que del todo cegaba á esta tan terca pertinaz gentilidad.

Y sabiendo su grande experimentada prudencia que el buen éxito de los negocios consiste en la brevedad de aplicar los medios, pasó con la mayor que pudo á hacer informe á la Real Audiencia de Guadalajara y á México al Excelentísimo Señor Virey Linares, representando que la rebeldía de los após-

tatas refugiados en el Nayar, y la maligna simulacion de muchos indios y aun pueblos cristianos fronterizos influian en la incurable ceguedad de aquellos obstinados idólatras y que nunca se conseguiría su reduccion si á las bocas de los predicadores no acompañasen los soldados con las de fuego de sus mosquetes, para que fuesen freno á los malos cristianos de los pueblos vecinos y mordaza que cerrase las suyas á los apóstatas para que no se les pervirtieran; porque con sus cerrados consejos impedian el logro de esta conversion y el fruto que se deseaba y prometia la docilidad de los Nayeres. Y que en caso de que estos se coligasen con los fronterizos y apóstatas y resistiesen la entrada, eran necesarios para conquistar esta inaccesible serranía doscientos soldados españoles y cien indios amigos; aunque conquistada la provincia y asegurada ya con el conocimiento de la tierra, bastarían despues para mantenerla cien hombres bien disciplinados, reducidos á solo uno y repartidos en diversos presidios. Y discurriendo entónces que los gastos necesarios para esta tan gloriosa como importante expedicion tendrian de costo hasta treinta mil pesos, les ofreció de su propio caudal el Excelentísimo Señor Duque de Linares, cuya generosa liberalidad les hubiera sin duda desembolsado si no lo hubiera estorbado la noticia que tuvo por este tiempo de que los soldados del Castillo de San Juan de Ulúa, por no haber recibido con la prontitud que pedia, ó su necesidad ó su poca discrecion los pagamentos, se habian propasado á una declarada inquietud.

Arrebató tan del todo el cuidado al Señor Duque

el más eficaz pronto remedio que aplicó su providencia, que no halló lugar para acalorar la empresa del Nayar, desvaneciéndose entónces por este impensado accidente ó porque queria Dios para mostrar más su poder, que no solo se consiguiese la conquista con menos costo y menor número de soldados, sino que corriese tan gloriosa reduccion por cuenta de los de su Compañía; y aunque fué poco feliz su primera jornada, consiguieron por último, con el favor Divino, lo que no se pudiera esperar de tan débiles instrumentos, viéndose así claramente que se habia de atribuir á su poder soberano toda la gloria y felicidad de aquel triunfo.

CAPITULO VIII.

Entra el padre Tomás de Solchaga de la Compañía de Jesus, acompañando al general D. Gregorio Matías de Mendiola.

Aunque en la Real Audiencia de México con la ocasion que acabamos de ver no se acaloró el negocio del Nayar, en la de Guadalajara observaron con desvelo los señores Oidores las oportunidades que ocurrian para repetir las diligencias en órden á concluirle con felicidad y acabar de lograr tan santo glorioso intento: bien instruidos de los sugetos más autorizados en valor y experiencia que pudieran asegurar la esperanza de sucesos más felices que los pasados en tan arriesgada empresa, pusieron la mira

en el general D. Gregorio Matías de Mendiola, sugeto tan acaudalado no solo de todas las prendas que le hacian recomendable para el desempeño, sino tambien de hacienda con que sabria cuando fuese necesario dispararles á aquellos corazones rebeldes balas de plata, que sin hacer extragos saben rendir los pechos más obstinados y de esta suerte conseguiria con su bizarría y con el oro lo que el valor no habia podido lograr con el acero y con el plomo. Vivia este caballero en el reino de la Nueva Vizcaya en el Valle de Xuchil, donde tenia sus haciendas y no distando mucho de esta provincia, estaban frecuentemente asistidas de estos naturales que iban allí á trabajar: con esta ocasion, habiendo siempre experimentado no solo su puntualidad en la paga sino tambien su afabilidad en el trato y los agasajos con que les acariciaba, dieron muestras de no pequeño amor á su persona.

Luego que por los años de mil setecientos quince recibió él órden con los despachos de la Real Audiencia en que se le encargaba la entrada al Nayar, avisó diligente al señor Obispo de Durango, que era el Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Tapiz, á quien ya hacia tiempo que traían lastimado las noticias del miserable estado de esta provincia, causándole un penoso martirio ver tantas almas sepultadas en un abismo de sombras sin querer abrir los ojos á la luz que tan repetidas veces quiso alumbrarles. Mas no pudiendo su Ilustrísima como lo deseaba bajar en persona á estos barrancos por tener ya dispuesto el viaje y la visita á términos no solo opuestos sino tambien distantes, aunque suponía que acompañaría

al general D. Gregorio su capellan el Bachiller D. Francisco Javier Pardo, quiso aquel Ilustrísimo Prelado que viniese en su lugar y en su nombre un jesuita y eligió al padre Tomás de Solchaga, que leía entónces la cátedra de Teología Moral en nuestro colegio de Durango, sugeto muy religioso, de celo, prudencia, y que entendia y hablaba con expedicion la lengua mexicana. Y porque no acertara mi pluma á describir esta entrada con el primor que la de aquel sábio maestro, trasladaré aquí la carta que escribió á su Ilustrìsima, aunque abreviando algunas cláusulas é insertando otras de la que este mismo celoso jesuita envió al padre Francisco Echeverría y disponiéndolo de suerte que sin fastidio del que leyere esta historia se halle solo en una cuanto contenian aquellas dos.

Es como sigue:

"Ilustrísimo Señor, en cumplimiento del mandato "que V. S. Ilustrísima me dejó intimado antes de "salir á su visita de que entrase á la provincia del "Gran Nayar en compañía del Sr. D. Gregorio Ma-"tías de Mendiola, quien venia á recibir la obedien-"cia que los naturales Nayeritas ofrecian dar al "Rey nuestro Señor D. Pelipe V. que Dios guarde, "y solicitase yo la reduccion á nuestra Santa Fé de "estas bárbaras gentes; precepto ciertamente muy "propio del ardiente celo que V. S. Illma. tiene de "reducir toda la gentilidad que hay en este su di-"latado Obispado de Durango, y muy gustoso para "mí por ser ministerio tan propio de nuestra com-"pañìa de Jesus; en cumplimiento vuelvo á decir "de este mandato salí de Durango á veintinueve de

" Octubre del año pasado de mil setecientos quince; " y habiendo llegado á la hacienda del general des- " pues que se acabó de juntar la gente y de prevenir " el carruage y víveres para el camino, salimcs en " su compañía su Capellan D. Francisco Javier Par- " do y yo con treinta soldados españoles y cien in- " dios amigos de los pueblos vecinos al Real de " Sombrerete comenzando luego subir la Sierra Ma- " dre, por la cual anduvimos con grandes frios ya " por mucha altura que tiene, ya por ser tiempo de " nieves y de hielos; y con gran trabajo por ser el " camino poco trillado, muchas y pendientes las la- " deras, frecuentes los despeñaderos y precipicios y " las profundidades que se miran tales, que causan " horror aun caminando á pié como yo anduve mu- " cha parte de este camino en que se rodaron y pe- " recieron algunas caballerías cargadas. Finalmente " á los ocho dias, habiendo bajado una cuesta que " tiene de bajada como doce leguas, llegamos al úl- " timo pueblo de la Cristiandad llamado Guazamo- " ta, que administran los reverendos padres de San " Francisco de la provincia de Zacatecas, tierra tan " caliente que por Diciembre sudábamos dia y no- " che. Desde este pueblo despachamos al Nayar dos " indios amigos que eran nuestros intérpretes y por " cuyo medio se habia ajustado esta entrada y que " nos abriesen la puerta tan cerrada á los cristianos, " que hay pena de la vida si pasan de allí adrentro; " teniéndola siempre abierta á los Apostatas y de- " lincuentes. Al tercero dia volvieron los enviados " pidiendo en nombre de los Nayeritas que les con- " cediésemos diez dias de espera para que se junta-

" se toda la Nacion, que estaba dilatada por sesenta
" leguas y despues solicitaron más largo término
" siendo los motivos de esta dilacion (segun ellos nos
" dijeron despues) su natural timidez y desconfian-
" za sobre lo que les habian dicho ya los Apóstatas
" y los mismos cristianos de los pueblos vecinos, que
" son sus confederados aunque ocultos; y creemos
" que ellos repugnan la conversion de los Nayeres
" y les inducen á que no se conviertan; por ser aque-
" lla tan quebrada serranía el refugio de los malos
" cristianos, indios, españoles y hombres de todos
" colores que viven entre ellos gentílicamente. Por
" ùltimo, despues de veinte dias, aunque en lo inte-
" rior conservaban sus sospechas ó ya por el punto
" de habernos dado su palabra ó ya por las persua-
" ciones que les hicimos por medio de los intérpre-
" tes, nos enviaron á decir que entràsemos que ya
" nos aguardaban y deseaban en su tierra.

"Salimos de Guazamota para el Nayar, á cuya
" puerta llegamos el dia catorce de Enero del año
" de mil setecientos, diez y seis, consagrado al dul-
" císimo Nombre de Jesus: por esta circunstancia
" y por la de venir en el Estandarte Santa Teresa de
" Jesus y el Apóstol San Francisco Javier, le pusi-
" mos á la provincia este nombre, llamándola *la*
" *provincia del Santo nombre de Jesus.* Desde este dia
" todos los demas que estuvimos en ella, celebré el
" Santo Sacrificio de la Misa, levantando capilla ra-
" mada, y erigiendo la Santa Cruz. El dia siguien-
" te á nuestra llegada, al amanecer nos enviaron seis
" embajadores con un capitan, que nos saludó en
" nombre de los caciques, y dijo que venia para

" guiarnos; y habiendo pasado de la primera puer-
" ta, ó boca guarnecida por ambos lados de peñas-
" cos altos é inaccesibles, caminando por el Rio
" Grande del Nayar, y habiéndole pasado varias
" veces, llegamos á un sitio, que es como la segun-
" da más interior, donde nos dijeron que hiciésemos
" alto. Y como á las tres de la tarde vinieron otros
" doce embajadores con un capitan, que despues de
" saludarnos dijo que prosiguiésemos la marcha.
" Así se hizo hasta llegar á una subida estrecha de
" peñascos, que apenas se podia subir á caballo. Y
" habiéndola vencido salimos á un llano en forma
" de una gran plaza, á donde nos salieron á recibir,
" y cogieron en medio hasta cuatrocientos indios
" mozetones, que ninguno pasaria de treinta años;
" todos desfigurados con el tinte, que llaman *embije*,
" que traían no solo en el rostro, sino en el cuerpo,
" que parecian demonios; iban todos armados de
" arcos y flechas, y con plumages de varios colores
" en las cabezas en forma de coronas; y habièndo-
" se puesto en dos filas, nos dió su capitan esta em-
" bajada: "Los señores y grandes de este Gran Na-
" yar os saludan, y dan la bienvenida á sus tierras,
" adonde nunca han entrado los españoles; y envian
" estos muchachos para que os festejen y os conduz-
" can al paraje que os han prevenido, y adonde ven-
" drán mañana los señores viejos y grandes á veros;
" y vosotros saldreis á recibirles á su usanza."

" Acabado el razonamiento, hizo el capitan una
" seña con la mano, y al punto levantaron los indios
" tal gritería y alaridos tan terribles, que nos atur-
" dieron, y llevándonos en medio nos condujeron á

" una casilla de paja con varias piezas y divisiones, " que estaba orillada al barranco del rio. Llevó uno " de los porteros al general al cuarto, que le tenian " prevenido, y á mí á otro aposentillo pajizo, di- " ciéndome: " Descansa, padre, y no tengas recelo, " que seguro estás. " Despidióse el capitan, y desa- " parecieron, entrándose por los barrancos los in- " dios de armas; y aunque éstos, como dije, llega- " rian á cuatrocientos, al mismo tiempo veíamos los " cerros que coronaban aquel sitio, llenos de gente, " que habia concurrido para ver nuestra entrada. " Quedamos solos en aquellas chozas, por lo desu- " nido de la paja tan trasparentes, que por todas " partes se entraba el sol, añadiéndose al sumo ca- " lor la molestia de los mosquitos y los temores de " los alacranes venenosos, de que hay gran abun- " dancia. El dia siguiente vino el mismo capitan y " nos pidió que siendo ya hora de salir á recibir á " los señores grandes y viejos del Nayar, le permi- " tiésemos que él dispusiese y ordenase el recibi- " miento. Convenimos porque queriamos darles gus- " to en todo lo lícito para desvanecer sus sospechas: " con este permiso puso en medio al general con su " capellan y á mí á sus lados, disponiendo en dos " filas el resto de nuestra gente, y habiendo camina- " do como dos cuadras, hizo seña, y resonó por tres " veces un extraordinario alarido; segun nos dije- " ron despues en secreto los intérpretes, lo ejecuta- " ron asì porque quisieron retirarse, arrepentidos de " habernos dado entrada, sin más motivo que su na- " tural inconstancia. Pero persuadidos é instados " de nuestros intérpretes, se acercaron hasta avis-

" tarse á nosotros dos filas de hombres armados que
" llegarían á quinientos, sobrándoles gente para ro-
" dearnos en círculo, lo que nos tuvo recelosos por
" no pasar de ciento treinta los nuestros. Al re-
" mate de estas dos filas venia la nobleza y magna-
" tes del Nayerit: traían en medio dos viejos que
" eran como sus sacerdotes; éstos venian sin armas
" y en medio de ellos iba su reyezuelo ó gobernador
" mozo, que traía en la cabeza una corona de va-
" riedad de plumas bien matizadas, y en la mano un
" baston con la empuñadura de plata: era alto de
" cuerpo y bien apersonado, pero de tanta severi-
" dad, que declinaba á ceño. Rodeábanle doce capi-
" tanes y todos traían coronas en las cabezas de
" vistosas plumas, algunas de ellas armadas sobre
" cintillos de plata. Otros sobre las coronas tenian
" unas medias lunas y otras figuras tambien de pla-
" ta. Acompañábales asimismo una música tan acor-
" de y armoniosa, que todos creíamos que era un
" órgano portátil, aunque no nos atrevimos á pre-
" guntarlo entónces, así por la mesura y seriedad
" con que ellos venian, como por nuestra propia
" confusion; pues todos recelábamos si aquel gran-
" de aparato remataria finalmente en que nos mata-
" ren á todos. En fin, habiéndose careado con el ge-
" neral y con nosotros, hicieron tres genuflexiones
" á que correspondimos con la inclinacion de la ca-
" beza y con los brazos, estrechando en ellos á su
" gobernador y á los principales; y llevándoles á
" nuestro Real, se les dió asiento y chocolate que
" bebieron gustosos, haciendo àntes sus ceremonias
" gentílicas de ofrecer al sol el primer bocado. Des-

" pues les dimos á entender con suavidad el fin de
" nuestra venida, exhortándoles a recibir el santo
" bautismo, y prometiéndoles que me quedaria yo
" con ellos en sus tierras para administrarles los
" Sacramentos y enseñarles el camino del cielo. A
" que respondieron los dos viejos y todos los doce
" capitanes, cada uno de por sí, que aunque estaban
" prontos para dar, como ejecutarian el dia siguien-
" te con toda solemnidad, la obediencia al Rey nues-
" tro señor, pero que en el punto de admitir la reli-
" ligion cristiana no se determinaban por entónces
" por no degradar al sol, á quien ellos y sus ante-
" pasados habian adorado siempre, y temian incu-
" rrir sus enojos y experimentar sus castigos, aña-
" diendo que se les hacia muy duro el dejar los ri-
" tos y costumbres de sus mayores. Y aunque yo
" procuré desvanecer este y otros errores y razones
" frívolas que alegaban, bien conocí que el princi-
" pal motivo de su resistencia era el no querer per-
" der la libertad de conciencia en que vivian; y aun-
" que apretados de la razon y agasajo, nos asegura-
" ban que no obstante su determinacion, daban li-
" cencia, para que pudiesen bautizarse los que qui-
" sieran, pero esto ni los particulares lo pedirian,
" viendo á sus principales inclinados á lo contrario,
" ni yo aunque lo suplicasen les bautizara, sino es
" *in casu mortis*, ménos que se tuviese seguridad pri-
" mero de la permanencia de sacerdote que les asis-
" tiese y adelantase en la vida cristiana. Convidóles
" á comer el general, y este y los demas dias que
" comieron con nosotros, no perdí ocasion de intro-
" ducirles la luz de la verdad; más siempre trope-

“ zaba con su obstinacion. Este dia quisieron cele-
“ brar nuestra venida con un baile á su usanza, can-
“ tando en su lengua; y aunque todo iba en conso-
“ nancia, pero la hacian disforme y formidable la
“ gritería, los movimientos violentos y los visajes.
“ Esta y otras noches en que temiendo poco nues-
“ nuestras armas, se embriagaron casi á nuestra
“ vista, no nos permitieron tomar el sueño, así por
“ sus descompasados gritos como por el recelo que
“ teniamos de alguna traicion y asalto repentino.

“Una de estas, paseando el señor general y yo
“ por la plazuela que estaba próxima al Real, y confi-
“ riendo los medios para facilitar la empresa, como
“ á las diez de la noche, habiéndonos primero asus-
“ tado el ruido de la carrera, vimos con la escasa
“ luz de las estrellas, cuando le teniamos ya inme-
“ diato á nosotros, á un indio Nayar que venia em-
“ briagado, y amenazando con el alfange que traía;
“ y sin deliberacion por lo repentino del caso, dí
“ un salto y le cogí el brazo en que empuñaba el
“ falange, hasta saber quién era y qué queria: á que
“ respondió que buscaba á otro Nayar para matar-
“ le. Y aunque el general, viendo que se iba por
“ los jacalillos de los nuestros, mandó á los de posta
“ que le apartasen de allí, no se escusò; porque nues-
“ tro intérprete, habienda oído este órden, se levan-
“ tò con gran prisa y susto, y suplicó con mucho
“ encarecimiento que no le hablasen palabra á aquel
“ gentil ni á otro alguno; ni intentasen aun apaci-
“ guar á los que de ellos se herian y peleaban en
“ aquella hora, aunque se matasen, como de hecho
“ quitaron la vida á uno aquella noche.

" Por último, despues de haber quedado en aquel " puesto algunos dias, viendo que no habia esperan- " za de que se redujesen, aunque se habian hecho " tantas diligencias predicándoles, no solo yo con " las frecuentes exhortaciones que les hice en len- " gua mexicana, sino tambien el señor general con " el agasajo y con las dádivas, y los soldados con la " afabilidad y buen trato; y añadiéndose el que nos " avisaron de que estábamos en gran peligro, y que " todas aquellas demostraciones las hacian los Na- " yeres para provocar á nuestra gente á algun eno- " jo ó enfado y tener motivo para romper la gue- " rra y acometernos de improviso, resolvimos vol- " vernos al pueblo de Guazamota, como lo ejecuta- " mos, despues de haber dado los Nayeres la obe- " diencia al Rey Nuestro Señor solemnemente. De " Guazamota pasamos á este Valle de Xuchil, don- " de escribo esta, para dar noticia á V. S. Ilustrísi- " ma de nuestro viaje.

" Pero hablando ahora del juicio que hago de los " Nayeres y de su reduccion à nuestra Santa Fé, " me persuado á que nunca lo harán expontánea- " mente; porque entre ellos viven muchos cristianos " apóstatas de todos colores, y jaeces, y algunos " esclavos fugitivos: éstos por conservar la libertad " de conciencia inducen y aconsejan á los Nayeres " á que no se conviertan, ponderándoles las veja- " ciones que han de padecer de las justicias secula- " res y de la sujecion á los Ministros Evangélicos. " Y añadiendo á esta razon lo bien hallados que es- " tán los gentiles en sus embriagueces, idolatrías y " lascivias, no parece creíble que de su voluntad se

" reduzcan ni que la obediencia que dieron al Rey
" Nuestro Señor y han dado en otras ocasiones, pa-
" se de pura ceremonia futil y vana; pues ellos ja-
" más obedecen á mandato alguno que se les haga
" en nombre de Su Magestad, ni dejan de admitir
" á los apóstatas rebeldes á la Real Corona, ni quie-
" ren entregarles ni admitir sacerdotes que admi-
" nistren por lo ménos á los cristianos refugiados.
" Todo esto y el haber no solo hecho algunos da-
" ños en las poblaciones vecinas, sino el estar siem-
" pre prontos á admitir á los indios apóstatas y á
" otros delincuentes, parece que basta para hacer-
" les guerra muy justa, obligándoles á fuerza de
" armas á que entreguen á los apóstatas ó que ad-
" mitan sacerdotes para que administren à los cris-
" tianos, dejándoles á ellos libres en el punto de
" religion, pero no en que admitan en lo de adelan-
" te á los desertores y fugitivos por las graves
" y perniciosas consecuencias que en lo espiritual y
" temporal se siguen en los pueblos cristianos que
" rodean esta Sierra, y que pasan de treinta: los in-
" dios de estos pueblos apenas conocen sujecion, ni
" temor por la cercanía del refugio á estos barran-
" cos, de donde saben que nadie les ha de sacar,
" dando tambien esto, atrevimiento á cometer enor-
" mes delitos, no solo á los indios, sino á los espa-
" ñoles, mulatos y otros; y no solo vimos entre los
" Nayeres, que vinieron á vernos, tres hermanos es-
" pañoles, dos varones y una mujer, sino que nos
" aseguraron que fuera de los muchos que viven
" desparramados en las rancherías y poblaciones de
" los Nayeres, hay una por el lado del Sur, que sa-

" le al pueblo de Tepique, donde viven más de tre-
" cientos apóstatas de todos colores, los cuales vi-
" ven como gentiles y mueren como bárbaros. A
" que se añade que esta facilidad de refugiarse al
" Nayar, ha dado ocasion á las sublevaciones de es-
" tos años pasados; así á las de los pueblos de San
" Andrés, el del Mesquital y el de Santa María, co-
" mo á la de la Sierra de Tepique, donde se levan-
" taron muchos pueblos, cuya pacificacion costó á
" Su Majestad muchos millares.

" Por todo lo cual, y para evitar daños tan gra-
" ves, como se siguen á la cristiandad de los pue-
" blos vecinos, y pueden seguirse aun á los distan-
" tes, tengo por conveniente, y aun necesario, que
" sean obligados los Nayeritas á los tres puntos que
" tengo ya insinuados, tan justos, tan debidos y tan
" necesarios. Primero, que no admitan á cristiano
" alguno fugitivo en sus tierras. Segundo, que en-
" treguen á todos los apóstatas que en ella viven.
" Tercero, que en caso de no querer entregarles por
" estar emparentados ya con ellos, ò por haber naci-
" do sus hijos en dicha provincia y haber recibido
" muchos el Santo Bautismo cuando salian afuera,
" aunque despues volvian á vivir gentílicamente co-
" mo antes, que admitan sacerdotes para que admi-
" nistren los Sacramentos y enseñen los católicos
" dogmas á los cristianos. Y me persuado que esto
" solo se conseguirá á fuerza de armas; porque por
" convenio y por vía de paz nunca vendrán en ello;
" pues nosotros ya les propusimos estos medios y
" no les quisieron admitir. Y aunque se les amena-
" zó mandaria Su Majestad hacerles guerra, aun es-

" to no les hizo la menor mella. Pero soy de pare-
" cer que en sabiendo ellos que con eficacia se apres-
" ta gente; y mucho más en viendo sobre sí las ar-
" mas, admitirán cualquier partido ó capitulacion
" que se les proponga. Y por cuanto este medio tan
" necesario no se puede ejecutar sin real mandato,
" tengo por necesario el que V. S. Ilustrìsima se
" sirva de informar á Su Majestad ó á su Real Con-
" sejo de Indias, ò al señor Virey de esta Nueva
" España, para que se ponga á tantos males espiri-
" tuales y temporales conveniente remedio. Este es,
" Ilustrísimo Señor, el juicio que he hecho de esta
" nacion del Nayerit y de su reduccion, y del esta-
" do que hoy tiene. Y habiendo V. S. Ilustrísima
" por favorecerme fiado de mí esta diligencia de
" ver, tantear y exhortar á esta nacion á la conver-
" sion á nuestra Fé católica, no cumpliera yo, si no
" avisara á V. S. Ilustrísima todo esto, que he juz-
" gado conveniente poner en noticia de V. S. Ilus-
" trísima, para que con su madura discrecion y ar-
" diente celo de las providencias necesarias para la
" reduccion de esta tan ciega nacion, y bien y re-
" medio de los pueblos cristianos vecinos. Quiera
" Nuestro Señor que se consiga para su mayor glo-
" ria. Su Majestad guarde á V. S. Ilustrísima para
" bien de este Obispado, &c. Valle de Xuchil, Fe-
" brero 25 de 1716.—Ilustrísimo señor, B. L. M. de
" V. S. Ilustrìsima.—Su mas afecto siervo y cape-
" llan, *Tomás de Solchaga*, de la Compañía de Jesus."

Hasta aquí la carta del padre Tomás de Solchaga, que fué el primer sacerdote misionero que entró al Nayar de las puertas adentro. Y aunque solo pasaron de la raya como cinco leguas y no se consiguió el fruto que se deseaba, enarboló dentro de estas tan temidas murallas el estandarte de nuestra Redencion y celebró el Santo Sacrificio de la Misa para tomar posesion de esta tierra tan necesitada de cultivo, cuya entrada dispuso el Señor se abriese á uno de la Compañía de Jesus, porque habia destinado su Magestad á su tiempo como veremos en esta historia, á los de esta sagrada Apostólica Religion para Obreros Evangélicos de esta sierra, para que podasen y cultivasen esta inculta viña que solo habia sabido fructificar agraz y producir espinas. Esto no lo vió cumplido el celoso padre Tomás, que sin duda hubiera sido señalado para perfeccionar la obra que comenzó: más habiéndoselo llevado ántes el Señor para premiarle sus apostólicos trabajos facilitó lo que parecia ya imposible y lo guió por caminos tan extraordinarios á la providencia humana que pareciera increible si no supiéramos que su poderoso brazo sabe hacer aun de las piedras hijos de Abraham.

CAPITULO IX.

Facilita la Divina Providencia la entrada al Nayar, abriéndola los mismos que tantos años la tuvieron tan cerrada.

Llegó por último el tiempo que Dios tenia predestinado para que los Nayeres abriesen la entrada á su provincia, que tan obstinadamente rebeldes habian cerrado embarazando casi insuperablemente su reduccion la valentía y astusia con que en tan repetidas expediciones habian hecho volver la espalda no solo al esforzado brío de muchos capitanes, sino al fervoroso espíritu de muchos Apostólicos Misioneros que intentaron romper los cerrojos de sus puertas para introducirles el remedio á sus engaños: ahora para que más claramente se reconociese la amorosa paternal Providencia del Señor, ellos mismos fueron el instrumento de su reduccion; porque apiadándose finalmente la Divina Misericordia de ver á estos miserables tanto tiempo cautivos

y esclavos de Lucifer, dispuso de tal suerte las cosas con su inapeable ordenacion, á que no sabe resistir la más obstinada rebeldía, que saliendo ellos en busca de sus intereses se dejaron abierta la puerta, sin advertir que le quitaban los candados con que su terquedad la tenía siempre cerrada.

El comercio que mantuvieron inocentes los Nayeritas por tantos años, habia en estos tiempos declinado en insolentes atrevimientos; eran ya los robos é insultos muy frecuentes; padecíanlos con más continuos asaltos los pueblos vecinos de las fronteras que están por la parte del Poniente, hácia la costa del mar del Sur, cuyos habitantes por no estar aliados con esta bárbara nacion, vivian más abochornados por los efectos de sus violencias; y viéronse últimamente acometidos con tal osadía que hasta á sus puertas llegaron á asaltarles. Determinaron para evitar mayores descalabros con esforzada resolucion repeler fuerza con fuerza, y previniéndose de armas salieron en su seguimiento con tal celeridad, que llegaron á alcansarles logrando aprehender algunos muchachos con dos adultos. A estos remitieron presos á Guadalajara y á aquellos los dejaron en sus pueblos para instruirles en nuestra Santa Fé y bautizarles. Mucho sintieron los Nayeres este golpe; pero más vivamente hirió su corazon otro dolor que hizo tiro á sus intereses; porque siendo inescusable paso el de estos pueblos, ya enemigos suyos, para conducir la sal de las costas de Olita, y sabiendo por la experiencia que eran tan hombres que sabian valerse de las armas contra sus astusias, no hallaban camino que les desembarazara el que tanto les im-

portaba: para salir de tan sensible ahogo hicieron varias juntas, mas nadie propuso medio que no le reprobara su temor.

Casi al mismo tiempo que andaban estos indios vacilantes sin hallar sus discursos salida á sus congojas recibió en México el señor Marqués de Valero, Virey entónces y Capitan General de esta nueva España, Cédula de su Magestad en que expresaba de nuevo sus católicos deseos de que se abriese de una vez la entrada al Nayar á nuestra sagrada Religion, para que se cerrase del todo al engaño de los apóstatas y delincuentes, que sacudiendo el yugo de la obediencia á su corona y apartándose del gremio de la iglesia, mantenian en su ceguedad á estos gentiles. Luego que su Excelencia leyó los Reales encargos tan conformes á su celo, para dar los primeros pasos con acierto y hallar alguna llave maestra para abrir la puerta tan cerrada del Nayar, remitió carta en que declaraba sus deseos y las Reales órdenes de su Magestad al general D. Martin Verdugo de Haro, Oficial Real que fué muchos años y Corregidor en la ciudad de Zacatecas: este tan cristiano como celoso caballero, para dar cumplimiento al superior mandato de su Excelencia y siguió el camino que le proponia para darle muy exacto á los de su Magestad escribiò luego á D. Juan de la Torre Valdés y Gamboa, vecino de la Villa de Jerez, distante diez leguas, noticiándole aquella Real órden y suplicándole tomase el trabajo de venir á Zacatecas para conferir los medios que se discurriesen más á propósito para facilitar la consecucion de tan importante empresa.

Era D. Juan de la Torre el más idóneo para dar luz en la conferencia y aun para encargarse de ejecutar lo que se resolviese en la junta; porque por su buen corazon y amabilidad á que añadía la liberalidad que le permitía su caudal y el hablar con expedicion y entender la lengua mexicana, arrastraba los efectos no solo de los indios fronterizos que habian de ayudar á la conquista, sino de los mismos Nayeritas que siempre dieron especiales muestras de amor á los de esta familia y más que á otros á este tan amable caballero, con quien siempre comunicaban cuanto salian á comerciar y le escribian varias veces cuando tenian algun embarazo: deseaba ansiosamente la conversion de estos bárbaros; habíales ya hablado y escrito varias veces sobre este tan importante punto; y viendo ahora que se trataba de aplicar los medios más conducentes á tan alto fin se puso luego en camino. Confirieron aquella empresa y las dificultades que se ofrecian: representó el rumbo que juzgaba más conveniente y era aceptar ahora el ofrecimiento que le habian hecho en varias ocasiones estos indios, pidiéndole que se viniese á vivir entre ellos con toda su familia, obligándose aun á mantenerle en cualquiera necesidad.

Nunca se habia inclinado á determinacion tan arriesgada, pero ahora que le estimulaba el servicio de Dios y el de nuestro católico Monarca, parecíale ya que podia y aun debia abrazar esta resolucion dejándose guiar del celo y de la lealtad, esperanzado solo en lo mucho que Dios le habia de favorecer arriesgándose por causa tan justa y de tanta gloria suya. Pero añadió que aun su caudal era suficiente

para mantener con decencia su persona y su familia, no lo era para comensar á conquistar unos corazones tan interesados como los de los Nayeritas, siendo las armas más necesarias y poderosas las del cariño y las dádivas para inclinarles despues á entrar por el camino que se discurriese más llano para lograr el intento que se pretendía. Y aunque este medio era impracticable, hecha representacion de todo á su Excelencia, conociendo bien lo arriesgado de la propuesta, reconoció que con estas luces comenzaba á rayar la esperanza: aceptó tan valiente y cristiana resolucion; y para empezarle á premiar sus heroicidades, se le remitió el título de Capitan Protector, asignándole por entónces el sueldo de cuatrocientos cincuenta pesos y encargándole que con la suavidad que le dictase su discrecion procurase mover á algunos de los indios Nayeritas á que pasasen á México, donde entre los otros medios que se discurrian no seria el menos congruente el que persuadidos estos á lo mejor con la fuerza de las dádivas y agasajos, inclinasen á los otros con el ejemplo y con la voz á que finalmente se rindiesen á lo que tanto se deseaba.

Entretanto, Dios que iba disponiendo todas las cosas conforme á su divina ordenacion, movió á estos bárbaros á consultar sus dudas con D. Pablo Felipe, saliendo á este fin al pueblo de San Nicolás, donde vivia con el cargo de Capitan de aquellas fronteras y habia ya recibido carta del Capitan Protector, en que le encargaba que procurase hallar camino que allanase el paso para la tan deseada reduccion de los Nayeritas. Estos espoleados del amor á los

muchachos que les tenian en los pueblos y de los atrasos que ya sentian por falta de la sal, partieron de sus tierras en busca de aquel su grande amigo, para que con su prudencia les sugiriese el rumbo que debian tomar para remediar tan sensibles males. Valiéndose de la ocasion tan oportuna que se le vino á tan buen tiempo, mostróse sagazmente compadecido de sus aflicciones; comenzó á discurrir con ellos varios medios que ya conocía; no habian de ser admitidos por arriesgados; disfrasó así el que finalmente les propuso muy al descuido y era todo el blanco de sus discursos.

Díjoles que solas las providencias de un Virrey podian remediar tan graves daños y que su parecer era que pasasen á México á representarle á su Excelencia sus cuidados; ponderóles sagaz las dificultades de tan largo camino; se ofreció gustoso á acompañarles y servirles de intérprete, asegurándoles que todo se conseguiria con ventajas si les condujese á la presencia del señor Virey D. Juan de la Torre, de quien ya sabian cuán afecto les habia sido siempre; facilitóles la jornada pretestando que iban principalmente á dar la obediencia al Rey nuestro Señor, y que con esta ocasion lograrian la representacion y el remedio de tantos perjuicios con que los fronterizos de la costa les tenian tan mortificados: hablóles por fin con tal arte y energía que no solo aprobaron por mejor el consejo que se les daba, sino que resolvieron despachar algunos á llamar al "Tonati" para que viniendo persona de tanta autoridad á esta Corte, fuese más calificada su propuesta y mejor despachadas sus demandas, por más que se hubiese

de dispensar que en el tiempo que duraba aquel viaje, quedase al cuidado de otro el culto de sus deidades y el aseo de sus templos, como se ejecutó con aprobacion de D. Pablo Felipe, indio verdaderamente fidelísimo, en quien especialmente desde este paso sobresalieron el celo y el valor, habiendo influido no poco á esta tan deseada reduccion y conquista, no solo con los dictámenes de su discurso, sino con los esfuerzos con que persuadió á los Nayeritas, que abrazacen nuestra santa Religion.

Llegó el "Tonati," que acompañado de D. Pablo y de cincuenta Nayeritas se encaminó á la Villa de Jerez en busca de D. Juan de la Torre, á quien ya habia prevenido aquel fiel honrado indio, y aunque este discreto caballero les recibió muy cariñoso, les vendió con mucha sagacidad el favor de irles acompañando, aceptando como por fuerza lo mismo que èl tanto deseaba. Más temiendo que los Nayeres por su natural inconstancia quisieran volver atrás, preocupó con la brevedad estos recelos. Dispuso el viaje para Zacatecas, de donde avisado ántes de su venida, salió á recibirles en su furlon el Sr. corregidor D. Martin Verdugo y los Sres. coroneles D. Fernando de la Campa y Cos, conde que fué despues de San Mateo del Valle de Valparaiso, y D. José de Urquiola, conde de Santiago de la Laguna: salió tambien el comercio y mineros, marchando á caballo, queriendo todos aquellos caballeros con estas demostraciones de cariño facilitar la reduccion tan pretendida, y hacerle esta primera salva á nuestra sagrada religion por la esperanza, que ya se concebia de su entrada al Nayar. El señor co-

rregidor hizo que subiese en su furlon el "Tonati," le detuvo, y agasajó aquella noche; más el siguiente dia le pidiò licencia para retirarse al cerro, donde se habia alojado su bárbara tropa, ó llevado del amor á los suyos, ó de la costumbre de vivir en los barrancos.

Iba todo felizmente; y receloso el enemigo de las almas al ver que con tan buenos principios tenia ya la verdad andado la mitad del camino para triunfar el error, procuró impedirle los vuelos, esparciendo al público, que los indios que llevaba el capitan protector y D. Pablo Felipe, no eran Nayeres, sino indios fronterizos. El rumor pasó de la plebe á los oídos de los discretos, y luego le despreciaron, no siendo imaginable que D. Juan de la Torre, que les conocia, llevase á Su Excelencia en negocio de tanto peso, en vez de la verdad un engaño, que seria un cargo de mala calidad, luego que se descubriera simulacion tan perniciosa. Y así prosiguieron en cortejar y acariciar á los Nayeritas aquellos señores en que sobresalieron principalmente la benignidad del señor corregidor y la bizarría del señor conde de la Laguna, ofreciendo éste, como lo cumplió, al capitan protector los caudales que juzgase necesarios para los gastos de la jornada, y vistiendo de calamaco á los cincuenta indios que acompañaban al "Tonati," á quien ya habia dado un vestido el señor corregidor. Más viendo el demonio que no pudo lograr sus trazas por mano de los nuestros para embarazar el viaje, tiró á retraer á aquellos tímidos bárbaros, infundiéndoles mil desconfianzas, y pintándoles tan grandes dificultades y peligros

en alejarse tanto de su tierra, que los veinticinco pidieron licencia para restituirse á su provincia, alegando tales pretextos, que se les hubo de conceder; todos los otros les hubieran seguido, á no poner freno á sus intentos el ejemplo del "Tonati," que manteniéndose firme en proseguir el viaje, llevó tras sí á los otros veinticinco que quedaban, pudiendo mas que su timidez, el respeto con que veneraban á tan autorizada persona.

Y aunque no faltó quien le negase al "Tonati" la superioridad á todos los Nayeres, pretendiendo que no pasaba su jurisdiccion, los territorios de su ranchería, que era la de la Mesa, no tuvo otro fundamento que la tenacidad y arrojo del que habia formado este dictámen, porque desde el tiempo de Nayerit estuvo siempre anexo el gobierno político de toda la provincia al sumo sacerdote, que residia en la Mesa; y siéndolo entónces el "Tonati," fué capricho negarle la superioridad, y más cuando la misma obediencia de los que le siguieron, y aun la reverente propuesta de los que le desampararon, manifiesta que reconocian en él algun carácter que les obligaba à obedecerle y acompañarle en el viaje á México. Salió por fin hácia esta imperial ciudad de Zacatecas en compañía, no solo del capitan protector y de D. Pablo Felipe, sino tambien del capitan D. Santiago de Rioja y Carrion, que influyó y trabajó no poco, para que se lograse esta empresa, dejando su casa por hacer este servicio á Dios Nuestro Señor y á nuestro católico monarca y á toda esta septentrional América, abandonando su sociego por atender á la quietud de este tan dilatado reino.

CAPITULO X.

Ruidosa entrada del "Tonati" en la corte de México, donde el señor Marqués de Valero consigue los primeros triunfos de su obstinacion.

Llegó con felicidad el "Tonati" con toda su tropa Nayerita, cortejado del capitan protector D. Juan de la Torre y del capitan D. Santiago de la Rioja á la corte de México por el mes de Febrero de mil setecientos veintiuno. Y siendo cabeza esta gran ciudad del vastísimo cuerpo de esta septentrional América, con el conjunto de maravillas de que se compone, no solo por lo primoroso de su arquitectura, sino por la universalidad de novedades que hacen y dan recomendacion á su grandeza, dejó pasmados ya con su primera vista á estos sus nuevos

huéspedes, á quienes aun más que toda esta suntuosidad admiró y suspeudió el tropel, y numeroso concurso de españoles que veían y de que podian formarse ejércitos, no solo para conquistar su rebeldía, sino para acabar con todos sus paisanos. Aunque bien aleccionados con su astuta sagacidad lo disimulaban, guardando las reflecciones de sus discursos muy reservadas con el silencio, sin que se les asomasen en su semblante.

Fué muy ruidosa la novedad que causó la venida de los Nayeritas en los ánimos mexicanos; porque no solo picó la curiosidad en la gente plebeya, que corria á tropas á verles, sino que movió aun á los señores y señoras de primera clase, para deber al exámen de sus propios ojos el informe que fácilmente abulta la exageracion cuando se escucha en agenas lenguas. Y pasando la fama de las casas á los claustros, sacó el ardiente celo á muchos venerables religiosos y sacerdotes de su sagrado retiro con el deseo de ir á ver si eran capaces de domesticarse los que la comun voz publicaba indómitas fieras. No se hallaba entónces en la corte el señor virey, por haber bajado à Jalapa, para acudir prontamente, como lo acostumbraba, á donde le llamaba su obligacion; pero luego que tuvo aviso de haber llegado el "Tonati" á México, escribió, ordenando á los oficiales reales que buscasen casa capaz al número de los huéspedes, donde estuviesen con decencia y con alivio, así ellos como los capitanes D. Juan de la Torre y D. Santiago de Rioja, sus conductores; y que no solo les visitasen en su nombre, sino que tambien les asistiesen con todo lo necesa-

rio. Todo lo ejecutaron con puntualidad aquellos caballeros, así por hacer este servicio à Dios, como por lisongear el celo y piedad de su Excelencia, que no tardó muchos dias en cumplir los impacientes deseos con que le esperaban los Nayeres, por estar ya inclinados á la gratitud los que tan de antemano se veían favorecidos.

Acertó á estar la casa, en que se habian hospedado los indios, en la calle, que sale al célebre Santuario de Guadalupe, por donde habia de entrar su Excelencia, y cuando ya se afrontaba á la casa, salieron á la puerta los Nayeritas, puestos muy en órden, y el "Tonati" á un balcon, donde se mantuvo con seriedad magestuosa. Luego que conoció por el aviso de los que asistian al Señor Virrey, le hizo con despejo y gravedad, que en él era como natural, tres sucesivas reverencias, deviéndose en gran parte á la instruccion, á que su Excelencia correspondió con la afabilidad, que le enseñó siempre la generosidad de su espíritu. Al punto se retiró el "Tonati," levantando al mismo tiempo los demas indios un grande alarido, de que usan indiferentemente cuando pelean y cuando cortejan. El dia siguiente envió su Excelencia un sastre, para que se le hiciese un vestido á la moda y trage que le agradase, y se lo cortó muy costoso á la española, á lo que sin duda se inclinó por el afecto, que tenia á los españoles, á quienes por lo menos jamás se le reconoció aversion. Se le hizo tambien una capa de grana, frangeándola igualmente, que á la casaca un bellísimo galon. Mandó tambien su Excelencia, que se le diese una silla bordada, para cuando montase á caballo.

Y cuando le concedió la primera audiencia, le entregó en retorno del que él ofreció reconocido á su Rey un baston de maque con casquillos de oro de China curiosamente labrado: demostraciones todas de tanta benignidad y agrado, que bastaron, para que los Nayeritas quedaran no solo voluntarios, sino agradecidos prisioneros; y cuando lograron el ponerse la primera vez á los piés de su Excelencia, aunque con la novedad les embargó las atenciones el susto y el respeto, la experiencia de tan agradable afabilidad les dió tan grande aliento, que no solo depusieron la turbacion, sino que con notable despejo despues de las primeras cortesanas salutaciones del "Tonati," que exponian en nuestro idioma los intérpretes, se arrodillaron los Nayares todos con su Príncipe, ofreciendo á su Excelencia con humildes sumisiones cada uno una flecha en señal de su rendimiento y obediencia, siendo este el primer triunfo, que el señor marqués consiguió, dejando casi á la barbaridad desarmada. El "Tonati," para significar su reconocimiento á nuestro Monarca, puso á los piés de su Excelencia, y ofreció el baston que llevaba, y la corona de plumas, que le distinguía de los otros. El Señor Virrey se entendió entónces con tal primor con su natural agrado, que no pudo tener queja lo soberano, aceptando aquellas señales, con que protestaban la sujecicn, como basallos á nuestro Rey: dióles á entender que en su real nombre les perdonava cualquiera delito, que hùbiesen cometido, ó su malicia, ó su inavertencia, y que estava pronto á hacerles las mercedes que sin queja de lo lícito quisiesen demandar: así les abrió la puerta, para que

con mayor confianza le presentase el "Tonati" un papel, ó memorial, en que le expresava sus quejas y sus peticiones; y habia sido el motivo principal, que les habia sacado de su tierra, aunque disimulado con la máscara de la obediencia, que protestaban venir á dar á su magestad.

Recibió su Excelencia el memorial; y señalándoles dia, para que bolviesen por la respuesta, les despidió no ménos agradecidos, que admirados de la benignidad, con que les habia favorecido. En la segunda audiencia, á que acudieron puntuales el dia aplazado, no solo quedaron admirados, sino aun confusos; porque quiso el señor marquès de Valero, á imitacion del de Lombai San Frascisco de Borja, que dió lecciones á los vireyes, para saber hermanar con la soberanía lo humano, arrastrando de esta suerte los efectos de sus basallos; quiso, digo, añadir á las caricias, que ablandan la voluntad, aquellas eficaces razones, que saben rendir el entendimiento, hablándoles discretamente tan al vivo, que ya les empezava á parecer bien la verdad, y á darles en el rostro sus errores. Y porque la fragilidad de la memoria podia hacerles olvidar lo que les decia, juntamente con el despacho, en que les concedia todo lo que deseavan, y en que dejava abierta la puerta para concederles nuevos privilegios en caso que abandonasen sus engaños, les dió un papel, que habia dispuesto su celosa erudita discrecion, dándoles tanta luz que no pudieron resistir las tinieblas de su ceguedad. En él, despues de hacerles demostracion de que adoravan en el Sol al Demonio, y de que el Sol era obra del verdadero Dios Criador, y Artifice,

Supremo de los Cielos y Tierra, les requiere, y exhorta á que habiendo dado la obediencia á nuestro Rey y Señor D. Felipe V, se la dén para gratificar á su Magestad, al verdadero Rey de los Reyes, sujetando el cuello al suavìsimo yugo de su Santa Ley. Siento no haber encontrado esta piadosa, discreta y sabia obra, para trasladarla á esta historia, en que se vieran tan hermanada la discrecion y el celo con una elocuencia cristiana, y con tanta alma, que en cualquiera juicioso tribunal, se diera à conocer en el cuerpo de sus clausulas, que le animava el Espíritu de un Borja, y que este virey de la Nueva España, sabia á imitacion del de Cataluña, manejar el baston tan bien, como la pluma, cuando lo pedia la gloria de Dios, y el bien de la monarquía.

Los indios, aunque al oir este papel, que les leyó y explicó D. Pablo Felipe, estuvieron confusos y perplejos, convencidos con la fuerza de la razon comenzaron á sospechar del engaño, y á pocos lances se mostraron tan deseosos de su remedio, que suplicaron á su Excelencia, que los ministros, que se destinasen para su instruccion y enseñanza fuesen Padres Prictos; nombre, con que aun en la Vizcaya dicirnen los indios á los misioneros de la Compañía de Jesus. Repitieron ahora los Nayeritas la súplica, que con años pasados presentaron à la Real Audiencia de Guadalajara algunos de su misma nacion, pidiendo misioneros jesuitas, cuando llegase el tiempo de reducirse, de que davan entónces algunas esperanzas. Así consta de papeles jurídicos, que se guardan en los Reales Archivos, y lo supimos de boca del Sr. Lic. D. Fernando de Urrutia, Oídor, que

era más antiguo en aquel Sabio Senado, y del Sr. Lic. D. Juan de Olivan Rebolledo, Oidor que fué tambien de la misma Real Audiencia.

Luego que el Sr. Virey oyó de boca de estos bárbaros por medio de sus intérpretes la resolucion, que despues de haberla conferido repetidas veces habian tomado, aprobando su acertado dictamen, les añadió tales razones, que quedando nuevamente ilustrados, encontró su voluntad nuevas amarras, para no dejarse arrastrar de la veleidad de su natural inconstancia, y para mantenerse firmes, rebatiendo el temor, que les fingia castigos de sus falsos Dioses. Aseguróles la Real proteccion, y les prometió en su nombre nuevas mercedes: favor que acabó de aficionarles á nuestra Santa Religion. Y viendo su Excelencia que estaban ya trasformados estos lobos en mansos corderos, y resueltos á entrar en el rebaño de la Iglesia, era ya tiempo, que se presentasen al Pastor. A ese fin ordenó à D. Juan de la Torre, y al capitan D. Santiago, que les conducen á los piés de su Ilustrísima el Reverendísimo Señor Maestro, Fr. José Lanciego, y Eguilaz gloria de la siempre ilustre y esclarecida Religion del Gran Padre San Benito, y dignísimo Arzobispo de México.

Luego que vió aquel celosísimo Prelado tan rendidas aquellas fieras, y supo por los conductores la docilidad, con que se habian ofrecido á abrir las puertas á la luz Evangélica, dándoles repetidas bendiciones, se le asomó al semblante todo el gozo, que ya no cogia en su grande corazon, y con santas elocuentes palabras aplaudió su acertada determinacion, les exhortó á llevarla adelante, y á perseverar cons-

tantes hasta lograr, que la siguiese toda su numerosa nacion. Despidióles con tales muestras de amavilidad que salieron de aquel palacio no ménos gustosos, por lo que les favoreció su paternal benevolencia, que reverentes, por lo que comunica de respeto aun á los bárbaros tan alta dignidad. El señor marqués, viendo á los Nayeres tan reducidos, no quiso que con la dilacion se entorpeciese aquel tan importante como deseado negocio. Trató de reducir con brevedad á la práctica, lo que se habia discurrido mas conducente para el logro feliz de aquella empresa.

CAPITULO XI.

Aplica el señor Virey los medios que aseguraban el fin deseado de la reduccion, y procura frustarles el demonio.

El Excelentísimo Señor Marqués de Valero hecho siempre un Argos jamás permitia á su vigilancia algunas treguas, hasta asegurar del todo en los más árduos negocios la conveniente acertada resolucion, que le sugeria igualmente su discrecion, que su prudencia. Y como la habian tomado tan á su gusto los Nayeres, sabia que si se retardaba su ejecucion, se arriesgaba su acierto. De la veleidad de los indios, cuyas determinaciones no saben alejarse del arrepentimiento, recelaba prudentemente que

demorando las providencias, volviera á cegarles su obstinacion; por cuyo motivo quiso con la mayor brevedad ocurrir á estos temores. Y deseoso de comenzar estas tan sérias importantes diligencias por la principal, hizo venir á su palacio al Padre Alejandro, romano propósito provincial entónces de esta provincia de la Compañía de Jesus de Nueva España. Comunicóle la peticion de los Nayeritas; le significó lo mucho que le habian lisonjeado el gusto con su eleccion, y le suplicó, que para dar cumplimiento á sus deseos, señalase con la mayor brevedad posible dos misioneros, para que llevándoles en su compañía, lograse su discrecion comunicarles tanta luz, que ellos mismos ayudasen con el ejemplo, á alumbrar á los que en su Sierra dejaron en las sombras de su ceguedad.

El padre provincial agradeció el aprecio con que Su Excelencia honraba nuestra mínima compañía; ofreció dar prontamente cumplimiento á los deseos y preceptos de Su Excelencia, y añadió, que siendo tan conformes al servicio de Dios y al de nuestro católico monarca, cuya dignidad ha favorecido tanto siempre á nuestra religion, se veía ésta ejecutada á obedecer ciegamente sus mandatos; más que no podia dejar de representar á Su Excelencia, no como dificultad para la obediencia, sino como prevencion para el más oportuno reparo, que estando esta provincia rodeada de pueblos cristianos, en que administran con incesante apostólico fervor los Religiosos Seráficos, podian temerse y debian preocuparse algunos inconvenientes que suele ofrecer la cercanía, cuando aunque esté vigorosa la union, fal-

ta la uniformidad. Prometió aquel prudente vigilante Virey ocurrir á todo con tales providencias, que dejasen del todo cerrada la puerta á los inconvenientes que tan cuerdamente se recelaban. Se despidió el padre provincial con el consuelo de que sin queja de la atencion se diese á conocer nuestra obediencia, habiendo procedido tan á tiempo estas prevenciones de la prudencia, de la caridad y del respeto. Y pidiendo á Dios luz para el acierto de la eleccion de los misioneros, resolvió el dia del Señor San Josè, diez y nueve de Marzo del mismo año de mil setecientos veintiuno, señalar, como se lo notició el siguiente al padre Juan Tellez Giron, que se hallaba en México, cuyas escogidas prendas de virtud, celo, prudencia y literatura aseguraban el acierto en esta apostólica conquista.

El mismo dia escribió, llamando para el mismo empleo al padre Antonio Arias de Ibarra, que habia estado catorce años ejercitando con grande lustre de nuestra compañía este sagrado ministerio en las misiones de la Nueva Vizcaya, y entónces tenia á su cuidado la nueva reduccion de los Chinarras: sugeto tan al tamaño de lo que se deseaba para la reduccion de estas fieras, por el conjunto de letras, virtud y experiencia en este gènero de milicia, que dudo, que otro, que su ardiente celo hubiera en tan poco tiempo conseguido arrancar la idolatría del corazon de estos bárbaros, y que hubiera del todo arraigado en sus pechos la verdad de nuestra sagrada religion, si cuando más lo necesitábamos, no nos lo hubiera quitado el amor á sus Chinarras. Quisiera hallar menos embarazada mi pluma, para em-

plearla en elogios de sugeto tan cabal, y digno de que nuestra Madre la Compañía le dè su tan merecido lugar entre sus Varones ilustres, y eternice la memoria de sus religiosas virtudes, dándolas á la prensa, para dejar perpètua su memoria á la posteridád.

El padre provincial, aunque habia ya enteramente satisfecho á sus deseos y á los del señor Virey con la asignacion de estos sugetos para que no quedase quejoso su celo, quiso ser el primer misionero de los Nayeritas que se hallaban en México, no dejando piedra por mover, para conquistar del todo aquellos corazones, que ya habian comenzado á reducirse. Dió principio por las obras, previniéndoles un expléndido convite en nuestro Colegio Seminario de Indios de San Gregorio; porque bien sabia que para esta gente deben preceder á las razones de la verdad las prevenciones del cariño y de la bizarría: máxima que habia aprendido del continuo trato con los indios, en cuya enseñanza y provecho espiritual se empleó su celo por espacio de casi treinta años, desde el de mil seiscientos noventa y dos, en que Italia, fecunda madre de conquistadores evangélicos, envió á esta América entre los muchos que entónces arribaron á nuestras costas, á este grande Alejandro.

Despues de haber prevenido á los Nayeritas con estas cariñosas demostraciones, se siguió siempre con la sal de su prudencia, y sin que pasase á ser molesta por inoportuna la enseñanza, haciéndoles un valiente manifiesto careo de los daños que eslabonaba la obstinacion con los bienes que acompa-

ñan á la verdad: instruyóles á todos, y muy especialmente al "Tonati," en los principales Misterios de nuestra Santa Religion, por desear ardientemente el señor Virey, que éste recibiese acá el Santo Bautismo, conociendo cuánto importaba para la reduccion y conversion de sus vasallos asegurarla con el ejemplo de su Príncipe. Y aunque trabajó no poco el padre provincial para que se lograsen las trazas y cumpliesen los tan cristianos deseos de su Excelencia, no pudo conseguir de aquel bárbaro que se bautizase en la Córte. Lo más que prometió fué que lo haria de vuelta en su viaje en la ciudad de Zacatecas; no porque rehusase su docilidad, sino porque no supo como componerlo con su temor. Persuadíase que si recibia el bautismo, le quitarian la vida sus mismos compatriotas, lo que despues se reconoció, que tenia sobrado fundamento; pues sin haberse reducido al gremio de la Iglesia, que entre los de su bárbara nacion es delito irremisible, únicamente por haber hecho el viaje á México, y por lo que resultó de esta jornada, le juzgaron reo de muerte, y se la hubiera dado su inhumana barbaridad, si Dios con la especial providencia, que diremos en su lugar, no lo hubiera embarazado.

Aun esta promesa, con que quiso desarmar las eficaces persuasiones del padre provincial, le puso despues en grande aprieto; porque el señor Virey, como que le hubieran convencido las razones, que daba para la excusa, le avisó que ya habia escrito al Conde de Santiago de la Laguna á Zacatecas, para que le apadrinase el bautismo: nuevo favor de la dignidad de su Excelencia, y nuevo torcedor pa-

ra el corazon del "Tonati," que no discurria camino, para atender á sus temores, sin desatender á su palabra. Más despues en el camino halló modo con que, á su juicio, compuso, cumplir con su pundonor, sin que tuviese efecto su promesa; y fué, pretextando á D. Juan de la Torre con tanta viveza y energía las ansiosas súplicas de sus compañeros para excusar el extravío, por instar ya el tiempo de sus siembras, que aunque era de pocas leguas el rodeo, y la detencion no habia de ser de muchos dias, consiguió hacer el viaje por la Villa de Jerez, sin entrar á Zacatecas, dejando por este camino satisfecho el deseo natural de conservar la vida, sin dejar desairado su honor, saltando á la palabra.

Este amor, y vehemente inclinacion á la propia conservacion le sugirió y le obligó á proponerle al señor Virey el medio que podia desearse, para asegurar la empresa; aunque lo representó por atender á su propia utilidad y á su persona. Sabia el "Tonati," que muchos, y aun los más de los Nayeritas no habian aprobado esta jornada, ó instigados del demonio, ó por llevar adelante su rebeldía. Y no dudaba que todos, aunque inclinados por redimir la vejacion y adelantar sus intereses, á dar la obediencia al Rey, no solo se opondrian rebeldes, sino furiosos á abrirle sus puertas al Evangelio. Y revolviendo varios discursos que le proponia la experiencia, que tenia de sus paisanos, expresó á su Excelencia el que le pareció más acertado, para prevenir sus recelos, suplicándole que para que pudiesen entrar á la Sierra los padres con seguridad, y él sin los funestos daños que temia, deliberase, si conven-

dria, que le acompañasen algunas tropas de soldados españoles, para que á la sombra de sus armas, se desvaneciesen las que veía la prudencia fundado en el conocimiento de los Nayeres gentiles y de los cristianos apóstatas, en quienes conocia aversion grande á la religion católica, que sabian habia de quitarles la dañosa libertad en que vivian. Añadió que para que esta determinacion no engendrase en los Nayeres que se hallaban en México alguna sospecha ó turbacion que les instigase á resistir la entrada de los Ministros evangélicos, ó alguna conspiracion contra su persona, no se les diese á conocer que èl era el autor de esta propuesta, y se pretextase que los soldados iban solo enviados á ser testigos de la obediencia que habian de reiterar en el Nayar los caciques y principales que no habian pasado á la ciudad de México, ofreciéndoles que reiterada la obediencia, los soldados, que solo iban á autorizarla, se volverian á sus casas, dejándoles solos con los padres misioneros y D. Juan de la Torre, á quien á pedimento del mismo "Tonati" y de los suyos confirió el señor Virey el título de Gobernador de esta Sierra.

Agradó mucho á su Excelencia esta representacion, que tan derechamente tiraba hácia el acierto; y confiriendo con el nuevo Gobernador el punto, dejó á su arbitrio el número de soldados que juzgase necesarios para la seguridad de la empresa. Y despues de haber echado sus líneas el discurso, pidió solo cien hombres de armas, lo que le concedió gustoso el señor Marqués, mandando se le diese despacho y libramiento para la Casa Real de Zacate-

cas; y aprobando, como lo pedia el Gobernador, el que se reclutasen las compañías en aquella ciudad y en la Villa de Jerez, por ser los jerezanos diestrísimos en manejar caballos; prenda que deben tener los que han de habérselas con los indios bárbaros de esta América.

Pero al paso que iba tomando tanto cuerpo el acierto, para la reduccion del Nayar, el demonio, viendo que todas estas providencias tiraban derechamente á quitarle las adoraciones, que infamemente se habia abrogado, y á la destruccion de sus inmundos templos, procuró embarazarlas: apareciósele al "Tonati" y á sus compañeros, tomando la figura del ídolo, que con nombre del *Gran Dios del Nayar* era adorado de estos indios, y les dijo lo que despues asombrados, y como atónitos refirieron al gobernador D. Juan de la Torre, y al capitan D. Santiago, sirviéndoles de intérprete D. Pablo Felipe: éstos sospecharon ya la causa al ver lo estraño, y horroroso de sus efectos, en uno de aquellos dias inmediatos á la partida; porque repararon que se levantaron tan enagenados, y tan fuera de sí, que parecian estatuas sin sentido: esto les obligó á preguntarles la causa de aquella tan repentina mutacion. Diéronla con ademán de furiosos, diciendo: que se les habia aparecido su Dios aquella noche, indignado por haber provocado su enojo con haber pedido misioneros y compañías de soldados, cuya amistad y liberalidad debian juzgar sospechosa; porque solo pretendian por medio de las dádivas, y de los cariños asegurar la entrada en el Nayar, para desposeerles de sus bienes, privar á muchos de la vida, y á todos de la li-

bertad que gozaban, no permitiéndoles ni que tuviesen muchas mugeres, ni que tomásen venganza de sus agravios, y poniendo hasta á su apetito freno para impedir sus embriagueces; y que no pararian hasta reducir á cenizas sus templos y sus dioses, siendo éste el único recurso, que tenian bien experimentado, para que no les faltasen las lluvias, que secundasen sus sementeras. Y que sabiendo los padres, que para sujetarse toda aquella Sierra al yugo de su ley, era necesario, que bajasen los Nayeritas sus cabezas, para recibir el bautismo, ninguna otra cosa les persuadirian con mas eficacia, como ya lo habian experimentado en las instancias del *Hucitacat* de los españoles, y de los Padres (hablaba del señor Virey y del padre Providencial) conminándoles por fin rigurosos castigos, si no mudaban de parecer, volviéndose solos, como habian salido de sus casas. Mandóles tambien que en ninguna manera admitieran Padres ni soldados y concluyendo con estas palabras: "Mirad á los soldados como á tiranos, y á los Padres como á mis mayores enemigos." Luego que escucharon esta novedad los conductores, pasó el capitan D. Santiago á ponerla en noticia de su Excelencia, y por su órden en la del padre Provincial, que fué prontamente á visitar á los Nayeritas. Y con aquella elocuencia mas natural, que adquirida en el idioma mexicano en que era eminente, consiguió serenar sus ánimos y ahuyentar al demonio, que viéndose descubierto no se atrevió á inquietarles de nuevo, mientras se mantuvieron en México.

Pocos dias despues salieron de esta corte, despidiéndoles el señor Marqués muy agradecidos, por los

crecidos favores con que les habia honrado. Dióle al "Tonati" una cruz de oro para introducir el aprecio de la devocion con lo estimable de la materia. Y al gobernanor le encargó que no permitiese que aquel príncipe entrara al Nayar con solo los suyos, sino que le mantuviese en su compañía, hasta que se reclutasen las de soldados, así por atender á la seguridad y resguardo de su persona, como porque conocia bien, que aun mas que al respeto de las armas se rendirian los Nayeres, viendo en nuestro poder una prenda tan grande, como era su soberano. Mas permitió Dios, que se malograse este tan cuerdo acertado dictámen, por una impensada novedad, que no pudo prevenir la mas delicada prudencia: salieron los Nayeritas con su "Tonati" de la corte, como se procuró con la mayor brevedad posible, acompañándoles sus conductores, y el padre Juan Tellez Giron (quien comenzó luego á ejercitar su santo ministerio, hablándoles por entender el idioma mexicano, siempre que lo sufria la oportunidad, en órden al bien de sus almas;) pero uno de los viejos que iban con el "Tonati" no solo le improbó con sobrado atrevimiento el haber admitido misioneros y soldados, sino que le intimidó con terribles amenazas, prediciéndole como cierta la muerte que le habia de dar *Guamocat*, que era un indio principal, á quien su valor y resolucion habia hecho respetable, grangeándole la osadía en ejecutar cuanto le dictaba su capricho grande autoridad entre los Nayeres. Y aunque dispuso Dios con su alta Providencia, que cuando entró el "Tonati" en el Nayar, hubiese ya muerto este idólatra, con todo por haberle aconsejado el viejo, para

que no pasaran á la ejecucion sus amenazas, que no solo se bautisase, sino ue se apartara del padre misionero, del gobernador y de todos sus aliados, para restituirse solos al Nayar, se mantuvo terco en quererlo ejecutar.

Todo esto entendió D. Pablo Felipe, por lo mismo que se le recataba; porque escuchando atento, oyó y percibiò lo que parlaban: comunicólo al gobernador, que con este aviso reprendió públicamente al viejo, para preocupar la representacion, que temia le hiciese el "Tonati.". Estaba ya este tan persuadido de las razones, del Anciano, que no cesó en repetir instacias próponer razones para exajerar su peligro: consiguió por fin no entrar en Zacatecas, donde se encaminó el padre Juan Tellez á aguardar en el colegio, que tiene en aquella ciudad la compañía que se reclutasen y marchasen los soldados. El señor gobernador, el "Tonati" y los que le acompañaban tomaron el camino hácia la Villa de Jerez, en que creyó aquel prudente caballero conseguir sin dificultad, que se detuviese el perturbado príncipe. Mas luego que llegó, conoció que se habian engañado sus deseos; porque aunque se valió de todos los medios que discurrió su sagacidad, no pudo embarazar su marcha, aunque al emprenderla le prometió en secreto, que en llegando á la puerta de la Sierra, se pasaría furtivamente á nuestro campo con su familia, y los que quisiesen seguirle. Con este consuelo saliò el señor gobernador para Zacatecas á disponer la recluta, y marcha de los militares al mismo tiempo que la apresuraban los indios hàcia el Nayar.

CAPITULO XII.

Reclútanse en dos compañías cien soldados, y marchan á las fronteras, tropezando desde luego con inconvenientes, contradicciones y temores.

Antes de que llegasen á Zacatecas el padre Juan Tellez y el gobernador D. Juan de la Torre, habia perturbado aquella ciudad el demonio, continuando sus maliciosas porfiadas instancias en embarazar la entrada del Evangelio en el Nayar. Y como tan diestro en sus astucias conoció que el mas seguro atajo era poner en el principio del camino los embarazos: valióse de algunos caballeros y de otros, que siéndolo en realidad, no lo parecian; introdujo en los pechos de todos éstos una maligna envidia,

haciéndoles notable impresion ver á D. Juan de la Torre con trasformacion tan repentina empuñar el baston de general, y el oirle saludar como á gobernador de un nuevo reino; otros con visos de mas juicio alegaban otros motivos para improbar la jornada y entrada en el Nayar, calificando de temeridad el emprenderla con solo cien soldados, que irian sin duda como víctimas, para caer mas que á los filos de los alfanges de los bárbaros, á los de la inconsideracion; otros aun llegaron á juzgar por desperdicio el desembolso de la Real Hacienda, dificultando que se sacase el dinero de las Reales Casas.

Mas el señor Virey, informado por el capitan D. Santiago, que con mas que ordinaria diligencia repitió el viaje á México, allanó esta dificultad, que era el mayor embarazo, con nuevo despacho; y cooperando el señor corregidor y los oficiales reales, se dieron luego los primeros pasos, levantando la bandera el dia veintinueve de Junio del año de mil setecientos veintiuno, con tanta felicidad, que dentro de muy pocos dias se alistaron en aquella ciudad cincuenta soldados. Enarbolóse el estandarte en que estaba la devota imágen del Santo Cristo de Zacatecas, que entonces con grandes cultos se veneraba en su templo por los muchos milagros que obraba, y ahora por nuestras culpas reducida á cenizas en aquel voraz incendio, que asustó á sus devotos ciudadanos, lloramos su tan sensible falta. Bendíjose con toda solemnidad el estandarte en la iglesia de nuestro colegio, y el dia veintitres de Julio salieron nuestros soldados con su capitan D. Santiago de Rioja y Carrion, de esta ciudad para Jerez, donde se

alistaron otros cincuenta, llenando este número su capitan D. Alonso de Reina y Narvaez.

El dia siguiente partieron á aquella villa el padre Juan Tellez y el gobernador D. Juan de la Torre, para atender el uno al aliento y el otro al espíritu de los soldados; y pocos dias despues llegó á Zacatecas el apostólico padre Antonio Arias de Ibarra, á quien aunque al principio asustaron los discursos melancólicos que aun se hacian y parecia que convencian de desesperada la conquista, con la confianza en Dios se le desvanecieron aquellas sombras y quedó tan consolado y tan animoso en seguir esta gloriosa empresa, que luego dejó aquella ciudad, encaminándose á Jerez. Y aunque del todo olvidado de aquellos pronósticos infaustos, como confesó el mismo padre en el camino, no sintió el desaliento; más luego que visitó al gobernador, se halló tan apretado de nuevas congojas, que fué menester todo el valor de su varonil espíritu, para no dar lugar á la melancolía de nuevos funestos discursos; porque pocos dias antes habia acometido á aquel caballero un accidente de aquellos que no saben sujetarse á la cura, y habia nacido de haber cavado demasiado la aprension en asegurar la firmeza de los cimientos para tan grande obra. Avisóse con toda diligencia al señor Virey este no previsto embarazo. Mas antes que llegasen las providencias que se esperaban de su Excelencia, se reconoció en el gobernador tan extraordinaria mejoría, que á juicio de todos y aun al suyo estaba capaz de ponerse en camino en seguimiento de las compañías que habian ya marchado para la frontera de Gua-

juquilla, como lo ejecutó, acompañándole el mismo padre Antonio Arias; pero asì en el camino, como despues de llegados al pueblo, volvió el traidor accìdente á presentarle repetidas veces la batalla.

Añadióse á estos desconsuelos el de la mala disposicion de los Nayeres, que ya se dejaba percibir; porque no solo se hizo reparable que no hubiese venido algun embajador á visitar á su gobernador en nombre del "Tonati" y de los principales que componian su bárbara República, sino que se notó que desde que entró aquel príncipe en la Sierra, no habia salido á comerciar Nayerita alguno. Confirmó estos recelos pasando á ser certidumbre la sospecha, el que un indio del pueblo de San Andrès Cuameata, de los mas principales de aquella frontera, que es la mas inmediata al Nayar: despachó á un hijo suyo avisando á D. Pablo Felipe que los Nayeritas estaban tan lejos de admitir á los padres y soldados, que antes hacian gran prevencion de armas para disputarles la entrada, añadiendo aun, que habiendo pasado algunos de los embajadores del Nayar á aquel pueblo á convocarles en su ayuda, les habian representado que sus hijos les suplicaban encarecidamente que cuando entrase D. Pablo Felipe á sacar tropas auxiliares, le aprehendiesen, y á buen recaudo le condujesen preso à la Mesa; concluyendo por fin, que algunos viejos de Cuameata habian prometido ejecutar lo que rogaban. Por cuyo motivo les prevenia, que D. Pablo excusase aquella entrada ó que en caso de serle forzoso pasar allí la lista de los soldados que habian de salir de aquel pueblo, llevase competente escolta para su resguardo.

Todo esto se avisó prontamente al señor gobernador; pero como fué en ocasion de alguno de aquellos cortos intervalos que le permitia su accinente, no dió crédito, engañado de otro indio del mismo pueblo que le alentaba con tan diferentes alegres noticias, que desmentian las otras. Serenóse finalmente esta tormenta de cuidados y temores con haber llegado inmediatamente un expreso, que de la ciudad de Zacatecas despachó el señor Conde de Santiago de la Laguna, D. José de Urquiola, con que avisaba la nueva determinacion de su Excelencia, que le ordenaba tomar á su cargo la empresa del Nayar en caso de hallarse D. Juan de la Torre en estado de no poderle desempeñar por su enfermedad. Mandaba tambien su señoría á los capitanes que suspendiesen hasta nueva órden suya la marcha, y que le informasen del estado del gobernador y de su accidente. Quiso tambien que le enterasen los padres misioneros, obligándoles con una carta tan llena de atenciones, que no pudieron excusar la respuesta, despues de haber serenado el escrúpulo que se les proponia; porque siendo preciso que corriese la expedicion pcr mano de uno de los dos generales, y siendo tambien forzosa consecuencia que resultasen muchas y de grave peso de la mudanza de jefe, hallando por parte de D. Juan de la Torre unas razones que le aseguraban la empresa, y otras, que le imposibilitaban el acierto; y por parte del señor Conde muchas de consideracion, para no arriesgar la conquista, si su señoría mandaba las tropas y daba las providedcias para el desempeño de tan importante expedicion,

temian aquellos sábios prudentes jesuitas tomar la pluma para responder á la consulta. Por último, deseosos de que se consiguiese la reduccion, resolvieron responderle á su señoría con tal ambigüedad, que ni diese motivo à que les recargase la incertidumbre del suceso, ni que pudiese influir á la determinacion que tomase el señor Conde, su dictámen, y se viese obligado á venir á la frontera, para que debiendo el informe mejor á sus ojos y pulsando por sí mismo al enfermo, aplicase el remedio mas conveniente á tan crítico peligroso accidente.

No se descuidaba en este tiempo el señor gobernador en adelantar la conquista, ejecutando todos los medios que le parecian mas concernientes, cuando pasados los efectos de la enfermedad, se verificaba que discurria; y no se puede negar que los que ejecutó aseguraban el acierto. Despachó varios correos llamando para el pueblo de San Nicolás á otros muchos amigos, y al Nayar envió á un indio, que aunque vivia en aquel lugar, era de nacion *cora*, en quien concurrian la fidelidad, el amor al gobernador, y el que á él tenian los Nayeritas, muchos parientes suyos, y todos los de su misma lengua. Instruyóle con tales advertencias, que se discurrió produjese esta negociacion los buenos efectos que se deseaban. El indio, que era muy hábil y capaz, añadió á las del gobernador otras precauciones suyas, en que le imponia su propia sagacidad y el deseo de la reduccion de sus paisanos.

Llegó finalmente tan bien apercibido al término de su embajada, que despues de saludar á aquellos bárbaros en nombre del gobernador, les dijo que

éste venia á recibir la obediencia que debia dar al Rey nuestro señor, y que al traer soldados, era para que el mayor y mas calificado número de testigos solemnizase mas la funcion, y para acompañar á los padres misioneros, obligándoles á esta demostracion el respeto debido con que los cristianos veneran á los Ministros de Dios. Propuestos estos puntos, á que se reducia la instruccion del gobernador, habiendo ya cumplido su comision, les ponderó como compadecido de su riesgo, si llevase por respuesta su resistencia, el valor de sus soldados, encareciéndoles lo mucho que creceria su número si con la tardanza en admitir á D. Juan de la Torre daban lugar á que entrase el Conde de Santiago de la Laguna, á quien ya aguardaban en Guajuquilla. Mas aunque les dió tan recia batería la ponderacion de su peligro, dilataron la respuesta hasta oír la que daban todos los principales, á quienes era inexcusable consultar.

Llamábase este indio D. Cristóbal Gerónimo, cuyo nombre merece lugar en esta historia, por el que se ganó con sus cristianas acciones: fué siempre fidelísimo, desmintiendo á su nativo color sus operaciones, con que ayudó mas que otro alguno á la conquista, no solo con sus consejos, tan fundados en el conocimiento del genio de los Coras, que eran no pocas veces aplaudidos como oráculos, sino con grandes arriesgadas obras, atropellando peligros y metiéndose entre los contrarios, ya para amedrentarles con las armas en la mano, ya divirtiéndoles con las varias especies que les sugeria. Yo tuve el consuelo de contarle muchos años entre mis feli-

greses en este pueblo de Santa Rita, y el dolor de verle morir en mis manos, recibidos los Santos Sacramentos, y el de darle sepultura; mas si su pérdida fué tan dolorosa por la que aquel dia hacia esta nueva cristiandad, siempre he quedado lleno de confianza de su gloria por sus tan ejemplares cristianas costumbres.

Al tiempo en que se habian ya juntado de resulta de los correos que envió el gobernador á las fronteras y á otros siete pueblos mas para conferir los puntos que dificultaban el progreso de la empresa, llegaron á Zacatecas las cartas en respuesta á la del señor Conde. Y aunque las de los padres dejaron sin resolver la cuestion, los capitanes en las suyas le avisaban abiertamente, que el estado de la enfermedad del gobernador hacia ya necesario el mando de su señoría, y obligaba á que se aguardese ya con impaciencia su persona. Reconocia el señor Conde, así por la irresolucion de los misioneros, como por la claridad con que hablaban los capitanes, que ya le era preciso acelerar el viaje, y sin mas tardanza se puso en camino á la frontera de Guajuquilla, acompañándole algunos personajes de Zacatecas. Recibiéronle con aquella solemnidad que acrecienta la multitud y el estruendo, aumentándose el ruido de los tiros, con el alarido y grito de los indios fronterizos, que en número muy considerable habian concurrido á la consulta.

Luego que llegó el señor Conde, deseoso de atraer así las voluntades de los indios como las de algunos soldados, que no se le escondia á su viveza ser contrarios á su mando, comenzó con la generosidad de

su magnánimo coraron y con la de su mano á jugar las armas de las dádivas y de los cariños; y aunque del gobernador no habian experimentado tan crecidas bizarrías, perseveró tan declarada á su favor la fineza que los indios fronterizos, sin temor de que pudiera parecer sospechosa su lealtad, dijeron sin ningun recato, que estaban prontos á servir á su Majestad sin costo alguno de sus reales haciendas, hasta verter, si fuera necesario, toda su sangre por nuestra santısima ley; pero que no les agradaba la mudanza de jefe, que se intentaba. Ni anduvieron menos francos en explicarse no pocos soldados españoles, que llevados de sus fines particulares y gobernados de sola su voluntad por ser parientes unos y otros paisanos del gobernador, no acertaron ó no quisieron dar oídos á la razon.

Esta discordia dividió en parcialidades el campo; y asi se vieron obligados á buscar otro rumbo, y tomar otro temperamento, para no tropezar con tantos embarazos. Se discurrió despues de varias consultas v controversias, que el señor Conde, valiéndose del título de coronel, entrase tambien en el Nayar en compañía del gobernador, á que á ley de caballero se allanó, sin hacerle disonancia los celos que pudieran dar á su autoridad el ajeno mando. Considerábase que por este medio se ocurria al mayor inconveniente; porque en caso de que en el camino asaltase al gobernador el accidente, que por entonces se habia retirado, iba en la asistencia del señor Conde prevenido el remedio. Ni habia recelo de que pudieran en aquel caso turbarse los parcieles del jefe, pues entrándoseles el desengaño

por los ojos, se verian necesitades por no volver atrás á pedir ellos mismos que pasase á otra mano el baston.

Este medio, que fué aplaudido por el mas acertado, se quedó en la ineficacia sola de la especulacion, sin que llegara el caso de experimentar con la práctica su eficacia; porque el señor Conde, hablendo observado lo bien concertado y armonioso de los discursos de D. Juan de la Torre, no solo en las conversaciones familiares, sino aun en la solemnidad y formalidad de lo jurídico, por lo juicioso de sus respuestas, claramente echó de ver desde luego que se le podia fiar enteramente la empresa, no habiendo indicio de que volviese á repetirle la enfermedad. Contentóse por entonces, avisando con los autos que habia formado al señor Virey: dió permiso para que marchase á la puerta del Nayar el ejército, y prometió no salir de Guajuquilla, protestando que el no retirarse era para que le hallase mas inmediato cualquier novedad, y encargando á este fin á los capitanes la prontitud de las noticias. Mas despues de haber salido el ejército, debieron de sobrevenir motivos tan urgentes, que le ejecutaron á restituirse á su Palacio, siguiéndole aquellos caballeros que le vinieron acompañando: esperaba siempre casi con impaciencia las novedades del Nayar y de México en la ciudad de Zacatecas, donde aunque le habian de encontrar mas de lejos las noticias de esta provincia, le hallarian mas cerca las órdenes de su Excelencia.

CAPITULO XIII.

Sale de las fronteras nuestro ejército, y alójase en el sitio que señalaron los Nayeres, donde se descubren las pri-nuevas asechanzas de su alevosía.

El dia veintiseis de Setiembre del año de mil setecientos veintiuno salió de Guajuquilla la Alta nuestro campo para entrar en otro de tantas malezas por lo poco transitado, por lo muy lleno de peligros, por sus áspeaas cuestas y precipitadas laderas, que apénas se daba paso, en que no se tropezase con un susto. Aumentaba los recelos, el que con graves fundamentos se tenia de ser alevosamente asaltados de los indios; porque las treinta leguas de travesía hasta llegar á la Puerta, estaban despo-

bladas, y todas por lo montuoso y quebrado de la tierra muy ocasionadas á frecuentes emboscadas. Y si no se valieron de éstas los Nayeres en tan largo peligroso camino, fué porque por mas que reconocian las ventajas que les ofrecian estos puestos, sabian bien que las lograrian aun mayores en su misma tierra, así para jugar las armas, como para las cautelas que habia prevenido su alevosía. No quisieron impedir á los nuestros que se internasen, no solo para que la distancia imposibilitase el recurso á los socorros, sino para hacer las emboscadas en paraje en que quedasen toda su vida, perdiéndola mas que á los filos de sus alfanges, á los de sus traiciones.

Prosiguieron nuestras tropas (si este nombre merece tan corto número de soldados) su camino: vencieron la primera dificultad, vadeando el caudaloso rio de Chapalagama, que con las copiosas lluvias que habian precedido, creció su precipitada corriente, hasta casi llenar todo su cauce; y subieron una altísima y arriesgada cuesta, que inmediatamente se ofrece para entrar al Pinal, donde el dia primero de Octubre encontraron al indio D. Gerónimo con la respuesta de los Nayeres, que permitian llegar hasta su puerta al señor gobernador con todo su campo, previniendo que antes se alojasen en un sitio estrecho que tenian ya destinado, y mostraron al embajador. Hicieron alto aquel dia; y el siguiente, habiendo celebrado los padres el Santo Sacrificio de la Misa, salieron de aquel paraje, á quien llamaron *El Angel de la Guarda;* y hoy á un hermoso ojo de agua, que está de allí algo distante, le llaman *El Angel.*

Con el cuidado que causó aquella no esperada y aun intempestiva respuesta qùe dieron estos bárbaros, caminaban, cuando al llegar á la cima, desde donde se comienza á bajar á la tan celebrada Puerta, descubrieron los muchos laverintos que formaban estas quebradas montañas de Sierras altísimas, de barrancos profundòs, de cuchillas y laderas pendientes, y finalmente de tan continuados despeñaderos, que horrorizado de tanta aspereza un caballero juicioso y discreto que pasó poco despues por estas serranías, proponiendo salir para no volver, como lo cumplió, solia decir por donaire, jugando de las voces: "que esta tierra solo era á propósito, "ó para apóstoles ó para apóstatas." Y es así; porque solo puede entrar, para vivir en aquella horrible espantosa soledad, un hombre á ciegas, ó como misionero, à quien dichosamente venda los celos la obediencia; ó como apóstata, á quien su misma ceguedad le hace apetecible los precipios. A los padres, luego que descubrieron la Mesa del "Tonatí" en el centro de esta serranía, les causó tanto dolor el ver que en su corazon se hubiese fabricado el demonio el mas erguido templo para sus adoraciones, que no pudiendo contenerle en su pecho el padre Antonio Arias, exclamó con estas voces, que le ministraron su confianza y sus deseos: "Espero que en "esta mesa-teatro hasta hoy de la idolatría hemos "de ver levantado un templo á la Santísima Trini-"dad, para que sea nuestro verdadero Dios adorado, "donde ha sido tantos años tan bárbaramente ofendi-"do." Viólo así cumplido, y por la misericordia de Dios hasta ahora se mantiene de esa suerte.

Llegaron aquel mismo dia nuestros animosos conquistadores al peligroso sitio, que los Nayeres les habian concedido para alojarse sin encontrar allí persona alguna, ni casilla ò ramada para albergarse; en lo que empezaron á reconocer la mala disposicion que se temia en estos bárbaros. Añadiéronse á este cuidado otros sinsabores, tanto mas sensibles cuanto más inexcusables; porque estaba aquel sitio en tal disposicion, que no hallaron ni un árbol para defenderse con su sombra de los ardores del sol, y que la estrechura del puesto no les permitia entrada al aire para templar sus ardientes rayos, antes la inmediacion de los cerros solo servia para aumentarles con la reverberacion, dándoles nueva fuerza. Y aunque quisieron lograr el corto beneficio que les ofrecian los árboles de un bosque cercano, comenzaron á descubrir tantos venenosos alacranes, que viendo ya á muchos mortalmente picados, escogieron antes padecer los rigores del sol, que los estragos que amenazaban estas penzoñesas sabandijas.

A tantos trabajos se añadió el dia siguiente otro aun mas sensible y mas difícil de remediar; porque habiendo llegado los capitanes y demas soldados que habian caminado con muchas pausas de órden del gobernador, por haberle parecido no ser conveniente darles de golpe en los ojos á los indios con toda nuestra gente, se multiplicó de suerte, y fué tanta, que comenzó á experimentarse grande escasez de alimentos, logrando por mucho favor los padres dos tortillas de maíz á medio dia y otras dos para la noche. Mas la Divina Providencia dispuso que

cesase en breve este penoso martirio, porque habiendo llegado á noticia del señor Conde de Santiago, que aun se hallaba en Guajuquilla, este aprieto remitió tan competente porcion de bizcocho, que pudieron mantenerse y remediar su casi extrema necesidad. Andando tan escaso el sustento del cuerpo, se cuidó que fuese muy abundante el del espíritu; á este fin, con ayuda de los indios amigos, compusieron los padres en una ramada muy capaz un altar, en que colocaron una bellísima imágen de Nuestra Señora, y el dia siguiente, dia del Seráfico Padre San Francisco, se celebró la primera misa con la mayor solemnidad posible, cantando algunos indios amigos, inteligentes y versados ya en aquel angelical ministerio. Predicó el padre Antonio Arias, como superior, y todos los dias festivos instruían los padres con la palabra divina á los soldados contra los vicios y aquellos abusos, que se suelen disimular ó disfrazar con nombre de licencias militares, y con que salen verdaderamente muchos licenciosos.

Este dia y el siguiente en que se celebraba la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, las solemnizaron con la mayor pompa los del campo, especialmente los cristianos, por traer en su estandarte por divisa á tan Soberana Señora. Llegaron por este tiempo á los cuarteles algunos indios Nayeritas que desde sus rancherías habian advertido, causándoles grande armonía estas funciones eclesiásticas. Y estaban tan seguros, que ya habiamos caido en el lazo, que aunque en sus palabras y risueños ademanes afectaban agrado, fácilmente se penetró el artificio y se

conoció que aquella risa fingida era un verdadero desprecio; porque á pesar de su astucia se les salian hasta por los ojos los ímpetus de su cólera. Los padres procuraron quebrantarles con las dádivas para empezarles á predicar con estas demostraciones de cariño. Diéronles cuentas de vidrios y otros donecillos que ellos aprecian, y les pusieron á todos rosarios al cuello, para ver si podian cautivarles la voluntad. Estas diligencias fueron el mejor reclamo para que el dia siguiente viniesen otros muchos, por ser casi todos interesados; aunque no faltó entre ellos uno que con ademanes soberbios despreció el regalo. Notaban con cuidado, así esto, como el no haber venido entre ellos ningun indio cacique á cortejar al gobernador, aun estando tan vecino el portero, que era uno de los principales.

Llamávase éste Nicolás Melchor, que despues de cuatro dias envió á decir al gobernador que sín escolta de soldados pasase á su casa, en donde, aunque no habia llegado el "Tonati," le aguardaban algunos indios de los mas autorizados y cabezas de las rancherías interiores. A lo que luego convino sin mas consulta que la que hizo con su buena intencion; y llevando algunos de sus confidentes, sin comunicar la proposicion que se le hizo ni á los capitanes, ni á los padres, que tuvieron la primera noticia, viéndolo montar á caballo, se encaminó á la ranchería, siguiéndole algunos de sus parientes y una escuadra de indios amigos. Los capitanes dispusieron su gente para estar apercibidos á cualquiera novedad que sobreviniese.

Estaban ya juntos en aquella poblacion del caci-

que portero como doscientos indios Nayeres que condujo como jefe un indio ciego apóstata llamado en idioma Cora "Cucut," que en el nuestro castellano quiere decir "Culebra," valiéndose de su ceguedad para comunicarla á los que le seguian, y de su nombre para exparcir la mortal ponzoña que escondia en su corazon; porque habiéndoles saludado el señor gobernador con la afabilidad que acostumbraba y dádoles razon de su venida, le interrumpió el arrogante venenoso ciego, y sin dar lugar á que prosiguiese, respondió resuelta y atrevidamente por todos: que tratase su señoría de tomar la vuelta para su casa, y de dar órden de que marchasen en su seguimiento sus tropas, porque los Nayeres finos amantes veneradores de su gran Dios y observadores fidelísimos de sus ritos y religion que habian recibido de sus mayores, sin hacer caso de lo que el "Tonati" y algunos otros que le siguieren mal aconsejados, ejecutaron en México, ni querian sujetarse á otro yugo forastero, ni admitir otra religion ni adorar á otro Dios que al suyo, que les favorecia siempre con tales providencias, que les excusaba la necesidad de haber de recurrir para sustentarse á países extraños. Y que si persistian los españoles en llevar adelante la conquista, ellos con sus armas y su Dios con los ardores de sus rayos, ó les harian volver atrás, ó lograrian su valor poblar aquel campo de cadáveres españoles.

A tanto llega el atrevimiento, cuando la modes- del que escucha da motivo á que se juzgue su cobardía, la que es discrecion y prudencia; mucha era la del señor gobernador; pero se irritó al oir la

osadía de quien habiendo nacido en la region de la luz, y criádose á los pechos de la verdad, peroraba voluntariamente ciego á favor del engaño; y santamente enardecido, sin atender á que eran tan pocos los que le escoltaban, llevado del celo de nuestra sagrada religion, vuelto al insolente atrevido apóstata, le dijo que no queria hablar por entonces con los gentiles, aunque todos debian sujetarse á su lejítimo dueño nuestro Rey y señor, pero que le advertia, y que estuviese cierto, que no daria paso atrás, ni se apartaria de esta provincia, hasta obligar á que saliesen de ella todos los apóstatas infieles á Dios y á nuestro católico monarca. Estas solas palabras, que dictó el justo enojo, mudaron tan de golpe en pusilanimidad la osadía del ciego, que ocupado de la representacion de sus delitos se puso pálido y se le estremeció todo el cuerpo con el susto. Este efecto extraordinario, que advirtieron en su capitan los gentiles, les empezó á inquietar; pero Nicolás Melchor, á quien tambien se dirigia el tiro de la severa airada increpacion del gobernador, por ser hijo de apóstata, les sosegó con prontitud, así por el punto de haber llamado al señor gobernador á su casa, como por no malograr, si se ejecutasen antes de tiempo sus traidores designios, y si se rompiese la guerra con solo doscientos de los suyos, estando aunque interpuesto un barranco, tan inmediatas nuestras tropas.

Apaciguados los gentiles, suplicó al señor gobernador que diese la vuelta al lugar de su alojamiento: y para templarle el enojo, le dió esperanzas de que se reducirian los que estaban á su disposicion

y los de otra ranchería inmediata que gobernaba un indio viejo de mas de cien años, que se llamaba Tecolote. No bastó esta noticia para templar el justo sentimiento de los padres, no solo por la atrevida respuesta del ciego apóstata, sino por el silencio con que el gobernador les recató su viaje, juzgando que en estos casos en que se ha de sacar la cara para defender nuestra sagrada religion, aun antes que el Secular, debiera manejar la espada el brazo eclesiástico. Y por despicar su santo enojo y declarar contra la idolatría la guerra, dispusieron que en un elevado picacho tan eminente, que domina toda la Serranía y que distaba de la Puerta poco menos de una legua, se erigiese y colocase una Cruz de madera, que á este fin habian labrado. Conocióse luego el acierto, porque los indios amigos que fueron los de Guajuquilla, al colocarla, hallaron porcion de flechas, que por acercarse mas á su Dios, subian á aquella cumbre á ofrecerlas los gentiles: trajeron algunas de ellas, para que los despojos les acreditasen de vencedores. Este ejemplo dió motivo à los del pueblo de Mesquitique á que labraran otra semejante y la fijaran en un cerro cercano á las rancherías, aunque no tan eminente, bastantemente despejado y descubierto; pero la mayor cercanía y menor dificultad de la subida, dió ocasion á que estos bárbaros, á vista de algunos soldados, á quienes la distancia estorbó impedir la sacrílega irreverencia y atrevimiento, apedreasen aquel sagrado madero, le derribasen en tierra y le hiciesen astillas con sus alfanges. La noticia de tan detestable insulto la recataron á los padres, hasta que

se retiraron de la Puerta, temiendo sin duda, que su apostólico celo no les empeñase á desahogar con algun exceso su tan justo dolor y sentimiento.

En todo este tiempo se observaron continuamente humaredas, que de los barrancos interiores subian á lo alto; seña con que se avisan y convocan aquellos bárbaros, llamando unos y respondiendo otros. Sírveles esto solo de dia, porque de noche usan quemar las cumbres de los cerros. Todos conocieron claramentn que estos avisos tan repetidos denotaban su mucha inquietud, no descuidándose al mismo tiempo de buscar modos con que desvanecer nuestros recelos y asegurar su alevosía. A este fin le envió el portero Nicolás Melchor al señor gobernador el presente de una lanza, para darle á conocer su rendimiento; y aquel buen caballero la admitió muy satisfecho de su lealtad, sin advertir que aun le quedaba al bárbaro el arco y carcax de flechas en su casa. Poco despues vino á nuestro Real un indio llamado D. Alonso, que era de los principales de esta Sierra, y nos dió mucho que hacer aun despues de la conquista: era muy capáz y astuto; pretextó que venia á visitar y saludar al señor gobernador, de quien era muy amigo y de su mayor confianza; más el fin era divertirle, para que estuviese desapercibido y observar la disposicion de los cuarteles y la vigilancia ó descuido de los soldados, para que llegando el caso, que tenian bien premeditado los suyos, bien instruidos con estas noticias, ejecutasen con mayor seguridad su infame traicion: se portó en todo con tal destreza, admitiendo tan agradecido los regalos que los padres le hicieron, y

el buen trato del señor gobernador, que habló muy á medida de los deseos de aquel ingénuo caballero, dejándole enteramente satisfecho y lleno de esperanzas muy alegres.

Mas los indios amigos, desconfiando siempre de los Nayeres, y teniendo noticia de quə todas las noches se juntaban á deshora en la ranchería del Portero algunos caciques, despacharon en la que les pareció mas á propósito, cuatro de los suyos mas valerosos, fieles y sagaces, que entendian el idioma *Cora* para que se pusieran en sitio donde sin descubrirles el enemigo, pudiesen escuchar lo que tratasen en su conferencia: industria que les valió no menos que averiguar con toda claridad los designios de los Nayeres; porque habiendo venido algunos principales que no habian concurrido en las juntas anteriores, les refirió el portero y los otros viejos lo que se habia determinado, y se reducia á que se señalase Nicolás Melchor dia y avisase al gobernador que estaban todos prontos á dar la obediencia al Rey nuestro señor, y que la darian al sitio donde estaba alojado nuestro campo; que entonces acudiesen todos los de esta Sierra bien armados; que habiéndose de poner en filas los españoles, como acostumbran, mientras entraban los viejos, se extendiesen tambien en otras dos las tropas Nayeritas á las espaldas de nuestros militares, que en haciendo la seña al capitan destinado para darla, al lograr la ocasion que ofreciese el descuido de los nuestros, se abrazasen tres ó cuatro mozos robustos con cada uno de los españoles, que les sujetasen el movimiento de los brazos, hiriéndoles al mismo tiempo dos ó tres es-

cuadras de los mas ágiles que señalarian, para ejecutar este sangriento alevoso sacrificio; que al mismo tiempo embistiesen al gobernador y á los capitanes los viejos, que iban á fingir la obediencia; y les quitasen la vida; que vencidos los españoles, les seria fácil resistir á los fronterizos, si acaso se pusiesen en arma para oponérseles; y que no haciendo movimiento, se les perdonase la vida, y á los misioneros, más obligándoles á salir de aquella Sierra.

Determinaron tambien que la noche antecedente á su ideada alevosía marchasen algunas escuadras á ocupar la vereda, por donde necesariamente habian de salir los que acaso escapasen vivos, para que en aquellas estrechuras perecieran todos, unos atravesados de sus flechas y otros oprimidos de los peñascos, que habian de rodar de la eminencia. No habian mal dispuesto la faccion; pero se les frustrò del todo con la noticia tan puntual que se dió aquella noche á los capitanes, y por su medio el dia siguiente al gobernador, al tiempo que le habia llegado un correo del pueblo de Noxtic con carta de su capitan de Guerra llamado D. Miguel de Rivera, en que le avisaba que no se fiase de los Nayeres, ni creyese sus engañosos obsequios; que tenia aviso cierto que intentaban acabar con todos los españoles, valiéndose de la fuerza y de sus ardides en que son soldados veteranos. Estando así tan instruido, se vió obligado finalmente aquel honrado caballero á tener Consejo de Guerra, en que fueron todos de parecer que convenia salir de aquellos barrancos á campo abierto, retirándose á Peyotan, donde se con-

sultarian despues y se tomárian las medidas mas convenientes. No pudo el señor gobernador resistir á tantos; y aunque contra sus designios se conformó con su parecer, dando órden á los capitanes luego que doblaran las guardias, y tuviesen prontos para el dia siguiente los caballos con todo lo necesario para la retirada, que se acababa de resolver con tanta uniformidad de votos.

CAPITULO XIV.

Retírase á Peyotan el campo.—Continuanse las diligencias para reducir por vía de paz á los Nayeres, sin conseguir otro fruto que darles mas tiempo para disponer nuevas traiciones.

No fué poco lo que trabajó con sus ideas el gobernador D. Juan de la Torre, que aun valanceaba entre la esperanza que le sugirieron las fementidas promesas del portero, y el temor que le causó el informe de los espías, para conformarse con lo que en el Consejo de Guerra se habia resuelto. A los motivos que se alegaban para la retirada, se añadieron los que los indios de Guazamota y de San Lúcas que habian llegado á visitarle de nuevo le manifestaron: despues de ofrecerse á servir á Su Ma-

jestad, teniendo por mas inmediatos á los Nayeres mayor conocimiento de sus astucias y mas ciertas noticias del mal ánimo en que se hallaban, le dijeron que aquel sitio á que de industria nos habian traido los gentiles, no solo carecia de pastos y de aguajes para mantener los caballos, sino que por su estrechez imposibilitaba el manejarles, y que por lo cerrado no permitiria segura la retirada, cuando se juzgase conveniente, por no haber allí otra salida que una estrechísima vereda, tan inmediata á la profundidad del barranco, que bastaban solo diez ó doce hombres señoreados de la cumbre del cerro, para sepultar en aquel tan profundo sitio á todo el ejército, sin mas diligencia que rodar los peñascos de la eminencia: instáronle que mudase su alojamiento á Peyotan, distante de allí solo cinco leguas hácia la parte del Norte, y solo siete de su pueblo de Guazamota: lugar no solo abierto y despejado, sino abundante de aguas y buenos pastos.

Todas estas razones, á mas de las que en la junta se propusieron, aunque el gobernador se hallaba tan prendado de los artificios de estos bárbaros, calificándoles por sinceridad, y por mas que no se inclinaba aun todavía á la mudanza de alojamiento, hubieron por último de convencerle. Y porque en las conferencias se acordó que al portero Nicolás Melchor se le pretextase solamente el motivo de la incomodidad del sitio, sin darle aviso de la retirada hasta la mañana siguiente, cuando estuviesen ya con el pié en el estribo nuestros soldados, se ofrecieron los padres á ser los mensajeros, sintiendo alejarse de aquellas dos rancherías, que habian dado espe-

ranza de reducirse, sin hacer primero de su parte algunas diligencias para descubrir por sí mismos la buena ó mala disposicion en que se hallaban: dejaron al gobernador la eleccion del que hubiese de ir á esta tan importante arriesgada empresa; dijéronle que en caso de hallar fundada la esperanza de su reduccion, se quedaria en su rancheria el que fuera, con sola la compañía de algunos indios amigos, como vivia con ellos un indio viejo escribano del pueblo de San Antonio llamado Juan Rodriguez, que habian prevenido luego que llegó su señoría, para comunicarse por cartas; y que así, como él estaba seguro con los Nayeres, lo estaria tambien cualquiera de los dcs misioneros.

Mas el gobernador, que en vez de la antigua confianza que tuvo tan arraigada, estaba ya tan ocupado del temor y del recelo, que cada paso hácia las rancherías le parecia un peligro, no quiso condescender á la súplica de los padres, que por entonces se contentaron con enviar por el mismo indio de quien se fiaba mucho el gobernador, y de quien se valia para dar la noticia de aquella novedad, un cariñoso recado significándole al portero especialmente los deseos de quedar en su ranchería. El embajador no volvió respuesta, ó por no haber cumplido su comision, como despues confirmó esta fundada sospecha su infidelidad, ó porque enterados los Nayeres de la intempestiva retirada, que les llenó de turbacion, no pusieron en otra cosa su atencion, que en ver como podrian obligar á que no dejasen aquel sitio los españoles. Para embarazar la marcha, vinieron luego algunos, y entre ellos un viejo cacique que habia

ido con el "Tonati" á México, cuyo nombre era D. Pedro: indio sagaz y que hablaba la lengua castellana.

Este disimulando que la noticia de la retirada les hubiese herido en el corazon y que desacia sus traiciones, propuso para impedirla razones tan aparentes, que la energía y solapado artificio con que las esforzaba, movieron de suerte al señor gobernador, que aunque ya marchaba el campo, mandó hacer alto y que se suspendiese la marcha. Reconoció el viejo sagaz que habia dado con felicidad los primeros pasos su ponzoñosa malicia: apretó la batería, añadiendo otras razones al parecer mas convenientes, ponderando la ingratitud en alejarse de sus rancherías, donde se hallaban tantos inclinados á reducirse, y que para ejecutarlo y dar solemnemente la obediencia al Rey, solo aguardaban la venida del "Tonati," que ya se esperaba por instantes: ponderó que si el motivo de su retirada era la incomodidad del sitio, ellos darian otro acomodado, aunque algo distante de los cuarteles, para mantener la caballada. Estas y otras razones persuadieron tanto á la buena índole del gobernador, que quiso resueltamente suspender la retirada; mas los indios amigos, abochornados de los maliciosos enredos de D. Pedro, repitieron sus instancias al gobernador, diciendole claramente que aquellas propuestas del sitio que ofrecian, tiraban á dividir las fuerzas con retirar los caballos; que si su señoría se apartaba de estas rancherías de los Nayeres, se iba á encontrar en Peyotan con otras del indio Juan Lobatos, conocido por el apellido de "Cacaloxuchit." y sin añadir

mas razones ni aguardar á que replicara D. Pedro, se pasaron con gran presteza á la vanguardia y comenzaron à marchar hácia Peyotan, obligando à que les siguieran los demas, quedando suspensos los Nayeres y el mismo gobernador: marchó no obstante tambien con los Nayeritas que les quisieron seguir; llegaron á Peyotan, habiendo caminado con grande recelo y temor, porque la mayor parte del camino era una cuchilla pendiente y muy estrecha, que aun no habiendo encontrado, como se temia, resistencia, se bajó con dificultad, cayendo uno de los soldados con su caballo, aunque escaparon con la vida, sin haber recibido daño notable.

Desde este dia, once de Octubre, hasta el diez y nueve se mantuvieron en este sitio, á donde concurrian muchos Nayeres, que con la solapa de venir á vender sus frutos, observaban los movimientos de los nuestros, para fondear, si pudiesen, la intencion del gobernador: en todos experimentaron especiales muestras de cariño, y mayores en los padres, que viendo á dos sin ropa, y que les pedian alguna con que cubrir su desnudez, sin dar oídos á la propia necesidad, se desnudaron de su vestido interior, dándoselo contentos con reservar lo preciso á su religiosa decencia. Vinieron muchos caciques á visitar al señor gobernador; y aunque á éstos de palabra, y á los otros por escrito requeria repetidas veces, á que viniesen á dar la obediencia que habian prometido al Rey nuestro señor, respondian que no podian determinar cosa alguna sin que presidiese á su junta el "Tonaji," que era su cabeza, á quien ya aguardaban en la ranchería del portero. De hecho llegó

en breve, y no se hubiera dilatado tanto su venida, si los caciques de industria no hubieran diferido darle el aviso hasta tener ya juntas, y aprestadas todas sus tropas para su premeditada alevosía.

Luego que llegó á Peyotan la noticia de que el "Tonati" y los caciques todos se hallaban en la Puerta, se encendieron en los dos padres misioneros nuevos deseos de pasar allá, para ver si hablando á aquel Senado, podian excusar el rompimiento que ya se recelaba con mas graves fundamentos, y para evitar la incertidumbre de la guerra, en que peligrarian no solo las vidas, sino tambien las almas de muchos gentiles y apóstatas. No pudo el padre Antonio Arias contenerse en los límites de la espera; hizo al gobernador tales instancias para que le concediese licencia para pasar á la ranchería del portero donde se habia hospedado el Nayar, que hubo de concedérsela, advirtiéndole que llevase competente número de escoltas para seguridad de su persona; y aunque no halló sino solo dos indios amigos que se atreviesen á acompañarle, dispuso su viaje, quedando el padre Juan Tellez á despecho de sus fervorosas ánsias, para que en caso de matar ó de aprisionar á su compañero los Nayeres, les quedase á los nuestros sacerdote para su espiritual asistencia. Despues, habiendo el gobernador consultado el punto con los capitanes y con los indios amigos, casi al tiempo de la partida vinieron los naturales á rogarle, y el gobernador y capitanes á requerirle, que excusase tan aventurado y arriesgado viaje, hasta tener noticias, que llegarian muy en breve, de lo determinado en la junta de aquellos bárbaros.

Lo que pasó en aquella grande Asamblea, solo se supo despues de la primera batalla por el escribano, que quedó en la ranchería del portero y escapó felizmente de las garras de aquellas sangrientas fieras, que contra todo derecho le quisieron quitar la vida: éste refirió que viendo los principales que el "Tonati" estaba inclinado á que se franquease la puerta á los padres y á que no declararan la guerra contra los españoles, por haberles hecho patentes los grandes privilegios y excepciones que el señor Virey les concedia en caso que se redujesen, y los graves daños que les acarrearia su rebeldía si se resolvian á romper con los nuestros, se empeñaron todos en demostrarle con cuánta facilidad se desembarazarian de los daños que les pronosticaba, acabando, como lo ejecutarian, con todas nuestras tropas. Y viendo que el "Tonati" no respondia palabra, se le pusieron al lado el ciego apóstata y otro sagaz astuto viejo, instándole con tal porfia toda aquella noche, que á la madrugada, fatigado de no haber dormido y enfadado de tan porfiados discursos, les dijo que si tan fácil les parecia el vencer á los españoles, que lo determinasen los viejos, á cuyo arbitrio remitia la resolucion. Con esta permision, luego que se retiró el "Tonati," hicieron nueva junta aquellos bárbaros Senadores, para disponer á su gusto la faccion: allí se determinó que se llamase al gobernador para dar la obediencia, al sitio abandonado de la Puerta; que en caso de no agradarle, se le propusiese el paraje de Oaxaca, donde se habia antes hecho semejante funcion, cuando entró el general D. Gregorio; que le recibiesen con muestras

de cariño, deteniéndole con cierto pretexto hasta el dia siguiente, en que á la madrugada, antes que los soldados se hubiesen levantado y traido los caballos, les asaltasen, apoderándose los que serian destinados á este fin, de los arcabuces, mientras otros les herian y acababan con todos.

Se opuso á este discurso el indio D. Alonso, proponiendo los motivos que le obligaban á no asentir á su determinacion tan arriesgada y difícil de ejecutar por las muchas razones que les ponderó con viveza; añadió, por fin, que él era de parecer, si querian asegurar su intento, que se le escribiese al gobernador, citándole para la Puerta, y si no admitia, ofreció á la junta que èl mismo iria á proponerle el sitio de Oaxaca; mas antes de que llegara á este paraje, se emboscasen en las estrechuras de Teaurite, que era paso inexcusable, donde embistiendo con valor los Nayeres á los nuestros, que respeto de ellos eran pocos, á breve rato les quitarian la vida; que no temiesen las escopetas, que muchas veces son como el cohete, que no causan otro estrago que el estruendo; que á no pocas faltaban los rastrillos, para darles fuego; que no apuntando los soldados al pié, sino en medio del blanco, con arrojarse al suelo al disparar, se burlarian de sus tiros, y que cogiéndoles desarmados, por haber descargado ya sus escopetas y turbados con lo repentino del asalto, fácilmente acabarian con todos.

Aplaudióse generalmente el dictàmen de D. Alonso; y para ponerle en ejecucion, escribió Nicolás Melchor al señor gobernador, avisándole que ya estaban todos prontos para dar la obediencia; y que

por estar todos con su Príncipe congregados en las rancherías de la Puerta, suplicaban rendidamente á su señoria que pasase con su tropa al puesto, que no con poco sentimiento de aquellos naturales habia desamparado, rogando, por último, que los soldados no llevasen clarin ni otras insignias militares; pues donde les esperaban de paz, no venian bien los instrumentos de guerra. Respondióles el gobernador, alabándoles su cuerda resolucion y ponderándoles que el camino, para ir al sitio que señalaban, era muy áspero y peligroso; mas ya que no viniesen á Peyotan, se podia hacer el Congreso en la medianìa, señalándoles una loma que se descubre desde aquel pueblo, que por desembarazada y espaciosa no ofrecia comodidad para emboscarse, y la daba para manejar los caballos sin estorbo: añadíales, por último, que era costumbre inviolable en la milicia española llevar insignias militares. Esta fué en sustancia la respuesta de aquel jefe de nuestro Campo; y habiéndola recibido, salió para nuestro Real el indio D. Alonso tenido del gobernador y de muchos por ingénuo y de buenas intenciones, hasta que el dia siguiente se dió á conocer su traicion, y luego su obstinacion y rebeldía.

Vino el diez y nueve de Octubre al amanecer, y despues de afectar rendimientos y ponderar finezas, pidió á los nuestros, que ya que ellos cedian por complacerles, en que no marchasen á la Puerta, como en que fuesen armados con sus militares insignias, tambien les habia de favorecer su dignacion, en que no se diese la obediencia que habian prometido en aquella loma yerma, y distante de sus

rancherías, sino en Oaxaca, donde por vivir allí muchos de los suyos, habia mayor comodidad para asistirles y regalarles, añadiendo que antes deseaban que se internasen para que conociesen su buen afecto y su confianza en franquearles libre la entrada ofreciéndoles, por último, que aquella misma tarde les enviaria dos hijos suyos para que les condujesen por el camino menos penoso y menos áspero. Cumplió esto muy puntual para descaminarles, llevándoles por muchos precipicios, cuestas y despeñaderos, como despues experimentaron.

Despidióse luego aquel astuto solapado bárbaro, dejando muy consolado al señor gobernador, que le creia, y á los padres que deseaban lo que fingia su malicioso artificio. Y aunque no pocos de los nuestros, especialmente los capitanes, sospechaban algun engaño, aquel buen jefe y los soldados andaban muy alegres, por estar tan cerca el plazo que habia de declarar ó la fidelidad ó la traicion, aumentándoles la alegría y el aliento una casualidad; porque despues de haberse ido aquel tán maligno sagaz indio, como á las ocho de la mañana se formó á vista del Real un arco-iris de extremada hermosura, que dió ocasion á que discurriesen que siendo señal de paz, parecia que les avisaba el Cielo que seria pacífica la conquista, anticipándoles los arcos para celebrar sus triunfos. Mas aquella misma tarde se levantó al ponerse el sol, una formidable tempestad de relámpagos, truenos y rayos, sin causarles desmayo alguno, antes dándoles mas aliento, por juzgar, ó que ya el Cielo hacia la salva á la entrada de nuestra religion, ó que el demonio comenzaba ya á dar mues-

tra de su sentimiento por su expulsion, que veia tan inmediata.

A los indios, como se supo despues, ocasionó tan grande espanto, que una vieja hermana del portero, que despues murió reducida y bautizada, le dijo con grande aseveracion, y á los de aquella rancheria, que no entrasen en la batalla que habian de dar el dia siguiente, porque habian de vencer los nuestros, y que lo mas acertado era que admitiesen á los padres y se hiciesen cristianos, añadiéndoles que ya veian y oian cómo el Cielo les ayudaba con sus mosquetes y pedreros. Algunos dieron crédito á la adivinadora: nombre que le dieron los nuestros cuando supieron esta historia; y se excusaron de ir á pelear, por el temor que les causaron tan fatales pronósticos. Solo el gobernador se hallaba léjos de la desconfianza; pero movido de los requirimientos que le hicieron los capitanes, despachó aquella noche espías, escogieron tres ó cuatro indios de los mas fieles, para que se acercasen, sin descuidar de su seguridad, á Oaxaca y procurasen rastrear el ánimo en que se hallaban los Nayeres. Dispuso tambien que llevasen los indios amigos por divisa coronas de palma por las muchas que hay en Peyotan, para que en caso de rompimiento, si se mezclasen con los infieles, como sucedió, no les ofendieran los nuestros, previniendo asimismo, que se acercasen los caballos, para que estuviese todo pronto el dia siguiente para la marcha.

CAPITULO XV.

Acometen los bárbaros alevosamente á nuestro ejército, y queda por el Campo católico la victoria.

Amanació sereno el dia veinte de Octubre del año de mil setecientos veintiuno. Despues de haber celebrado los padres el Santo Sacrificio de la Misa, á que asistieron todos los soldados y comulgaron no pocos, se ordenó la tropa; dividióse en dos trozos la caballería; se dió la vanguardia á los soldados reclutados en Zacatecas con su capitan D. Santiago de Rioja y Carrion; la retaguardia se encargó á los que se alistaron en la Villa de Jerez con su capitan D. Alonso Reyna y Narvaez, autorizándola con

su presencia el señor gobernador y los dos padres misioneros. Las tropas de los indios amigos, que era nuestra infantería, se distribuyeron de manera que guarneciesen los costados de la vanguardia y retaguardia. Este órden se observó solo en el camino; porque cuando acometieron los bárbaros, le perdieron todos, y no hubo otras reglas de milicia, que atender cada uno á defenderse ó á poner en salvo su persona. Luego que comenzó la marcha con los primeros clamores del clarin, se rezaron en voz alta las Letanias de Nuestra Señora y otras devotas oraciones, concluyendo con el *Alabado*, que compuso y entonó el padre Antonio Arias, repitiendo todo el ejército lo mismo que cantaba aquel celoso misionero.

Apenas habian pagado este devoto tributo tan debido á la piedad católica, reconocieron desde luego las primicias de la grande cosecha que con el favor de Dios esperaban en aquella Sierra, y las primeras esperanzas de esta nueva Iglesia; porque llegándose al P. Antonio Arias un Nayar de los principales que habian venido al Real al amanecer, le preguntó si los soldados eran valientes y á qué número llegarian con los indios amigos. Y habiéndole respondido con su mucha discrecion aquel sábio fervoroso jesuita con el artificio que pedian las circunstancias de tan intempestiva pregunta, luego se allegó al señor gobernador, y le dijo: que èl no podia asegurar el buen ánimo de sus paisanos; pero que por sí, y en nombre de todos los de su ranchería, se ofrecia, no solo como real vasallo de Su Majestad á servirle, sino á formar pueblo con los suyos,

añadiendo que todos con "Cacaloxuchit," deudo suyo y vecino nuestro y los que le reconocian por superior, deseaban reducirse al gremio de la Iglesia; que en nombre de aquel tan autorizado indio venia el que le acompañaba, señalando á otro Nayar que estaba á su lado; y que desde luego se agregarian, como lo hicieron, á nuestro campo; más que suplicaba á su señoria tuviese á bien que él y su compañero no bajasen al puesto donde los infieles aguardaban para el Congreso. Llamábase este buen indio D. Domingo de Luna; y aunque era natural de aquella Sierra, era ya cristiano y habia sido bautizado con un hermano suyo llamado Estéban, siendo aun niños entrambos en Guazamota; pero tuvo la desgracia, que otros muchos que se bautizaron de volver á vivir entre idólatras en la escuela del error. Desde este punto dió este honrado indio siempre continuadas pruebas de su fidelidad, hasta que por su constancia en el servicio de Dios y del Rey, perdiò la vida, como en su lugar veremos.

Con este informe empezaron los nuestros á sospechar, y despues sobreviniendo nuevos recelos, crecieron y se aumentaron de fuerte, que se vió claramente la traicion alevosa de los Nayeritas; porque volviendo los espias, que se habian enviado la noche anterior, dijeron que por lo que habian observado estaban sin duda de mal ánimo aquellos bárbaros. Con esta noticia y con su observacion de que el conducirles por el camino mas doblado habia sido para que llegasen, como lo lograron, los caballos destroncados, mandó el señor gobernador hacer alto y llamar á los hijos de D. Alonso que les guia-

ban, para examinarles y colegir de sus respuestas si se debia dar oídos al recelo: diligencia que debia haber precedido en el Real, antes de moverse el ejército. Y otro, que fuera mas advertido, hubiera dejado en Peyotan á uno de los dos en Reenes de la propia seguridad: vino luego á la presencia del gobernador el que se llamaba Estéban, hijo de padre, á quien era muy parecido en la destreza de fingir y en el arte de disimular.

Todos conocieron en la palidez de su rostro, el grave mal que escondia en su fementido pecho; pero el gobernador y los capitanes, que solo atendian á lo que decia, parece que no quisieron observar los malos incidentes que se les entraban por los ojos. Habló con grande energía sobre la fidelidad de sus paisanos prontos siempre á corresponder al especial amor que su señoría les tenia: estas palabras, que supo colorear y vestir la lisonja, bastaron para que se diese luego órden de proseguir la marcha. Mas habiendo llegado á poca distancia á un estrecho puerto entre dos cerros, mandó el señor gobernador que quedase una escuadra de soldados españoles con algunos indios amigos, para asegurar este paso en caso que fuese necesario el retirarse. Y sabiendo á este tiempo que se habian desaparecido los indios de Tentzompa y de San Cristóbal, que venian en la retaguardia, ordenó que se fuese con especial cuidado. Pasado el puerto, descubrieron á algunos Nayeres que se dejaban ver en un collado inmediato á Teaurite, cuyo corto número apenas aumentó el recelo; pero á poco andar se reconoció que estaban coronadas de indios las cumbres todas de los

cerros; y no era aun el mayor número, porque los mas se habian emboscado en un barranco de un riochuelo que corre besando los piés à los montecillos de Teaurite, y en uno inmediato, que ya ocupaba nuestro campo, para bajar á la estrechura de que ya se habian apoderado para cerrar el círculo y sitiar el ejército por todas partes. Entre los que se descubrian en la eminencia, conocieron algunos al "Tonati" acompañado de algunos suyos y de muchos de los pueblos cristianos.

Estando ya para bajar, ordenó el señor gobernador que en aquel alto quedasen algunas de nuestras escuadras con otras de indios flecheros, que fué el remedio para que no les cerrara el paso, como habian dispuesto los enemigos: mandó luego el capitan que comandaba la vanguardia, al clarin que tocase, y parece lo dispuso Dios así con su amorosa providencia; porque fuè causa de descubrir la primera emboscada; pues apenas resonó el clarin, hizo el eco un descompasado y pavoroso alarido, à que correspondió una ruidosa continuada gritería de los que estaban en el barranco y en las cumbres de los cerros. Este no previsto accidente con el aviso de que los hijos de D. Alonso no parecian en nuestro campo por haberse pasado á los suyos, introdujo en los pechos de nuestros soldados no poco susto: marchaban con mas cuidado, aunque despechados por la órden que se les dió, al parecer poco cuerda, mandándoles pena de la vida, que ni metiesen mano á las armas, ni aun sacasen de las fundas las escopetas, hasta que los indios rompiesen la guerra.

Ya les fué forzoso á los nuestros, para salir de

aquellos estrechos, bajar á Teaurite á ver de una vez la cara al enemigo, ya que tantas la habian visto al desengaño; porque todos conocian que ya era inexcusable la batalla, estando tan armados los indios. El plan, donde les aguardaban los Nayeres, era tambien muy montuoso, y ofrecia limpio y despejado tan poco espacio, que si no se hubieran dejado algunas escuadras para guardar los puestos arriesgados, no cupieran allí nuestros soldados; y aun faltando tantos, fué necesario para pelear, que desmontasen muchos de sus caballos, cuando llegó el caso de defenderse. En aquel campo de batalla esperaba el viejo D. Alonso con el brazo ya desnudo, con una adarga en la mano izquierda y con el alfange en la cinta, procurando ocultar el arco en que ya tenia puesta su flecha y el carcax al hombro, en que guardaba la abundante provision de otras muchas. Acompañábanle pocos indios, porque aunque habia una numerosa muchedumbre, estaban emboscados en parte, de donde pudieron ver lo que los nuestros asimismo reparaban; y era, que un indio mozo hasta de treinta años, habiendo ya enarcado, daba contínuos saltos, apuntando y amenazando con la flecha qne tenia pronta y fija en la cuerda del arco, ya á unos, ya á otros de los soldados.

Todos se mantuvieron en sus caballos, menos los padres, que desmontando ligeros, se fueron á pié á abrazar á D. Alonso, como lo hicieron, asegurándole que todos venian de paz, y procurando con las caricias, con la razon y hasta con los ruegos volverle á camino; pero él, sin darles respuesta, solo

les fijó los ojos con ademanes de admiracion, extrañando acaso el arrojo y poco recelo con que se pusieron en sus manos: viendo su obstinacion, otra vez montaron á caballo, y repararon asimismo los ademanes del indio, que aun perseveraba, sin parar en sus movimientos, en sus amenazas y amagos: ya se levantaba en el aire, ya se tiraba hasta la tierra, sin cesar de hablar y alentar á los suyos, asegurándoles el vencimiento con decirles que ya los venados estaban cogidos en el cerco, y que antes de declinar el sol, no habia de quedar español vivo. Lo daban todos por tan hecho, que no habian retirado sus caudales, los que vivian en Teaurite, ni á sus mujeres é hijos permitieron que se alejasen mucho.

Todos tenian puestos los ojos en este indio: los nuestros, porque cada uno temia ser el blanco de su tiro; y los suyos, porque era el que habia de darles la señal para que á un mismo tiempo acometiesen á nuestra tropa; y era, como se vió y supo despues, disparar á lo alto la flecha. Pausó repentinamente el indio, y al punto salieron del bosque algunos bárbaros, que atrevidamente pedian á gritos al gobernador que les entregase al fidelísimo indio D. Pedro Felipe. Y temerosos todos, hasta los padres misioneros, que el repentino susto obligase á la bondad de aquel tan ingénuo jefe á ejecutar algun acto indeliberado, que despues no se pudiese enmendar con el arrepentimiento, acudieron prontamente, disuadiéndole á gritos tan injusta atrevida peticion, que debia despreciar aun con enojo, ya por su piedad de cristiano, ya por la fidelidad y obligacion de caballero. Reconociendo el indio que aun sin mo-

verse les tenia á todos asustados, malogrado este primer intento, discurrió que ya se habia conseguido el principal de ocupar los pasos, para impedir la retirada á nuestro campo: con esta tan segura persuasion impelió la fatal flecha á lo alto; y al punto, levantando un formidable alarido, salieron con ímpetu desesperado de las breñas innumerables bárbaros, acometiendo, unos con alfanges, y otros dando la primera descarga de flechas tan tupida, que parecia un aguacero.

Luego que el padre Antonio Arias vió venir sobre sí y sobre los demas tan horrible tempestad, procuró prudentemente alejarse del peligro, aunque no lo consiguió, porque á cuatro ó seis pasos se hallaba ya un barranco profundo. Y viendo que los enemigos iban á cerrar el paso por donde habian entrado, desmontó del caballo y acertó á encontrarse con su compañero el padre Juan Tellez, que poco antes se le habia desaparecido; y hallándole á pié y mal defendido de un peñasquillo que apenas sobresalia de la tierra, se le juntó para lograr aquella tan pequeña corta defensa, que les era forzoso tirarse sobre la peña para no quedar heridos, cuando venia sobre los dos aquella inundacion de flechas. Aquí confesaron á un soldado español y á un indio amigo, que atravesado el pecho con una muy penetrante en el primer abance, vertia no poca sangre; se reconciliaron asimismo entreambos, disponiéndose para la muerte que tenian tan cerca: solo dudaban por qué lado les vendria, porque por todas partes llovian, sucediéndose unas á otras, innumerables saetas. Tenian tan inmediatos los bárbaros, que mien-

tras se reconciliaban atentos solo á este santo Ministerio, se les acercaron dos para cogerles á mano, y llevarlos vivos: lo hubieran logrado, á no haberles visto dos soldados que estaban cerca, y disparando casi á un tiempo, les obligaron á retirarse.

Peleaban ya mas animosos los infieles, porque con la primera descarga de sus flechas y al primer ímpetu de su acometimiento, rompieron y desordenaron á nuestros soldados, llenàndoles de tan grande turbacion, que por acudir con presteza al espanto del enemigo, con el ruido de los arcabuces, no atendieron á valerse de la puntería para acertar el tiro; pero advirtiendo las maravillas con que el cielo favorecia la justicia de su causa, se recobraron con tanto aliento para pelear, que no solo se mostraron mas valerosos, sino mas certeros los que mantenian el campo; porque notaron con gran consuelo y no menor admiracion, que fueron muy pocos los heridos en la primera embestida, y todos ligeramente, y que no teniendo nuestros soldados otra arma defensiva para resistir, que la casaca de paño sobre sus camisas, caían á sus piés las flechas rechazadas de la débil resistencia de la ropa; que otras quedaban pendientes del vestido, ó penetrando tan poco, que apenas herian la superficie de la carne. Con estos tan manifiestos portentos, ya casi no admiraron el de haber salido heridos solo nueve entre indios amigos y españoles, y el de ser solo en uno la herida penetrante. Admiraron todos en esta batalla, que las mas de las flechas, ó caían al suelo, sin llegar al blanco, ó se iban por alto sin ofender; y crecia no poco el prodigio, por ser estos indios tan certèros

en su puntería, que aun á mayor distancia hemos visto derribar al primer tiro un real sencillo que se les ha puesto por blanco, y dar de modo el impulso con su diestra mano, que despiden la flecha con tan violenta fuerza, que pasan de banda á banda á un venado.

Todo esto reconocido y reparado desde luego, infundió á los nuestros tal brío, que les quitó el susto, y comenzaron á manejar con tanta destreza las armas de fuego, que hicieron titubear á los bárbaros, minorando sus tropas por huir; unos, atemorizados con el estruendo de los arcabuces; escaparse otros, viendo en los que caían heridos, ó de las balas de las flechas de nuestros amigos, el estrago, y ocuparse otros en retirar de la vista á los imposibilitados ya para la pelea por las heridas: entre éstos cayó, atravesándole la garganta una saeta, un español, de dos que peleaban entre los Nayeres, y murió dentro de pocos dias.

Los nuestros todos pelearon animosos; pero los que mas se señalaron en el valor, fueron el capitan D. Alonso Reyna de Narvaez, el alferez D. Pedro Jimenez de Cañas, el alferez reformado D. José Gonzalez, el cabo de escuadra Antonio de la Torre, José de Haro, soldado, y otro vizcaino llamado D. Santiago de Arbizu: los cinco primeros, habiendo desmontado de sus caballos, mantuvieron siempre su puesto, haciendo cara al enemigo, hasta que con su fuga les dejaron el campo; á Arbizu le vieron todos correr á caballo con el espadin en mano en seguimiento de los bárbaros enemigos, que atemorizados de su cólera, propiamente vizcaina, daban á correr

volviéndoles las espaldas; pero no dejó de acometerles, hasta que se precipitaron en el barranco. Entre los indios amigos se distinguieron con su grande valentía, los de los pueblos de Guajuquilla, Mesquitique y Guazamota; y entre todos sobresalieron por su valor, tres indios hermanos llamados los Calderas, y otros cinco, de quienes uno salió mal herido: éstos hicieron más cruda guerra á los infieles, como hasta hoy los mismos contrarios lo pregonan con inmortal elogio de tan valientes campeones.

Los Nayeres al principio peleaban desesperadamente, mas disminuíaseles el valor al paso que crecia el de los nuestros: solo el indio D. Alonso no desamparó el campo, ni el lugar que ocupó al comenzar la batalla, sin que le derribara ninguna bala de las muchas que le disparaban, con solo la diligencia de tirarse sobre la tierra y levantarse con tal celeridad, que nunca pudo encontrar seguridad en el blanco la puntería: por fin á despecho de su valor se vió obligado a retirarse y á desamparar el puesto; ó porque la sangre de sus compañeros, que veía correr, le ahogó los bríos, ó porque dispuso Dios que aun nos quedase ese torcedor mas para castigar nuestros pecados. Luego que vieron los Nayeres que aun quedaban, que D. Alonso se iba, dieron á huir precipitadamente, cesando ya el bárbaro alarido y trepando á saltos por los peñascos, ocuparon las eminencias de los cerros; y aunque se mantuvieron á la vista, se pusieron fuera de tiro. Nuestros soldados, hallándose ya sin enemigos, se apoderaron de los despojos que pudieron encontrar en aquella desamparada ranchería: pusieron fuego

á algunos jacalillos, y comenzaron á celebrar con estas festivas luminarias el primer triunfo de nuestra religion victoriosa.

Todo lo veían los bárbaros, y aunque se les añadió á este su tan funesto espectáculo el éco de los gritos con que les provocaban los vencedores, ni respondian, ni se movian de sus lugares, siendo efecto esta turbacion de lo que ya refiero, por lo que despues ellos mismos confesaron, asegurando que estando en el mayor calor de la batalla, al formar la cruz con la mano uno de los padres (seria acaso la que se hace para dar la bendicion acostumbrada en la absolucion) se les habia oscurecido el sol; y que los que estaban destinados á observar en las eminencias nuestras tropas, dieron aviso á los suyos de que nos venia un gran socorro de gente, más en número de la que se veía peleando. Esto, ó fuese maravillosa providencia del cielo para sujetarles á que abrazaran nuestra santa religion, ó engaño de su perturbada fantasía, bastó para apagar repentinamente su furor, para que abandonasen el campo y dejasen en manos de los católicos la victoria, que todos atribuyeron á mas poderoso abrazo que el de nuestros soldados; porque en obra tan sobre las fuerzas humanas, claramente reconocieron la causa superior y los soberanos influjos del cielo, de que maravillosamente procedia.

No pudieron, para perfeccionar el triunfo, seguir los nuestros al enemigo; y no habiendo prevenido los accidentes, no estuvieron prontas las providencias. Eran escasos los alimentos; faltaban caballos para mudar, y los que habian venido, estaban ya

destroncados. A ninguno se le ofreció arriesgarse á nuevos peligros, sino salir con la mayor brevedad posible de aquellas estrechuras en que les tuvieron tan manifiestos de perder la vida. Mandó el señor gobernador tocar la retirada, y vuelta á Peyotan para dar las mas prontas convenientes providencias para impedir al enemigo que idease nuevos ardides. Y aunque ni en el camino tropezaron con algun nuevo cuidado, ni en el Real donde habian quedado diez soldados con algunos indios amigos para defensa de las cuarteles, con todo ordenó aquel vigilante jefe á los capitanes, que mandasen á los sargentos doblar las guardias, y que estuviesen muy alerta, avisando prontamente cualquiera novedad que sobreviniese.

CAPITULO XVI.

Efectos que se siguieron á este primer triunfo que lograron las armas católicas.

Quedaron tan asombrados los Nayeres á vista de la victoria, que tan contra la superioridad de sus fuerzas consiguieron alentados de brazo superior nuestras armas, que llegando el eco desde Teaurite á lo interior de la Sierra, comenzaron á titubear sus astucias y á estremecérseles los corazones. Mas no faltaron algunos, aunque pocos, que trataron ya de reducirse á vista del estrago; pero casi todos permanecieron, aunque temerosos, tan obstinados, que en vez de rendirse, solo trataron de retirarse, apar-

tando sus bienes para asegurarles en el sitio de la Mesa del "Tonati," donde tenia su rebeldía puesta toda su confianza, así por lo agrio y casi inaccesible de la subida, como por tener en aquel lugar los templos de sus mas afamadas deidades, esperando por eso allí muy especiales los socorros qüe de ellas se prometian. El señor gobernador no se dormia en buscar los medios mas oportunos, para que todos se redujeran al gremio de la Iglesia y á la obediencia de nuestro católico monarca. Túvose el dia siguiente á la batalla Consejo de Guerra, y lo primero que se determinó fué despachar dos soldados, que á la posta llevasen la noticia, así de la resistencia como de la victoria al señor Marqués de Valero, y esperar sus órdenes: resolvióse tambien, que aunque no se intentase asaltar á los enemigos arrochelados en la Mesa, se hiciesen algunas entradas á las rancherías inmediatas.

Para las mas vecinas á nuestros cuarteles, que eran las de la Puerta, y fueron las primeras que encontraron en su viaje, se aprestaron algunas escuadras de soldados españoles y de indios amigos, bajo el mando de uno de los oficiales superiores á quien daba recomendacion el haber militado en el Reino de Leon y en el nuevo de Vizcaya: ordenósele que marchase aquella noche para que pudiesen dar el asalto ántes de rayar la aurora, para que hallando á los infieles dormidos, despertasen al ruido de nuestras armas, tan sorprendidos de espanto, que ni tuviesen piés para la fuga ni manos para la defensa: así se hubiera conseguido, si los indios amigos no hubiesen dado antes de tiempo el alarido, ó fuese por malicia, para darles con este aviso lugar para el

escape, ó fuese que les moviese la codicia y el interés para emplearse solo en el pillaje, sin que hubiese quien les resistiese: mancha que desde esta faccion comenzó á deslustrar á nuestros soldados, sin ser fácil el borrarla con frívolos pretextos, cuando las manos que debieran manejar las armas, solo se ocupan en recoger despojos.

Los Nayeres luego que oyeron el primer grito, y percibieron, aunque de léjos, el tropel de los caballos, abandonaron sus cajas y los bienes que no habian podido retirar al barranco, precipitadamente huyeron. Y aunque algunos de los nuestros intentaron embarazarles el escape, no lo permitió la aspereza y quebradas de las cuestas y de los cerros; mas el indio D. Gerónimo Cristóbal, que iba tambien de soldado, les llamó, asegurándoles el buen pasaje, y fingiéndoles que les habian de salir al encuentro otras tropas que se habian adelantado á cerrar los pasos: aun con este engañoso indigno ardid solo se consiguió que se cogiesen diez y siete personas hombres, mujeres y niños: entre los hombres, que eran solo cuatro, se dieron rindiendo las armas, sin hacer resistencia, el portero Nicolás Melchor y el Tecolote: no obstante, el cabo, por asegurarles, como si no bastara su rendimiento y quedar desarmados, mandó que les aprisionasen con desabrimiento de los indios amigos, que ofrecian entregarles, sin valerse de aquel rigor.

Pusieron fuego al Templo que hallaron allí: se apoderaron de las mulas y caballos que encontraron en aquellas cercanias; cargaron con los otros bienes que pudieron, sin estorbar el uso de sus ar-

mas, cuando lo pidiese la ocasion. Quitóle el cabo al portero una cinta de plata, con que de la frente al cuello sujetaba el pelo: pareció muy mal á muchos, por mas que quiso colorearlo, con asegurar que solo pretendia quitar de su cabeza la corona que desdecia en las sienes de un rebelde; pero vióse claramente su intencion en lo que ejecutó despues su interés y su imprudencia; porque sospechando que por haber sido aquel indio uno de los principales comerciantes, tendria competente porcion de reales, le instó repetidas veces que descubriese dónde les tenia ocultos; y viéndole negativo, le amenazó, ya con el dogal, ya con los trabucos, ya con el espadin desenvainado con indiscrecion tan importuna, que los mismos indios amigos lo sintieron tanto, que prorumpieron en voces, de que pudo resultar algun alboroto que costase no poca sangre. Cuando lo supieron los padres, afearon mucho accion tan indigna, y el gobernador, por aplacar su tan justo sentimiento, reprendió públicamente al delincuente, y afectando tan grande enojo, le mandó llevar preso, dando á entender que intentaba proceder á mas riguroso castigo; más no pasó de amenaza; porque tuvo á su favor la valentía de sus bríos, que se dieron á conocer despues en las ocasiones que se ofrecieron.

Ordenó el señor gobernador aprisionar á los cuatro varones adultos; y los misioneros tomaron á su cargo el asistirles, sin omitir en las expresiones del cariño cuanto conducia á que se les hiciese amable nuestra sagrada religion: llevábales el padre Antonio Arias la comida, y consolábales, procurando

siempre cuantos alivios fuesen compatibles con la atencion á su seguridad. Así á éstos como á los demas que se cogieron, y á los que voluntariamente se habian ya reducido, procuraban agasajarles aquellos celosos jesuitas, hasta quitarse no pocas veces de la boca la comida para dársela, deseando por este medio ganarles las voluntades, para ilustrarles despues los entendimientos: acciones todas, que juntas con el desinterés y liberalidad que experimentaban en aquellos fieles Ministros del Señor y continúan hoy sus sucesores, han sido las armas mas poderosas para reducirles á la grande fervorosa cristiandad, que ahora observan lcs Nayeritas, viviendo tan confiados los misioneros de la sinceridad con que les aman los indios, y éstos, de que son tan tiernamente amados de los padres, que muchos apetecen de manera su compañía, que solo con vivo dolor de su corazon se arrancan de sus pueblos.

Este amor á aquellos pobres desvalidos indios movió al padre Antonio á disuadir al gobernador la determinacion de remitir afuera los cuatro prisioneros que podian, aunque asegurados en el cuerpo de guardia, facilitar por medio de algunos de los Nayeres que se habian dado, que se rindiesen los rebeldes; pero ni la natural piedad del gobernador, ni estas continuadas instancias bastaron para que no les enviase á la cárcel de Zacatecas, juzgando que aquellos bárbaros, que por el amor á su patria temen mas que la muerte el destierro, despertarian y abririan los ojos al grito de este ejemplar ruidoso castigo, ejecutado en uno de sus magnates, y de los que mas suponian en su provincia.

Con todo no sirvió, porque estaban entonces mas para atender á los ímpetus de la venganza, que à la voz que resonó del escarmiento. Y habiéndose coligado con cuatro pueblos fronterizos, no solo determinaron resistir cualquier avance, sino que habian consultado y resuelto algunos animados ya con este número de fuerzas que asaltasen nuestros cuarteles. Con esta noticia, que pasó de los Nayeres que se hallaban en el Real á los indios amigos, y de estos al gobernador, se acaloró la fábrica de dos Torreones de piedra y lodo, atronerados por todos los costados; y se formó una trinchera de palmas que servia para cerrar la Plaza de Armas: reparo bastante para resistir á los enemigos, sin que pudieran ofender sus flechas, y para contener aun con las bocas de fuego su osadía. Con todo, muchos eran de parecer que ántes se embistiese al enemigo sin aguardar que tomase mas cuerpo su atrevida resolucion de acometernos. Túvose Consejo de Guerra para deliberar si convendria, mientras venian de México las órdenes de Su Excelencia, seguir la victoria, sin dar tiempo á los bárbaros á que, fortificándose, dificultasen y aun imposibilitasen la conquista. Anduvieron tan encontrados los pareceres, que eran casi tantos los dictámenes, cuantos fueron los consultores: esto obligó á fortificar solo los cuarteles y atender á la seguridad de la defensa.

Por este tiempo, en que los soldados españoles y los indios amigos se aplicaban á fabricar los Torreones, se empleaban los celosos misioneros en desbastar y pulir otras piedras que reconocian habia Dios destinado para echar los cimientos de esta

nueva floresciente Iglesia; porque aunque algunas de las rancherías de D. Domingo de Luna y de "Cacoloxuchit" se huyeron á la Mesa con los rebeldes, habia otros que se redujeron y tenian á mano los prisioneros que quedaron, y á algunos que acompañaron á otro cacique que se dió despues de la batalla, llamado entónces *Tactzani* y despues Francisco Javier: nombre que le mereció su celo, como mas adelante se verá.

Pasaban ya de cien personas las reducidas: bastantes para formar, como se hizo, el primer pueblo en Peyotan, dándole por titular á *Santa Rita de Casia* la devocion, que el gobernador D. Juan de la Torre tenia á esta santa; y aunque hubo algunas contradicciones, todo lo allanaron las providencias prevencionales del señor Virey. Acudian todos los dias aquellos fervorosos jesuitas al sitio donde se habian rancheado, vestido el semblante de benignidad y las manos llenas de cuanto alcanzaban y permitia la penuria en que se hallaban, conociendo cuánto importaba que aquellos primeros quedasen por medio de su liberalidad y cariño, aficionados á los Ministros y á nuestra santa ley, no solo para su reduccion, sino para lograr poco á poco la de todos los demas. No faltó para mayor ejercicio de la tolerancia de estos celosos misioneros, quien olvidado de la benigna agradable mansedumbre con que Jesus Salvador del mundo trataba con los pecadores, improbase la que los de su Compañía usaban con aquellos pobres miserables reducidos. Lo que mas sentian era que los padres hubiesen procurado que se les evitase á aquellos recien convertidos bárbaros,

que hubiesen de acudir al pueblo, atendiendo á librar á sus hijos de las vejaciones que suele ejecutar la osadía soldadesca, y á impedir los excesos de la militar insolencia. Sufríanlo todo con invencible paciencia, no dejando de ponderar en el pùlpito la falsedad de semejante sentimiento, que ya empezaba á traslucirse entre aquellos pobres neófitos, que no obstante enseñados con amor y paciencia, aprendieron muy en breve la doctrina cristiana.

Los rebeldes que se mantenian en la montaña de la Mesa, siendo ya, como publicaba la fama, hasta tres mil, estaban resueltos á que no quedase español con vida, aunque les costase á algunos de ellos el perder la suya, acometiéndoles en su cuartel. Y se creía esta despechada resolucion de su numerosa mnchedumbre, á vista de la que tuvo uno solo una de aquellas noches; entróse por medio de los centinelas, que no solo se doblaban, sino que se multiplicaban hasta la tienda en que dormia el gobernador; iba, á lo que parece, para quitarle la vida, y lo hubiera ejecutado, si al llegarse hácia el lecho no hubiese despertado aquel buen caballero tan á tiempo, que ocupando al indio la turbacion, le embargó los movimientos; más acudiendo á sus astucias, se valió de un ardid para paliar su alevosía: fingió que venia á aquellas horas con todo aquel recato, porque le enviaba el "Tonati" á avisar que cuanto ántes trataba de pasarse con su familia á nuestro Real: este tan paliado embuste se conoció despues con la experiencia de no verse efecto alguno; más á D. Juan de la Torre se lo hizo tan creíble su buen deseo, que sin dar aviso al que estaba de

guardia inmediato á la tienda, despachó con la respuesta al Nayar, volviendo á salir sin que lo sintieran los centinelas: tanto como esto velaban.

Daba no poco cuidado tambien el haberse disminuido las fuerzas con la salida de algunos soldados á conducir ganado, por la falta que habia de alimentos, la que obligó asimismo á que uno de los padres fuese á solicitar alguna limosna para su mantenimiento y para el de los indios reducidos. Aguardábase el capitan D. Luis de Aumada, cuyo valor sirvió mucho á Su Majestad en la conquista, y venia con un buen número de soldados, mantenidos á sus gastos: en su lugar llegaron al Real dos indios que despachó por la posta con la noticia de haberse imposibilitado su viaje; porque llegado á Tlacualoyan, cuando iban á recoger los caballos para proseguir la jornada, les hallaron casi á todos muertos, sin haber averiguado hasta ahora la causa de aquella tan impensada como maliciosa novedad.

En tanto cuidado puso este accidente al gobernador, que le obligó á pedir socorro á Zacatecas y á Jerez: hallábase en aquella ciudad entónces con el cargo de Teniente de Corregidor y con el del gobierno, D. Domingo Calera, que tuvo luego su junta; y aquellos caballeros, que componen la República, ofrecieron prontos parte de sus caudales, para que con la mayor celeridad se reclutase una compañía, y el capitan D. Nicolás de Escobedo prometió conducirla y entrar con treinta soldados mas, mantenidos á su costa, á dar socorro, como lo ejecutó, con tal presteza, que llegó al Nayar un dia ántes que los jerezanos, que eran veinticinco, que

mandaba el capitan D. Nicolás Caldera, cooperando á este refuerzo el alcalde mayor de aquella villa, D. Antonio de Veytia.

Luego que los enemigos tuvieron noticia de haber llegado nueva tropa, ó por haberlo divisado desde la Mesa los centinelas que perpetuamente tenian puestos, ó por el aviso, que valiéndose de las humaredas, les dió luego uno de los Nayeres, que estaba en Peyotan fingidamente reducido y ciertamente enviado, á que como otro Sinon, registrase si pudiese, hasta los pensamientos de los nuestros, entraron en gran cuidado, especialmente los fronterizos coligados, á quienes el temor obligó á restituirse á sus pueblos. Con esto reconocieron los bárbaros tan debilitadas sus fuerzas, que ya no trataron de asaltar á la tropa, sino de atender solamente á su defensa: dividieron sus escuadras, marchando algunas á ocupar un picacho que compite con la Mesa en su altura y en su tan agria subida: se creyó que el motivo seria acercarse á nuestro Real para espantar á los españoles y obligarles á retirarse, ó para impedir que se internase mas al centro nuestro campo: despues se supo que no tuvieron otro, que el haber resuelto matar al "Tonati" y haber elegido ya, para que le sucediese en su cargo, á un indio viejo que vivia en aquel picacho, de donde iban á conducirle, para darle posesion en la Mesa; pero Dios, que conocia el buen corazon del "Tonati," le guardó la vida con una que pudo parecer contingencia, y fué especialísima providencia suya, como veremos presto.

Hallándose el gobernador con tan considerable

tropa, juntó Consejo de Guerra, que se vino á reducir á una reñida controversia; porque los capitanes antiguos juzgaban que era conveniente aguardar las órdenes del señor Virey, antes de tratar de embestir al enemigo, no obligándonos á la defensa: los que de nuevo llegaron con sus soldados, sintiendo el volverse sin haber sacado la espada de la vaina, eran de parecer contrario, alegando, que habiéndose ejecutado por parte de los indios y tan alevosamente el rompimiento, no era guerra ofensiva propiamente el asaltarlos, sino continuar la victoria; que no era bien darles tiempo á fortificarse y convocar á los pueblos que tenian confederados: por fin se resolvió que marchase nuestro campo, que sacados los que quedaron para defensa del cuartel, constaba de doscientos cincuenta soldados, entre españoles è indios amigos; y que se acercase al picacho, no para avanzar, sino para requerir á los Nayeres; porque aunque aquellos bárbaros no habian dado oídos á los requirimientos del gobernador por medio del *Tactzani*, se creía que repitiéndoles ahora con las armas en las manos, se rendirian fácilmente,

Salieron los nuestros de Peyotan ya casi al ponerse el sol, para lograr el beneficio de la noche, para acercarse sin ser sentidos de los enemigos. Y habiendo hecho alto en uno de los sitios mas inmediatos al picacho, aunque se guardó el silencio para no ser descubiertos, no se pudo evitar que al moverse nuestro ejército á la madrugada, no les reparasen los centinelas enemigos, que dieron luego aviso á los suyos, y levantando un gran alarido,

avisaron los nuestros, que de las escuadras, unas se habian asegurado en la cumbre: y otras marchaban hácia la Mesa por barrancos tan llenos de precipicios, que no era posible seguirles, aunque los que lo intentaron consiguieron apresar dos; y quiso la Divina amorosa paternal Providencia, que acertara à ser el uno el indio viejo que estaba destinado para sumo sacerdote, y habia de suceder al "Tonati," sentenciado ya á muerte. Acercáronse los nuestros cuanto permitia la aspereza de la falda, y vieron que al rayar el sol, sin dejar de continuar el alarido, movian á una parte y á otra sus alfanges, para que heridos de la luz, les espantasen sus reflejos, ya que por la distancia no podian acabarles sus filos. Y aunque estaban en sitio adonde ni podian ofender ni ser ofendidos, pudieron alcanzar los gritos del intérprete, persuadiéndoles que bajasen à puesto proporcionado, en que podian sin susto conferir lo conveniente: hiciéronlo tres ó cuatro de los mas atrevidos; y con otros tantos de los nuestros subió el capitan D. Nicolás de Escobedo; pero aunque les requirió, valiéndose de todos los medios que le dictó su gran talento, para que se redujesen pacíficamente, no pudo sacarles otra respuesta que sus acostumbradas entretenidas, remitiéndolo todo á nueva junta de los caciques, para tomar la resolucion mas conveniente.

Mientras duraba la conferencia, no faltó quien propusiese al gobernador que era buena ocasion para marchar, dejando algunos soldados á la vista, con el grueso del ejército á la Mesa, que estaba ya poco distante, y menos resguardada por la falta de

indios que le defendiesen; añadiendo, que ya que no se lograse el ganarla, lo que podia conseguirse ahora con menos peligro, servia de aterrar al enemigo la empresa valerosa de los españoles. Viendo que el comun aprobaba este intento, quiso remitirlo su señoría á la consulta; y aunque los mas fueron de parecer que se ejecutase luego la marcha para el abance, los que eran de contrario dictámen, le pidieron testimonio de su oposicion á idea tan arriesgada: esto fué lo mismo que introducirle temor, para dejar luego aquel empeño; porque considerando lo dudoso del suceso, no quiso cargar sobre sí su incertidumbre, ni tomar resolucion alguna, hasta que, aunque saliese mal, tuviese la disculpa de haber obedecido.

Mandó, por último, que se retirase el campo, como se ejecutó con desazon de muchos, sin haber logrado otro fruto que aprehender al viejo; porque el otro su compañero tuvo modo de romper las prisiones y de arrojarse por uno de aquellos barrancos, sin que nadie lo reparase, hasta que le buscaron los españoles. Con todo, fué muy apreciable esta presa, por haber sido medio de que se valió Dios para impedirle al "Tonati" la muerte, que disponian darle los bárbaros; pues viendo que el que habian elegido para sucederle en el empleo quedaba prisionero, creyeron que eran disposiciones de su Gran Dios, que quizá improbaba la determinacion de quitar la vida al que era su principal sacerdote, librándole de esta suerte de tan sangrienta barbaridad.

Restituyéronse el mismo dia tres de Diciembre

á Peyotan nuesros militares, unos desabridos, por no haber ejecutado cosa digna de las armas españolas que diera á conocer sus bríos; y otros como desmayados, porque habiendo observado de mas cerca lo encumbrado de la montaña de la Mesa, lo estrecho de la vereda para subir, no solo angosta, sino muy inmediata á muchos precipicios, lo pendiente de aquel picacho, que cualquier leve impulso de una piedra rodada de la cumbre habia de ser inevitable despeño á la profundidad del barranco, y lo imposible, á lo que se percibia, de poderse trepar á caballo, vinieron persuadidos de que era inconquisble aquella Provincia del Gran Nayar.

Más por otro lado les alentaba la confianza que tenian como tan piadosos católicos en Dios, que les habia de franquear la puerta, aunque fuesen necesarias muchas maravillas, confirmándose en esto, por ver que á este tiempo comenzaban (á lo que piadosamente se persuadian) á abrírseles á los Nayeres las del cielo, entrando la primera, al gremio de la Iglesia, por la del Santo Bautismo, la vieja, que llamaban la "Adivinadora," que habia aconsejado á aquellos idólatras que abrazasen la ley de Jesucristo. Asaltóle una enfermedad que ella misma conoció que era mortal: deseosa de salvarse, mandó que llamasen al padre Antonio Arias, para que la instruyese y bautizase; porque aunque era hija de padres cristianos, habian éstos muerto en esta Sierra, ántes que á ella le hubiese amanecido el uso de la razon, y no sabia si lo estaba, ni habia quien pudiera asegurárselo. Doctrinóla el padre con gran consuelo de la enferma, que dijo: "Oh! Cuán

"ciega estaba yo, creyendo hasta ahora las menti-"ras que me enseñaron los Nayeritas!" Recibió el bautismo *sub conditione* con gran ternura; y confesándose despues pasado algun tiempo, agravándosele mas su dolencia, con muestras de gran arrepentimiento, armada con el Santo Sacramento del Viático y con el de la Extremaucion, murió con gran consuelo suyo y de todos los presentes. Y para que los bárbaros ya convertidos se aficionaran á las ceremonias de la Iglesia, se le dispuso entierro con la mayor solemnidad posible; asistió el señor gobernador con los capitanes antiguos y la mayor parte de los militares que cargaron el cuerpo, al darle eclesiástica sepultura.

Los oficiales del socorro ya se habian retirado con sus tropas, viendo que cesaba su obligacion, que el cuartel estaba con bastante defensa, y que no se trataba de dar paso, hasta que llegasen los correos de México con las órdenes del señor Virey, que vinieron dia ocho de Diciembre, con carta para D. Juan de la Torre, en que Su Excelencia le llamaba á aquella Corte con el especioso pretexto de informarse del estado de esta Provincia, y de que recobrase en aquella ciudad su tan quebrantada salud, avisándole al mismo tiempo, que habian sustituido en su lugar á D. Juan Flores de San Pedro.

CAPITULO XVII.

Entra el nuevo gobernador D. Juan Flores de San Pedro en el Nayar, y aunque procura reducir por vía de paz á los indios, reconoce inflexible su rebeldía.

Luego que el Excelentísimo señor Virey tuvo noticia de la traicion alevosa de los Nayeres, y reconoció que aun habia esperanza de su reduccion por el feliz y maravilloso triunfo que consiguieron las armas católicas, juntó Consejo de Guerra y de Hacienda, en que todos los señores que concurrieron fueron de parecer, que siendo el accidente que padecia D. Juan de la Torre no ménos traidor que los infieles, dejaba expuesta á perderse tan importante empresa; porque aquella tan alevosa enfermedad

podia acometerle, cuando en la mejor ocasion, por embarazarle las mas convenientes resoluciones, aventurase tambien los aciertos. Mas cuando se pasó á discurrir en la eleccion del sucesor, quedaban todos indecisos; entónces el Sr. Lic. D. Juan Picado Pacheco, Oidor de la Real Audicncia de aquella ciudad, bien instruido con las noticias que adquirió de la carta que al Padre Provincial de la Compañía de Jesus le habian escrito los padres misioneros, evidenció que no era lo mismo ser dificultuosa, que (como se decia) moralmente imposible la conquista; añadiendo, que si no la habian conseguido luego, despues del primer triunfo, no habia, á su juicio, consistido tanto en las dificultades de estas montañas, cuanto en la falta de resolucion para seguir el camino que habia abierto la victoria; que era necesaria persona que ejecutase, sin aguardar para cada operacion órdenes tan distantes, ejecutando por sí la que pidiesen las ocasiones; y que por el conocimiento que tenia de D. Juan Flores de San Pedro, ningun otro le parecia mas proporcionado á tan árdua empresa, alegando tales razones en recomendacion de su persona, que todos se conformaron con su dictámen.

Luego que el nuevo jefe recibió el despacho y órdenes ne Su Excelencia, aceleró tanto su jornada, que el dia cuatro de Enero de mil setecientos veintidos llegó al Real de Peyotan y pueblo de Santa Rita, trayendo en su compañía setenta soldados, entrando en este número sus domésticos, criados, familiares, una caja y clarin, bajo el mando del capitan D. Cristóbal del Muro y del alferez D. Nico-

lás García. Bien veían los rebeldes la numerosa muchedumbre de gente desde la Mesa, aumentándola aun á su vista las muchas caballerías que traían, ya para mudar, ya para el bagaje. Y aunque esto bastó para conturbarles, les acabó de llenar de temor la noticia que por cierto indio desertor tuvieron, no solo de la ruidosa entrada del nuevo gobernador, sino tambien de haber sido llamado D. Juan de la Torre á la Corte de México, á donde partió luego, acompañándole hasta larga distancia todos los españoles y los indios, no acertando, ni los mismos Nayeres, á reprimer las lágrimas. No se puede negar, confesando llanamente lo que se debe de justicia, que este noble caballero era acreedor á estas demostraciones de cariño, no solo por su bondad, desinterés y amor que todos, y singularmente los indios le debian, sino por haber ejecutado cuanto alcanzó para ablandar la dura y ciega obstinacion de estos tercos alevosos bárbaros, y por haber manejado el baston de general de nuestras tropas, consiguiendo el primer triunfo y fundando el primero, aunque pequeño, pueblo de Santa Rita. Más conspiraron contra sus buenos deseos la ingratitud de los indios, la poca conformidad de los dictámenes en los Cabos principales, y el penoso accidente que le sobrevino. Otros atribuyeron su desgracia, no ménos que á la Providencia Divina, que quiso desengañar su persuasion y la de algunos aficionados suyos tan pagados de sus prendas, que á gritos publicaban que á ninguno otro de todo el mundo se abririan las puertas del Nayar, como si no bastara aun cualquier flaco débil instrumento, cuando un

superior soberano brazo le da vigor, impulso y acierto.

Luego que se apartó de esta provincia su antecesor, conociendo el nuevo gobernador cuánto importa la presteza en las operaciones militares, al mismo tiempo que despachó al *Tactzani* á requerir y ofrecer la paz á los de la Mesa, donde estaba ya congregada con sus bienes la mayor parte de los serranos, envió á Quaimaruzi, sitio distante de aquella ranchería hácia el Norte diez y ocho leguas, y de Peyotan como veinte, entre Poniente y Norte, dos escuadras de soldados españoles que mandaba el capitan D. Cristóbal del Muro, y el teniente de capitan D. Juan Sebastian de Orendain y algunos indios amigos: dispúsolo así, para que aseguraran el paso á los correos que habia despachado, como tambien á fin de reconocer la tierra, por haberse ya discurrido el que en caso que los indios perseverasen rebeldes, se les diese por los lados el asalto. El efecto no pretendido, ni aun pensado, que se siguió con la jornada de esta tropa, manifestó de nuevo los favores de la Divina Providencia; porque habiendo fatigado las caballerías á los indios amigos de Guazamota, prosiguieron su derrota los españoles, y el resto de los naturales á tiempo en que observaba la marcha escondido en la maleza de un monte el indio D. Pedro, que volvia de Durango, y se decia por cierto que habia ido á convocar á los Tobosos.

Dió lugar á que se alejasen los nuestros; y viendo que no les seguia mas gente, continuó nada receloso su camino; mas cuando mènos lo pensaba dió

en manos de los de Guazamota, que se habian atrasado, en sitio donde no pudo valerse de la fuga. Aprehendiéronle, y con otros dos que cogieron casualmente cerca de Quaimaruzi, fué llevado al Real de Peyotan. Logróse con la declaracion de D. Pedro el desengaño de que los Tobosos no entraban en esta Provincia, creciendo así tanto en los soldados el aliento, cuanto le habia disminuido el temor, que se les habia ya infundido en sus ánimos sabiendo que auxiliados los Nayeres de aquellos belicosos bárbaros no solo dificultarian, sino que imposibilitarían la conquista. Declaró sinceramente aquel prisionero que su viaje habia sido á la ciudad de Guadiana, enviado de los demas caciques de aquella Sierra, quejándose de los soldados al capitan Gandadilla, á quien ofrecian darse, si viniese sin tanto estrépito militar, procurando por este medio su astucia que se retirasen las tropas que tenian sobre sí, y cuyo valor con afrenta suya habian experimentado en la batalla de Tearite.

Cobraron con este dichoso desengaño nuevo vigor las esperanzas, y se aumentaron con las otras noticias que trajo el gobernador el "Tactzani," enviado á requerir de paz á los rebeldes, que respondieron ya nada orgullosos, ó fuese por haberles preocupado el temor al ver el aparato con que entró el nuevo jefe, ó por los consejos del buen "Tactzani," ó por haber tenido noticia de que los españoles se les iban acercando por el Norte para asaltarles, por donde no era tan difícil sujetarles, ó porque supieron la prision de D. Pedro, en cuyos ardides tanto confiaban. Quedaron con la vista de aquel nuevo embaja-

dor, titubeando, y no pudieron determinar por entónces otra cosa, que volver á despacharle, pidiendo con rendimiento que les diese tiempo para consultar de espacio su resolucion. No iban fuera de razon; por qué punto, en que se habia de tratar el perder, ó la libertad ó la vida, era de tan grande importancia, que pedia larga conferencia. Mas el animoso y discreto gobernador, que habia formado el mismo dictámen que los otros, juzgó que estas dilaciones eran unas engañosas entretenidas, y despachó luego por segunda vez al "Tactzani" con nuevo requerimiento, prometiéndoles muy ventajosos partidos, si se reducian, y conminándoles con el asalto y con el rigor, si se mantenian obstinados. Obedeció el embajador, sin atender á que pedia algunas treguas de descanso la fatiga de haber andado en pocas horas mas de doce leguas; y habiendo llegado á la Mesa, halló á algunos tan inclinados á darse de paz, que dentro de dos dias trajo la noticia de que el siguiente vendrian al Real á dar la obediencia dos caciques principales nombrados el Tahuitole y el Chapulin, con la gente de sus rancherías.

Del primero nada se sabia; pero para inclinarse á creer la determinacion del segundo, influyó el buen concepto que de él habian formado los nuestros, desde el dia que les acometieron en Teaurite, acreditándole, si no de fiel, de ménos obstinado el que ántes del rompimiento, hurtándose de los suyos, se acercó á D. Pablo Felipe, y le dió en secreto noticia de la mala disposicion y traidores intentos de sus compañeros, y participándola aquel fiel indio luego á algunos de los nuestros que se hallaban in-

mediatos, se previnieron recatadamente con el pretexto de la imprudente órden que se les habia dado, sacando de las fundas para que estuviesen mas prontas las escopetas, debiéndose entónces ésta, aunque tan corta prevencion, á su aviso, y ahora se esperaba la reduccion de muchos rebeldes á su ejemplo y al del Tahuitole.

Pero presto desengañó tan esperanzados discursos la obstinacion en que permanecian los de la Mesa; porque viendo que estos dos caciques aprestaban ya su jornada para cumplir la palabra que habian dado de venir á dar la obediencia, tomó la mano un viejo de los mas autorizados, que se presume fué D. Alonso, y valiéndose de su diabólica energía, les dijo entre otras cosas, que bien podian hacerse cargo de la penosa esclavitud á que se sujetaban, si bajaban los cuellos al yugo de la ley, que los españoles profesaban, y de los temerosos castigos con que su gran Dios habia de castigarles su infidelidad y apostasía, concluyendo su artificiosa arenga con motejarles de cobardes, que por temor de las balas querian ántes rendidos poner sus flechas á los piés del enemigo, que fijarlas valientes en su pecho. Estas razones bastaron para que los dos caciques, ayudados de su natural inconstancia, mudaran de parecer. Pero aunque el Chapulin, sin replicar, se pasó á su ranchería, que estaba en otra Mesa inmediata llamada del Cangrejo, el Tahuitole, que vivia en la del "Tonati," y era indio muy animoso, prorrumpió en solas estas razones: ya estoy resuelto á no desamparar este sitio, y saldré el primero á pelear, aun con el conocimiento que os he dicho del valor

con que acometen los españoles, que no saben nunca volver la espalda, si no es al sol, cuando caen en tierra muertos. Mas conozco que me vereis y no me acompañareis á pelear mano á mano con los enemigos, cuya valentía atendida de cerca, os hará desamparar el puesto y poner en vergonzosa fuga.

No dijo mas el valeroso Tahuitole, cuya tardanza con la del Chapulin tenia al señor gobernador y á todos muy cuidadosos; y habiéndoles esperado dos dias, resolvió enviar tercer requerimiento, valiéndose de la fidelidad y diligencia del mismo "Tactzani." Mas éste, como conocia bien á sus compañeros, y habia observado la mala disposicion de casi todos, cuya irritacion sospechaba, no habiendo bajado los dos caciques, se excusó, proponiendo como cierto su peligro. Pero no hallando, ni siendo fácil escoger otro mas fiel y diligente, á quien pudiera fiársele la embajada, le instó con tal eficacia, que se rindió á obedecer, mostrando con su llanto, que enterneció á todos, la repugnancia con que repetia el viaje; dijo al señor gobernador que obedecia y que se iba contento, porque aunque sabia que le habian de matar, llevaba el consuelo de que iba á morir por Dios: palabras que escuchadas de boca de un cristiano nuevo y poco ántes gentil, no pudieron ménos que llenar de admiracion á los circunstantes y de alentarles á exponerse por causa tan soberana á perder la vida.

Sin duda hubiera peligrado el "Tactzani" á no haberle defendido el Señor; porque aunque aquel prudente jefe le instruyó con todas aquellas prevenciones y cautelas que parecian mas conducentes

á que se evitase la ruina, encargándole que valiéndose del grito diese la embajada, poniéndose en tal distancia que solo pudieran oírle y no darle alcance, si se viese necesitado á retirarse; pero los Nayeres no dieron lugar á que tuviese efecto esta prevencion, obligándole con el disimulo de su enojo á que subiese á la cumbre, donde luego que llegó, le aprehendieron y le pusieron guardia suficiente. Juntáronse los principales para conferir la resolucion que debian tomar; los mas llevados del primer movimiento de su bárbara ferocidad y del ímpetu de la ira que habia introducido en sus corazones el demonio, se inclinaron á matarle, alegando, para paliar su injusticia, el haber sido desertor de sus Reales y ser parcial de los españoles. Todo lo escuchaba el buen "Tactzani," aguardando por instantes que se ejecutase tan bárbara sentencia; mas Dios Nuestro Señor le libró, moviendo á uno de los principales que abogase con no menor eficacia á favor del prisionero, proponiándoles cuán contra razon era estrenar sus alfanges en el que era de su propia nacion, y que vendria violentado de los españoles, alegando esta y otras razones que favorecian á su inocencia con tanta viveza, que resolvieron ponerle en libertad y remitirle al gobernador con la última resolucian, que era, que le aguardaban con todos sus soldados en la Mesa, donde mostrarian su gran valor, y que los daños con que les conminaba, habian estado tan léjos de arredrarles, que ántes habian servido de encender mas su enojo.

Llegó el "Tactzani" al Real la mañana del dia 13 del mismo mes, y habiendo escuchado la arrogante

y desesperada respuesta el gobernador, se encendió en tan impaciente aunque generosa cólera, que luego al punto hubiera montado á caballo y obligado á que le siguiesen los demas, si no fuera por atender á disponer con madura consideracion y consulta de los capitanes la jornada. Con casi todos los votos se resolvió, que incorporadas las escuadras que habian de marchar con las que tenian ya ocupado el sitio de Quaimaruzi, se uniesen las fuerzas para acometer por la parte del Poniente, por donde á mas de que no se sabia que estuviesen fortificados, como no lo estaban, teniamos la ventaja de embestir, bajando de otra Sierra contigua y muy eminente, donde quedarian libres de que les rodasen peñascos los enemigos: noticia que debieron á D. Domingo de Luna y á otros Nayeres ya reducidos. Pero, por último, se determinó y ejecutó despues de breve disputa, que se dividiesen las tropas, que era á lo que siempre se inclinaron el señor gobernador y el capitan D. Nicolás de Escobedo, quien acababa de llegar de Zacatecas, deseoso de repetir este servicio á Su Majestad.

Fundaban su dictámen en que, acometiendo á un mismo tiempo por la parte de Oriente y de Poniente, se conseguia, no solo divertir á los enemigos á dos partes, y enflaquecer sus fuerzas, sino imposibilitarles el escape. Ni uno ni otro fin pudo lograrse; porque ni se pudo concurrir, como veremos, para dar el asalto á un mismo tiempo, ni aunque se les quitó la fuga por Oriente y Poniente, pudo impedirse el que se extraviasen por la parte del Sur los más, y algunos otros por la del Norte. Nunca se

discurrió que la aspereza de aquellos dos barrancos les permitiese arrojarse á tantos peligros de tan formidables despeñaderos, cuya sola vista causa horror: mas el hecho mostró su arrojo y la destreza que tienen en pasar cuestas y aun precipicios. Con todo se consiguió el fin que tanto se deseaba, ganàndose la Mesa por la parte, que parecia, y era mas inaccesible, y con pocos de nuestros soldados, para que los Nayeres, desengañados, y los nuestros reconocidos, atribuyesen el triunfo al soberano brazo de Dios, que allanó, para que se consiguiese, tantos montes de dificultades, y á juicio de no pocos humanamente insuperables.

CAPITULO XVIII.

Gánase la celebrada Mesa del Tonati, asistiendo al Campo católico el cielo con maravillosas providencias.

El dia 14 de Enero, en que por celebrarse el dulcísimo Nombre de Jesus, juzgaron que era un felicísimo prenuncio de los triunfos con que se habia de solemnizar la subida á la elevada cumbre de la Mesa, despues de haber celebrado el Santo Sacrificio de la Misa, comulgando algunos soldados, confesado muchos, y recibido la absolucion todos, dispuestos con fervorosos actos de Contricion, por temer que habia de ser sangriento el choque, y que habia de costar muchas vidas el asalto, se puso en

órden nuestro Campo: dividiéronse todas las escuadras; y salió el gobernador por la parte del Norte, para caminar, ya al Poniente, ya al Mediodía, obligando á estos rodeos la aspereza del terreno y los intrincados laberintos de esta Serranía. Acompañábanle los capitanes D. Alonso de Reyna y Narvaez y D. Cristóbal del Muro con cincuenta soldados españoles, y considerable número de flecheros, con intencion de abanzar por la entrada que tiene hácia el Poniente la montaña de la Mesa; quedaron algunos para defensa del Real, y cincuenta soldados con casi todos los naturales marcharon por la parte del Sur para subir por la cuesta que mira al Oriente la Mesa: el mando de estas tropas se encargó al capitan D. Nicolás de Escobedo, acompañándole el teniente de capitan D. Juan Sebastian de Orendain, que habia ya llegado de Quaimaruzi con los prisioneros que se cogieron en aquel sitio.

Salieron del Real á un mismo tiempo los dos trozos: pero ántes de comenzar á marchar, ordenó en lo público el señor gobernador á los que habian de acometer por la parte del Oriente, que caminasen con lentitud, y que hiciesen alto en la falda de la Mesa, sin intentar la subida hasta la mañana del dia 17, para dar tiempo á que concurriesen con los de su compañía, y se acometiese á una misma hora, como se hubiera logrado, si los que habian de asaltar por el Oriente hubiesen suspendido la marcha hasta el siguiente dia, por tener que caminar solas trece leguas y los otros mas de cuarenta. Esto pasó en lo público; pero el capitan D. Nicolás de Escobedo, aconsejado de su valor, generosamente ofen-

dido, por no haberle permitido el tentar abanzar á los de la Mesa la tímida resolucion de los jefes, cuando vino la primera vez á dar socorro, le preguntó ahora en secreto al gobernador si seria contravenir á sus órdenes subir ántes del tiempo prefijado á que le podian obligar algunas contingencias. Respondióle su señoría, atribuyendo la pregunta á jactanciosa temeridad y aun á vana temeraria arrogancia, que subiera, si pudiese; y como haciendo irrision de su propuesta, le añadió, que la señal del triunfo seria encender lumbre en un cerro que está en medio del plan de la Mesa.

Salió hácia Quaimaruzi el gobernador con todas sus tropas, acompañándole el padre Antonio Arias, quien alentaba á la gente con tal espíritu, que ninguno habia, que en la alegría de su corazon, no manifestase los alientos de su valor, cooperando mucho aquel cristiano animoso caballero, que con sus ejemplos y con sus palabras les esforzaba tanto, que casi les hizo olvidar el riesgo; solo temian el que les iba ofreciendo la aspereza del camino con sus cuestas, laderas y cuchillas, en que apenas se daba paso, sin que se recelase un precipicio. Aumentóles el susto el manifiesto peligro que corrió, de precipitarse uno de los soldados; porque al subir por un pendiente de tierra poco firme, perdió pié el caballo, y dando una vuelta, sin despedir al ginete, cayó en un profundo barranco, sin poderle socorrer los que lo atendian, sino con los gritos, invocando los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Cuando el padre Antonio, que no iba muy distante, acudió para darle la absolucion, vieron que se levantaba,

y despues, reconociendo que ni él, ni el bruto habian padecido lesion alguna, ocupados de la admiracion, dieron repetidas gracias á Dios, que con tales maravillas favorecia sus intentos.

Luego que llegaron al sitio de Quaimaruzi, caminaron con ménos sobresalto, por no ser el camino tan escabroso, hasta llegar á lugar proporcionado, para de allí salir á dar el asalto el dia siguiente por la mañana, y observar, valiéndose de la oscuridad y del silencio de la noche, los movimientos del enemigo, á quien tan cerca ya tenian. Sirvió de principal centinela el mismo gobernador, que por no querer fiar de otro las observaciones, pasó sin dormir la noche, por no permitirle cerrar los ojos la imágen de la muerte, que veía tan de cerca, y al amanecer el dia esperaba lograr dichosa. Los soldados todos, alentados con su ejemplo, y más animados con la exhortacion que aquella noche les hizo el padre Antonio con un devoto Crucifijo en la mano, no solo se mantuvieron vigilantes, sino aguardando impacientes que amaneciese, deseosos de derramar la sangre, y aun de perder la vida en defensa de la Religion católica.

Estos ardientes deseos tenian tambien las tropas, que mandaba el capitan D. Nicolás de Escobedo, y fueron bien necesarios estos tan cristianos generosos bríos, para no desmayar, cuando, habiendo llegado el dia 15 al pié de la Mesa, vieron de cerca no solo lo inaccesible de sus cuchillas, sino ceñida su armada frente con una formidable trinchera de peñascos, que amenazaba en cada piedra una ruina, y en todas al rodarlas una desecha tempestad de es-

tragos. No descubrieron entónces por la distancia, y por la espesura de los robles, las fortificaciones y estacadas, que sobre ser estrecha la senda, dejaban impenetrable la subida con dos ó tres sucesivos reparos, fijando en la misma vereda troncos robustos muy tupidos y trabados entre sí, y con peñas, y tan difícil de romperlo, que costó despues de ganada la Mesa muchos dias de trabajo á gran número de gente, para deshacer aquellas trincheras. El fin que tuvieron los Nayeres en ponerlas, era el discurrir que ocupados los nuestros, ya que llegasen á estas encumbradas eminenciàs, en abrir el paso, no atenderian á repararse de sus flechas, piedras de sus hondas y de los peñascos que habian de rodar desde la cumbre, y que lograrian oprimirles en aquel estrecho paso con el peso de sus peñas, ó al ímpetu de su violencia precipitarles en el barranco.

Aun sin haber descubierto esta celada infundia horror y espanto á los ánimos osados bríos solo el estar tan elevada la montaña y no ofrecer la subida mas que una senda tan estrecha, que en casi toda no permite que caminen aun á pié dos hombres á la par, y ser su orilla de un profundo barranco á cuyo fondo habian de llegar cadáveres descuartizados los que saliesen del camino un solo paso: sin embargo, espoleados de su valor, ó lo que es más cierto, inspirados de un soberano aliento, despreciando los riesgos, que por todas partes les amenazaban, se juntaron los Cabos principales para consultar el modo de vencer tantos estorbos, que casi se proponian como imposibles para hacer practicable la subida. Mas estando en esta conferencia se ofreció el "Tact-

zani" á subir á la Mesa del Cangrejo inmediata á la del "Tonati" á requerir con la paz y á persuadirla al Chapulin, y á otro cacique llamado Don Josè, y á los de sus rancherías, que eran los ménos tercos. Obtenida la licencia del capitan Escobedo, venciendo la subida, que no es menos áspera, que la de la otra, llegó á la cumbre de la Mesa, y habiendo hallado allí á los que buscaba, les habló con tan feliz eficacia, que resolvieron bajar á incorporarse con los nuestros; pero dos ó tres veces retrocedieron dominados de su temor, repitiendo otras tantas tan trabajoso viaje el buen "Tactzani," empleando casi todo el dia en estas tan importantes correrías, hasta reducirles, por último, á que bajasen á media cuesta para tratar lo mas conveniente con el capitan, que subió animoso con solo dos soldados: valióse, para persuadirles, de la elocuencia que le enseñó su cristiano celo, más no se atrevieron á bajar á nuestro campo, viendo aun indecisa y pendiente la cuestion de tan arriesgada empresa, pero prometieron, (y lo cumplieron así) que no harian hostilidad; ni ofenderian á los nuestros, cuando subiesen á la Mesa del "Tonati."

Los rebeldes que se mantenian allí, enviaron un embajador al capitan Escobedo, prometiendo bajar el dia siguiente á dar la obediencia, suplicándole al mismo tiempo que se mantuviese en el puesto que ocupaba nuestro Campo, sin pasar adelante. Esta intempestiva peticion hizo sospechar á los Cabos que podio ser, no solo una de sus entretenidas con que tantas veces habian tratado al valor español, como juguete, sino un bárbaro estratagema y un

engaño cauteloso para asaltarles aquella noche en aquel sitio, que por lo incómodo, era muy á propósito para sus maliciosos intentos y para su nativa destreza, á quien la aspereza y lo montuoso ofrece campo abierto para sus ardides. Y así les respondió, que aunque agradecia la cuerda resolucion que habian tomado de dar á Su Majestad la obediencia, pero que para excusar á los viejos el trabajo de bajar por cuesta tan dilatada, subiria él con sus tropas á recibirla en la Mesa, por ser la cabecera del Nayar, aguardando allí á que concurriese el gobernador, y añadiéndoles que no solo no se les haria hostilidad alguna, más ni el menor ademan que oliese á ofensa de sus personas y bienes. Luego que se apartó el embajador, se dió órden, que no solo se multiplicasen los centinelas, sino que todos estuviesen con tal cuidado, que no se pudiese decir que estaban desprevenidos: todo fué menester, porque no dormian los enemigos, que se dejaron sentir muy cerca de los cuarteles, aunque no se atrevieron á acometerles.

Los nuestros, habiéndose armado con su fervorosa cristiana devocion, rezando de rodillas el Rosario á Nuestra Señora, y limpiando su conciencia con fervorosos actos de contricion, para que no les impidiese el peso de sus culpas añadido al de sus armas, determinaron juntar otra vez Consejo de Guerra, en que se resolvió, que hallándose tan oprimidos en aquella estrechura para cualquier defensa, era mas acertado intentar el abance subiendo á la Mesa. Y sin que hubiese quien replicara, por mas que algunos eran de contrario dictámen, montando

al amanecer el dia viérnes 16 de Enero todos los soldados españoles á caballo, mezclándose con ellos la infantería de flecheros, comenzaron á subir. Pero llegando á un pequeño llano, no solo el ménos incómodo, sino el único en que podian quedar y caber los caballos juntos, resolvieron dejarles y subir á pié, asegurando aquel sitio con veinticinco soldados españoles, á cargo del alferez D. José Manuel Carranza y Guzman, con cincuenta indios amigos, con su capitan D. Miguel de Rivera; escogieron otros tantos flecheros para subir con igual número de españoles, bajo el mando del capitan Escobedo.

Dispuestas ya las tropas, pasando á infantería la caballería española, y dadas al Cabo que quedaba las órdenes convenientes, cantaron todos en voz alta el *Alabado*, á cuyos écos se enfurecieron los enemigos, comenzaron al mismo tiempo á disparar flechas y á levantar un ruidoso formidable alarido. Despues que pasó el canto de los cristianos, prosiguieron, provocando á los nuestros con palabras indecorosas. Los de la Mesa del Cangrejo no solo les acompañaban en el alarido, sino que rodaban algunos peñascos que tenian prevenidos, aunque por estar de la otra parte del barranco no podian ofender á nuestra gente: demostraciones que hicieron por no hacerse sospechosos á los suyos, y por ignorar á qué lado habia de balancear la victoria. Pero á pesar del bárbaro estruendo, se siguió con formalidad la marcha, acompañando dos indios flecheros á cada soldado español, aunque no pudo mantenerse en el progreso este órden, así por no permitirle las angosturas, como porque cada uno

procuraba huir, como podia, el cuerpo al peligro; pues apénas habian dado los primeros pasos, vieron venir sobre sí tres desechas tempestades de flechas, de piedras despedidas de las hondas y de desmedidos peñascos, que arrancados con palancas echaban á rodar desde la cumbre: esta última causaba mas horror, por los formidables efectos que causaba, haciendo astillas los árboles que se le oponian y destrozando en menudas piezas las otras peñas en que tropezaban, despidiéndolas con tal violencia, que herido D. Pablo Felipe con uno de estos pedazos, al tiempo que subia y peleaba animoso, derribando á algunos de los enemigos, de los que se le acercaban ménos cobardes, quedó tan fuera de sí, que le dejaron ya por muerto.

No obstante tan terrible oposicion, obligaron las flechas de nuestros indios y el estruendo de los tiros, á que dejaran libre el paso, retirándose poco á poco los infieles, y cediendo el campo los que al parecer animosos habian bajado á la ladera. De esta suerte pudieron los nuestros ganar terreno, sin descaeser, aun lloviendo sobre ellos tan formidables disparos, no teniendo otro reparo, para no quedar despedazados de las peñas que rodaban, que, ó guarecerse al abrigo de otro peñasco, aunque si tropezaba y se partia era cierta su ruina, ó arrojarse sobre la tierra implorando el favor divino, cuyo socorro solicitaban fervorosos los que habian quedado en la falda, rezando repetidas veces en voz alta y á gritos el Rosario. No se hizo sordo el cielo á clamores tan devotos; porque los grandes precipitados peñascos á muchos les lamian ya la ropa, pasmándo-

les el ruido; pero sin recibir lesion alguna, pasaban sobre los que se dejaban caer, como si les levantara en alto alguna invisible mano. El capitan D. Nicolás de Escobedo, guarecido de un árbol, y movido, sin saber de quién, al pasarse al abrigo de otro inmediato, apénas se habia reparado, vió él y otros que uno de los peñascos rodados desmenuzó aquel primero en que estaba poco ántes, librándole así el Señor con tan paternal evidente providencia; y lo fué tambien lo que al principio parecia desacierto en haber errado el camino; porque á media cuesta se apartaba hácia lo mas bajo una vereda aun mas estrecha que la que iban siguiendo: entraron por ella los primeros, sin reparar que se alejaban de la que era mas trillada, por ir divertidos y atentos á repararse de las muchas flechas y piedras enemigas: prosiguióse por allí la marcha, evitando por este camino el caer en las estacadas prevenidas, y logrando la subida sin este tan peligroso embarazo. Esta vereda era tan poco traginada aun de los Nayeres, que nunca se persuadieron que la tomasen los nuestros, ni aun que la descubriesen: con esta seguridad no trataron de fortificarla, sino en la cumbre, donde venia á encontrarse con la que dejaron y debieran haber seguido, si les guiara consejo humano, y no la Divina amorosa Providencia, que visiblemente se descubria.

Luego que el calor de la pelea dió lugar á los bárbaros á que advirtiesen el extravío de nuestra gente, se irritaron extraordinariamente, viendo el malogro de sus celadas, en que no dudaban, y con razon, no solo derrotar, sino destruir nuestro pequeño

ejército. Enfurecióse mas que todos el valiente y temerario Tahuitole, aun mas contra los suyos que le habian impedido el darse, y asegurar así su vida, la de su mujer y la de sus hijos, que contra los nuestros; viéndoles ya tan cerca de la eminencia, con rabiosa saña y furor, dijo á los que estaban en la trinchera: ya es tiempo de arrojarnos en medio del peligro para detener el paso al enemigo, y de que muestren su valentìa con las obras los consejeros, que me disuadieron la obediencia: añadióles otras cosas que le dictaba su temerario colérico furor, concluyendo por fin, que ya no habia otra esperanza que una alentada ciega desesperacion. Luego ejecutando lo mismo que persuadia, se arrojó con rabiosa barbaridad y rara agilidad por las breñas y precipicios como una fiera, y bajando á la estrecha vereda por donde proseguia nuestra marcha, empuñando un grande alfange, se opuso á su frente: acercóse tanto, que admiró á los nuestros; y aun ahora confiesan todos, que si hubiera mostrado iguales bríos otros ocho ó diez indios que le seguian, no solo les disputaran, sino aun imposibilitaran el paso y la victoria. Aquel bárbaro arrebató tanto á nuestros soldados, que estuvieron unos pasmados, y otros por librarse de tan belicoso mónstruo, embistieron tan á ciegas, que casi se mezclaron con los Nayeres, que entónces lograron herir á algunos; mas advirtiendo este peligro el capitan de guerra del pueblo de Santa Catalina, D. Cristóbal de Torres, que estaba ménos enagenado y habia ya enarcado, desde que vió precipitarse al Tahuitole, le apuntó tan certero, que atravesándole con la flecha por un

vacío que descubria el brazo con que manejaba el alfange, le dobló y echó en tierra. Antes que pudiera levantarse, apuntándole otros dos, acabaron con las balas de quitarle la vida, y cesando de repente la algazara, desmayó el orgullo y se pusieron todos en precipitada fuga.

Los nuestros comenzaron á respirar, aunque siempre tuvieron grande aliento: hecha una breve pausa, á pesar de la hambre y de la sed toleradas por largo tiempo, pues comenzando á subir por la madrugada, llegaron á la cumbre como á las cuatro de la tarde, se esforzaron en seguir á los enemigos hasta llegar á señorearse de toda aquella tan áspera montaña y de la tan celebrada Mesa del "Tonati," donde luego que llegaron entonaron el *Alabado*: enviaron algunos que hiciesen la seña que se habia convenido, para que subiesen los soldados que se mantenian cuidando los caballos; y acomodaron á los heridos para atender á su curacion. Dejaron de seguir á los fugitivos Nayeres, no juzgando practicable su alcance; pues aunque vieron el ganado mayor que dejaron, y el estrago que en su fuga causaban en sus rancherías, reduciéndolas á cenizas con sus cosas, solo pudieron descubrir, mas no coger, á dos ó tres que se arrojaban á un profundo barranco, por donde se habian descolgado ya los demas: asombróles, no solo la pérdida del mas valiente de sus capitanes, sino lo que ellos mismos aseguran aun ahora, que observaron ántes de su desesperada resolucion, y supimos la primera vez, cuando nos preguntaron por el personaje que echaban ménos. Todos convienen en que vieron guiando á nuestras

tropas, á un español en un caballo blanco, con la espada desenvainada en la mano, y que sin necesitar de adarga, con solo tender con la otra la capa, no solo se reparaba de las flechas, sino que impedia que ofendiesen á sus soldados.

Nadie extrañará que el Apóstol Santiago se dejase ver, aterrando bárbaros y socorriendo á los católicos, desde que lo ejecutó así con una aparicion gloriosa en la célebre batalla de Clavijo: en ésta no se sabe si fué apariencia ó realidad, ó ficcion: en todo caso no puede negarse haber sido tan superior á las fuerzas humanas esta victoria, que todos á una voz la llamaron maravillosa. Y puede verdaderamente asegurarse, que aunque suele regularmente abultar los sucesos la pluma á lo que pasó en esta conquista, no es fácil que lleguen aun los mayores encarecimientos; porque quién no reconocerá la mano de Dios, y tendrá por más que ordinario favor de sus altas providencias, que solo setenta y cinco hombres se atreviesen á combatir con una tan grande multitud de bárbaros, que sobre lograr las ventajas del terreno, por estar atrincherados y ser dueños de la eminencia, peleaban con flechas disparadas de sus arcos, con guijarros despedidos de sus hondas, y con peñascos de tanta corpulencia, que bastaban á destrozar en menudas piezas los robles y las otras peñas en que chocaban? Que penetrasen una montaña inaccesible á la mayor osadía, y solo superable con una singular maravilla? Que de los setenta y cinco que la subieron ninguno muriese, y solo saliesen heridos un soldado español y seis ó siete indios amigos? Y finalmente, que aun-

que en dos se calificaron tan mortales las heridas, que fué preciso disponerles luego con los Sacramentos, sin otra medicina que un poco de vino y una raíz de julimes, comenzasen luego á mejorar, restituyéndoseles en breves dias la salud? Fuerza es que confiesen, especialmente los que han visto estas montañas, que se debió este tan maravilloso triunfo al poderoso brazo del Señor y al soberano patrocinio de su Santísima Madre.

CAPITULO XIX.

Pónese fuego á los Adoratorios de los Idolos: erígese el primer Templo, aunque pequeño, á la Santísima Trinidad, y comienzan á convertirse los Nayeres.

Llegó el dia 17 por la mañana el señor gobernador á la Mesa; y encontrándose en lugar de los enemigos con el capitan D. Nicolás Escobedo y sus tropas, añadió tanto fuego á los bochornos que la noche ántes le causó la luminaria, que segun lo pactado, habia mandado encender aquel caballero, y advirtieron desde la cumbre donde habian hecho alto para abanzar el dia siguiente, que montando en cólera metió mano á las armas para castigarle el haber contravenido á sus órdenes; y aunque pudo

encontrar mas pronta respuesta en su valor y resolucion aquel tan esforzado animoso capitan, quiso sin embargo ántes satisfacerle prudente con lo que habian acordado en secreto, y asegurándole que lo que su señoría le habia dicho como por irrision y donaire, lo habia tomado muy deveras su valor, acostumbrado á cumplir siempre lo que ofrecia: todo esto, apoyado con la interposicion del padre Antonio Arias y de los subalternos, apagó el fuego que ya ardia, y hubiera aumentado al menor soplo sus activas llamas, de manera que pasara á ser incendio tan funesto, que impidiera los progresos de tan importante conquista. Apaciguados ya los jefes y los que como parciales defendian sus causas, y dadas las gracias á Dios Nuestro Señor por tan singulares beneficios, reconociendo que aunque estaba ya ganada la Mesa, andaban aun fugitivos los Nayeres, y que importaba mucho sosegarles para embarazar que volviéndose á unir, no se rehiciesen para nuevo combate, dispuso el señor gobernador que marchasen en seguimiento de los bárbaros cien hombres entre soldados y flecheros, todos á pié, por no permitir caballería las estrechas pendientes laderas del terreno.

Salió la tropa, y miéntras seguia su rumbo, los otros se ocupaban en recoger los despojos de víveres, ganado, mulada y caballada que habia abandonado el enemigo: entre las cosas que tomaron, se halló aún con señas de no haberlo usado, el vestido y demas alhajas que dió en Mèxico el señor Marqués de Valero al "Tonati." Subieron el padre y el señor gobernador con cuatro soldados que les acompaña-

ban el mismo dia á registrar los inmediatos Templos é infames Adoratorios de los Idolos, que estaban en un cerro tan cercano y casi contiguo á la Mesa, que les sirve ésta como de basa: era la subida muy áspera, y tan peligrosa, que fué menester subir lo más á pié: en el primer Templo que hallaron, se guardaban los huesos de Nayerit con todos aquellos adornos que se dijo ya en el capítulo segundo de esta Historia: allí cerca habia otros Adoratorios de Idolos de inferior esfera: mas arriba estaba el gran Templo del Sol; y por ignorarse entónces que los idólatras hubiesen sacado de él á su tan venerada deidad, que llamaban *El Gran Dios*, para que aun en caso de quedar padres y soldados, pudieran en lugar oculto fabricarle algun Templo, creyó aquel celoso jesuita que adoraban á una piedra jaspeada que se halló allí, en que se veía esculpida la imágen de aquel luminoso astro: con esta persuasion la sacaron con dos picheles, uno de plata y otro de estaño, en que le ofrecian sangre de venados ó de los guainamotecos que mataban para remitirlo á México con los huesos de Nayerit: metieron fuego, así á su Templo como al del sol y otros que allí habia, causando en los que quedaban para resguardo del Real en la Mesa, y en los que estaban en Peyotan, adonde llegó aquel dia el padre Juan Tellez, especial alborozo la vista de aquellas humareadas, como que ya adivinaban, que en estas ruinas se habian de erigir Templos en que se honrase y adorase con los más cristianos sinceros cultos al verdadero Dios en desagravio de los que allí se habian ofrecido hasta entónces al demonio.

Luego que vieron derribado y reducido á cenizas aquel trono en que tan infamemente por tantos siglos habian sido veneradas tan falsas y mentidas deidades, dispusieron iglesia en un jacal ó templo pajizo, aunque pequeño, mas engrandecido con la Majestad que le llenaba, dedicándole á la Augustísima Trinidad: el dia siguiente, diez y ocho de Enero, dijo allí misa el padre Antonio Arias, celebrándola con la mayor solemnidad posible. Agradóse tanto Dios de estos tan debidos obsequios, que quiso casi al mismo tiempo que se le ofrecia en la Mesa aquel santo sacrificio que alcanzaran los soldados que habian marchado el dia anterior, á ciento cuatro personas, las mas de las rancherías del indio Alonso, y con ellas á una española, que era su mujer, y hoy vive en el pueblo de Jesus, María y José, sin la menor resistencia ni haber sido menester otra diligencia que disparar al aire algunos tiros.

Luego que el gobernador tuvo aviso de que llegaba á la Mesa aquella gente, mandó que se formara enfrente del cuartel la soldadesca, y que al pasar por allí, se recibiera con carga cerrada: ejecutóse la órden, y al oír el estruendo de tan multiplicados disparos, muchos de los indios cayeron en tierra, otros hicieron el ademan de querer huir, y lo hubieran ejecutado, si la soga con que venian atados no lo hubiera impedido. Al volver del susto, fueron conducidos á la presencia del señor gobernador, quien con toda su compañía fué á presentárseles al padre; y para que aprendiesen á reverenciar á los misioneros, el primero que se hincó de rodillas

para besarle la mano, fué su señoría, á cuyo ejemplo hicieron lo mismo todos los Cabos principales y soldados: despues llegaron los indios de uno en uno, y aquel apostólico varon les recibia en sus brazos, estrechándoselos al pecho: accion que con las especiales muestras de cariño con que les habló y con los regalos que les dió, bastó para sosegarles y para que les volviera el color antiguo que el susto les habia robado.

El haberse escapado el indio Alonso, por ser tan malévolo, que solo caminaba por los extravíos de sus astucias y rebeldía, puso en grande consternacion al señor gobernador, mas templó el sentimiento que los de la Mesa del Cangrejo no huyeron, viendo ya ganada la del "Tonati," y que ardian en vivas llamas los Templos de sus Dioses: enviaron por embajador á un hijo del cacique D. José, ofreciendo en nombre de todos una flecha, prometiendo que el dia siguiente pasarian á dar la obediencia, y significando que estaban prontos á congregarse en pueblo, para ser instruidos en la ley evangélica. Despachó su señoría bien agasajado al que vino con la embajada, y el dia siguiente acudieron puntuales los caciques con la mayor parte de su gente y con la de D. Pedro, que se mantenia preso en Peyotan: dieron la obediencia, y despedidos del gobernador, se restituyeron á sus casas.

Bien manifestaron la sinceridad de sus propuestas, volviendo á los tres dias dos de ellos á suplicar al misionero que pasase á bautizar á una anciana que estaba ya moribunda, mas previniéndole que habia de ir á pié, porque habian de pasar por un

atajo por donde no se pudiera á caballo. Voló luego aquel celoso jesuita, así porque ya comenzaba á lograr el fin de su venida á estas serranías, como tambien para que vieran los indios que todos sus deseos eran el bien y consuelo de sus almas; sin detenerse á tomar alimento alguno, como le instaban, por ser ya las diez del dia, salió acompañado de dos soldados: encontró en el camino, que no es mas que una bajada y una subida, tantos precipicios, que si Dios no le favoreciera con especiales maravillas, se hubiera sin duda despeñado y perecido: fuéle necesario muchas veces, ya bajar, ya subir arrastrando por las peñas: así llegó, por ultimo, con la fatiga que se puede fácilmente discurrir, al ponerse el sol; mas olvidó todos sus trabajos con el consuelo que tuvo viendo la buena disposicion de la enferma, que bien instruida recibió el santo Bautismo: al otro dia, con la alegría de haber amanecido mejor la enferma, que todos imaginaban que moriria aquella noche, se restituyó al Real por otro camino mas largo, pero ménos peligroso; y al tercero se supo que habia ya sanado: noticia que celebró mucho el padre, por el temor de que cobrasen, si muriesen los primeros bautizados, todos aquellos bárbaros, horror á los santos Sacramentos. Mas la brevedad con que ésta recibió la salud, con la que todos vieron y admiraron en otra enferma, les llenó de pasmo y de aprecio de la religion cristiana.

Enfermó en la Mesa del "Tonati" una hija del indio D. Alonso: mandó le llamaran al misionero, y aunque acudió prontamente, la halló tan á los últimos, que solo se dejaba reconocer que estaba viva,

por los lentos y débiles latidos del pulso, y por una ú otra palabra que apènas con gran trabajo articulaba, sin acabarla de pronunciar: administróle el santo Bautismo, que ántes habia deseado y pedido á sus parientes; y el dia siguiente se halló tan del todo sana y tan robusta, que solicitó y obtuvo licencia para pasar á la Mesa del Cangrejo á visitar á los suyos, como lo ejecutó con admiracion de todos, especialmente de su marido, que pidió luego el santo Bautismo, y siendo bien instruido, se le administró, casándose poco despues *in facie Ecclesiæ*.

No tardó mucho el señor gobernador en ir con el padre á pagar á los del Cangrejo la visita que les habian hecho: recibiéronle, con todas las muestras de cariño que les permitia su pobreza: reiteraron la obediencia que dieron al Rey nuestro señor; y besaron todos al padre la mano con gran respeto: manifestaron de nuevo sus deseos de congregarse en pueblo y de fabricar iglesia y casa para el padre que les administrase. Dejó el gobernador á su arbitrio la eleccion del sitio, y escogieron el que ocupa ahora el pueblo de Jesus, María y Josè; porque aunque por la pension del calor excesivo era poco apetecible, con todo el estar en la ribera del rio y cercano á sus huertas, le hacia para sus intereses muy acomodado. Pidieron tambien que les pusiesen en libertad los prisioneros que estaban en Peyotan y los que se habian enviado á Zacatecas: se condescendió á sus súplicas, volviéndola á todos, ménos al portero Nicolás Melchor, por haber ya muerto en su cárcel muy reconocido, bien instruido y dispuesto por el padre Alonso García Ramon, que habia

sido catedrático de lengua en la ciudad de Durango, y se hallaba entónces en el colegio que tiene en aquella ciudad la compañía.

Pasó á ese mismo tiempo á Quaimaruzi el cacique D. Domingo de Luna con encargo de quedar en aquel paraje con la gente de su ranchería, agregándosele los que dominados aun del temor se mantenian allí ocultos en los barrancos cercanos, abrigándose en las quiebras de los peñascos. El efecto mostró con el feliz logro del intento el acierto de esta diligencia; porque muchos, depuesto el miedo, salieron de sus escondrijos; y visitando poco despues á Quamaruzi el gobernador, los que ya estaban juntos y otros, que iban llegando, dieron de nuevo la ovediencia. Se comenzó á fundar el nuevo pueblo de Santa Teresa, concurriendo algunos de los laguneros, á quienes dió este nombre una hermosa laguna, que tienen cerca de sus rancherías: está vallada de rasgadas peñas, sin permitir mas que una escasa entrada de su orilla: recógense en ella, como en una pila las aguas de varios arroyos de la Sierra y á largo trecho por secretos conductos sale tan caudaloso manantial de aguas, que forma el hermoso rio de Santiago, que viene á incorporarse cerca de Oaxaca con el otro grande del Nayar, que es el de Jesus, María y Josè: estos indios fueron siempre los ménos fieles, y los mas belicosos.

Luego que el señor gobernador les dejó sosegados, se restituyó al pueblo de la Santísima Trinidad, y dispuso que el sargento D. Alvaro Sanchez Serrada, y otro soldado pasasen á México á dar al Excelentísimo señor Marqués de Valero las alegres nue-

vas de la victoria, y juntamente el alfange del valiente Tahuitole, la piedra que hallaron en el Adoratorio del Sol, y el cadáver de Nayerit con algunos de sus adornos, que se reservaron del incendio, para que en aquella Corte se entregaran á las llamas, y diesen así mas luz al desengaño. El señor Virey luego que llegó el sargento y le entregó con las cartas los despojos de la victoria, tuvo junta de guerra y de hacienda, conformóse con el parecer y voto consultivo, y habiendo resuelto conferir, como lo practicó, al gobernador D. Juan Flores el título de teniente de capitan general, determinó que los despojos se entregasen, como se hizo, con despacho de ruego y encargo al Illmo. señor doctor D. Juan Ignacio de Castorena y Ursua, que falleció mucho despues obispo dignísimo de Yucatan; honra que le merecieron sus realzadas prendas: entónces era dignidad de la Metropolitana de México, calificador del Santo Oficio de aquella Corte, Provisor y Vicario general de los indios en este grande arzobispado.

Aunque su Illma. recibió el despacho, ó fuese por interponerse otros negocios de mayor peso, que pedian mas pronta expedicion, ó para que se ejecutase la sentencia el mismo dia, que la de otros reos, cuyas causas estaban pendientes, se dilató hasta el dia 31 de Enero del año de 1723; ejecutóse el siguiente, 1.° de Febrero, llevando entre los reos, que se habian condenado á azotes por sus delitos, en hombros de indios al Idolo del Sol, y los huesos del Nayerit con todo lo que se remitió á esta Provincia, á la plaza de San Diego, en donde estaba el bracero; y á vista de innumerable gente se quemó todo, dis-

poniendo Dios, que así como la Cédula Real, que mas acaloró esta conquista se expidió y firmó el dia 31 de Julio del año de 9 en que celebra la Santa Iglesia á nuestro glorioso Padre San Ignacio, se redujese á cenizas el Idolo del Nayar el dia de San Ignacio, Obispo y mártir tan fino jesuita, ó tan jesuita de corazon, que despues de muerto se le halló escrito en él con letras de oro el Sagrado Nombre de Jesus, como refiere San Antonio; y parece que aun con estas, que pudieron discurrirse casualidades, quiso la Divina Providencia mostrar, que destinaba, y señalaba para esta gloriosa empresa á unos misioneros, que fuesen, no como quiera jesuitas, sino tambien hijos del grande Patriarca San Ignacio.

CAPITULO XX.

Penetran nuestros soldados los barrancos en seguimiento de los fugitivos; redúcense muchos Nayeres, amotinánse los de Quaimaruzi, y sosiégalos con una casualidad el cielo.

Como la toma de la Mesa se consiguió con tanta felicidad á expensas de las maravillas, con que el cielo socorrió á los nuestros, llenó á los Nayeres de admiracion, y agitados de un terror pánico se dividieron, unos por la parte del Sur, y otros por la de Poniente, para defenderse, ó en los barrancos, ó en los pueblos fronterizos, fiados en la amistad antigua, que con ellos profesaban. Mas el señor gobernador, que deseaba, ó congregarles ántes, que se entibiase el calor de la victoria, y se resfriasen los brios

de los soldados, ó á lo ménos haber á las manos al "Tonati," cuya buena índole aseguraba su reduccion, y con su ejemplo la de los otros, ó coger al viejo D. Alonso, cuyo natural protervo, y terca obstinacion mantenia rebeldes á los mas de aquellos bárbaros, determinó salir, y no restituirse al Real hasta haber registrado todos los barrancos de la Sierra, y sacado de sus grutas á los Nayeres.

Ejecutólo así el dia 2 de Febrero con la mayor parte de la gente, aunque luego se dividieron, marchando su señoría con los capitanes D. Luis de Aumada y D. Cristóbal del Muro con el alferez D. Nicolás García, y con número considerable de soldados españoles, y de indios hácia el Poniente, y por la parte del Sur las escuadras, que parecieron necesarias bajo el mando del capitan D. Nicolás de Escobedo. En el camino experimentaron los favores con que el cielo favorecia sus intentos; pues siéndoles necesario pasar por muchas cuchillas y laderas muy inmediatas á profundísimos barrancos, perdiendo pié muchos caballos, en que iban los soldados, quedando estos en la orilla del precipicio las caballerías llegaban hechas pedazos al profundo. Uno de los que estuvieron en peligro de un fatal despeño, fué el señor Gobernador, pero como corria á cuenta del cielo el amparo, paró solo en amago la desgracia, para que se viera mas claramente la maravilla.

A pocos dias de haber salido aquel animoso vigilante jefe, vinieron á la Mesa tres caciques con sus rancherías: hallaron así en el padre, como en el que gobernaba, que era D. Miguel de Cañas, muchas muestras de afabilidad y cariño; depuesto ya el te-

mor, dieron rendidos la obediencia, ofreciéndose á congregarse en pueblo, y pidiendo licencia, para restituirse á sus casas con pasaporte y papel, en que constase haberse ya presentado, y ofrecido rendidos la obediencia al Rey nuestro señor, para escusar de esta suerte las vejaciones, que en sus personas y bienes podian recibir, si les hallasen nuestras escuadras: las del señor gobernador tropezaron con algunos de los fugitivos, á quienes por haber hecho alguna resistencia, mandó cortarles las melenas: castigo tan sensible á estos indios, que solo él bastó para que otros muchos noticiosos por los espías, saliesen de sus grutas á encontrarles y rendírseles.

Por estos se tuvo el aviso de que no pocos de sus paisanos se habian retirado al pueblo de San Blas, y otros de las fronteras: con esta noticia, sin atender á lo peligroso del camino, mandó marchar allá, no solo para sacar á los refugiados, sino para domar el grande orgullo de los San Blaseños, situados casi en la raya, y á muy poca distancia de las rancherías de algunos de los Nayeres, con quienes estaban tan unidos, que viviendo tan inmediatos, jamás se ofrecieron, ni aun de cumplimiento, á servir á Su Majestad; y se decia que ellos habian acalorado los traidores intentos de estos bárbaros, cuando rompieron la guerra en Teaurite tan alevosamente. Llegó al pueblo con el rumor de la venida de nuestra tropa el espanto; y aunque acaso se hallaba allí el religioso que les administraba y libraban en el empeño de su autoridad el suavizar al gobernador, sin dar éste lugar á que se le expusiese el ruego, despues de cumplir con las salutaciones cortesanas

de aquel ministro, comenzó á declarar en idioma mexicano, que hablaba expeditamente, su queja con tal acrimonia y tales muestras de enojo, que atemorizó tanto á los indios, que hubieran perdido el ánimo, á no interrumpir la increpacion el religioso, suplicando á su señoría el perdon, que luego les concedió, mostrándoseles aplacado, pero encareciendo que lo hacia solo por intercesion tan calificada. Y dejando á los del pueblo bien escarmentados, dió la vuelta, trayéndose consigo á los Nayeres y restituyéndose á la Mesa; porque aunque tuvo aviso cierto de que en Tonalisco y Huaximique se habian refugiado otros muchos de estos bárbaros y sabia cuanto importaba el recogerles, no se le escondian los graves inconvenientes que podian resultar si lo ejecutara sin superior mandato: para evitarles, determinó consultar, como lo hizo, al Excelentísimo señor Virey.

Su Excelencia, recibida la consulta, la remitió à los señores Auditor de Guerra y Fiscal, quienes penetrando las poderosas razones que hacian mas que moralmente ciertas las consecuencias que se representaban, y discurriendo que el haberse salido los Nayeres y refugiádose en los pueblos, no era tanto para reducirse cuanto para no sujetarse; que allí habian de ser tratados como huéspedes, y habian de mantener siempre el amor á su patria, á sus huertas y á sus intereses; que dificultaba todo esto (aunque hubiese ministro de asiento), el instruirles en vida política y cristiana; que solo podia prometerse su enseñanza dentro de su misma provincia, donde con toda la suavidad y el amor que dicta el celo,

gobernándole la prudencia, y dándole vigor la cotidiana y no interrumpida instruccion sujetarian la cerviz al yugo evangélico; y que por último, de lo contrario se seguirian otros inconvenientes, que de industria calla la pluma, respondieron uniformes que importaba al servicio de ambas Majestades, el que Su Excelencia mandase sacar de los pueblos fronterizos y restituir al Nayar á todos sus naturales, como lo ordenó y se ejecutó, y veremos mas adelante.

Llegó á la Mesa el gobernador, y fué tan bien recibido, cuanto habia sido mas deseado; porque pocos dias despues que salió, tumultuaron en Quaimaruzi los indios laguneros; miraban muy mal á su jefe D. Domingo de Luna, por saber diestramente juntar con la rectitud de la justicia las obligaciones de cristiano, impidiendo valerosamente los vicios, y procurándoles imponer en política y vida cristiana, sin otro motivo que este, consultaron y resolvieron quitarle la vida, no solo á él, sino á toda su familia y parentela, para lavar con su sangre este que decian borron de su nacion. Despacharon algunos que convocasen á los del Cangrejo, que por ser ménos distantes, podian con mayor brevedad agregarse á los sediciosos. Y sin aguardar la respuesta del embajador, fiados en ser muchos, cercaron cuando estaban mas desprevenidos sus habitantes, las mal resguardadas casillas en que vivian D. Domingo y los suyos: ántes de acercarse para manejar los alfanges, comenzaron á llover flechas: viéndose acometidos aquellos fieles cristianos indios, metieron mano á las armas; y aunque fué tan inopinado el

asalto, no les turbó tanto el susto que malograsen flecha alguna de las muchas que disparaban, siendo así, que los rebeldes, ciegos con la cólera, apénas acertaban tiro. Lograron con todo herir á Estéban, hermano del gobernador, á quien con otro indio fidelísimo, aunque gentil, cuñado de D. Domingo, hubieran acabado por ser los que mantenian el combate, si la Divina Providencia con una que pareció casualidad, no hubiera desarmado á los contrarios, acobardándoles tanto, que les puso en precipitada fuga.

Fué el caso, que de las escuadras de indios amigos que llevaba el gobernador, se huyeron dos del pueblo de Guazamota, impelidos de la hambre que se padecia en el ejército: falta que se sintió casi en todas las entradas que se hicieron para esta conquista: érales á los dos desertores casi camino necesario para volver á su pueblo, el de Quaimaruzi. Como habian dejado quietos á los laguneros, sin ofrecérseles la mas leve sospecha, caminaban, acercándose á aquella ranchería; pero habiéndoles visto los espías que los conjurados habian dejado para observar los que viniesen, sin detenerse á examinar si les seguian otros ni reconocer quienes fuesen, ni si eran solo dos, volvieron corriendo á los suyos con aquella agilidad que suele dar el miedo, publicando á voces que ya se acercaba el gobernador y el campo de los cristianos: bastó solo esta noticia para que sin otro exámen apelasen á la fuga, encaminándose al barranco, y asperezas de la Laguna, por ser tales, que hasta ahora dudo que haya alguno de los jefes que las haya registrado.

Respiraron los sitiados: y viendo que no venian mas soldados que los de Guazamota, aunque habian creído tambien que venia el gobernador, despacharon luego á la Mesa á Estéban de Luna para que pidiese algunos soldados: escogiéronle para solicitar el socorro, para que hablasen tambien, para facilitarle con sus bocas las heridas que aun llevaba muy recientes. Y aunque movieron á compasion, cuando las vieron, se volvió sin el buen despacho que deseaba y merecia, por el corto número de soldados que allí habia; lo era tanto, que hubieran perecido, si Dios con el temor no les hubiera vendado los ojos á los Nayeres; porque las chispas que habian saltado de Quaimaruzi al Cangrejo, las atizó un indio hijo del rebelde D. Alonso, que entónces habia pasado con licencia de la una á la otra Mesa, asegurándoles la facilidad de acabar con los que estaban en la del "Tonati," por haber quedado solos doce ó catorce españoles con pocos indios amigos, sin tener otra trinchera que los jacales ó casas pajizas: materia tan dispuesta para recibir la llama, que podian luego lograrlo, disparando flechas encendidas.

Iba creciendo tanto el fnego, que hubiera llegado al Real el incendio, si el Señor no hubiera dispuesto que un indio de poca edad, mas de buen corazon, á quien habia dado cargo de capitan el señor gobernador, retirándose de las conferencias que tenian en el silencio de la noche, como acostumbran, valiéndose de la oscuridad, pasase á dar noticia al padre Antonio Arias y al oficial que mandaba. Agradeciéronle la fidelidad con las palabras y con los dones; le industriaron en lo que debia ejecutar, advirtién-

dole que presto experimentarian el desengaño con la venida del gobernador, que se aguardaba dentro de uno ó dos dias, y que se lo diese así á entender á los inquietos. Volvióse el indio, y el efecto mostró que bastaron las razones con que fué instruido para sosegar á los del Cangrejo.

Y para que ni éstos se revolviesen, ni los laguneros se atreviesen á salir de sus madrigueras, dispuso Dios que dos dias despues de este alboroto llegase el señor gobernador á la Mesa, y á pocos mas el capitan Escobedo, quien trajo solo dos prisioneros; porque muchos que se mantenian en los barrancos inmediatos, luego que reconocieron á los nuestros, se retiraron á las rancherías de los Tecualmes y otras de Coras allí contiguas, perseverando aun rebeldes. Y aunque se consiguió el alcance, llegando á avistarse con los enemigos el cápitan y algunos soldados, la falta de víveres y lo maltratado de las caballerías, que les habian obligado á caminar á pié la mayor parte del viaje, les hizo tomar la vuelta, contentándose con haber reconocido aquel terreno y los caminos, para disponer despues la entrada y tomar con mejor prevencion aquel empeño. El señor gobernador, abochornado de la altivez de los laguneros, deseaba con el castigo apagarles los bríos; mas no pudo ejecutarlo hasta pasados algunos dias, cuando se comenzaba ya á entender en la formacion de pueblos.

CAPITULO XXI.

Fórmanse algunos pueblos.—Celébranse muchos bautismos de párvulos.—Redúcese el "Tonati," y ofrece á sus hijos para que le reciban.

Sabiendo el señor gobernador cuánto importaba para atajar las sediciones, acudir á tiempo con el reparo, deseó pasar al temido barranco de la Laguna á castigar los amotinados; mas llegándole á este tiempo un correo del Sr. D. Juan de Olivan Rebolledo, Auditor general de Guerra, se le embarazó la ejecucion: vino por entónces aquel caballero á Zacatecas á celebrar su boda con una hija del Sr. coronel D. Fernando de la Campa y Cos, y le encargó el señor Marqués de Valero, que logrando la cer-

canía, atendiese al adelantamiento de esta nueva conversion y conquista. Para dar cumplimiento á tan superior mandato, despachó luego un pliego al gobernador, pidiéndole informe del estado del nuevo Reino de Toledo (nombre con que quiso ennoblecer á esta Provincia el señor Virey), y de las providencias que juzgase necesarias para que se lograsen los deseos de Su Excelencia. El gobernador representó por entónces lo que parecia mas urgente, remitiendo lo demas para la vista; porque esperaba licencia, que por desgracia nuestra obtuvo para salir de estas Serranías.

Luego que se desembarazó del despacho y de otros negocios que ocurrieron, trató de poner en forma los pueblos, señalándoles gobernadores, alcaldes y otros con los empleos que se juzgaron necesarios, sin olvidarse de poner fiscales que atendiesen al aseo y culto de los Templos, y que juntamente ayudasen á los misioneros, cuidando que los que estaban á su cargo asistiesen á la misa y doctrina: sin embargo, se experimentó que todo el trabajo le cargaban sobre los padres, tomando á su cargo la enseñanza de los niños, buscando con gran fatiga por las casas á los párvulos que no se habian bautizado, y catequizando á los adultos que de nuevo se convertian. Dando principio por el pueblo de la Santísima Trinidad en la Mesa del "Tonati," donde se habia ya resuelto que quedase el Presidio de S. Francisco Javier de Valero, sacó abiertamente la cara para impedirlo el demonio que habia sido adorado allí por tantos siglos: conmovió á los indios para que representasen al gobernador, que aquel

paraje no permitia poblacion por la escaséz de agua, que se agotaba tan del todo, que ya por el mes de Abril le abandonaban sus moradores, sin volver hasta los principios de las lluvias. Esto era falso, y sin embargo, con tal energía lo proponian los indios, que hubo el gobernador y los demas de inclinarse á su dictámen, y á que ni se fundase pueblo ni presidio.

Más el padre Arias con el teniente de gobernador, sin haber otro que ayudase sus razones, se opusieron muy de recio, conociendo que no era bien en este punto fiarse ni dejarse gobernar del dicho de los Nayeres, cuyos dictámenes se debian mirar como sospechosos; que si la escaséz de aguas era el argumento que persuadia seguir el consejo de los naturales, seria bien que nosotros debiésemos á la experiencia el desengaño; que si faltase del todo, nos bajásemos al rio, que era el puesto que destinaban para la poblacion el gobernador y los que le seguian, y por último, que si ahora abandonaban los nuestros la Mesa, podian los Nayeres ganarla de nuevo para fortificarse allí con peligro manifiesto de perder en poco tiempo lo que tanto habia costado. Por fin fueron tantas y tan eficaces las razones que el padre Antonio expuso, que hubo de asentir el gobernador á su dictámen, determinando que se fundase allí el pueblo con tanto acierto, que nunca ha faltado agua para la gente, para los caballos y ganado que mantienen los indios y soldados. Y como suele perder la memoria la simulacion, viendo la resolucion del gobernador tan conforme al parecer del padre, pidieron los mas de los que habian

explicado el suyo tan contrario, quedarse á vivir en aquel pueblo, como lo hicieron con su gobernador el indio D. Pedro, que daba muestras de estar ya reconocido. El dia siguiente, 17 de Febrero, bautizaron el padre Arias y el padre Juan Tellez Giron, que habia ya vuelto de un viaje, setenta párvulos, y los dias siguientes otros muchos que ofrecieron gustosos sus padres.

Puesto ya en toda forma el pueblo de la Santísima Trinidad, dejando allí al padre Juan Tellez, subieron á la Sierra el señor gobernador y el padre Antonio, que como superior que era, le fué necesario siempre asistir á las funciones de mayor monta: caminaron con ánimo de pasar á Quaimaruzi, y como á doce leguas llegaron á un puesto que se habia destinado para fundar, como se hizo, el pueblo de Santa Gertrudis: hallaron ya allí dos numerosas rancherías: gobernaba una D. Nicolás y otra D. Vicente, caciques de los principales de esta Provincia; estaba con ellos el capitan D. Cristóbal del Muro, á quien con el alferez D. Nicolás García y otros soldados, habia despachado pocos dias ántes el gobernador, para que mantuviesen pacíficos á los indios y les congregasen en aquel puesto.

Dividióse el pueblo en dos barrios, por no desazonar á los caciques; porque ninguno de ellos quiso ceder el mando, y fué preciso señalar dos gobernadores, que ofrecieron poner luego mano á la fábrica de la Iglesia. Bautizó el padre hasta doscientos párvulos, sin que le embarazaran las contínuas lluvias que hubo los tres dias que allí estuvieron. Y aunque el gobernador, no sé por qué motivo,

si no fué por el mal temporal que corria, determinó que se volviesen á la Mesa; el padre Antonio sintió en el alma que se difiriese dar la última forma al pueblo ya comenzado de Santa Teresa en el sitio de Quaimaruzi; y ya que no pudo conseguir que le acompañase, espoleado del escrúpulo de que los que se habian congregado en aquel paraje no muriesen sin bautismo, le instó con tal eficacia, que le permitiese caminar hácia donde le llamaba su obligacion, que hubo de condescender; y para que le escoltaran, le dió seis soldados, entrando en ese número el alferez D. José Carranza y Guzman, sugeto de conocido valor.

Con esta pequeña escolta casi á un mismo tiempo partió el padre para Santa Teresa, y el gobernador para la Santísima Trinidad: halló aquel celoso jesuita á los indios con muchos laguneros, no solo quietos, sino muy hermanados, y le hicieron tales cortejos, que por no esperados, les tuvo casi por sospechosos: tenian prevenida comida aquel dia, que estimó mucho, por su gran falta de víveres: á los demás, que allí estuvieron les regaló el comun, dando cada familia dos tortillas: especie, que les sugirió algun diestro arbitrista, para dar mucho, gastando poco; pero lo que mas agradeció aquel evangélico ministro, fué la buena voluntad, con que le ofrecian sus hijos, para que les bautizara, logrando esta dicha mas de cien párvulos, pasando así á gustosa alegría los antecedentes recelos. Convirtióse tambien en risa el susto, que estos dias, que allí estuvieron, les ocasionó una tropa de indios: iban todos armados al mismo tiempo, que el padre celebraba misa en una

ramada descubierta por los lados: vióles y temiendo algun asalto, apresuró las ceremonias, y concluyó con brevedad el sacrificio. Los soldados ocupados del recelo, sin hacer movimiento alguno, obsevaban prudentes los de los indios, que luego que llegaron, arrodillándose unos, quedaron otros en pié, ejecutando lo que veían observar á los españoles. Despues inquiriendo sagazmente el motivo, se supo y se celebró con risa; porque dijeron, que habian venido con armas, para defender al misionero de los enemigos, como lo hacian los soldados; y solo podian defenderle de sí mismos, pues no habia otros algunos, de quienes recelase.

Mas para que no faltaran entre estos consuelos, que tanto alentaban á este apostólico varon algunos sinsavores, que le ejercitáran la paciencia, permitió Dios que asaltára á los de aquel pueblo la peligrosa epidemia de unas mortales viruelas. Y como los primeros que cayeron, fueron los parvulitos, temia este prudente jesuita, que si muriesen, se confirmarian aquellos bárbaros en su errado dictámen, de ser ántes que saludables, dañosos los santos Sacramentos; pero quiso el Señor, para alentar la confianza, que en sus piedades tenia, que aunque enfermaron los que se habian bautizado, todos sanaron; y un muchacho solo, que murió, no le habian traido á lograr las sagradas aguas del bautismo. Esta fué una maravillosa divina Providencia, porque á mas de ser la tierra frigidísima, y el tiempo tan riguroso, estando los mas caídos al pié de los pinos sin ningun reparo, y pidiendo esta enfermedad tanto abrigo, les echaban, como acostumbran á sus enfermos, agua

fria en la cara y cabeza, repitiendo esta bárbara diligencia, siempre que el enfermo lo pide ó perciben por el contacto el calor de la calentura.

Beneficios son estos, que por extraordinarios no se pueden dejar de admirar, queriendo así Dios aficionar á estos pobres desvalidos indios á nuestra santa religion á despecho del demonio, que no ha sabido, como introducirles el horror á sus sagradas ceremonias, especialmete al santo bautismo. Así lo aseguraron al padre José de Mesa, que entró despues y fué misionero del pueblo de nuestro Santo Padre de Guainamota algunos gentiles, que aun allí habia: subieron á visitar á su ídolo en un adoratorio, que está en una alta cumbre al Oriente de aquel lugar, y les dijo el infernal enemigo, que le tenian muy enojado los Nayeres por los muchos que se bautizaban, que si querian que les favoreciese, que le siguiesen á un barranco que les señaló; que desamparasen el pueblo; que no se dejasen engañar de los padres; y que no creyesen su doctrina. No le bastó todo esto, para detenerles en su idolatrìa, ántes á vista del desengaño conocieron claramente sus ardides.

Poco despues de haber llegado el padre Antonio á la Mesa tuvo el gobernador noticia por el indio D. Pedro, del sitio en que se hallaba el "Tonati," y valiéndose del mismo y de otro llamado Juan de Medina, que le era muy pariente, dispuso que se le diese toda seguridad y aliento, para que no le detuviese su cobarde pusilanimidad: produjeron tan buen efecto estas diligencias, que le vino en breve el aviso de lo que tanto deseaba: convino en el dia en que habia de pasar de la Mesa del Cangrejo, en donde ya

estaba, á la suya antigua. Aquel cuerdo caballero por no asustarle de golpe con la vista de muchos soldados, salió sin otra compañía, que la del sargento Francisco Flores: encontráronle á no muy larga distancia: despues de las salutaciones á su moda, manifestó la causa de no haberse incorporado con los españoles como habia prometido, y fué únicamente el temor de que los suyos le quitasen la vida, como con efecto lo intentaron.

Presentóle á los padres, y habiéndole agasajado todos con demostraciones cariñosas, á que obligaba su buen natural y agradable presencia, pidió licencia ya animoso, para que viniese asimismo su familia. Por este tiempo le llegó al gobernador la que habia pedido al señor Virey, para pasar á sus haciendas, con las condiciones que despues diremos. Mas ántes de su partida dispuso no solo que se fabricasen dos torreones en el presidio para asegurar la defensa en caso que los indios intentasen algun acometimiento, sino que partiese el alferez Carranza al pueblo de Santa Gertrudis con una escuadra de soldados para hacer otra fortificacion y dejar allí la de San Salvador el Verde para contener á los Nayeres, que vivian por la parte del Norte. Quiso tambien bajar con el padre Arias al rio, para poner en forma el pueblo de Jesus, María y José y el de San Francisco de Paula, fundados cerca de sus orillas.

Fueron con su señoría los dos padres, y reconociendo la prisa, con que deseaba desembararse, por la grande vehemente inclinacion, con que le llamaba el amor á su familia, bautizaron á los párvulos de los pueblos; y siendo tantos, por ser el de Jesus,

María y José el mas numeroso de la Provincia, y el calor excesivo, sin permitir interrupcion los muchos que habian concurrido, sudavan aquellos evangélicos obreros tanto, que hasta las sotanas quedaban como si las hubieran metido en agua. Acá vino en seguimiento del gobernador el "Tonati" con su familia, y desde luego ofrció á sus hijos, que eran cuatro, para que se bautizaran. Hizóse reparar la singularidad, que solicitó uno de los caciquez para estos bautismos; porque como eran tantos, les administraban los padres á muchos juntos, arreglándose al Ritual Romano, y queriendo ejecutar con los hijos del "Tonati" lo que hacian con los otros, se llegó al padre un cacique, avisándole, que no parecia bien, que los hijos de tan autorizado personaje se bautizasen como los otros, aunque lo fuesen de indios principales, sino que se habia de hacer separadamente, como lo ejecutó aquel misionero, apadrinando á dos el gobernador, y á los otros dos el subteniente D. Miguel de Cañas, con agradecimiento de los Nayeres, que con estas muestras de gratitud, y con el reparo que hicieron, probaron que en el "Tonati" reconocian superioridad.

Concluidos los bautismos, se partió luego el jefe de aquella Sierra á su hacienda, dia 12 de Marzo, habiendo estado en el Nayar solo poco más de dos meses. Llevóse toda su gente con algunos soldados del Rey; y hasta su teniente D. Miguel de Cañas, á quien por su valor y por su juicio se le podia fiar la ausencia, salió con título de acompañarle, previendo los gravísimos males que podian seguirse del estado en que quedaba la Provincia. Los indios

amigos ya ántes habian marchado casi todos. Los padres llenos de sentimiento, que solo aliviaban con la confianza que tenian en Dios, se restituyeron á la Mesa, por ser el centro, y para acudir desde allí á donde les llamase la necesidad. Lo cierto es, que pareció arrojo desamparar un reino tan alborotado, ántes de pacificarle del todo, y abandonar tan presto un parto todavia tan informe, que habia costado tantos dolores, y que á no estar Dios tan empeñado en favorecer esta conquista, no pudiera haberse conservado; más fué sin duda, para que viéramos que esta era obra toda suya, haciendo que se lograra aun contra lo que podia prometerse toda prudencia humana.

CAPITULO XXII.

Síguense los malos efectos, que se temieron de la ausencia del gobernador, y acometen algunos trabajos, quedando victoriosa la tolerancia.

Concedió licencia al gobernador el señor Virey, para que pasase á su hacienda con la precision á que ejecutaba la empresa que se le habia fiado, previniéndole no solo, que saliese de su cuenta y riesgo, sino que dejase teniente de su satisfaccion, y tal, que no se hiciese sensible su ausencia y no obligase á que se deseara su persona. Hallábanse fuera del reino, entendiendo en negocios conducentes á la reduccion, los capitanes D. Santiago de Rioja, y D. Alonso de Reyna. Y como el teniente de gobernador

D. Miguel de Cañas huyó juiciosamente el hombro, previendo ya los males que amenazaban á la Provincia con la casi suma falta de municiones y alimentos por mas que se proponia la pronta remision de uno y otro, se vió obligado á dejarlo todo al cuidadodel sargento de la compañía de Zacatecas, hombre honrado, de punto y muy impuesto en la disciplina militar: mas siendo muchas las partes de que se compone una cabeza, apénas habian echado ménos la del gobernador los Nayeres, comenzaron á retirarse de los pueblos agregándose á los rebeldes que aun todavía se mantenian en los barrancos, haciendo allí frecuentes juntas á fin de sublevarse, para que acabando con los pocos que habia dejado el gobernador en la Provincia, volviesen á gozar la libertad que lloraban ya perdida.

El lugar donde con mas frecuencia y concurso se tenian estas conferencias, era la ranchería del rebelde D. Alonso, situada en el rio y estrecho barranco de Santiago. El efecto fué no solamente quedar resuelta la sublevacion, sino para asegurarla, salir luego el mismo D. Alonso á solicitar algunas escuadras de los Tobosos: noticia que dieron algunos indios de Santa Teresa y que renovó los antiguos temores; porque los que se hallaban en el Presidio de San Salvador no tenian aun todavía fortaleza alguna para su defensa. Y aunque los de la Mesa se hallaban con dos torreones en el Presidio de San Francisco Javier de Valero, que fueran suficiente reparo para contener á los Nayeres, no lo era para la osadía de los feroces y veteranos indios de la Vizcaya. A que se añadia que el mayor enemigo es-

taba dentro en la escasez de víveres y de municiones, y era inevitable el perecer á los mas sensibles filos de la hambre; porque aunque con haber despachado su teniente al señor gobernador tres sucesivos correos, se consiguió que remitiese pólvora y balas, encargando su conduccion á los indios del pueblo de Mezquitique, por haber sido siempre muy fieles; pero no se pudo remediar la falta de alimentos por no haber hallado mulas para conducirles, así por lo escaso de los pastos, como por el horror que todos tenian á la aspereza de los caminos. Llegó á faltar tan del todo la carne y el maiz, que muchos dias no tuvieron los padres y soldados otra vianda que las frutas silvestres que buscaba la necesidad y distribuia la escasez, aumentándose mas este tormento con haberse ido los indios amigos, que eran los que mas se alejaban á buscar estos socorros á la urgencia casi extrema.

Mas á pesar de la hambre y de la falta de defensores, con la provision de municiones, y mas con la noticia de hallarse ya en su ranchería el indio D. Alonso, por haber retrocedido luego que llegó á los términos de esta Provincia, que confinan con los de la nueva Vizcaya, no atreviéndose á penetrar hasta la tierra de los Tobosos, por haber sabido que andaba todavía en campaña aquel gobernador, se alentaron tanto los nuestros, que determinaron los padres celebrar la Semana Santa, adornando uno de los torreones que les sirvió de iglesia; así por ver si la novedad sacaba á los indios de sus barrancos, como para implorar de la Divina clemencia que continuase sus beneficios y facilitase la conduc-

cion de víveres. Mucha fué la novedad que causaron á los Nayeres que acudieron, las ceremonias con que en este santo tiempo excita la devocion Nuestra Madre la Santa Iglesia; pero lo que mas fuerza les hizo, fué el lavatorio de los piès; porque escogiendo para lavárselos á los mismos bárbaros, quedaron atónitos al mirar hincados de rodillas á sus piés, no solo á los misioneros, sino á aquellos mismos soldados que en la campaña habian visto pelear con tanta valentía. Y aunque ántes se divulgó la noticia, pasando de los que quedaron en el pueblo á los que se habian retirado, bien se conoció de los pocos que concurrieron, los muchos que estaban escondidos en sus barrancos: despues lo confirmó la tragedia que padecimos, y fué un borron que echaron estos serranos en la tabla, hasta entonces limpia, de esta conquista.

La víspera de Ramos llegó de la ciudad de Zacatecas á esta Provincia D. Alonso Fernandez de Monroy con un criado llamado Juan José de Esparza: venia este caballero de órden del señor Virey, para reconocer si eran minerales estos cerros, y para probar los metales que se pudiesen sacar. Luego que pasó la Pascua de Resurreccion, pidió al teniente de gobernador escolta para pasar al sitio de la Puerta con alguna seguridad; pero aquel Cabo sentia tanto que se enflaqueciese mas su tan corta guarnicion, que no hubo remedio de concederle lo que pedia; lo mas que pudo conseguir fué que le acompañase D. Santiago de Arbizu, soldado español y que mas que ninguno habia dado muestras de su valor con un mulato llamado Juan Antonio de Leon,

diestro en manejar las armas y práctico en los caminos del Nayar, por ser uno de los que vivian en esta Sierra, aunque se redujo á nuestro campo, desamparando muy con tiempo el de los rebeldes. Apénas habia caminado D. Alonso cuatro leguas, cuando reconocieron en un sitio que descollaba eminente en el barranco de Santiago, señas de ser mineral; determinó reconocerle, dejando á las orillas del rio á los dos sus compañeros: subieron D. Alonso y D. Santiago; y á poco andar descubrieron una veta, de que arrancando con los picos algunas piedras, vieron en ellas varios granos de plata vírgen que las hermoseaban; pero al tiempo que gozosos admiraban aquella riqueza, les asustó el funesto alarido de los Nayeres, que tenian sitiados á los que quedaron en la orilla del rio, guardando los caballos.

El motivo de esta inquietud fué, que viendo Juan Antonio y Esparza unas caballerías de los indios que habian llegado á beber al rio, les pareció bien el remudar con ellas, para que las suyas descansaran; y habiéndolas lazado, acertaron á verlo unos infieles, que dieron pronto aviso á los que vivian en lo interior del barranco. Acudieron muchos armados con arco, flechas y alfanges, ocultándose á observar si proseguian su intento. Entre los demas acertó estar el dueño de aquellas caballerías, que era un viejo, y viendo que se las llevaban, salió de la maleza, y afeándoles la violencia, les reprendió la injusticia de usurpar lo ageno. Irritados Esparza y Juan Antonio con la reprension, prorumpieron en palabras tan injuriosas, que enfureciendo á los

indios su arrogancia, comenzaron á despedir de los arcos tantas flechas, que á no valerse del resguardo que les ofreció el tronco de un árbol, les hubieran luego muerto.

Mas Esparza, pensando amedrentarles con el amago de la escopeta, ó con el estruendo, si fuese necesario dispararla, salió animoso encarándose al viejo especialmente ofendido, que ya le esperaba con la flecha enarcada, y disparando casi á un tiempo los dos, al meterle al indio en el cuerpo las balas, cayó él atravesada con la flecha, arrojada con tanto impulso, que entrando por el pecho salió por la espalda, no solo la punta, sino parte de la caña. Poco despues, bien asustados, bajaron D. Alonso y D. Santiago, y llegando al puesto donde aun se mantenia peleando, aunque herido, Juan Antonio, quisieron darle socorro; pero advirtiendo que á D. Santiago al primer tiro se le quebró la caja del areabuz, dispuso con grande agilidad los caballos y les persuadió que montasen y le siguiesen, pues las heridas no se lo embarazaban. Y dejando á Esparza, que ya estaba en las últimas agonías, comenzaron su vuelta. Luego que los indios reconocieron la fuga, que por cohonesterla llamaremos retirada, acudieron todos al sitio en que habia quedado Esparza, y acabaron con los alfanges dr matarle; siguieron despues á los otros con un contínuo alarido; mas el gran conocimiento de la tierra que tenia Juan Antonio, les facilitó el escape.

Llegaron á la media noche al Presidio, y luego se confesó Juan Antonio, porque llevaba dos heridas que se juzgaron mortales; aunque quiso Dios

que despues sanara. Refirieron la tragedia, y el teniente de capitan D. Juan de Orendain pidió al que gobernaba algunos soldados, así para seguir á los agresores, procurando con la misma prontitud en castigarles amedrentrar sus bríos, como por traer y enterrar en sagrado el cadáver de Esparza: persistió firme en el dictámen de amparar el Presidio y no disminuir las fuerzas con la division de escuadras. Despues supieron que los del Cangrejo aseguraban que los indios estaban inquietos por haber sido provocados, comprobándolo con el hecho, por ser, como eran los caballos en que llegaron los nuestros á la Mesa, de los indios, á quienes mandó el teniente de gobernador que trajeran, como lo ejecutaron, el cuerpo del difunto para darle eclesiástica sepultura. Díjose entónces tambien que habia muerto el bárbaro; mas poco despues vino á la Mesa, y vivió muchos años con las balas en el vientre, sin que le causase especial molestia; y habiéndoselas sacado, quedó del todo bueno.

Pasados algunos dias se aumentaron los temores, descubriéndose los secretos designios de los Nayeres; porque un indio enviado del viejo D. Alonso llegó á Santa Gertrudis, y convocados al anochecer á junta los principales del pueblo, les dijo: que el gobernador no volvia ya al Nayar, por haberse quemado toda su hacienda; y la verdad fué, que dos soldados fugitivos que habia aprehendido y tenia asegurados, quemaron la puerta de la pieza en que les guardaba; pero reconocido el fuego se apagó con tiempo, atajando todos los daños. Esta noticia, que ninguno de los nuestros sabia, llegó á la de los

indios casi al mismo tiempo que sucedió, distando la hacienda del gobernador casi setenta leguas de esta Provincia. Añadió el enviado, que á mas de quedar imposibilitado el regreso, no se podian enviar alimentos de que estaban tan escasos los pocos soldados que se mantenian en los presidios, que ya los laguneros y todos los del rio de Santiago habian hecho mucha provision de flechas, deseando solamente que todos se uniesen para acabar con los españoles.

No se sabe lo que respondieron los de Santa Gertrudis; porque dispuso el Señor que pasando cerca de la casa en que se tuvo la conferencia, un soldado inteligente del idioma mexicano, reparó en la junta y se detuvo sin que lo advirtieran los indios, enterándose así de cuanto se trataba. Pasó luego á dar noticia al Presidio, en que estaba con el mando el alferez D. José Manuel Carranza y Guzman (á quien parece le era connatural el valor, la resolucion y el acierto); y sin detenerse, llevando consigo algunos soldados, cercó la casa y aprehendió al embajador: y aunque quiso fingir varias mentiras, por último, ya con halagos, ya con amenazas, confesó la verdad, refiriendo lo mismo que habia dicho á los infieles. Luego se encaminó el alferez á la ranchería de D. Alonso, para cortar el hilo á la sedicion: dejó algunos soldados para guardar el Presidio, marchó con solo doce hombres, yendo todos á pié por donde les guiaba el prisionero, llevando muy pocos víveres, á que obligaba la necesidad. Y aunque caminaban alegres, les desazonó el gusto el que dos soldados, habiéndose fatigado y detenido para

tomar algun descanso, perdieron el camino y nunca pudieron, aunque les aguardaron, juntarse con sus compañeros. Llegaron á la ranchería poco despues de media noche, y al quererle poner cerco, fueron sentidos de los Nayeres: metieron mano á los alfanges, y casi sin deliberacion, se arrojaron desde el bordo del barranco á la profundidad del rio: uno de ellos, que movia con agilidad el alfange, tropezó al irse precipitado al agua con el alferez, que sintiéndose herido en la garganta del pié, avisó á los suyos. Ciegos éstos dos veces con la oscuridad y con la cólera, dieron carga cerrada apuntando al rio, y solo ofendieron las balas á un muchacho que quedó herido, y á una mujer que se halló muerta sepultada en las hondas.

Los nuestros, reconociendo que ya se habia errado el tiro y que estaba mal herido su alferez, tomaron la vuelta ántes que amaneciera: afligió á todos aun mas, que el cansancio y hambre, la sed, que apénas podian tolerar; pero á poco andar descubrió un soldado en una peña agua bastante para beber toda la escuadra. Iban mas alentados con el refrigerio, cuando advirtieron que les venian siguiendo innumerables bárbaros en ademan de acometerles: mandó el alferez que se ocupase la cumbre de un cerro que estaba limpio de arboleda, sin tener otra planta que un solo árbol: dió órden que no se disparase hasta que los indios embistiesen; pero éstos se contentaron con cercar el cerro que habian ocupado los españoles. A este tiempo se hallaron los soldados cercados de mayores congojas, porque sobre estar faltos de sueño, el alferez aunque lleno

de aliento, perdia las fuerzas por lo mucho que se desangraba.

Resueltos á morir en defensa de nuestra sagrada religion, hincados de rodillas rezaron tres veces el Credo, y luego experimentaron el favor del cielo con una novedad impensada; porque aquella noche en que dieron el asalto á la ranchería de D. Alonso, llegó á la Puerta el señor gobernador acompañado de buen número de soldados: supieron los infieles sitiadores al tiempo mismo, que los nuestros clamaban á Dios por socorro: enviaron á uno, que sin darse por entendido de la novedad con el alferez, le rogó en nombre de todos, que perdonara el atrevimiento de sus compañeros, á quienes habia cegado el sentimiento por la muerte de la india; y que procuraran luego sin dilacion retirarse, asegurando que no les ofenderian mas, y que si querian por estar mas cerca que el Presidio de San Francisco Javier de Valero caminar á la Mesa, él les mostraria el camino, como lo hizo; y siendo preciso bajar al rio, lograron en sus orillas, no solo agua para apagar la sed, sino muchas peces para mitigar su hambre. A los indios que encontraron allí, les experimentaron muy joviales y oficiosos, como les hallaron ántes los dos soldados que habian quedado perdidos, y que por varios extravíos guió la Providencia, hasta juntarse en el rio con sus compañeros con quienes llegaron al pueblo de la Santísima Trinidad el dia 31 de Mayo, en que por Titular se habia celebrado la fiesta solemne de este Augustísimo Misterio.

CAPITULO XXIII.

Entra de nuevo el gobernador.—Sosiéganse las sediciones y finalízase la conquista.

Es muy ordinario que cuando á una grande afliccion sucede el alivio, se recibe como muy especialmente apreciable el consuelo. Afligidísimos se hallaban los nuestros con la ausencia del gobernador, causa de tantos afanes y tribulaciones; mas queriendo la Divina Providencia consolarles, dispuso que casi á un mismo tiempo llegase á la Mesa la noticia de hallarse ya en la Puerta el gobernador, y los dos capitanes, no solo con algunos de los soldados que se hallaban fuera del Reino, sino con otros dos con-

quistadores evangélicos, que fueron el padre José Bautista López, y padre José de Mesa, á quienes pasados algunos años arrancaron de esta Provincia sus contínuos achaques. Fueron tan bien recibidos como deseados; porque el padre visitador Antonio de Arias se hallaba tan sin aliento, por haber conspirado contra su salud la hambre y las enfermedades, que llegó casi á desconfiarse de su vida; siéndole por este motivo forzoso al padre Tellez cargar con todo el peso. Poco despues vino el gobernador con porcion bastante de alimentos, que alegró á todos por lo mucho que habian padecido con la suma escaséz de víveres.

Aumentó mas el consuelo la reduccion del rebelde D. Alonso, que, ó asombrado de la temeraria valentía del alferez Carranza y de su corta escuadra, ó confuso con la no esperada vuelta del animoso jefe de toda esta Provincia, á quien solo temia, ó lo que es mas cierto, movido de las voces y aldabadas que le daba la piedad divina, para reducirle la misma tarde del dia de la Santísima Trinidad, bajando uno de los padres de la Mesa á recibir á aquel tan deseado caballero,. le salió al camino al llegar al pueblo de Jesus, María y José. Y advirtiendo que iban dos soldados en su compañía, avisó por medio de otro indio al misionero, que se apartase de la vista de los españoles, como lo hizo; y habiéndole alentado y asegurado su confianza, quedaron en que el dia siguiente le avisaria por medio de aquel mismo confidente suyo del ánimo del gobernador, que puso varios reparos, que dificultaban el perdon; mas por último, le dió por escrito,

con todas aquellas precauciones y seguridades que le dictaba al intercesor su escrúpulo. Asegurado ya así D. Alonso, luego pasó con toda su familia á la Mesa, consiguiéndose de esta suerte una, aunque poco ruidosa, mas provechosa insigne victoria; porque en solo aquel tan autorizado valiente indio quedaron vencidos todos los que pervertia su tan terca obstinada malignidad.

Por este mismo tiempo despachó el gobernador al capitan D. Cristóbal del Muro al pueblo de Huaximique, para sacar de allí y restituir al Nayar á los naturales refugiados, llevándose el despacho que á este fin expidió el señor Virey. Se logró todo sin dificultad; porque ya aquellos fugitivos bárbaros suspiraban por su patria, y habian pedido al señor presidente de Guadalajara, D. Tomás Terán de los Rios, congregarse y formar pueblo en Guainamota, como se ejecutó despues; porque habiendo cometido el señor Virey la decision de este punto á aquella Real Audiencia con el informe que hicieron el señor goberna-nador y el padre visitador Antonio de Arias, por órden de aquel Real Senado, se allanó todo, desvaneciendo los inconvenientes que recelaba la cordura.

Y aunque despues de la larga posesion de mas de cincuenta años de aquel sitio dentro de esta Sierra, se levantó á los Nayeres nueva contradiccion, cuando pasó á fundar y administrar al pueblo señalado por el padre visitador, el padre José de Mesa, y el Presidio, que puso el gobernador á cargo del capitan D. Santiago de Rioja y Carrion, se desvaneció muy en breve; porque el alcalde mayor de Ostotipaquillo, D. Agustin Fernandez de la Cueva,

dió posesion al misionero jesuita con especial gusto de los indios, creciéndoles aun mas con el conocimiento que luego tuvieron de sus realzadas prendas: este prudente celoso obrero de la viña del Señor, valiéndose, no solo del idioma mexicano en que era perito, sino de su agrado, afabilidad y largueza, se hizo en breve tiempo dueño de sus voluntades; y á pocos meses el que era pueblo de Catecúmenos, parecia de cristianos muy antiguos: dióse á la poblacion el nombre de nuestro glorioso padre San Ignacio, y al Presidio el del Santo Cristo de Zacatecas.

A los primeros dias despues de aquella fundacion, le sucedieron al padre Mesa dos casos con que acabó de grangearse la grande veneracion que en adelante aquellos indios le tuvieron. El uno fué, que hallándose una india cercana ya á la muerte, avisado el padre, fué á visitarla; dispuesta con una breve instruccion á que obligaba la celeridad con que por instantes se acababa, la bautizò á su peticion; y sin otra medicina recobró al punto la salud con admiracion de los indios. Otra india ya anciana y casi decrépita por los muchos años que tenia, estaba tan consumida de la enfermedad, que parecia un esqueleto: asistíala una india cristiana y capáz, sin atreverse á avisar al padre por la grande repugnancia que tenia aquella enferma, y aun tan terrible horror al bautismo, á la religion cristiana y al misionero, que ya ántes de enfermar, no se podia conseguir que se pusiese en su presencia: tanto aborrecia y tan grande enfado le causaba lo que podia facilitarle su conversion.

Con todo reconocimiento que ya se le acercaba la muerte, lastimada la que asistia de enfermera de la perdicion de aquella alma desgraciada, resolvió avisar al padre, que prontamente acudiò, como que solo iba á visitarla: comenzóla á mover con la dulzura y eficacia que le dictaba su celo. Gastó sin fruto no poco tiempo, y advirtió que á sus fervores se le oponia todo un yelo, y á sus ternuras un duro bronce. Salióse para echarse á los piés de la Santísima Vírgen, como lo hizo, pidiéndole que alumbrase aquella miserable alma y ablandase su voluntad tan obstinada: á tan ardientes celosos ruegos, aquella celestial Señora condescendió benigna; porque volviéndose repentinamente la enferma á los que la asistian, les dijo que llamasen luego al padre, que queria bautizarse: vino con presteza aquel apostólico misionero, y despues de una breve instruccion, la bautizó, y á poco rato comenzó á hablar con expedicion, á tomar alimento y á asegurar á los presentes que luegò que recibió el bautismo, sintió una notable alegría en el corazon y grande alivio en todo el cuerpo; y fué de suerte, que á pocos dias despues, agradecida, visitó al padre ya perfectamente sana, y continuó tanto sus obsequios, que por repetidos pudieron parecer importunos.

Al mismo tiempo que fueron á fundar el pueblo y Presidio de Guianamota el capitan y el misionero, determinó el gobernador pasar á la conquista de los Tecualmes, situados en esta serranía, aunque son de nacion distinta de los Coras, con quienes solo para pervertirles se unian, tratándoles familiarmente, por tener sus rancherías inmediatas á las

suyas, y manteniéndoles así rebeldes con la ayuda de sus consejos. Pasados ya cinco meses despues de la toma de la Mesa, ni de ellos, ni de los Coras sus vecinos, habia venido alguno á dar la obediencia; y aunque no pocos se refugiaron en el pueblo de Tonalisco, muchos perseveraban en sus barrancos, aun tercos y tan obstinados, que se habian abrogado desde la desgracia del capitan Bracamonte, el nombre de belicosos, siendo solo de palabra valientes presumidos, y en la realidad cobardes. Aunque era el mes de Julio, en que ya arreciaban las aguas y crecian los rios, se emprendió obra tan gloriosa como importante.

Salió el señor gobernador con buena escolta de soldados: y aunque hallaron muy malos los caminos por las lluvias, siendo por este motivo dos veces peligrosos, vencieron tan graves dificultades, y llegaron á las rancherías de los Tecualmes, que estaban desamparadas; porque al descubrir nuestras escuadras, cedieron el campo y la victotia con una declarada fuga: encamináronse unos á las asperezas de la Sierra, siguiéndoles los nuestros con tal presteza, que aprehendieron á algunos: arrojáronse otros al rio, para dejarles burlados, imaginando que su caudalosa corriente les embarazaria los pasos; pero los nuestros, capitaneándoles mas con su ejemplo que con el mando el señor gobernador, valiéronse de los troncos secos que habia en la orilla del rio, y rompieron sin peligro la muralla que se habian formado con las ondas: asombrados los indios de la osadía y felicidad de nuestros soldados, unos se dieron á la discrecion y piedad del general, y otros

á la fuga, aunque no tardaron en reducirse casi todos: con éstos, con los que sacaron de Tonalisco y con los Coras que cogió el capitan D. Luis de Aumada, se formaron dos pueblos, uno de Coras y otro de Tecualmes, mediando solo entre los dos el caudaloso rio de San Pedro. Al primero se le dió el nombre de San Juan Bautista; al segundo el del glorioso Príncipe de los Apóstoles, por haberse finalizado en su dia la conquista, de cuya conclusion avisó luego el gobernador al señor Virey, quien no solo le dió las gracias, sino el título de coronel de infantería española, con el sueldo que perciben de Su Majestad en este Reino los que tienen este grado,

No quedaba ya ranchería que, ó voluntariamente ó por fuerza no hubiese sujetado al yugo de la obediencia su rebelde cuello; mas en casi todas faltaban muchos que se mantenian, ó temerosos ú obstinados en los barrancos con algunos principales, siendo los mas cèlebres el "Nopale," el "Mesquite" y el "Tamatini," á quien le dió este nombre el concepto de sábio, en que le tenian estos pobres ignorantes. Por último, se rindieron todos con la industria y celo infatigable de los misioneros, á quienes sin duda se debe el título glorioso de verdaderos conquistadores de este Reino, aunque sin el estruendo y aparato militar, jugando solas las armas del cariño y de su apostólico celo, con que ganándoles las voluntades, les sacaban sin violencia de sus escondrijos á vivir como racionales, sin otra fuerza que la que hacen á la razon, aunque de un bárbaro, la bondad de la vida, la suavidad de un sincero

amor, el agrado, la mansedumbre y la liberalidad no pocas veces tan costosas, que por socorrer á los necesitados Nayeres con el escaso alimento que para sí tenian, se vieron algunos á riesgo de perecer á los lentos rigores de la necesidad.

Desde los pueblos de San Juan y de San Pedro pasó el gobernador al de San Ignacio de Guainamota, para acabarle de formar y para reducir algunos indios cercanos á aquel paraje. Perseveraban aun rebeldes y obstinados, gobernados por una india apóstata llamada *Juana Burro*, que hacia años que vivia en esta serranía y tenia por marido á un indio gentil Nayerita. Esta tuvo tal osadía, que aun despues de ganada la Mesa, envió á desafiar á los españoles, asegurándoles que ni ella ni los suyos mudarian de alojamiento, para que, sabiendo el sitio, les hallasen fácilmente, siempre que gustasen medir sus armas con las de aquella su valiente tropa. Celebróse con risa la embajada; y sin duda se le hubiera dado luego el asalto, si la inconstancia mujeril no le hubiera aconsejado mudar dictámen, huyendo el peligro que ya recelaba y pensaba excusar en el barranco que eligió para resguardo de su persona, sin cuidar de los demas, que al ver tan llena de temores á las que les alentaba, se dividieron buscando cada uno donde asegurarse.

No pudo adquirirse noticia del paraje en que se hallaba esta india, hasta que la descubrió una contingencia que ya refiero. Salió del Presidio de Guainamota, aunque á otro intento, el sargento Francisco Flores y una escuadra de soldados; advirtió, por haberse extraviado á otra importante diligen-

cia, que un indio, recatándose de su vista, procuró ocultarse entre la maleza: llamó á su tropa, y con el cerco que le pusieron le sacaron, y sin otro apremio que preguntarle el paraje en que vivia, lo confesó, guiándoles hasta la ranchería donde con otros muchos hallaron á la belicosa Juana: y aunque eran superiores en número, se entregaron luego sin resistencia, rindiendo las armas: fué la india la primera que movió á los demas, y habiéndoles llevado al pueblo y bautizádose á su tiempo el marido, se casaron *in facie Ecclesiæ*. Al principio se mostró muy afecta al misionero y á los militares; mas pasados algunos años, se conoció lo radicado que tenia las astucias de su terco natural, muriendo, por último, fugitiva, donde no sé si lograria confesar sus contiguas grandes maldades.

Compuesto ya el pueblo de Guainamota y fundado el de Nuestra Señora del Rosario en Tacualoyan, repitió el viaje á su hacienda el gobernador con el sentimiento de que hubiesen quedado infructuosas sus diligencias, por no haber cogido con tantas al "Tamatini," de quien se temia que con sus engaños mantendria obstinados á los muchos que aun repugnaban rendir el cuello al suave yugo de la ley. Y aunque no hubo indio que quisiese descubrir el paraje en que se hallaba, por fin se llegó á saber que estaba como bárbaro en una cueva echado sobre muchos huevos de gallina, fomentándoles con el calor natural de su cuerpo, para que, como persuadia néciamente á los suyos, saliesen soldados valientes que ayudasen á los Nayeres. Por último, pasados algunos meses, viendo todos que su prome-

sa habia parado en humo, desengañados le desampararon. Al mirarse el ignorante indio ya sin crédito y sin séquito, determinó, como lo hizo, irse á vivir al pueblo de Santa Gertrudis: mas estuvo siempre tan obstinado en su idolatría, que Dios, para castigar su rebeldía, le envió una fiebre mortal, sin saberlo el padre misionero; por haberle acometido aquella enfermedad en un barranco á que se habia retirado y donde murió desgraciadamente en su antigua infidelidad, despues de haber acalorado la sublevecion que con mucha repugnancia trasladará al papel la pluma, dejando no poco en el silencio, para no mancharle con los borrones que afearian esta Historia.



CAPITULO XXIV

Sublévanse cuatro pueblos, y débese á la constancia de los misioneros que se mantenga sosegado el resto del Nayar.

Comenzó á florecer la cristiandad en los Nayeres por la incansable aplicacion y eficacia de los misioneros, y á corresponder tan copioso fruto á sus sudores, que parecian todas las poblaciones de esta Provincia como una de cristianos ya antiguos, experimentándose tan grande sosiego y quietud en los indios, que no solo caminaban ya por toda la serranía sin escolta de soldados, sino que sus armas ya se consideraban casi ociosas, y se juzgaba, con razon, que ya solo se habia de tratar de fabricar

rejas que ayudasen á sembrar un campo que prometia de todos modos muy abundantes cosechas, y mas con la ayuda de otros tres obreros evangélicos que vinieron de nuevo, y fueron los padres Urbano de Covarrubias, á quien envió el padre visitador Arias al pueblo de Santa Gertrudis, Cristóbal Lauria, que como veremos despues, se destinó para misionero castrense, y el padre rector Manuel Fernandez, que fué misionero del pueblo de Santa Rosa. Estando el Nayar tan sosegado, comenzó el demonio enfurecido de ver tantas almas arrancadas de sus uñas, y que por instantes se le quitaba un Reino tan antiguamente poseido, á revolver los ánimos de los que hasta entónces habian sido suyos.

A fines del año veintitres, volvió de su casa á esta Provincia el gobernador, y luego procuró el infernal enemigo sacarle otra vez, para que, llevando consigo la mayor parte de los soldados, se facilitase el paso á la osadía, que maquinaba. El motivo que obligó á salir luego al jefe de esta Provincia, fué un rumor falso de que se habian visto indios Tobosos en las fronteras de este Reino. Y aunque los que habian vivido en la Vizcaya y sabian la distancia que hay de las tierras de estos feroces bárbaros al Nayar, nunca dieron ascenso y procuraron desvanecer los recelos de aquel prudente vigilante caballero, con todo temiendo el daño que podian causar si ponian el pié dentro de esta Sierra; estuvo firme en su dictámen, y resolvió impedirles la entrada. Salió, y despues de haber caminado muchas leguas, volvió á esta Provincia desengañado del todo. Pero los Nayeres se habian ya tan entregado

al engaño de ser cierto que los Tobosos venian á socorrerles, que no pudo desengañarles la vuelta de nuestras escuadras, para reconocer por falsa la noticia. Los instrumentos de que el demonio se valió, las otras causas que concurrieron, y los motivos que influyeron á la conjuracion, es preciso callarles; porque temo que la pluma al referirles, convierta en borrones las letras, con sonrojo de la modestia. Los efectos fueron trágicos y tan lastimosos, que todavía saca lágrimas del corazon su recuerdo.

El dia primero de Enero del año veinticuatro, acudió al pueblo de la Santísima Trinidad al Santo Sacrificio de la Misa, tan numeroso concurso de Nayeres, que hubiera puesto en cuidado, si no se hubiese atribuido así á la solemnidad de aquella fiesta, como á la natural curiosidad de los indios en ver al gobernador que se hallaba en el Presidio. Y aunque todo aquel dia se advirtió que hacian contínuas juntas, no se ofreció el menor recelo, hasta que el siguiente despues de haber desamparado el pueblo, comenzó la reflexion á hacer tardas inútiles combinaciones. Aquella misma noche, sin sentirlo los centinelas, se retiraron todos los indios con tan cauteloso silencio, que ni se reconoció la ausencia, hasta que la luz del dia hizo conocer que estaban solos los soldados en el Presidio, y en el pueblo únicamente el padre Juan Tellez y el padre Urbano de Covarrubias, que habia venido de Santa Gertrudis á tratar con el gobernador algunos puntos que pedian pronta providencia, habiendo dejado aquel pueblo y el de Santa Teresa tan quietos, tan gustosos

y asistentes á la doctrina, que nunca ménos se podia sospechar que les pudiera inquietar el ejemplo ni las persuasiones de los Meseños; y aunque para mas asegurarlo, quiso restituirse á sus dos pueblos, con que á lo que parece se hubieran mantenido sosegados, no convino el gobernador, por mas que se lo rogó, por temer, sin duda alguna, alevosía en tan críticas circunstancias.

Mas resolvió seguir, aunque no á larga distancia á los de la Mesa, y pasó con el capitan D. Alonso de Reyna y competente número de soldados al Cangrejo, donde por los frescos vestigios se conoció que acababan de retirarse, y que no estaba aun determinada la sublevacion para aquel dia, estimulándoles para apresurarla el recuerdo de vejaciones no tolerables á su corto sufrimiento, que las habia padecido. La memoria de los bienes que habian perdido, y el especial aborrecimiento y temor con que miraban á algunos que mandaban, todo les espoleaba á sacudir el yugo que experimentaban tan pesado. Hallándose nuestra tropa sin la presa que buscaba, y conociendo inútil el procurar el alcance, determinó volverse al Presidio, habiendo ántes aquel dia despachado al capitan D. Alonso Reyna con una escuadra de soldados al de San Salvador el Verde, recelando de que no quisiesen aquellos indios seguir el partido de los de la Mesa. Llevó órden el capitan de reconocer los ánimos de aquellos Nayeres, y en caso que se hubiesen retirado, de traer á la Mesa las sagradas imágenes, ornamentos, los víveres que hubiese en el Presidio, y á los presidiarios con sus familias.

Llegó el capitan el dia 3 de Enero al pueblo de Santa Gertrudis, y le halló desrmparado, sin que hubiese mas que cuatro indios que estaban presos en el Presidio, tres de los conjurados, que anduvieron mas lerdos en retirarse, y uno ya cristiano llamado Lorenzo, que encontraron no solo quieto, sino dormido en la casa del padre, que tenia á su cuidado, y ahora por mal fundadas sospechas le aprisionaron. Tambien estaba refugiado el cuñado de D. Domingo de Luna, que se llamaba Hormiga, y despues en su bautismo tomó el nombre de Felipe. Habiendo escapado este fiel indio dichosamente del furor de los de Santa Teresa, trajo la funesta noticia de haberle quitado cruelmente la vida á su cuñado D. Domingo, de cuyas buenas prendas dejo ya hecha relacion en el capitulo XVI. Pocos dias ántes habia venido de su pueblo á verse con el gobernador, y darle noticia de la mala disposicion que habia advertido en los suyos, de los recelos y desconfianza con que vivia allí, y que estaba persuadido que le habian de quitar la vida: pidió escolta de algunos soldados; mas juzgando que daba mas cuerpo que el que debia á sus sospechas, se le negó lo que pretendia, ordenándole precisamente que desde Santa Gertrudis enviase por su familia, para conducirla á la Mesa.

Volvióse D. Domingo, y al llegar á este pueblo, aunque para él eran ya evidencias las que poco ántes fueron sospechas, no habiendo encontrado persona á quien poder fiar la extraccion de su familia, olvidado del propio riesgo, resolvió pasar él mismo; y la noche del dia 2 de Enero le cercaron

en su casa casi cien hombres; su hermano Estéban, asaltado del susto, se rindió á los contrarios; y su cuñado Felipe, no acertando á encontrar sus armas, echò mano á un leño encendido que ardia en el fogon, y penetró por medio de los enemigos, que sorprendidos de aquel nuevo modo de pelear, le abrieron paso, sin acordarse de ofenderle, escapando así felizmente de sus sangrientas manos. Quedó solo D. Domingo; y aunque se defendió largo espacio, postrando muerto á sus piés al capitan de los amotinados, que era un indio muy valiente, y se llamaba Cortéz, su misma desesperada resistencia enfureció mas á los rebeldes: acometiéronle temerarios, y su valor les hizo retirar varias veces; mas como eran tantos los contrarios, murió por fin despedazado á sus rabiosas crueles manos el indio mejor que tenia el Gran Nayar. Fué general el sentimiento en todos los españoles, que le amaban tiernamente, y mayor en los padres que le habian tratado y conocido mas de cerca sus generosas cristianas prendas.

Vióse el capitan con esta noticia, y con el retiro de los del pueblo de Santa Gertrudis, obligado á ejecutar la órden que le dió el gobernador, de trasportar á la Mesa las alhajas de la iglesia, los víveres y soldados. El dia 5 de Enero salió del Presidio á la madrugada, para el de la Santísima Trinidad; tan confiado, que llegó casi á ser desprecio el temor que debia haber tenido del peligro. Esta imaginada seguridad, y el haber de atender á treinta y seis mulas cargadas que llevaba y á las mujeres de los soldados, dió ocasion á que no marcha-

sen ordenados. Adelantáronse tres ó cuatro, y al llegar á una estrechura que no permitia mas que una vereda, les obligó á caminar uno tras otro: estaban en este sitio emboscados mas de doscientos indios, y ya impacientes de la lentitud con que los otros caminaban; retardáronles el cogerles todos juntos, comenzaron á disparar flechas, sin dar contra su estilo el alarido.

Al primero, que era un soldado llamado Nicolás Gutierrez, le derribaron muerto del caballo, y al que le seguia inmediato, le hirieron tan mortalmente, que llegó despues á las últimas agonías, y entónces le embargaron tan del todo el movimiento, que no pudo echar mano á las armas; pero el tercero, que era un criado del capitan, al ver tanto aguacero de flechas, aunque no descubria á indio alguno, disparó la escopeta al aire: con el tiro y con los gritos que daba, se les entró á los otros por los oídos el peligro que tanto habian despreciado. Y aunque era improviso el asalto, abandonando las cargas y dejando competente guardia á las mujeres, que con sus extremos y lágrimas aumentaban la confusion, acudieron los demas con tal presteza, que impidieron el que acabaran de matar al soldado herido, y escogiendo el puesto ménos incómodo, comenzaron á jugar las armas y ofender á los enemigos, que ya se dejaban ver, aunque resguardados de las peñas y de los pinos. Duró grande rato el combate; y aunque hirieron á otros siete de los nuestros, acertaron éstos tantos tiros, que advirtiéndolo los contrarios y viendo que habia ya en los suyos no pocos heridos y tres ó cuatro muertos, se acobardaron, y ocu-

pados del temor, se pusieron en fuga, aunque no muy acelerada, porque repararon las dificultades que ofrecia el puesto, para seguirles el alcance.

A los tres indios conjurados que se habian aprisionado, y al inocente Lorenzo que estaba tambien, aunque injustamente preso, les traian en collera á cuidado de un soldado llamado Vicente Serrano, hermano del que hoy con tanta gloria de ambas Majestades gobierna esta Provincia; mas inadvertidamente ató la punta del cabestro con que venian atados los prisioneros á la del que traía su caballo: estos al tiempo del combate, se retiraron desesperados al barranco, llevándose consigo al inocente Lorenzo, al caballo y al caballero, si no se hubiera acordado de un alfange que acaso encontró en uno de los jacales de los indios fugitivos, y que entónces tenia en la cinta: metió mano á él, cortó el cabestro y dieron á rodar los prisioneros; mas el buen Lorenzo se libró de la ruina que le amenazaba, invocando siempre á Nuestra Señora de los Dolores, cuya imágen devotísima llevaba consigo, y habiéndola dejado oculta en una cueva, despues con su aviso se halló sin señal de que se hubiese atrevido á ultrajarla la bárbara crueldad de los gentiles: luego que se apartó de los otros, trató de retirarse á uno de los pueblos cristianos, aunque Dios, para mas acrisolarle, permitió que le sucediese la nueva desgracia que despues diré.

Las cargas corrieron riesgo; porque aunque algunas mulas se adelantaron á las otras, les cortaron los indios los piés, y apoderándose del todo, profanaron los sagrados ornamentos, exceptuando la Ara,

que traía el criado del capitan; y se notó como singular maravilla, que habiéndole cubierto de flechas, al retirarse, cuando dió con el tiro el aviso, quedaron todas pendientes de la ropa, sin que ninguna le hiriese, ni superficialmente. En los otros pueblos del Rosario y Santa Teresa, quemaron las iglesias, despedazaron las cruces é hicieron menudos pedazos los ornamentos sagrados, sin reservar mas que las vinajeras de plata, la patena y el cáliz, cuyo lábio dividieron con un alfanjazo.

Grande fuè la confusion en que pusieron al gobernador estas noticias: luego que llegò el capitan D. Alfonso Reyna á la Mesa, por suponerse como se escribió, que era general la sublevacion, se tuvo consejo de guerra; y aunque hubo quien era de dictámen de seguir á los indios, ántes que tuvieran tiempo de retirarse fuera del Reino, todos los demás se le opusieron; porque la escasez de municiones, hacia impracticable el alcance: determinóse despachar, como se ejecutò, correos á las fronteras, pidiendo socorro: vino pronto del Real de Chalchihuites, de Acaponeta, y Sentieapique de donde llegó en breve capitaneando su gente el alcalde mayor D. José Enriquez.

Acudieron tambien los indios amigos. A Zacatecas se escribió asimismo, solicitando pòlvora, y balas, y remitiend cartas para su Excelencia con el aviso de aquel nuevo peligroso accidente. Al mismo tiempo se avisó á los padres misioneros, que abandonando los pueblos, pasasen á la Mesa, para asegurar sus vidas; pero los padres que tenian bien conocidas sus ovejas, y habian bien penetrado los motivos, y el orìgen de la sedicion, se mantuvieron

constantes, respondiendo agradecidos, que sus pueblos estaban quietos y sosegados; que no habiéndoles los indios desamparado, pareciera monstruosidad, que los pastores abandonaran su grey; y que estaban muy persuadidos, que habiendo tenido gran parte en el movimiento de los sublevados el temor se inquietarian aun los sosegados, faltándoles el abrigo del misionero. El acierto de la determinacion le mostró el efecto; porque como notaron todos, solo se levantaron los pueblos, de donde estaba el padre ausente, por haber bajado, como ya dije, á verse con el gobernador; y se conservaron quietos los que tenian á su ministro, á excepcion del de la Mesa, donde prevaleció á la presencia del que lo era el temor, que les causaba, la del gobernador, y de los soldados, que allí habia.

Luego que llegaron las tropas auxiliares á la Mesa, hicieron una breve mision los padres Urbano de Covarrubias, José Bautista López y Cristóbal Lauria, que habia de ir por misionero Castrense con nuestro ejército. Depues salió el señor gobernador el dia 15 de Enero con quinientos soldados; los ciento veinte escopeteros, y los trescientos ochenta de arco y flecha. De paso vieron y lloraron el estrago que en los pueblos ejecutaron los sublevados; el padre dió sepultura al soldado, cuya cabeza se habian llevado los indios enemigos, y al cuerpo de D. Domingo de Luna. Y habiendo observado por las huellas que iban los Nayeres camino de la Nueva Vizcaya, aunque los mas se habian retirado á dos escondrijos, llamado el uno el Hoyo, y el otro la Cárcel, se siguió aquel, hallando rastro fresco de los fugitivos,

alcanzarónles en breve; y con muerte de tres ó cuatro de ellos, cogieron á los demas, que llevaban sus bienes y familias con ánimo de vivir en uno de los pueblos de la Vizcaya.

A estos y á otros que habian aprehendido las escuadras de Chalchihuites dejó en el pueblo de San Francisco de Ocotan con suficiente escolta, pero con cabo, que no era para el mando, por ser un soldado gregario, que se habia dado bien á conocer sus viles y nada ajustados procederes. El gobernador pasó con número considerable de soldados á Durango, en donde por varios accidentes, que sobrevinieron, se detuvo tanto tiempo, que cuando se restituyó á la Mesa dia 7 de Marzo, estaba casi del todo apagado el fuego de la sedicion; porque luego comenzaron á darse los sublevados, faltándoles el objeto de su ira, y viendo por la experiencia, cuán favorecidos estaban los otros á la sombra de los padres misioneros, envidiavan su suerte, y la conseguian, por repetir los padres las diligencias para sacarles de los barrancos, prometiéndoles el perdon: para asegurarle del todo, precabiendo las indiscreciones que suele pretextar la autoridad enfurecida, tenian con anticipacion interpuesta súplica á este fin al Excelentísimo señor Marqués de Casa Fuerte; mas entretanto confiaban, que los cabos, ó por los respetos debidos á los intercesores, ó por temor de su gobernador, atenderian y aun agazajarian á los que se fueran dando con el pasaporte del misionero.

Pero quiso la desgracia que los indios que por mano de los padres volvian á sujetarse al yugo de la obediencia, por no haber llegado aún el despacho

del señor Virey, para que fuesen tratados con toda benignidad, y no padeciesen de los nuestros injustas vejaciones, como despues se recibió, se ejecutaran en ellos hechos muy indignos y experimentaran tales agravios, que fué necesaria toda la paciencia para no prorumpir en los excesos, á que suele obligar la sinrazon, y la osadía. Ocasionó estas monstruosidades la confusion, que era preciso seguirse á la de no haber, ni gobernador ni teniente suyo, á quien recurrir, y que presidiese como cabeza á todo el cuerpo, quedando tantas en la Provincia, que en cada presidio habia una. Por esta causa se vió mas de una vez ejecutar en los que se entregaban tales excesos, que ni les reservaban las vidas.

Bien se vió así en nuestro indio Lorenzo, de quien ya hablamos poco há; apartado de los Nayeres, con quienes injustamente iba atado como reo, siendo en realidad inocente, experimentó el patrocinio de Nuestra Señora de los Dolores en muchos casi continuados peligros. Despues de haberse determinado vivir en pueblo de cristianos, cuando ya lo ejecutaba, tropezó en otro riesgo; porque andando en campaña una escuadra de soldados, que mandaba aquel cabo, que el gobernador dejó en San Francisco de Ocotán, y que se hizo con sus operaciones indignas muy memorable, le cogieron y sin que le valieran las razones que alegaba, mandó aquel jefe ahorcarle de un árbol: ejecutóse así; y cuando les parecia, que ya estaba muerto, dejaron caer en tierra el cuerpo, que no se dudaba, que era ya cadáver; mas habiendo pasado algun tiempo, recobró repentinamente los sentidos; y aunque el que mandaba, indignado,

quiso que lo volvieran á colgar, no faltaron compasivos que le persuadieron, que se contentara con llevarle preso con otros Nayeritas, que habian aprisionado. Lo cierto es, que los naturales de esta Provincia, desde que salió el gobernador, estaban ya tan trocados, que casi eran ociosas las armas; porque los de Santa Teresa, sin que les moviese insinuacion ágena, fabricaron de nuevo iglesia, y los de Santa Gertrudis aunque en otro parage, donde se congregaron, erigieron una hermosa Cruz de madera exquisita y labrada con esmero y proligidad: demostraciones, que causaron grande consuelo en todos, viendo los indios tan rendidos, la sedicion tan apagada y vuelto el Reino al feliz estado en que se halaba.

CAPITULO XXV.

Descríbese el felicísimo estado en que hoy se halla esta reduccion, apoyada con las deposiciones y páreceres de personas de grave autoridad, que le han visto con sus ojos.

No es creible la extraordinaria mudanza, y conversion de los Nayeres; porque sin las lentitudes, que suele la naturaleza, ó por la resistencia de los accidentes, ó por la indisposicion de la materia en sus mutaciones y conversiones, obró el poder de la Divina gracia con tanta celeridad, que aunque no se habien cumplido tres años todavía, despues que entró en este reino el Evangelio, ya los Nayeres, que ántes eran una desordenada multitud de fieras divididas por los barrancos, y grutas de estas monta-

ñas, se veían congregados en once pueblos, que se formaron. No fué pequeño triunfo el haberles reducido á que dejasen sus madrigueras, donde por haber tenido sus cunas habia echado profundas raíces el amor; y aun mayor admiracion causaba, verles no solo gustosos, pero tan sujetos en sus pueblos, que ninguno salia de ellos sin expresa licencia de sus misioneros, señalando hasta el dia, en que habia de durar su ausencia. Acudian todos á la iglesia á la doctrina, misa y rosario con tal puntualidad y devocion, que solian hacer derramar no pocas lágrimas de consuelo á sus ministros. Y si algunos se mantenian en sus rancherías, despues que volvió el gobernador, era porque prevalecia en su timidez el horror que les causaba su persona, al amor que en los padres experimentaban.

Por este tiempo al principio del año de 25, el brigadier D. Pedro Rivera, visitador general de los presidios, que su Majestad mantiene en estos reinos, entró á esta Provincia en prosecucion de su empleo: halló á los indios muy sosegados y obedientes á sus misioneros y justicias de sus pueblos; y reconociò con no poca ternura de su grande piedad, que á mas de los párvulos, se habian ya bautizado los mas de los adultos, que el "Tonati" deseoso de lograr ya las saludables aguas del bautismo, no solo le pedia con instancia, sino que quiso, que aquel mismo noble devoto caballero le apadrinase, como lo hizo, manifestando en la funcion las bizarrías de su tan cristiana generosa liberalidad. Despues de una cuerda exacta averiguacion de las pasadas inquietudes con aquella gran comprension de que el cielo dotó, pe-

netró las causas, que producian tan ruidosos efectos, y notó algunos desórdenes que de industria se callan, y que tenian á los indios retirados de sus pueblcs. Discurriendo, que huitados de la vista estos estorbos, los misioneros acabarian de perfeccionar la reduccion, dispuso las cosas de tal suerte, que reformando cincuenta plazas, por parecerle ociosas, con la mayor prudencia que pudo, consiguió que el gobernador y los dos capitanes antiguos recurriesen á México por su reforma; y dejando solas dos compañías, una de treinta hombres, que de allí á poco tiempo se redujo á veinte, al mando de D. José Carranza y Guzman, con título de comandante de la Provincia, y otra de veinte al de su capitan subalterno D. Alvaro Sanchez Serrada, salió de la Provincia muy gustoso de ver estas fieras ya tan domesticadas á esfuerzos de sus Ministros, haciéndose lenguas en sus alabanzas, por haber cogido en este campo, que poco ántes fué un herial, tan copioso fruto, sin otro riesgo, que el de sus sudores.

Bien se echó de ver lo acertado de estas providencias; porque luego que los indios vieron fuera de sus países al gobernador y capitanes, desamparando sus barrancos, los que vivian retirados, se fueron á los pueblos atraidos de los suaves silbidos de sus pastores, que no cesaban de apacentar á sus ovejas en bien espiritual de sus almas, consiguiendo de ellos en breve tiempo que dejaran, aun los que no se habian bautizado, las muchas mujeres que tenian, reservando solo la que el gusto les aconsejaba; y que las embriagueces se corrigieran, ni se cometiera en ellas alguno de aquellos insultos que

les eran ya ordinarios, y que hasta hoy lloran ellos mismos. Recabaron á impulsos de su celo y con las suaves industrias que les sugeria su prudencia, que se destruyeran cuantos Adoratorios se habian descubierto. Y aunque la ceguedad de los mas antiguos idólatras, atemorizados de las amenazas de sus Tecuas, cuyos écos aun resonaban en sus oídos, fué causa de que no quedara desde entónces destruida la idolatría; pero esto se consiguió despues, que á los seis años y meses de ganada la Mesa, entró á ilustrar esta Provincia el Ilustrísimo Sr. D. Nicolás Gómez de Cervantes, catedrático jubilado de decreto en la Real Universidad de México, y obispo dignísimo de Guadalajara, á cuyo cuidado pastoral pertenecia este Reino, y cuyas indios deben vivirle eternamente agradecidos; porque á mas de las crecidas limosnas con que socorrió su pobreza, emprendió por ellos el peligroso viaje á esta serranía, sin que le arredrara lo precipitado de sus caminos.

Habiendo entrado, le conducian en silla de manos los mismos naturales, por la destreza con que trasiegan las laderas y barrancos, pagándoles largamente su trabajo cada dia: mas con todo, en los muchos precipicios que se ofrecian, ya que no les habia quitado lo horroroso la composicion de caminos que se previno ántes, era necesario asegurar la silla con sogas largas que tiraban desde la cumbre otros, para que en caso de perder pié alguno de los dos cargadores, que solo sufria la estrechez del paso, se evitara la desgracia que se temia. Llegado á la primera mision de Guainamota, se le convirtieron todos los sinsabores en dulzuras, viendo tan domes-

ticados á los Nayeres y tan adelantados en todos los Ritos de nuestra sagrada religion. Allí confirmó á casi todos, por haberse ya bautizado, y pasando á la de Jesus, María y José, ejercitando el mismo ministerio, le sucedió lo que ya refiero, para gloria de Dios y lustre de los que ántes que yo, enseñaron á estos indios.

Uno de estos dias que ocupó su Ilustrísima en confirmar á los indios, pidió ántes de las sagradas ceremonias á una india, que se llegaba á recibir este Sacramento, que le dijera una de las oraciones que le señaló, y me rogó la india, por estar yo allí inmediato, cómo la habia de rezar, si en idioma cora ó en castellano. Me preguntó su Ilustrísima qué era lo que decia la india. Informado por mí, le dijo que lo rezara en castellano, lo que hizo prontamente, y despues se le mandó que la dijera en cora; y aunque aquel celoso prelado no la entendia, la devocion con que la india la rezó, le llenó de tanto gusto, que le rebosaba en el semblante. Despues de haber acabado en la iglesia, luego que se restituyó á la sala de su descanso, me mandó llamar, y me dijo: "Ah, padre mio! Dios sabe el consuelo que ha tenido mi corazon, viendo á estos indios mas alentados en la Fé, aun no teniendo siete años de conversion, que muchos pueblos cristianos con casi doscientos años de reducidos! Sucedióme (prosiguió su Ilustrísima) preguntarle á uno de estos cristianos antiguos, que habia llegado á confirmarse, que me dijera el Credo, y no pudiendo atar ni desatar, mandé al fiscal ó maestro del pueblo, que cuidaba de la doctrina, que le dijera á aquel indio que re-

zara el Credo, y reconviniéndole de no haberme obedecido, le dijo: pues que, no sabes el "Toncio Pilato?"

No quiere vuestra reverencia (concluyó aquel dignísimo obispo) que me admire de ver tan trocadas las suertes? Y me encargó que imprimiese á expensas suyas las oraciones, doctrina, el Confesonario y Vocabulario en idioma Cora, como se hizo al año de haber entrado su señoría, que continuó visitando todas las misiones, y despues ya restituido á su palacio, escribió al padre Juan Antonio de Oviedo, que era de esta Provincia de Nueva España, una carta, en que á mas de manifestar el afecto con que veneraba á su persona, y el especial con que apreciaba á nuestra compañía, le dice así: "Cuando estuve en la visita del Nayerit, me fué de mucho gusto el ver que en tan poco tiempo habian reducido á pueblos los padres misioneros á casi todos los indios de aquella Provincia: cosa que sabe vuestra reverencia, no pudo conseguirse en muchísimos años en la Nueva España; y que en todos tenian sus iglesias en la forma que permite la cortedad de aquellas misiones, y algunas bastantemente capaces, y ahora me escribe el padre José de Ortega, que habia hecho otra en la mision de Jesus, María y José, y que habia quedado muy buena: solo me habia causado desconsuelo el que se les enseñara la doctrina cristiana en la lengua castellana, conociendo que siendo muy raros los que la entienden, se malograba el trabajo; pero el padre José de Ortega me ofreció que muy en breve se pondria en la lengua Cora, y me la enviaria para que la hiciese impri-

mir, cómo lo ejecuté con gran gusto, para que se perpetúe el fruto de su buen celo. Dios guarde á vuestra reverencia, etc."

Hasta aquí el Ilustrísimo Sr. Cervantes, de cuyas expresiones bien se puede conocer el concepto que formó de esta reduccion y del adelantamiento de sus neófitos. Y qué dijera si entrara ahora, cuando está tan fervorosa y bien arraigada esta cristiandad, que no tiene que envidiarle á las mas antiguas en costumbres, fidelidad y religion? Pues lo que no se habia conseguido cuando entró aquel tan insigne prelado, se logró luego que salió con los sudores y fatigas apostólicas de los misioneros. Temian aquellos infatigables obreros de la viña del Señor, que aunque sus indios estaban tan rendidos y asistentes á todas las casas de devocion, pudiera haber, especialmente entre los viejos, en quienes tenia echadas mas hondas sus raíces la idolatría, alguno ó algunos Adoratorios donde todavía el demonio les engañase.

Para averiguarlo todo, se hacian linces para observar si se descubria alguna luz de estas infernales sombras, predicando contínuamente contra la idolatría, é inquiriendo de los que conocian mas fieles, por si acaso supiesen algo en esta materia tan importante; y finalmente, quiso Dios que uno muy ejemplar devoto cristiano, descubrió al padre Urbano de Covarrubias el puesto donde luego que la sacaron de su Adoratorio que tenia en la Mesa, le habian erigido templo á la piedra sol. Con esta noticia, se dió órden que se redujese á cenizas, y fueron tan vivas y penetrantes aquellas llamas, que es-

te incendio bastó para que luego consecutivamente alumbrados los Nayeres, manifestaran voluntariamente, no solo el templo famoso de la Diosa Madre, sino todos aquellos que habia y tenian escondidos en los barrancos, siendo tantos, que solo los de uno de mis pueblos me manifestaron veintitres, en que sus mayores les habian como hipotecado su eterna infelicidad. Todos les redujeron los padres á cenizas, sepultando en ellas los Nayeres tan del todo sus antiguos errores, que por la misericordia de Dios les tienen ya olvidados enteramente.

Restaba aún el mas cruel enemigo, raíz de todos los desórdenes en los indios, que es la embriaguez, y aunque estaban ya tan moderados sus excesos, pero no tanto que dejaran de sentirse los malos efectos de tan feo arraigado vicio; pues comenzando muchas veces por un cortesano bríndis, remataba en que generalmente todos se emborrachaban. Emprendió la guerra uno de los padres contra tan abominable desórden, y la continuó tan de recio, que llegó aun á desterrar de sus pueblos el vino, de tal suerte, que ni habia ya quien le hiciera, ni se veia alguno que diera muestras de probarle. La resolucion de este misionero, y la facilidad con que desterró de sus pueblos este vicio, ocasionó que todos los padres compañeros se empeñaran en destruirle tambien en sus partidos, lo que quiso Dios se consiguiese con tal felicidad, que há mas de ocho años que no solo no se encuentra alguno en quien se vea la menor señal, pero ni se halla vino, ni ha habido quien le haga. Y para mas afianzar esta empresa, lograron del comandante de

esta Provincia un auto en que con graves penas prohibe el que se haga vino, ó se entre á vender en esta serranía de los pueblos fronterizos, cuyos malos ejemplos están tan lejos de seguir los Nayeres, que así éstos como los de su idolatría, les calumnian de manera que se admiran no se les ponga algun freno que les contenga.

Vencidos estos dos enemigos, les fué ya á los padres muy fácil el imponer á los indios en el modo de vivir, que hoy se vé: todos saben las oraciones y doctrina; rezan en los mas pueblos todos los dias el Rosario, y aun advirtiéndoles los padres, al ver su contínua asistencia, que no hay obligacion de hacerlo, no por esto dejan de venir todos los que se hallan en el pueblo á rezarle en la iglesia á puestas del sol, que es la hora destinada á tan útil devocion. Todos los adultos confiesan y comulgan anualmente, y algunos con mas frecuencia entre año: todos los pueblos, á mas de la casa donde vive el padre, y algunas de Cabildo con arquería, tienen iglesias muy capaces; y algunas de bóveda con ornamentos ricos, custodias, sagrarios, lámparas y otras alhajas de plata, sin que les haya costado á los indios ni un solo medio real, deviéndose todo á la parsimonia, industria y celosa actividad de sus misioneros, que sin cuidar de estar sus vestidos muy andrajosos y de ser su alimento muy escaso, parece que solo tienen la mira en enriquecer lo que pertenece al culto divino y ornato de los templos. Finalmente, cuantos entran en esta Sierra, salen llenos de admiraciones, de lo que en tan poco tiempo ha obrado el omnipotente brazo de Dios, á quien en

cada período y en cada voz quisiera le rindiésemos todos muy afectuosas y reconocidas infinitas alabanzas y humildes ruegos, para que no permita que á esta Provincia del Gran Nayar, bañada con tanta luz, vuelvan á ocupar las opacas funestas sombras del error en su ciega idolatría.

LIBRO II.

De los principios, progresos y descaecimiento de la espiritual Conquista de la Provincia de Pimeria Alta por la muerte del P. Eusebio Francisco Kino.

CAPITULO I.

Extienden los de la Compañía su ardiente celo á la conversion de muchas naciones.

La Compañía de Jesus en su Provincia de la Nueva España, no solo apostólicamente afana en el Nayar, sino en todo este dilatadísimo Reino. A pocos años despues de haberse establecido en México, Metrópoli de la América Septentrional, aunque ocupaba entónces pocas ciudades y lugares, fué desde luego llamada y destinada á la conversion de muchas y diversas gentilidades á medida del deseo que tuvo impelida de su ardiente apostólico celo,

ya en su venida á este Nuevo Mundo de emplearse en tan sagrado Ministerio. Pidió algunos padres el gobernador de la Nueva Vizcaya, y llegaron el año 1590 á la Provincia, y principiada Villa de Sinaloa, en donde fijaron su asiento, y comenzaron á trabajar en la viña del Señor.

Dista esta poblacion de esta gran capital mas de 300 leguas entre Norte y Poniente. Está situada en la altura de 28 grados, y no muy lejos del mar ó brazo de California, que yace á su Poniente, teniendo hácia su Oriente la dilatada y asperísima Sierra Madre. Al presente es cabecera de una nueva gobernacion, sujeta á la Real Audiencia de Guadalajara, que desde Acaponeta, que está cerca del mar del Sur, se dilata por mas de 400 leguas de extension hasta perderse en las mas remotas gentilidades que aun quedan por conquistar. En lo espiritual pertenece al obispo de Durango en la Nueva Vizcaya: su temple es muy caliente, bastantemente fértil su terreno, ni ha carecido de varios ricos minerales, que han atraido á mucha gente española, que penetrando por su codicia lo mas impenetrable de la Sierra, ha descubierto muchas naciones, abriendo así el camino, no ménos al comercio que á la Fé de Jesucristo, y mostrando que son tolerables los climas mas ardientes de sus contornos.

Como en aquellos principios era preciso el recurso á la ciudad de Durango, en que residia el gobernador por Su Majestad, y para este efecto era inexcusable el tránsito, aunque dilatado, difícil y áspero de la Sierra Madre, en breve llegaron los primeros padres misioneros á descubrir, domesticar

y convertir muchas naciones por la parte de aquella serranía, que se llama de Topia y de San Andrés, en donde se formaron varias misiones, que al presente perseveran, aunque poco numerosas. En Sinaloa, que ahora es muy poblada con muchas estancias en toda su vecindad, no se contentaron los jesuitas con reducir á la Fé y asentar en grandes pueblos los muchos infieles que viven en las orillas y corriente del rio, que baña aquella populosa villa, y se intitula de su nombre, sino que penetrando por aquellos dilatados llanos, que á poco trecho declinan en playas del mar de California, convirtieron todos los indios que se hallaron en las riberas de los otros, llamados el Fuerte, el Mayo y el Yaqui; y subiendo por sus cercanías hácia la Sierra Madre, conquistaron tambien á Cristo varios pueblos que anidaban en el profundo de sus barrancos.

No satisfecho aún el ardiente celo de los misioneros con haber sujetado á la religion la fiera y numerosa nacion de los Yaquis, que no pocas veces habia espantado y tambien vencido el poder español, de que pocos años há se tuvo nueva y funesta experiencia, atrajeron tambien al yugo de Cristo varias otras enteras, que pasado el rio Yaqui habitan sus orillas ó las de otros que en él desembocan, hasta que en poco ménos de cincuenta años comenzaron la conversion de las del Valle de Sonora, siendo mas de tres mil almas las que en el trascurso de este tiempo sujetaron aquí gloriosamente á la ley evangélica.

Poco despues de haberse principiado la reduccion de Sinaloa y de sus adyacentes provincias, los pa-

dres del colegio de la ciudad de Durango, que es la capital del Reino de la Nueva Vizcaya, comenzaron á disponer la nacion. Tepeguana, aunque no es muy numerosa, se extendía mucho en tierras llanas y fértiles hácia el Norte. Redújose toda; mas despues en su rebelion quitaron la vida á ocho misioneros aquellos bárbaros, volviendo, sin embargo, con la celosa industria de otrós apostólicos jesuitas á su fé antigua, y abriendo así la puerta para que los indios de la Tauromara Baja la abrazasen. Extendióse el celo de los nuestros á las gentilidades que entre Norte y Oriente respecto de México se hallaban en el puesto que ahora se llama de Parras, y en los contornos que forma la laguna de ese mismo nombre. Lograron asimismo tan grande felicidad con los gloriosos afanes de los misioneros jesuitas muchos indios que poblaban sus serranías inmediatas. Todas estas conversiones refiere el padre Andrés Perez de Rivas en el tomo que escribió de las misiones de la Compañía de Jesus en la Nueva España, en donde largamente podrán reconocerse los trabajos y muertes ilustres de los apostólicos varones de esa ejemplar Provincia.

Mas la reduccion de los Parras tuvo infelices sucesos por su infame bárbara rebelion con que han causado hasta hoy casi infinitos estragos; con todo no por eso el celo de los nuestros dejó de compensar esta pérdida con otras nuevas conquistas; porque por los años de 1670 persuadieron á los indios Tauromares, que yacen á los piés de la Sierra Madre y confinan con el Real antiguo del Parral y con el nuevo de la Villa de San Felipe, llamado vulgar-

mente Chihuahuá, á que se agregasen al rebaño de Cristo, como se consiguió, formando muchas numerosas y lucidas misiones á que se añadieron varias otras, que en el centro de aquella misma Sierra se establecieron y tienen comunicacion inmediata con las que erigieron años ántes los padres de Sinaloa, sin que todo el largo y ancho distrito que ocupa aquella tan dilatada serranía de mas de doscientas leguas de largo y de setenta, ochenta y noventa de ancho, y en su casi increible aspereza en todas partes queden escondidos, si se exceptúan muy pocos que no haya penetrado y alumbrado el cuidado de los misioneros, y conservado hasta hoy en la Fé á costa de imponderables trabajos.

Año 1697, despues de haberse frustrado repetidas veces las diligencias y crecidísimos gastos con que en varias ocasiones, desde el principio de la conquista de la Nueva España se habia intentado, ya á costa de los Reyes católicos, ya á expensas de varios particulares la conversion de California, comenzó la Compañía la misma empresa, y contra todas las dificultades y ningunas esperanzas humanas pudo fijar el pié en aquella Península, y en poco mas de cincuenta años ha poblado con la Fé de Cristo las casi trescientas leguas que se cuentan desde el cabo de San Lúcas hasta mas adelante de la última mision de San Ignacio, con esperanzas no mal fundadas de continuar y adelantar en una y otra costa sus conquistas espirituales. Año 1721 fué tambien la misma Compañía destinada para la conversion del Nayerit, como largamente vimos en el libro primero de esta Historia.

Las reducciones comenzadas en el Valle de Sonora piden alguna mayor extension, y que pongamos ántes una corta descripcion de aquella tierra, que facilite la inteligencia de lo que se ha de referir. La Provincia que entre los jesuitas de la Nueva España se llama de Sonora, abarca un dilatado trecho, que corre desde el desemboque del rio Yaqui en el mar de California, de Poniente á Oriente hasta la Mision de Tecora, confinante con la Tauromara Alta, y dando vuelta por la Mision de Bezaraca, que cae hácia el Norte, vuelve á reconocer la mar de California por los Presidios de Fronteras ó Corodeguachi, y de Ternate con las Misiones de Suanca, Guebavi, Tubutama y Caborca; y desde estas playas, mirando hácia el Sur, remata en el desemboque del Yaqui. Comprende este tan extendido terreno algunas poblaciones de españoles con varios minerales en el Valle de Sonora, la Provincia de Ostimuri, las naciones Eudeve, Opata y la Pima con la de los Seres. Esta última yace y se exparce por todas las playas, que casi por noventa leguas corren desde aquel desemboque hasta las de Caborca. Es la única nacion que aún no se ha podido reducir á vivir en pueblos y policía; porque á mas de su natural barbaridad, carecen en gran manera de agua bastante para poder formar poblaciones y vivir de asiento en sus tierras, que siendo todas areniscas y playas estériles, les obligan á sustentarse de las pescas del mar, en que siempre se ocupan.

Se han bautizado ya muchos, y varias veces se ha intentado pasarles á tierras fructíferas, para poderles administrar; pero por razones poco subsisten-

tes les otorgó quien no debia, el que viviesen en las suyas, en que no es dable que puedan ser congregados ni enseñados. Todas las restantes naciones fueron sucesivamente en toda esta Provincia convertidas, y actualmente están encabezadas en poco ménos de treinta Misiones á cargo de la Compañía; y para visitarlas su superior, ha de hacer cerca de seiscientas leguas de camino. Dista el principio de esta Provincia de la Villa de Sinaloa casi cien leguas, y la última Mision de Caborca se halla en distancia de mas de doscientas de la otra Villa. La conversion de una nacion facilitaba la de la mas inmediata; aunque es verdad que no se lograron tan veloces en la Provincia de Sonora, como se admiraron las primeras de Sinaloa; porque siendo ya muchos los colegios que en toda la Nueva España se habian erigido, y muy numerosas las Misiones ya establecidas que debian conservarse, era difícil empresa proveerlas de nuevos sujetos, emprendiendo al mismo tiempo internarse mas en la tierra y agregar nuevas naciones á la fé católica.

Con todo, los misioneros á quienes tocaba la suerte de hallarse en las postreras reducciones que confinan con gentilidades, aspiraban á dilatar la religion y á atraer aquellos pobres infieles, que veían perecer en la ceguedad del gentilismo. Y les causaba mayor sentimiento, p•r ser dóciles, mansos, afectos y amigos no ménos de la nacion española que de la Fé de Jesucristo, que muchas veces por sí mismos con ánsias pedian. Siempre fué y será arcano propio inexcrutable de la Divina Providencia, que estas naciones infieles, cuyo término y remate

aún se ignora, aunque se hallen confinantes en tierra firme, no habiendo particular estorbo que impida ó dificulte su reduccion, ántes hallándose ya algunos de sus pueblos convertidos, y siendo de una misma lengua, con todo sean tan olvidadas sin el socorro ni la ayuda que se ha experimentado en otras conversiones. Para dar noticia al público de tan urgente necesidad á fin de solicitar el celo de quien pueda remediarla con favorables eficaces providencias para la salvacion de tantas almas, se pondrán en esta historia compendiadas las diligencias, esfuerzos y trabajos con que solicitaron los padres de aquella Provincia adelantar el conocimiento del Señor y de su ley evangélica por aquellas remotas dilatadas gentilidades.

Sobresalió entre tantos apostólicos varones el padre Eusebio Francisco Kino, que en el año de 1681 llegó en una mision á esta Nueva España. Habiáse criado este fervoroso jesuita en la Provincia de Baviera, y habiendo llegado con créditos de buen matemático, hizo no cortos servicios al Reino y á la religion, trabajando en calidad de cosmógrafo del Rey Nuestro Señor en la entrada, que por órden de Su Majestad se hizo en la California bajo el mando del almirante D. Isidro Ortundo y Antillon; y con ocasion de haberse visto navíos colsarios, que tramaban apresar la Nave de Filipinas, fué despachado entre otros á prevenir el riesgo inminente, como lo consiguió, por haber felizmente descubierto aquella Nao, que con la noticia se libertó de las garras enemigas. Señalaron los superiores á ese sabio apostólico sugeto á las últimas misiones de la Provincia

de Sonora: comenzó ayudado de otros fervorosos jesuitas á poblar todo aquel dilatado terreno, que desde la playa de Caborca se estiende hasta el Presidio de Ternate, y comunmente se apellida la Pimeria Alta á distincion de la Baja ó antigua, que comprenden los indios de la misma nacion Pima, y viven en varios puestos desde el desemboque del rio Yaqui con poca interpolacion hasta las misiones de Tecora, y Moris confinantes, como ya dijimos, con la Tauromara Alta.

CAPITULO II.

Breve noticia de la Provincia de Pimeria Alta, de su estension, clima y minerales.

La Pimeria Alta, centro de las empresas del padre Kino, tiene desde el mismo Presidio de Ternate hasta las playas de Caborca en su rumbo de Oriente á Poniente, mas de cien leguas, y en el del Sur al Norte desde la mision de San Ignacio hasta el rio Gila otras tantas de estension: está poblada de indios de esta nacion en mayor nùmero, en donde se hallan tierras, que dén pan y con escasez en donde el terreno se esteriliza, ó por falta de agua, ó por la cercanía de las playas del mar de California, que

costean por la parte de su Poniente hasta el desemboque del crecido rio Colorado, en el mismo seno, ó brazo de mar de aquella Península. Hállase la mayor parte de la Pimeria Alta en treinta grados de altura, subiendo á otros mayores al paso, que se vá acercando á aquellos dos caudalosos rios, que son los últimos confines hasta ahora conocidos, por el rumbo de esta Septentrional América.

Aunque casi toda la Provincia de Sonora declina á caliente, la Pimeria Alta por su mayor altura goza de clima mas templado y mas semejante al que comunmente se experimenta en Europa. Sus moradores, particularmente al principio de su establecimiento allí, padecen ordinariamente el achaque de frios y calenturas, que largas temporadas les molestan. Su fertilidad es bastante en todo género de frutos y semillas de la tierra, para mantener con descanso á los que la habitan. No le faltan minerales de plata, y algunos, que han dado muestra de oro; pero los aficionados á este trato siempre se quejan de que son muy someras las minas, y superficiales: porque á poco que se escava en la tierra, desvanecen todas las muestras de vetas, y con ellas las esperanzas de los mineros. Es verdad, que muchos de estos minerales, si no son á poca costa muy ricos, y de leyes subidas, no pueden costearse, ni conservarse por ser excesivos los gastos, que sus dueños han de hacer, para proveerse de instrumentos, ingredientes, géneros y avíos necesarios, porque si se acude á México, es gravosa la conduccion por la distancia de casi seiscientas leguas; y si se toman en otras partes, es siempre á precios muy subidos, en que

mas interesan los mercaderes, que los mineros. No obstante este tan noble contrapeso ha florecido el Real de Arizona con conocida utilidad de sus dueños; y si no la embarazara el crecido costo, no dudo que se descubrieran en la misma Pimería otros buenos minerales.

Y para que se vea con mas claridad, insinuaré el descubrimiento, que á corta distancia del Real de Arizona ahora poco mas de quince años se divulgó, admiró y pasmó, no solamente á toda Nueva España, mas tambien á las naciones de Europa, haciéndoseles tan increible, que le tuvieron, como muchas otras cosas, por una patraña de indias. Un indio Yaqui, que trabajaba en aquel parage, descubrió la plata, que luego referirémos á un mercader, y de este habiendo pasado á noticia de otros, en breve se hizo público aquel ruidoso caso. Hallóse este tesoro cerca de un monte, que en su loma y espalda se estiende por casi media legua de bajada, y remata en una cañada, que hace varias vueltas entre las lomas inmediatas, y es la cama del arroyo, cuando en los montes cercanos suele llover, quedando lo demas del año enjuta, y toda su cercarnía destituida de aguas. A este parage acudieron los vecinos muy esperanzados, y hallaron riqueza bastante, con que satisfacer sus deseos; porque en toda la loma y en la cañada hallaron pedazos grandes y menores, muchos á manera de bolas de plata perfecta, en otros la mitad de plata, y la otra de diferente metal. El peso de estos pedazos era, segun su tamaño, de media, de una y de dos arrobas. Este descubrimiento tan lucido y tan sonoro convocó de muchas partes

á la gente española; y á pocas diligencias de remover un poco la tierra, quien en una, quien en otra parte encontró bolas y planchas de prodigioso tamaño.

Un pobre, no sé si mulato ó negro, que desde la ciudad de Guadalajara atravesó mas de trecientas leguas, tuvo la fortuna de encontrar una bola, ó masa de plata del peso de veintiuna arrobas, tan sólida, que al quererla romper, no cedió ní al hierro ni al acero, y en valde se quebraron en su desmoronamiento algunas hachas: peso tan grande no se podia cargar en la mejor mula á fuerza de brazos; mas suplió la industria, porque con sogas amarraron la masa y la elevaron por las ramas de algun árbol, y bajándola con tiento la cargaron sobre el aparejo de la caballería: con todo la desgracia del pobre inventor fué tan fatal, que nada percibió de su hallazgo; movióle pleito sobre aquel tesoro un contrario, que por justos respetos no se nombra; y los ministros de justicia, que prontos acudieron, se la quitaron, quedándose despojado de todo, sin que le valiese el último recurso de ceder á favor del Rey cuanto podia pertenecerle: en nada fueron otorgadas, ni escuchadas sus peticiones. Otros fueron en su descubrimiento mas felices, encontrando planchas de mayor mole y peso, pero la que sobre todas maravillosa se descubrió, fué la que á poco mas de una vara de haber cavado la tierra, se encontró y pesaba á dicho de quien ménos se estendia, ciento cuarenta arrobas de pura plata, que se resistió á todo el esfuerzo de partirla; y siendo por otra parte tan crecida su mole, precisó á los inventores á derretirla á fuerza de

fuego, que le aplicaron; y aun afinándose despues de esta operacion la ceniza, salieron nueve arrobas mas de plata; y despues en la segunda afinacion, salió todavía una buena porcion.

Personas curiosas que se hallaron en aquella cercanía, aseguran que llegaron á cuantrocientas arrobas de plata las que en poco tiempo y casi sin ningun costo se recogieron; y lo mas notable, que en algunos pedazos se advirtió, fué, que recien sacados de la tierra eran flexibles; y con semejanza muy propia á la masa de cera blanda, sin resistencia se dejaba estirar, alargar y achicar, admitiendo obediente cualquier figura que en ella quisiese imprimirse; mas al dia siguiente, como congelada ya con el ámbiente del aire, se hallaba endurecida é inflexible. Atestiguan esta verdad no solo los españoles, mas tambien algunos misioneros que todavía viven y la tuvieron en sus manos, y confirman como testigos oculares ese tan raro notable descubrimiento. A tan ruidoso hallazgo, no sin razon el capitan del mas inmediato Presidio de Fronteras, que á la sazon ejercia el oficio de juez de aquellos contornos, entró en duda si tanta plata eran vetas de minas ó tesoro oculto y recien descubierto; porque en caso de ser vetas minerales, era de los particulares la plata, pagados los debidos derechos al Rey; pero si era tesoro, tocaba la mayor á Su Majestad y muy poca á los particulares: hasta que se resolviese con legítima autoridad el punto, embargó toda la plata descubierta, acudiendo al señor Virey de la Nueva España, á quien despachó prontamente un correo con el aviso.

En México, aunque hubo opiniones encontradas, prevaleció la mas benigna á favor de los particulares: se levantó el embargo, y á cada uno se le volvió su hallazgo. Esta decision mexicana no logró aprobacion en el Supremo Consejo de Indias; por esto el Sr. D. Felipe V, de gloriosa memoria, examinados maduramente los autos que se formaron sobre tan reñido pleito, expidió su Real rescripto en que, improbando la resolucion de esta capital, declara el lugar en que se descubrió la plata por tesoro, que pertenece á su real hacienda, y en términos muy propios afirma que es criadero de aquel precioso metal, como á la verdad parece confirmarse parte por la flexibilidad que ya dijimos, parte por la que se halló, que en su mitad ya habia cuajado, como sazonada, quedando la otra todavía imperfecta y sin la total madurez que le corresponde. Con el recelo de este decreto se despobló aun ántes de haber llegado, todo aquel contorno, ayudando no poco á que quedase en su antigua soledad la codicia de las que acudian, que habiendo á poco costo encontrado alguna porcion de plata, se retiraban presurosos á su casa, por ser aquel paraje por sí no ménos estéril que de costosos mantenimientos.

Lo que mas admiraba que acudiesen tantos, era el manifiesto peligro á que se exponian por las invasiones de enemigos infieles que causan grave destrozo en los que encuentra su bárbaro furor. Manda Su Majestad, á mas de lo dicho en su Real Cédula, que se continúe el descubrimiento á costa de su Real Erario; pero la gente inteligente en esta facultad, que debia conducirse desde el Reino de la Nueva

Vizcaya, no percibiendo adelantados sus salarios, se excusa de trabajar en su servicio, en que se muestra que aquellas repetidas voces del servicio del Rey, de sus Reales haberes, de sus quintos y derechos son vanos imaginados fantasmas, que en el trabajo de otras minas muy á menudo porfiadamente repiten, para obligar á los pobres indios á servirles, sin hacer caso con este tan calificado majestuoso pretexto de los reclamos de los padres misioneros, que conocen y lloran los daños espirituales y temporales que en sus pobres desvalidos hijos redundan; porque al fin no tienen fuerzas bastantes para resistir á tan poderosas pretensiones; y con todo quedan notados como si fueran infieles vasallos de nuestro católico monarca, ó estorbasen los adelantamientos de su real hacienda: mas la verdad es que con el título del Rey Nuestro Señor busca de ordinario esa gente su propia y particular conveniencia, como lo evidencía el caso presente; porque si no se junta el interés real con el de los particulares, si éstos no sacan sus ventajosas ganancias, seguro está que por el solo servicio del Rey, nadie se mueva de su casa, sé incomode ó se exponga á riesgo alguno. En lo demas, puede casi asegurarse que segun todo buen discurso, está poco ménos que intacto este tesoro ó criadero de plata por haber sido muy poca ó casi nada la que hasta ahora se sacó; ni es creible que en donde con tan pequeña diligencia se halló tanta cantidad, que con mayor aplicacion no se hubieran de encontrar porciones mas crecidas.

Es parecer no mal fundado, que si el Rey Nuestro Señor gastase en esta empresa ciento á doscien-

tos mil pesos, casi ciertamente lograria el diez por ciento; y aun tal vez este mineral daria mano á otros que con fama de mas ricos afirman algunos, que se hallan en las mismas cercanías. Es verdad que para obra semejante se necesitaba de gente no ménos inteligente, que fiel y leal; y encontrarla será sin duda la mayor dificultad, por ser raro el sujeto que se aplique á trabajar las minas por el corto salario que le asignan. Todos anhelan á mejorar de fortuna á costa del dueño que les paga, y quizá es expresion corta decir que de las tres partes de plata, absorben la una los costos, la segunda se apropian los oficiales, y la tercera llega al propietario. Tal vez por esto es tan ténue ó ninguno el lucimiento de este caudal, y vemos que los mas, que debian hallarse abastecidos, están pereciendo destruidos de todo. Lo mismo ha sucedido á casi todos los que han sido partícipes de la plata de la Pimeria, pues apénas se ven dos ó tres que subieron á muy mediana fortuna, y todo lo demas se desvaneció como el polvo por el aire.

CAPITULO III.

De otras buenas y malas calidades de esta Provincia.

A mas de lo que acabamos de referir, hacen muy recomendable á la Pimeria Alta otras cosas singulares, y lo son mucho los frutos medicinales que produce: hállase allí la contrayerba, y á veces se ven algunas de prodigiosa corpulencia: su virtud es antídoto y remedio contra todo género de veneno ó ponzoña, aunque esta Provincia no es tan gravemente inficionada de la copia de animales y savandijas venenosas, como se experimenta en tierras mas calientes y mas húmedas. Nace tambien allí la frutilla llamada vulgarmente *Jojova*, que produce un arbolito que aun se encuentra por los caminos: mien-

tras cuelga de sus ramas se asemeja mucho á las almendras, y tiene muchas virtudes que se omiten para evitar proligidad. En toda la Nueva España son buscadas, apreciadas y alabadas por los buenos efectos que se han siempre experimentado, siendo muy saludable el aceite que de las mismas frutillas martajadas se esprime, en lo que se parece asimismo á la almendra. No faltan en la Pimeria piedras bezares; y se cree que en las costas marítimas de sus playas se crian perlas, como en muchas partes, y con mayor abundancia en la costa de California, rente á frente opuesta á esta Provincia, se han ya descubierto.

No se puede negar que estas buenas partidas se contrapesan y templan con dos gravísimos defectos, y son: el primero, ser expuesta á las casi contínuas invasiones de bárbaros, de que diremos en sus lugares cosas igualmente singulares que lastimosas. El segundo, que sus moradores, si no todos, no pocos, ciertamente, están inficionados con la inclinacion, trato y ejercicio de hechicería. Este vicio trae su principio de su gentilidad, cuando mas libremente les dominaba el comun enemigo, y esta infernal raza de gente tan perdida, fué siempre la que puso mayores estorbos á la siembra y mies del Evangelio: por eso no es de admirar que aunque se hayan convertido á la Fé, prevalezca, no obstante, en estos indios, su costumbre tan arraigada de tener comunicacion con el demonio; y que muchos, al tiempo de su conversion, ó fingidamente, ó solamente en lo exterior, y no de corazon, se reduzcan; y que estos sean semilla bastante para que de

padres á hijos, y de una familia á otra, se pegue tan abominable contagio.

Entre estos pobres ignorantes Pimas, es mas fácil que se dilate este desórden; porque conociéndoles el astuto infernal enemigo tan torpes en el entendimiento, con cualquier premio ó singularidad con que sobresalgan á los demas, les gana luego las voluntades: su misma materialidad con que por su corta capacidad poco aprecian, y casi nada penetran los bienes sobrenaturales y espirituales, teniendo en grande estima, hasta embelesarles, los corporales, los visibles y palpables, es la mas fuerte segura arma con que les vence; y aun la causa que facilita mas el engaño de sus almas, es la cortedad de sus mas altos pensamientos y mayores deseos, que solo llegan á quererse aventajar en el correr, en salir ligeros en la caza, en ser temibles con la figura de fieras, en saberse vengar de sus contrarios con variedad de maléficos, nocivos y mortales, ó en aspirar á algun feo brutal deleite. Con estos infames detestables privilegios les engaña el demonio, que en los montes les habla y se les descubre, como ellos mismos confiesan, ya como soldado, ya como negro, con el semblante muy atezado, ya con la horrorosa figura de algunos animales.

Ha cundido tanto este infernal vicio, que ya no queda solo en ésta, sino que ha pasado á otras provincias y naciones, sin que los padres hayan podido extirparle por mas diligencias que han aplicado: ni sirven para eso los sermones; ni las mas fervorosas exhortaciones en gente tan desalmada hacen fruto. Añádese que los reos se ocultan con gran

cuidado de la presencia de los misioneros, y que temen delatarles los que les conocen, por el recelo no mal fundado de que no pagaran su dilacion con algun cierto mortal maleficio. Los castigos de que los obreros evangélicos pueden valerse para su enmienda, son tan limitados por su profesion, que no alcanzan á espantar y reducir á tan obstinados empedernidos corazones. Los demas recursos son muy distantes y tan lentos, que mientras la claridad va discurriendo los mas prudentes proporcionados medios, para no exceder con tan miserables reos, que siempre merecen lástima y compasion, se agravan los daños y se hacen irremediables las funestas consecuencias que lloramos.

Como el enemigo comun siempre sediento de sangre humana les inspira ordinariamente deseos de dañar, perjudicar y matar, ya á los pobres niños, ya á otros de su mismo pueblo, por el menor disgusto que su corto alcance les figure haber recibido, son muchos los que mueren á violencia de sus contínuos diabólicos hechizos: se ven enfermedades incurables que les consumen y reducen á esqueletos: se experimentan muertes repentinas, que claramente proceden de las maldades de estos infames desalmados hechiceros. Aun ellos mismos, ó por envidia, ó por muestra de su mayor destreza, ó por una vana loca ostentacion de mayor poder con el demonio, se acometen y se matan. Todo esto consta, á mas de las contínuas lastimosas experiencias, de declaraciones jurídicas que de algunos ya aprehendidos y convencidos, á veces por la justicia, se han sacado.

Ni han quedado excentos del rabioso furor de tan detestables hombres los misioneros; porque aunque con algun miedo les acometen, por saber que el maleficio obrado en los padres despierta mas á la justicia para la averiguacion y castigo de su maldad, no obstante, muchos han sido el objeto de su saña, y no recelándose al principio que sus achaques fuesen efecto de algun hechizo, han causado tal estrago en sus fuerzas y salud, que sin remedio les aceleró la muerte. Es cierto que si se quita por medio natural su causa, como no pocas veces se ha conseguido, sana el enfermo; mas cuando el mal ya se ha apoderado y dañado las partes principales del sujeto, no es remedio bastante el que se quite el maleficio, y muere ciertamente el paciente. Se pudieran, en conformidad de esta verdad, contar acaecimientos modernos en esta materia; pero basta decir que actualmente vive un padre, que siendo misionero en la Pimaria Alta, y sintiéndose ya herido de la enfermedad causada del hechizo, que eran unas calenturas y vómitos que le iban consumiendo, se retiró á otra Mision mas apartada para buscar algun alivio. El malhechor, distante muchas leguas del enfermo, entregó al misionero de sus partidos un cabello, previniéndole que le quemase, y asegurando que al mismo tiempo el doliente, aunque muy distante, sanaria. Así lo hizo, y notando el tiempo en que ejecutó aquella diligencia, envió un correo con carta, preguntando si el enfermo habia mejorado, el tiempo, y dia en que empezó á estarlo. Y halló que todo puntualmente correspondia al tiempo en que se quemó aquel cabello. Otro misionero asi-

mismo vivo aún, en la misma Pimeria Alta se reconoció herido de calenturas, que lentamente le consumian: sus mismos indios le descubrieron al malhechor, asegurándole que de noche le oían platicar á la larga con el demonio: no queria el padre aun creerlo despues de esta declaracion; porque supo el malvado en lo exterior fingirse muy fervoroso cristiano; mas, finalmente, conducido el perverso indio ante persona de autoridad y de experiencia en el descubrimiento de maldades semejantes, á pocos y moderados castigos, aun delante del mismo injuriado paciente, confesó la suya; y obligado á deshacer las cosas en que tenia el pacto con el demonio, con poco esfuerzo lanzó por la boca piedras y plomos á madera de medallas ó relicarios: hecho esto, y solo con pasar la mano al padre inficionado por las espaldas, le sacó una piedra, y le añadió al mostrársela: esto es lo que te tenia enfermo: de hecho sanó el doliente, y vive aun en la Pimeria.

A uno solo de los misioneros, que al presente se halla en esta Provincia, nunca han podido maleficiar; y preguntándole su superior con qué medios se habia perservado, le aseguró que al acostarse, por todas partes formaba cruces que le defendiesen, y que se habia confirmado en esa devocion, con lo que supo de los indios; porque entendió que se admiraban de que no le dañasen, como á los otros, aseverándole que lo habian procurado, sin poderlo conseguir, por estorbárselo las cruces con que se armaba contra sus asaltos; y no habiendo á nadie manifestado esta devocion, se conoció que era verdad lo que afirmaban aquellos bárbaros, y que no

les faltó el deseo de ofenderle con sus maleficios. Omito otras cosas particulares que allá cada dia se experimentan, y comprueban esto mismo, para pasar á los gloriosos apostólicos trabajos de los nuestros.

CAPITULO IV.

Apostólicas fatigas del padre Eusebio Francisco Kino en esta Provincia.

A la Pimeria Alta, cuyas malas y buenas calidades quedan brevemente dibujadas, enviaron los superiores al padre Eusebio Francisco Kino; y habiéndose encontrado un legajo de sus papeles en que están coordenados sus viajes, empresas y descubrimientos, será muy conveniente que su memoria en suscinta relacion se conserve en esta Historia, y quede como en prenda á la posteridad, para que á su ejemplo sigan otros sus huellas en procurar con el mayor esfuerzo ganar á Dios y á la monar-

quía, no solo millares de almas, sino aun muchas enteras naciones. Bien veo, que para mas clara inteligencia, así de lo referido como de lo mucho que nos falta aun que escribir, debiera su narracion ir acompañada é ilustrada con mapa cosmográfico de toda la Provincia, que expusiese con claridad á los ojos de los lectores todo lo acontecido.

El mismo apostólico sábio jesuita en sus papeles se refiere á varios que de sus descubrimientos ha remitido, ó á Roma á los padres generales de la Compañía, ó á México á sus superiores, para que se enviaran á Madrid al Supremo Real Consejo de Indias; pero ninguno ya parece, ni es tan fácil acá en Indias, como en otras partes de Europa, sacarle cabal y perfecto; porque aun cuando se llegue á formar uno con la pluma, se encuentra el estorbo que los oficiales de esta facultad, ó son ningunos, ó poco prácticos, lo que no es admirar, no hallándose aun en la misma España europea muchos peritos que se apliquen á este estudio, hasta estos últimos tiempos, en que á imitacion de otros Reinos, se esmeran ya en estas artes.

En todo este vasto y dilatado Reino, son poquísimos los que entienden y estudian esta parte de matemática: los marineros, que saben lo perteneciente á la náutica, se quedan en los puertos sin penetrar en lo mas interior de tierra: ingenieros son rarísimos, porque fuera de los puertos de mar son inútiles las fortificaciones; y cuando alguno llega á estas Provincias, poco se aparta de la capital en donde solo puede tener algun ejercicio y utilidad su ciencia; y si se encontrase un sujeto inteligen-

te, fueran aun excesivos los costos que causara su conduccion en ida y vuelta por tan dilatadas distancias, su mantenimiento y la paga de su trabajo: gastos todos subidos, que si la Corona de España ó el Real Erario no quiere soportarles, ó les juzga por supérfluos, con mas razon se eximen de ellos nuestros misioneros, y mucho mas en las nuevas remotísimas conquistas en donde de todo se carece, y hay otras cosas mas importantes que la formacion de mapas.

Y aunque es cierto que alguno muy exacto en esta relacion diera mucha luz, no obstante debiera recelarse su publicacion; porque por mas digna de fé que sea la del padre Kino, como hombre tan entendido, religioso y testigo de vista, con todo se puede persuadir, que algunos críticos, siguiendo sus particulares opiniones, formaran sus impugnaciones á su juicio bien fundadas; y para darles la satisfaccion correspondiente, se necesita de nuevas inspecciones, y que las hagan hombres peritos é inteligentes: cuando esto se consiga, se publicará mapa tan exacto y tan perfecto, que no necesite de correcciones, que merezca ascenso y se concilie por sí mismo el aplauso en todo el orbe literario. Todo esto ha sido necesario prevenir para que no se echara ménos en la frente de esta Historia, para facilitar su inteligencia, un mapa de todo el dilatado terreno que ha sido el glorioso teatro de las grandes apostólicas hazañas de tantos misioneros jesuitas.

Fué destinado el padre Kino á la Pimeria Alta, por haberse frustrado entónces la conquista de Ca-

lifornia, en que dos años habia trabajado en calidad de superior de los nuestros, que habian ido á aquella importante empresa; y ya que no pudo ocupar allá su celo, deseoso de imitar al apóstol de las Indias, San Francisco Javier, á quien atribuia su entrada en la Compañía, su venida á las Indias y su vida, por haber por su intercesion convalecido de una mortal enfermedad en el Colegio de Ala en el Tirol, solicitó con los superiores que se le señalara este tan dilatado campo en que explayarle. Solo se hallaba ya el impedimento de no quedar asignacion alguna en las Cajas Reales para el mantenimiento y sustento de nuevos misioneros; mas el animoso ardiente espíritu de aquel grande jesuita, fácilmente allanó la dificultad con el señor Virey de la Nueva España; presentóle un exacto fiel informe de la necesidad y utilidad de nuevos Ministros evangélicos para la Pimeria Alta: corroboróle con otro del padre provincial, y de esta suerte consiguió el rescripto de que se costease de las Cajas Reales la fundacion de dos nuevas Misiones, destinando una de ellas para la reduccion de la Nacion Seri en la Provincia de Sonora, con la misma cantidad que la piedad de los Reyes católicos ha señalado para el sustento de los operarios que se emplean en la conversion de las dilatadas Provincias de Amèrica Septentrional. Con este socorro, prevenido lo necesari para el viaje, salió aquel apostólico varon de la ciudad de México en veinte de Noviembre de mil seiscientos ochenta y seis; y llegado á la ciudad de Guadalajara, consiguió un despacho de aquella Real Audiencia y de su presidente, para que los indios

naturales que redujese á la Santa Fé por el espacio de cinco años, no pudiesen ser compelidos por juez alguno á trabajar, ó en haciendas ó minas en servicio de españoles.

A la verdad anduvo corto en el plazo que pidió á favor de los hijos que esperaba engendrar en Cristo con su gracia, concediéndoles las Leyes Reales de Indias diez años de excepcion de las mismas penalidades. Luego advirtió la limitacion de su súplica allí mismo en Guadalajara, por la noticia de una reciente Real Cédula que acababa de recibir aquella Audiencia del Sr. Cárlos Segundo, su fecha en el Buen Retiro, á catorce de Mayo de mil seiscientos ochenta y seis, que Su Majestad dirigia al Virey de la Nueva España, á las Audiencias de México, Guadalajara y Guatemala, y á los gobernadores de la Nueva Vizcaya, mandando á todos y á cada uno que por su parte solicitasen la conversion de los infieles, que en sus distritos se hallasen, como se habia ya avisado, que se ejecutase á su Real Consejo de Indias; que favoreciesen á los eclesiásticos señalados para esta empresa, y que les ayudasen en todo lo que fuese necesario, eximiendo á los nuevamente reducidos de todo servicio en haciendas y minas, por el espacio de los veinte años primeros consecutivos á su conversion.

Es muy conveniente que á este real indulto, que explica la piedad del ánimo de nuestro católico monarca, le tengan muy presente los operarios que trabajan en nuevas apostólicas empresas, patrocinando así á los neófitos, para que los gentiles próximos no rehusen el sujetarse al yugo del Evan-

gelio, viendo que á su conversion se sigue luego el tan temido y pesado del servicio, que naturalmente aborrecen los indios, y para que con su corto alcance no imaginen que su reduccion mas se solicita para obligarles al trabajo que por el celo de sus almas.

Animado el padre Kino con tan buen despacho, prosiguió desde Guadalajara su viaje en diez y seis de Diciembre del mismo año; por Febrero del siguiente llegó á Sonora, y habiendo presentado en el Real de San Juan al Alcalde Mayor de la Provincia todos los papeles con la Real Cédula que aquel Ministro admitió y obedeció, como debia, en compañía del superior de aquellas Misiones, que le recibió con todo afecto: en trece de Marzo paró en el sitio en que formó la nueva Mision, que intituló Nuestra Señora de los Dolores, en donde fué bien admitido de aquellos naturales, que ántes habia ya hecho prevenir de su llegada, para cumplirles los deseos de agregarse á la Fé católica, que meses y años ántes habian manifestado, solicitando que se les diese y concediese algun padre para su instruccion y enseñanza. El superior de las misiones de Sonora encargó al padre Kino, que á mas de los neófitos que juntase en aquel puesto, procurase formar de los indios mas cercanos, otros pueblos en que se uniesen á vivir en comunidad, para poder ser instruidos no ménos en la Fé que en la policía: así lo ejecutó aquel celoso prudente jesuita pocos dias despues; y hácia el Poniente de su nueva Mision, habiendo caminado por diez leguas, encontró un terreno llamado Caborca, poblado de gente afa-

ble, en donde formó un pueblo que intituló con el nombre de San Ignacio, y se le agregó bastante gente, toda muy mansa y dócil.

De allí, tirando hácia el Norte á poco trecho, halló otro paraje á propósito, en que erigió otro con la advocacion de San José de Himeris: á distancia proporcionada hácia el Oriente, fundó otro tercero, patrocinándole con el título de Nuestra Señora de los Remedios. Está este último como á siete leguas del de los Dolores. En todas partes, asegura este insigne misionero, que los infieles le hicieron buena acogida, oyendo con gusto la palabra de Dios: aplicóse desde luego á catequizarles; y comenzó á establecer aquella nueva cristiandad, dando principio con el bautismo de los párvulos. El indio gobernador, que capitaneaba á los que se agregaron á los Dolores, estaba ausente en tierras muy remotas, cuando aquel apostólico jesuita llegó á su país: volvió á poco tiempo de su viaje, y aprovechándose el padre de la buena coyuntura que le ofrecian las buenas calidades de aquel autorizado Pima, le envió con mensajes cariñosos á los mas apartados de aquella Provincia, dándoles noticia de su llegada y resolucion de permanecer entre ellos: convidábales á que por el bien de sus almas y para asegurar su eterna salvacion, abrazasen la ley de Cristo y lograsen la misma dicha de que ya gozaban sus vecinos y nacionales.

No mucho despues del año de mil seiscientos ochenta y siete, de que hablamos, los pueblos ya fundados se dividieron en dos Misiones con distintos operarios: el de los Dolores con el de los Reme-

dios formó una, que siempre hasta su muerte administró el padre Kino: el de San Ignacio con el de San José componia la segunda, á cargo de otro jesuita. Corrieron así las cosas con bastante felicidad, solicitando aun de otras partes los indios que les enviasen misioneros que les instruyesen y bautizasen. El superior de las Misiones pidió nuevos sujetos al padre provincial de México; y aunque llegaron poco tiempo pudieron permanecer, á causa de juzgarse que en otros países fuese mas necesaria su asistencia. Fué este uno de los muchos desconsuelos que tuvo el padre Kino; porque á mas de haberse siniestramente divulgado, que poco despues de su entrada á la Mision de los Dolores los indios, se le habian huido, lo que fué totalmente falso, y lo comprobó el efecto muy presto, tuvo la afliccion que visitando el pueblo principiado de los Remedios, halló muy alterados aquellos bárbaros, que abiertamente desistian de su primera intencion de hacerse cristianos, con varios pretextos que luego se conocieron ser maliciosos influjos de algunos que no se expresa si fueron españoles ó indios; pero ciertamente, ó la envidia, ú otra peor pasion se les sugirió, para estorbar los progresos de nuestra Santa Fé.

Hubo menester toda la tolerancia é industria nuestro misionero, para poco á poco desvanecer la mala impresion que en los indios habian hecho estas sugestiones, como finalmente se consiguió, siendo testigo el mismo tiempo de la falsedad de estos espantajos, con que el demonio por bocas de mal intencionados, procuraba engañarles. Pudo aquel jesuita

vencer esta dificultad; pero el sentimiento que la retirada de los padres le ocasionó, fué sin duda mas vivo, y le causó mayores fatigas y afanes, como en lo que se sigue se echará de ver con claridad. Gastó como tres años en dejar bien establecida su Mision, solidando en la Fé á los convertidos, y erigiendo en los pueblos iglesias muy hermosas. En Diciembre de mil seiscientos noventa, fué asignado superior y visitador de las Misiones de Sinaloa y Sonora, el venerable padre Juan María de Salvatierra: llegó á los Dolores, y de aquí pasó en compañía del padre Kino á los pueblos de los remedios, de San José y de San Ignacio; despues, entrándose mas en la Pimeria, pasó por el pueblo de Santa María Magdalena, por un terreno llamado el Tupo, á la Mision de San Pedro y San Pablo de Tubutama, en que hallaron mas de quinientas almas.

Aquí trataron y comenzaron á disponer la reduccion de los demas Pimas, que se extienden hasta la mar de California. Prosiguieron por otro rumbo su viaje á los sitios llamados el Saric y Tucubabia, en que recogieron mas de setecientas almas, que no solo luego se les rindieron, mas tambien con regalitos proporcionados á la pobreza de su tierra les agasajaron. El intento de estos dos celosos Ministros del Señor era cruzar para otro pueblo ideado llamado Cocospera; pero ántes de partir, vinieron á encontrarles unos mensajeros de los indios Subaypuris, que yacen hácia el Norte en distancia de mas de cuarenta leguas, en donde ahora está fundada la Mision de San Javier del Bac y la de San Cayetano Tumagacori. Presentáronse ya con cruces en las

manos, é hincados de rodillas de parte de sus principales, les rogaron que les admitiesen á la Fé y les concediesen padres que les instruyesen. Enternecido á esta vista y súplica, el padre superior Salvatierra determinó acercarse á sus tierras, lo que ejecutó, pasando á distancia de quince leguas á la ranchería llamada Guevavi, en que al presente se ha erigido otra Mision, y encaminándose al puesto de San Cayetano, halló varios de los principales Sobaypuris, que se adelantaron mas de veinte leguas á recibirles.

En San Cayetano, con enramadas se habia hecho como un remedo de casas, y se dieron algunos bautismos á los párvulos mas necesitados, animando á todos con buenas esperanzas, de que quedarian consolados con la venida de otros nuevos misioneros, que eficazmente solicitarian de México. Pasaron quince leguas mas adelante al puesto de Santa María, que ahora se llama Suamca, y es Mision nuevamente establecida. De aquí, finalmente siguiendo su primer intento, vinieron al pueblo de Cocospera. En todas partes hallaron tierras buenas y valles grandes, aptos para todo género de semillas; los dos apostólicos varones, que nunca olvidaban el socorro de la California, de quien poco despues fué dichoso conquistador el padre Salvatierra, ya desde entónces comenzaron á discurrir que no seria imposible remediar la natural esterilidad de aquella península con el socorro de víveres, que podia juntarse en este terreno bastantemente fértil de la Pimeria: discurso que al presente con mas viveza se acalora; pues las tierras conquistadas de los Californios ya llegan á fronterizarse con las playas de los Pimas. En Cocos-

pera se dividieron estos dos insignes jesuitas, prosiguiendo su visita el padre Salvatierra, dejando encargado al padre Kino el cuidado de fomentar los buenos deseos de los Sobaypures, y teniendo siempre la mira á California, le pidió que construyese un barco, con que desde las playas de esta Provincia se pudiese pasar á las de la otra tan necesitada: obedeciendo rendido, mandó cortar varias maderas y pulir algunas piezas; mas por muchos inconvenientes que sobrevinieron al principio, se dilató, y despues del todo, se frustró esta tan deseada importante empresa.

Antes de salir el padre Kino de esta tierra, hizo varios bautismos, así de párvulos como de adultos, que habia ya instruido. Informó de todo á los superiores de México, y aunque tuvo favorables respuestas, carecieron por entónces del buen efecto que esperaba por las revoluciones que poco despues sobrevinieron. Desazonó mucho á este fervoroso misionero un rumor falso que corrió, atribuyendo gravísimos delitos á los Pimas, que se oponian á sus ardientes deseos de convertirse, que el padre pregonaba y avisaba en sus cartas; porque la pública fama les hacia autores de varios robos y estragos que en aquellos dias se experimentaron en los pueblos y Misiones de Sonora; y en verdad acontecieron por invasion enemiga de otros bárbaros infieles. Este celoso jesuita, muy satisfecho de su buena intencion y seguro de que no eran los agresores, ni reos de tan detestables maldades, en ejecucion de lo que le ordenó su superior, volvió á principio de Setiembre de mil seiscientos noventa y dos, acompañado de

alguna gente, á visitar los mismos Pimas que el año anterior en compañía del padre Salvatierra habia reconocido. Llegó á San Javier del Bac y á Santa María Suamca, camino de mas de ochenta leguas; confirmó á todos en sus buenos propósitos; hablóles mucho de los misterios de nuestra santa religion, y les exhortó á que siguiesen el ejemplo de los otros de su nacion, que veían ya mejorados en lo espiritual y temporal, como podian certificarse por los mismos que le acompañaban.

Despues de esta diligencia, vuelto á los Dolores á once de Diciembre del mismo año, se puso en camino para visitar los indios que se hallaban mas adelante de la Mision de Tabutama hácia el Poniente, extendiéndose hasta las playas del mar de California. Estos infieles, que se llamaban del Soba, por estar sujetos á un cacique muy valiente de este nombre, y eran mas de cuatro mil, vivian casi enemistados con los otros de los Dolores, á causa de haber su cacique muerto en un encuentro sucedido años pasados al que lo era, y el principal de los que moran en aquel pueblo. Quedó compuesta esta diferencia con la mediacion del padre Kino y del padre Agustin de Campos, que se juntaron en este viaje: hallaron muy afables á los indios, aunque algunos al descubrir gente nunca vista, huían por el natural miedo que les causaba la novedad. Al sitio principal de estos bárbaros pusieron el nombre de Nuestra Señora de la Concepcion de Caborca, y al presente es la última y mas remota Mision de toda la Provincia de Sonora.

Subieron á un cerrito que intitularon el Nazare-

no, y desde allí descubrieron con mucha claridad la costa de California, que pudieron divisar, haciendo cómputo y juicio prudencial, que la anchura de mar entre aquella Península y la Pimeria, no podia extenderse mas que á quince ó diez y ocho leguas. Por Julio del año de noventa y tres, volvió el padre Kino á esta misma nacion, con ocasion de hacer cortar varias maderas para la construccion del barco que habia de servir para conducir víveres á la Mision de California; y por Febrero del año de noventa y cuatro, otra vez registró las mismas playas de Caborca, hallando ya mucho mas afables y mas dóciles los indios del Soba; muchos de treinta, cuarenta y cincuenta leguas de distancia vinieron á verle, y le ofrecieron sus párvulos para el santo bautismo. Pocos meses despues aun repitió esta jornada, y descubrió un puerto que llamó Santa Sabina. En Caborca comenzó la fábrica de una casa con alguna siembra de trigo y de maíz, que sirviese al misionero que habia en adelante de doctrinarles.

Estos descubrimientos de tanta gente con las buenas esperanzas que daban de su tan fácil conversion, no llenaban aún, ántes avivaban mas el celo de este grande jesuita, persuadiéndose sin duda que reconocida tanta miés, por ninguna parte le habian de faltar los socorros necesarios para formar nuevas cristiandades. Así se habia de ejecutar ya entónces, cuando estaban calientes y muy fervorosas las ánsias de los naturales de reducirse á la Fé; si se hubiese acudido con prontitud, se hubiera á la sazon fácilmente conseguido; mas ahora que han

visto por tantos años desatendidas sus súplicas, y como despreciados sus deseos, les tienen ya que no resistentes, lánguidos y débiles de hacerse cristianos; y costará, sin duda, no poco trabajo volver á avivar las antiguas llamas que están como ahogadas con la ceniza del largó dilatado olvido de tantos años.

Por Noviembre del mismo año mil seiscientos noventa y cuatro, emprendió nuevo viaje el padre Kino, y penetró hasta el rio Gila, que dista como cuarenta y tres leguas de San Javier del Bac, rumbo entre Poniente y Norte. A la primera ranchería que encontró, compuesta de gente Pima, le puso el nombre de Encarnacion, y á la de otras cuatro leguas mas adelante, el de San Andrés. Estos puestos estaban poblados de gente afable y dócil; aquí supieron que por el rio Gila, abajo al Poniente, y entre Norte y Poniente, en el rio Azul, y mas adelante en el rio Colorado viven las naciones Opas y Cocomaricopas de lengua diferente de la de los Pimas, como mas adelante se individuará. En este sitio se halló una casa grande y antigua, que aun ahora permanece, y se asegura que es de cuatro altos; allí cerca se veían otras, que sin duda daban indicio de poblacion grande que habia habido en otro tiempo. Añade en su relacion el padre Kino, que en otras ocasiones habia oído decir, y algunas veces él mismo visto, que mas adelante por los mismos rumbos de Oriente, Poniente y Norte, habia otros vestigios y ruinas de semejantes poblaciones.

Es tradicion ya antigua y recibida de todos los historiadares de la Nueva España, que por aquellas

partes interiores salió la antigua Nacion Mexicana á buscar tierras en que asentarse, y que este paraje del rio Gila fué una de sus moradas en que dejaron estas casas, cuyas ruinas todavía se reconocen. Entre el Presidio de Janos y el Real de Chihuahua, se ven tambien permanecientes otras casas grandes, que debió de ser asimismo otra de sus poblaciones en su trasmigracion, que por último finalizaron con la fundacion de la Ciudad de México. El padre Kino en sus manuscritos, se persuade que este paraje es el que el Venerable Padre Fray Márcos de Niza, que afirma haber peregrinado por todas estas tierras, llama el de las Siete Ciudades en un Tomo, que acerca de esta su peregrinacion escribió. Acaba nuestro insigne misionero la relacion de este viaje, con decir que todos aquellos indios con su presencia quedaron muy consolados y alegres.

CAPITULO V.

Alzamiento de los Pimas.—Muerte gloriosa del V. P. Francisco Javier Saeta, y nueva pacificacion de aquellos indios.

Antes que el padre Eusebio Francisco hiciese este último viaje al rio Gila, emprendió otro á la Mision de Caborca, con ocasion de destinarla por glorioso teatro, no tanto de su vida, que duró muy poco, cuanto de su preciosa muerte á manos de los bárbaros, al padre Francisco Javier Saeta, nacido de noble familia en el Reino de Cicilia, y que á mediado Octubre de este año de mil seiscientos noventa y cuatro habia llegado al pueblo de los Dolores, desde donde le condujo el padre Kino por camino

de cuarenta y cuatro leguas, primero al de San Diego de Pitquio, y despues al de Caborca. Este nuevo apostólico misionero, como que ya presentia el poco tiempo que le quedaba de vida, y que en breve habia de acabársele gloriosamente con un ilustre martirio, se aplicó con gran fervor á doctrinar sus indios, de cuyo buen porte y natural estuvo grandemente satisfecho.

Comenzó desde luego la fábrica de una capilla, y al mismo tiempo atendió á lo temporal de las siembras necesarias, que conducian, no solo para su debido sustento, mas tambien redundaban en bien de aquellos bárbaros, que de ordinario participan no pequeñas porciones; y en las nuevas conquistas son con mayor singularidad muy precisas, para agasajar á los párvulos y á los recien convertidos; porque estas pequeñas dádivas entre esta gente tan poco pulida, dan mucho eficacia á la persuasion de la doctrina. Mas estas siembras no pueden luego producir el fruto que tanto se necesita; y para asegurar ya desde luego el agasajo con que ganar la voluntad de aquellos naturales, tomó el trabajo este fervoroso jesuita de recurrir á la caridad de otros de la Provincia de Sonora, que tenian Misiones mas proveidas, y consiguió buena porcion de ganado mayor y menor con alguna cantidad de trigo y maíz: cooperaron de la misma manera otros, para promover por su parte, y conservar esta tan reciente conversion.

No se puede aquí omitir, que aunque los Ministros Reales suministrasen para las nuevas doctrinas ó Misiones los ornamentos, vasos sagrados y cam-

panas, si el nuevo operario no tiene otra prevencion, bien podrá decir misas, pero no comer ni mantenerse; y obligar desde su primera entrada á los gentiles, á que hayan de sustentarles á su costa, seria hacerles muy odioso el Ministerio de su conversion, y como mal entendidos y de tan corto alcance, se persuadirán que con el especioso pretexto de convertirles, viene á buscar sus alimentos, y tal vez aun creerán que en otras partes no les habia podido conseguir: error que es ménos de admirar se introduzca entre gentiles, cuando vemos que muchos otros, ó ya convertidos de mucho tiempo, ó lo que es de extrañar, que no son indios, dan por asentado que los jesuitas se dedican á las Misiones, porque de otra suerte no tuvieran con que vivir ni mantenerse.

Otros religiosos que en estos Reinos han fundado doctrinas y conversiones nuevas, no se contentan con el ajuar expresado arriba; piden tambien los instrumentos necesarios para trabajar las tierras, para fabricar casas é iglesias, y aquella porcion de ganado que es necesario para formar alguna estancia, y que multiplicando con el trascurso del tiempo, puede servir de pié en lo venidero para el preciso mantenimiento. Los oficiales reales, como conocen la verdadera necesidad de estas peticiones, á nada se niegan, sabiendo que todo aquello es inexcusable para principiar sólidamente una Mision. Es verdad que algunos no pocas veces no lo ejecutan, cuando expresamente no lo piden los nuevos operarios, como hasta ahora, no sé si por olvido, ó si por cortedad, ó si por confiar los socorros de áni-

mos piadosos, no lo han solicitado los jesuitas. Así le sucedió al Venerable Padre Saeta, siéndole por ese motivo muy forzoso acudir á la caridad de los otros padres de Sonora á los primeros mèses del año de mil seiscientos noventa y cinco, y así ya socorrido se restituyó á Caborca, en donde fué recibido con singular agrado de sus hijos, que oyendo á los de su pueblo, que acompañaron á este fiel siervo del Señor, lo que de nuevo habian visto en las otras Misiones y el agasajo con que por todas partes fueron recibidos, y viéndoles bien vestidos y bien tratados, se aficionaron mucho mas á su nuevo amante pastor; todos asistian no ménos á la misa, que dos veces al dia á la doctrina; prontos acudian á las siembras, y los mas distantes se ofrecieron á agregarse á este pueblo, para vivir allí de asiento y gozar de la santa instruccion que hallaban en el fervor de aquel apostólico varon, que estaba con estas tareas tan ocupado en adelantar lo espiritual y temporal de su Mision, que no podia acudir á todo á medida de su deseo. Mas de repente en la de Tubutama se conmovió un alboroto, que no paró hasta destruirla.

El padre Daniel Janusqui, misionero de aquel pueblo, habia consigo traido un indio Opata, á quien por mas despierto y diligente habia encargado el cuidado de su ganado; pero abusando de la corta mayoría de su mando, trataba á los naturales con mayor imperio y rigor de lo que era razon, y permitia el estado de neófitos y de recien convertidos y destetados de su bárbara gentilidad. El indio Opata, en veintinueve de Marzo arremetió por no sé qué descuido, á uno de los Pimas; éste gritó á sus

parientes pidiéndoles ayuda, y con dos flechazos traspasaron al ofensor, y habiendo encontrado otros dos que pasaban, viniendo de Caborca para los Dolores, tambien les mataron, quemando la casa del padre, que poco ántes por disposicion de Dios habia salido. Irritado con estos excesos el furor de los bárbaros, se juntaron con otros mal contentos en la ranchería de San Antonio de Uguitoa, y formando un número de cuarenta, pasaron á San Diego del Pitquin, para ejecutar el dia siguiente, dos de Abril, Sábado Santo, su mal intento de destruir la Mision de Caborca. Entraron al salir el sol en la sala del padre, que amigablemente platicó con ellos, sin recelarse de su alevosía; mas luego, al dejarles, reconoció su dañada intencion, y no acudiendo, aunque llamado el capitan del pueblo, amedrentado al ver tan crecido número de malvados, se puso de rodillas en la misma puerta, en donde recibió dos flechazos; así penetrado entró en la sala; abrazóse con una bella imágen de Cristo Crucificado que habia traido de Europa, y hoy se venera en la Mision de Orispe, y debilitándose por instantes con tan copiosa efusion de sangre, se echó sobre la cama, en que falto de vigor, dió su espíritu al Señor.

Cuatro sirvientes indios de este dichoso misionero, dos naturales de Ures, uno de Chinapas y otro de Cumpas, fueron asimismo muertos por aquellos crueles furiosos agresores, que despues desahogaron aun su rabia con embestir, desparramar y matar el ganado de la Mision con gran sentimiento de los indios de aquel partido, que espantados no se atrevieron á hacer la menor oposicion. El P. Kino, con

indecible brevedad, tuvo la noticia de tcdas estas crueles muertes; envió con la mayor aceleracion á un gobernador con gente, para que averiguase lo acontecido; y como los cuerpos de los cuatro sirvientes ya se corrompian, les quemó, dando sepultura á sus cenizas, y al precioso cadáver del V. P. Saeta; y habiendo despues entrado un cabo de la Provincia de Sonora con soldados al primer aviso que de lo sucedido le despachó el padre Kino, y habiendo castigado algunos indios por haberse retirado, y huido los demas por miedo de los soldados, desenterró con la mayor veneracion los venerables huesos de aquel dichoso jesuita, y con algunos otros trastecillos les condujo primero á la Mision de los Dolores, y de allí á la de Cucurve, llevando el mismo piadoso cristiano caballero, para mostrar su piedad, y el mayor respeto del diestro á la caballería que traía encajonados aquellos tan venerables despojos; diéronles honorífica sepultura en la Mision de Cucurve con el concurso de varios padres misioneros, que quisieron asistir á esta tan tierna devota funcion. El señor gobernador de las armas bien reconoció que el castigo ejecutado en los pocos que pudo haber á las manos, era corto escarmiento para la rebeldía, y crueldad de aquellos bárbaros; mas por haberse los mas indios, así de Tubutama, como de Uguitoa y Caborca, escondido en los montes á la primera vista de los soldados, retiró las armas, para que volvieran á sus puestos y con ánimo de coger con una entrada improvisa á los delincuentes, y castigarles.

Opusiéronse á este dictámen otros cabos de la mi-

licia, que juzgaron ser mas honroso repetir otra vez la empresa, y dar luego su tan merecido castigo á los culpables: para esto se valieron de una traza escandalosa, vergonzosa é injusta; llamaron por medio de algunos fieles gobernadores á los indios Pimas, convidándoles con la paz; vinieron estos humildes y con cruces en las manos: al tenerles ya presentes á todos, sin distincion, les pasaron bárbaramente á cuchillo, no hallándose entre tantos inocentes mas que cinco de los culpables. Esta injusta indiscreta y nada católica carnicería, enajenó mucho los ánimos de los Pimas del afecto á los españoles, irritando con mayor furor á todos los demas indios de la misma nacion, que convocándose, hicieron mas funestos estragos: quemaron la iglesia de Caborca, que habia quedado intacta: hicieron lo mismo con las de San Ignacio, de San José de los Heymeris y del pueblo de Santa María Magdalena: profanaron los sagrados ornamentos, y destrozaron todos los bienes temporales. El padre Agustin de Campos, misionero de San Ignacio, tuvo la dicha de poderse salvar en Cucurve con pocos soldados que le acompañaban. Entre estas turbaciones, el P. Kino hizo todo lo posible para apaciguar á los Pimas alborotados, enviando recados y mensajeros por todas partes, para que se contuviesen y sosegasen: sin duda por el amor que le tenian no pasó á mayores excesos el enojo justamente irritado de estos bárbaros. Entretanto este ruido y universal alzamiento de la Pimeria, excitó la vigilancia del gobernador de las armas, á que juntase mayor número de soldados; viendo que los de su distrito no eran

bastantes, trajo en su socorro los del Presidio de Janos con otros del Reino de la Nueva Vizcaya, llegando todos al número de ciento cincuenta: estos con muchos indios fieles, componian un escuadron competente, para contrastar la fuerza de los alzados por mas irritados que se hallasen.

Los cabos, habiendo llegado á la Pimeria, no hallaron resistencia, por haberse retirado los inquietos á los montes: uno de ellos que se adelantó, halló alguna gente en el pueblo de Tubutama, y sin la debida reflecciou de distinguir si eran reos ó culpables, mató á quince ó diez y seis Pimas: transitaron toda la Provincia, sin que hallasen enemigos que combatir, hasta que el capitan de Janos, Juan Fernandez de la Fuente, con grande acierto discurrió y persuadió á los otros, que entre aquellos naturales no habia alzamiento, pues no habia resistencia ni acometimiento. Procuró que viniesen á conferenciar amigable los principales de la nacion, á los cuales aseguró las paces, con la condicion que fácilmente admitieron, de que ellos mismos buscarian y entregarian los culpables, principalmente los que habian sido la cabeza de los amotinados que dieron cruel muerte al V. P. Saeta: con este convenio cesaron las hostilidades; se retiraron los soldados; se repoblaron las Misiones; y al presente, las de Tubutama y Caborca son las mejores y mas numerosas: sin duda se puede creer que aquel dichoso jesuita desde el cielo les ha alcanzado mayor luz y permanencia en nuestra santa religion, y que sean eficaz atractivo y ejemplo á las vecinas gentilidades, para que no resistan á la conversion.

El padre misionero, que al presente se halla en Tubutama Jacobo Sedelmayer de la misma Provincia de Baviera, como el padre Kino, no solo en su Partido ha adelantado, y establecido la fé, mas tambien por todos los pueblos, que son muchos, y numerosos, la ha dilatado; y ultimamente con la reduccion de varios gentiles ha erigido otro nuevo, y en su administracion se halla tan ocupado, que escribe no atreverse á bautizar mas adultos gentiles, por no poder despues con el debido cuidado atender á su enseñanza. Ha formado casas, iglesias y ha asegurado la permanencia de la Mision con adelantar las siembras y crias de los ganados, para el sustento de tantos neófitos: algunas veces cuando faltaba operario, que subrogar en el Partido de Caborca, le ha tenido tambien á su cuidado, fabricando allí una hermosa capaz iglesia, ampliando la casa del padre, mas dejando en piè aquella salita en que sucedió la gloriosa muerte del venerable padre Saeta. Hállanse en una y otra parte cerca de ocho mil almas entre los ya convertidos, y próximos á reducirse: estas dos Misiones son la puerta para estender nuestra santa fé á las próximas numerosas gentilidades de que adelante hablaremos largamente en esta historia.

Otro provecho acarreó tambien este alzamiento en utilidad de los mismos Pimas, y fué el desengaño de todos los de la Provincia de Sonora, de quc no eran los indios de esta nacion los agresores, y ul-e pados en los robos é invaciones que se habian padecido ya desde el año de 1688; porque habiendo sucedido lo mismo despues de aquel tan grande alboroto, se atribuyó á los de la Pimeria alta, y fun-

dadas, aunque siniestramente, en estas voces entraron las armas españolas y destruyeron la numerosa ranchería llamada Modoticache, matando mas de cincuenta personas, y llevando presas otras veinte: averiguando mejor el caso en el tribunal del señor Virey de la Nueva España, fueron declarados por inocentes, y mandó Su Excelencia fuesen restituidos á sus tierras. Y para que aun en todo se supiera, cuán falsamente eran acriminados, dispuso el Señor, que entrando á esta Provincia los ciento cincuenta soldados de que hablamos poco há, encontraron por el camino en un cerro la mayor parte de los robos, que se les habian atribuido: esto con evidencia aseguró la buena opinion de los Pimas, y se conoció palpablemente, que fueron invasiones de otros bárbaros, de que á su tiempo trataremos. Holgó mucho el padre Kino de este desengaño, porque amaba tiernamente á estos indios, y estas calumnias le lastimaban gravemente el corazon, por ver que podian perjudicar mucho á su tan deseada conversion.

Los mas de los padres de las Provincias de nuestras Misiones, conociendo el celo de aquel insigne jesuita, y lo mucho que habia afanado en reducir á esta numerosa nacion, le consideraron con estas alteraciones muy afligido y penetrado de un vivo doloroso sentimiento: escribiéronle cartas llenas de amor, y compadeciéndose de sus penas, le animaron á continuar tan gloriosa empresa, pronosticándole todos que sus apostólicos trabajos producirian sin duda por la inocente derramada sangre del venerable padre Saeta copiosos y abundantes frutos, como ahora por la gracia del Señor experimentamos.

Aun los cabos militares de esta Provincia entre amantes pésames se congratularon con él por las esperanzas ciertas que concebian, que con este contratiempo mejor se arraigaria y dilataria la fé de Cristo en toda la Pimeria. Bien mostraron los Pimas aunque tan alborotados, el aprecio que formaron de nuestro celoso misionero, pues apènas comenzaron á tratar de una amigable composicion, le llamaron Tupo, en donde se hallaba para establecerla y concluirla con la mayor felicidad. Acudió muy solícito, y su presencia atrajo gran número de diferentes rancherías, y con su intervencion se firmaron las paces, abrazándose mutuamente los capitanes españoles y caciques de la Pimeria. Estos para desempeñar la fidelidad, con que concurrian á la paz, en breve prendieron los autores del motin, y de la muerte del venerable padre Saeta, que en su mismo apellido parece tuvo anticipado anuncio de cuán gloriosa la habia de lograr: entregáronles á la real justicia; y habièndose seguido su causa, y dádose sentencia de muerte á los reos, los padres les catequizaron y bautizaron: enternecidos de su humildad y rendimiento, abogaron tan eficazmente para librarles del suplicio y con mayor empeño el padre Oracio Police, que consiguieron se les otorgase la vida: asi lograron del todo apaciguar esta Provincia.

CAPITULO VI.

Desvanece el Padre Kino las maliciosas calumnias contra los Pimas, y con sus celosas industrias les mantiene en sus ardientes deseos de abrazar nuestra Santa Religion.

No se hartaba el celo del Padre Kino con procurar el bien de sus hijos los Pimas, como vimos en sus continuos apostólicos afanes; extendia aun la vista por todas partes, y procuraba no omitir diligencia alguna que condujese á su firme permanencia. Persuadióse y con mucha razon, que representando al señor Virey y al padre Provincial en México aboca el estado de la Provincia, la multitud de gente y de naciones descubiertas, lograria con mas brevedad favorables despachos: pidió licencia para ejecutar ese largo penoso viaje á fin de hacer mas cabal la informacion. Las turbulencias pasadas en la Pimeria se lo estorbaron: con mucha instancia tambien se le opusieron los padres y los cabos militares por re-

conocer la necesidad, como en efecto lo comprobó, de su asistencia entre aquellas inquietudes. Pero asentadas despues las paces, estando ya sin recelo de nuevas turbaciones, emprendió el padre Kino en 16 de Noviembre de 1695, su largo camino no ménos de quinientas leguas para México, y le hizo en el corto espacio de siete semanas, sin haber dejado ni un dia de celebrar el santo sacrificio de la misa.

En 6 de Enero de 1696 entró en esta grande capital, y por otra parte el padre Juan María Salvatierra, para facilitar la conquista de la California, á que procuró ayudarle el padre Kino, pero sin efecto por entónces; mas el año siguiente le tuvo muy feliz aquella gloriosa empresa. Trajo el padre en su compañía un hijo del cacique principal de la Pimeria, que fué muy agasajado de los nuestros, y holgó mucho de verle el señor Virey Conde de Galvez con su esposa: en lo tocante al fin de su viaje consiguió del padre Provincial cinco misioneros de los nuestros, que fuesen á trabajar en aquella tan dilatada viña del Señor; pero esta concesion no se ejecutó, porque por contrarios informes ó por otras urgencias se mudaron sus destinos. En 8 de Febrero de 1696 emprendió su tornaviaje, y á mediados de Mayo llegó á la Mision de los Dolores. En esta ocasion recibió un singular favor del cielo, pues habiendo caminado muchos dias en compañía de algunos españoles, que iban á dejarle en su pueblo, se desvió un poco para saludar en otra muy cercana á algunos padres, y en este corto intermedio á los compañeros, que habia dejado, acometieron y cruelmente mataron los bárbaros.

Apénas se exparció por la Pimeria la vuelta del padre Kino, de todas partes vinieron á visitarle los indios para darle la bienvenida: hiciéronlo así, no solo los cercanos que ya le conocian, sino los mas distantes que acudieron á verle de setenta, ciento y mas leguas: todos le pedian para sí y para sus rancherías el santo bautismo y padres que les doctrinasen. Cuánto seria el consuelo de este grande jesuita por una parte, viendo tantos pueblos que deseaban ser cristianos? Y cuánto por otra su pesar no pudiendo satisfacer á las ánsias de sus hijos igualmente que á las suyas, por la falta de suficientes operarios? Hizo lo que pudo; les confesó; les animó á la perseverancia; les esperanzó con la venida de otros padres; les dijo los deseos del señor Virey y los de los superiores de México, que eran de atenderse; les agasajó con algunas dádivas que trajo de allá; y consolados de esta suerte, con el mejor modo posible les despachó á las tierras de que vinieron.

Al paso que el padre Kino se esmeraba en atraer á la fé de Cristo toda la gentilidad de su Provincia, se esforzó el demonio en desacreditar estas reducciones con falsos informes y mal fundadas hablillas, que con su maliciosa astucia cundieron mucho, y no poco denigraron el celo y las relaciones de este fervoroso evangélico Ministro. Se exparció que los indios le habian muerto; se dijo que los Pimas del Soba se habian nuevamente alzado, y que todos os padres de aquel Partido estaban en inminente riesgo; se añadió que nuestro insigne misionero se hallaba tan poco seguro entre los neófitos, que pe-

dia soldados para su resguardo, y habia aun solicitado de los superiores de México facultad para desamparar esta Provincia; volvian á asegurar que los Sobaypuris se habian coligado con los otros bárbaros que causaban tantos estragos; que se hallaban llenos de despojos de sus robos; que comian carne humana, sustentándose delos cautivos, y en fin, que eran pocos los Pimas y no necesitaban para su enseñanza de tantos padres. En este tiempo, habiendo acontecido el alzamiento de los Taraumares altos, decian que á confesion de aquellos mismos bárbaros, habian cooperado á su rebelion; mas se equivocaron enormemente, achacando á los indios de la Pimeria Alta, que distá de la Taraumara mas de ciento cincuenta leguas, lo que era muy natural sucediese con los de la Baja, que ya dijimos en otra parte, que confinaba con aquella Provincia. Las demas calumnias, falsedades y mentiras, aunque causaron en gran parte el daño de no venir los cinco padres ya destinados, procuró nuestro insigne jesuita desvanecer mas con obras que con palabras. No desistió de su afan en visitar á los indios que ya habia atraido y dominado, ni dejó de continuar sus descubrimientos, como luego se verá.

En diez de Diciembre del año de mil seiscientos noventa y seis, pasó á San Pablo de Quipuri, pueblo numeroso de mas de cuatrocientas almas, y rodeado con tapias para defensa de los moradores contra las invasiones de los tan cercanos bárbaros. Fué recibido con mucho amor, y el capitan gentil llamado Coro, le entregó su hijo para el santo bautismo, como lo hicieron asimismo otros de los in-

dios. Comenzóse dentro de la misma rústica fortificacion una capilla para el padre que les habia de instruir. En diez y nueve de Enero de mil seiscientos noventa y siete, viajó á San Javier del Bac, y en una y otra parte, como tambien en el puesto de San Cayetano, dejó porcion de ganado mayor, para que multiplicado sirviese al sustento de los misioneros que esperaba. En diez y siete de Marzo del mismo año volvió de nuevo á registrar los puestos de San Luis, San Cayetano, San Gerónimo, Santa María y San Pablo. Estas visitas siempre iban acompañadas con doctrinas y sermones á los indios, para aficionarles á la Fé, con bautismos de párvulos y de enfermos ya cercanos á la muerte: en esta última les animó muy especialmente á que con valor resistiesen á los bárbaros que solian entrar á arruinar sus Provincias. En este mismo tiempo proveyó la Mision de Santa María Suamca y el pueblo de Cocospera con el padre Pedro Ruiz de Contreras, á quien entregó bastantes subsidios temporales para su mantenimiento.

Por Setiembre de este año volvieron los indios distantes de la Pimería á la Mision de los Dolores á solicitar misioneros que les doctrinasen: algunos de estos vinieron de cien leguas de distancia, solo á este efecto; y suponiendo que el superior de las Misiones de Sonora podia concederles los padres tan deseados, se animaron á continuar su largo dilatado viaje hasta la Mision de Bezaraca. El padre Kino apoyó su animosa resolucion, acompañándoles todo el camino, que era de poco menos de cien leguas. En San Juan de Sonora, Oposura, Guasavas y mu-

cho mas en Bezaraca, á donde llegaron en seis de Octubre de este año, se les recibió con todo agasajo, celebrando el padre Oracio Police en gran manera la venida, los ruegos y buenos deseos de estos indios; y con esta ocasion, habiendo hecho no pocas y secretas diligencias, se desvaneció del todo el siniestro concepto que de esta nacion se habia tenido, como apuntamos poco há. A mas del cariño que mostró á todos, fomentó aquel superior con el gobernador de las armas de Sonora, la sinceridad de los Pimas, pidiéndole que enviase un destacamento de soldados que registrasen sus tierras y atestiguasen su buena disposicion y propension á la paz, amor á los españoles y deseos á la Santa Fé. En efecto, en nueve del próximo Noviembre llegó á San Pablo de Quiburi por un lado el padre Kino acompañado del capitan D. Mateo Mange, y por otro los soldados con sus cabos enviados por el gobernador de las armas de aquella Provincia. Conocieron evidentemente todos, que tan léjos estaban los Pimas Sobaypuris de estar convenidos con los bárbaros, que robaban á las Misiones, que ántes les hallaron regocijándose en alegres bailes con las cabelleras de quince de estos comunes enemigos, que pocos dias ántes habian muerto: lo que á los oficiales infundió gran consuelo por concebirse nuevas esperanzas de que el valor de estos indios convertidos contendria el furor de los demas bárbaros infieles. Para mas alentarles á la fidelidad y firmeza en su propósito, no solo aplaudieron la victoria, mas tambien se mezclaron en aquella danza para que viesen el aprecio que tenian de todos los de su nacion.

El intento del padre Kino era penetrar por este rumbo nuevo entre Norte y Oriente al rio Gila; mas algunos de los soldados temieron seguirle, persuadiéndose que entrarian por tierras enemigas: desengañóles aquel cuerdo jesuita, que por allí yacian las numerosas rancherías del cacique Humari, que por el largo extendido trecho de ciento veinte leguas habia venido á la Mision de los Dolores con muestras de mucho amor á visitarle, entregándole para el bautismo á sus hijos, y á sí mismo: con estas razones, habiéndose desvanecido el recelo, emprendieron el camino; y á treinta y cinco leguas hácia el Norte, siguiendo el mismo valle y rio de Quiburi, hallaron al mismo capitan Humari, que por tres jornadas se habia adelantado á encontrárseles. Dieron vista á siete ú ocho rancherías, en que contaron mas de dos mil almas que con gran cariño les agasajaron, y en nada les dejaron carecer de alimentos, de que no habian hecho provision alguna. Siguiendo las orillas del mismo rio Quiburi, llegaron á las del Gila, y caminando por tres dias rio abajo (lo que es muy digno de notar, por lo que al fin de esta Historia se dirá), y dejando á la mano derecha á la otra banda del rio la dllatada Apachería, vinieron á la Casa grande, de cuya vista mucho se alegraron los cabos y los soldados; admirándose que distase del rio Gila casi una legua en paraje falto de agua: cesó en breve su admiracion, cuando repararon en una zanja grande de seis ó siete varas de anchura, con los bordos en una y otra parte de tres varas de alto, que llegaba hasta el rio Gila, y proveía de agua no solo las casas, mas tambien con

una gran vuelta que daba á una campiña de muchas leguas de extension, en tierra llana y pingüe: indicaba todo esto lo mucho que años pasados habia servido en diladas siembras, y las que en lo venidero se podian hacer allí.

Pasaron á las rancherías de la Encarnacion y de San Andrès, en donde encontraron un cacique bautizado, y era uno de los que fueron á la Mision de Bezaraca, caminando en ida y vuelta mas de cuatrocientas leguas. En todos estos parajes hallaron muchas rancherías de Pimas Sobaypuris, que les regalaron con comida y ofrecieron sus párvulos al bautismo. En San Andrés, encontrando el padre Kino algunos indios Cocomaricopas, envió recados amistosos á los de su nacion, y aun les extendió á que les participasen á los de otra mas remota llamada Moqui, que discurria no estar muy distante de sus tierras. Tomaron con esto la vuelta para la Mision de los Dolores, pasando por San Javier del Brc, en donde con el anmento del ganado que habia depositado nuestro solícito prudente misionero, gozaron de un buen refresco; y á tres de Diciembre, despues de haber caminado doscientas setenta leguas en esta trabajosa jornada, la concluyeron, siendo todos fidedignos testigos de la quietud de los Sobaypuris, de su fidelidad (pues aun las caballerías que perdian, las buscaban y se las volvian) de su afecto á la Fé y de su liberalidad á los extraños, con que prácticamente se desvanecieron las calumnias que contra su inocencia habia tan maliciosamente formado el infierno.

CAPITULO VII.

Con ocasion de una invasion de bárbaros, descubren claramente los Pimas su fidelidad, y el padre Kino, para facilicitar los socorros á la California, emprende apostólicamente otra jornada.

Antes de este último viaje, en tres de Febrero de mil seiscientos noventa y siete, entró el padre Kino á Caborca con ocasion de conducir allá á un padre que debia quedar de misionero, y por varios estorbos, poco pudo perseverar en aquel Partido, aunque con haberle nuestro insigne jesuita poblado de ganados con el de Tubutama y de Tucubabia, habia solicitado su permanencia. En el trascurso de este año tuvo tambien nuestro apostólico varon el consuelo de ver vindicado el crédito de sus hijos los

Pimas, con un particular suceso muy digno de escribirse en esta Historia. En veinticinco de Febrero de aquel año, los bárbaros embistieron al pueblo de Cocospera, desguarnecido de la mayor parte de sus moradores, que habian ido á proveerse de maíz. Mataron alguna gente; quemaron la iglesia; robaron cuanto pudieron; y apenas pudo el padre misionero defenderse de su furor con la ayuda de pocos indios que habian quedado. Insolentes con el buen suceso, dieron sobre la ranchería de Santa Cruz, en el rio Quiburi, en treinta de Marzo del mismo año, y por ser casi seiscientos en número, aunque hallaron resistencia, lograron el saqueo de aquel pueblo, habiendo ántes muerto á su capitan con otros. Llegó la noticia de esta invasion á la ranchería de Coro, no mas que legua y media distante, y juntando su gente aquel animoso cacique, dió sobre los enemigos, que solo celebraron su triunfo pasado, sin querer aguardar á indios tan belicosos.

El capitan bárbaro desafió al esforzado Coro para que diez de una parte y diez de otra, decidiesen la victoria: convenidos en este ajuste, los Pimas á pocos lances por su destreza, no solo en disparar las flechas, sino en defenderse de las contrarias, dejaron muertos á los diez bárbaros con su jefe: visto este glorioso inmortal triunfo de gente tan guerrera, los demas infieles echaron á huir, y aquellos á perseguirles con tal brío, que mataron mas de cincuenta en el recinto de la ranchería, y otros doscientos cincuenta por el camino, segun se apoderaba del corazon el veneno activo con que los de la Pimeria tiñen sus ponzoñosas flechas, que por serlo tanto,

son muy temidas de los bárbaros. Esta victoria acreditó mucho la fidelidad de los indios de esta Provincia, y fué muy celebrada en toda la de Sonòra, aplaudiéndola, como justamente merecia, los seculares y los padres, y aun escribiendo muchos parabienes al padre Kino, á quien consideraban tan interesado en las apreciables consecuencias que de aquel feliz suceso resultaban. Todos se persuadian que en adelante se hallarian libres de los robos é insultos que habian padecido hasta entónces; pues sin duda domado el orgullo de los bárbaros, no habian de atreverse en adelente á recibir de la valiente mano de los Pimas segundo sangriento escarmiento de sus osadías. Con todo, habiéndose arraigado en los ánimos de algunos incrédulos, y tenazmente impresionados, que las pasadas vejaciones habian sido de estos naturales, no querian persuadirse de la verdad de esta victoria; mas el padre Kino, con algunos vecinos y los soldados por otro rumbo, entraron á Santa Cruz de Quiburi, y fueron testigos oculares, no menos de los muchos muertos, que del valor de los Pimas, que despues por todas partes pregonaron.

Habiendo por este tiempo ya corrido la fama de que el padre Juan María Salvatierra habia penetrado la California, el señor Virey de la Nueva España y los superiores de la Compañía procuraron que le llegasen socorros competentes, para que pudiese permanecr en aquella árdua gloriosa empresa. Entre las demas providencias encargaron al padre Kino que registrase las playas de la Pimeria, para ver si por aquel rumbo se hallaba algun paraje á

propósito para suministrar á aquella estéril Península los subsidios necesarios. Para obedecer á estas órdenes, en veintidos de Setiembre del año mil seiscientos noventa y ocho, acompañado de un teniente de la Provincia, se puso en camino nuestro grande apostólico jesuita, y llegando á las Casas grandes, que distan mas de cien leguas de la Mision de los Dolores, pasó á las rancherías de la Encarnacion y San Andrés, en donde halló mas de mil almas, y fué recibido con las acostumbradas demostraciones, no solo de regocijo por su venida, sino de liberalidad en abundantes alimentos, que á toda su comitiva repartieron. Concurrieron en estos parajes varios indios de las naciones Opas y Cocomaricopas, que aunque en el traje se diferencian de los Pimas, mas en la buena y mansa índole, y en el deseo de recibir la Santa Fé, les igualaban. Les consoló este discreto celoso misionero con esperanzas de que conseguirian lo que deseaban; pues por su parte, en cuanto pudiese, cooperaria á su buen logro.

De la ranchería de San Andrés, prosiguiendo el rumbo entre Sur y Poniente, á las ochenta leguas encontró el mar de California, y en él un puerto ó bahía con agua dulce y leña en altura de treinta y dos grados. Juzgó el padre Kino que este era el que los antiguos geógrafos llamaron de Santa Clara, aunque en esta relacion no expresa haber subido al volcan ó cerro de este nombre; pero en otras partes por dos veces afirma que en este año de mil seiscientos noventa y ocho, desde el cerro de Santa Clara reconoció como la mar de California, termi-

naba y remataba en el desemboque del rio Colorado, sin tener continuacion alguna por donde pudiese comunicar con otros mares. Es muy natural que en este viaje hiciese este reconocimiento, aunque se olvidase, ó su amanuense, de expresarlo en el papel. Desde este puerto fueron reconociendo toda la playa, que corre de Norte á Sur por el espacio de noventa leguas, hasta las cercanías de Caborca, que dista de la mar como veintidos leguas.

Encontró este apostólico varon por este camino mas de cuarenta rancherías, parte pequeñas, parte grandes, y en todas mas de cuatro mil almas, gente no solo mansa, mas tambien afable, dadivosa y liberal; pues á mas de las semillas, le regalaron con frutas de tierra, particularmente con pitayas, que con mayor abundancia florecen en California, y con liebres y conejos que habian cazado. Mostraron gran regocijo por su venida: al uso de otras partes les recibieron con muchas cruces y arcos erigidos por largos trechos, y aun con bailes, que de dia y de noche celebraron, y con muchos párvulos que le ofrecieron para el bautismo: dieron muestras de la singular alegría que les causaba la vista del padre misionero. A una de las rancherías llamaron San Francisco, á otra dos leguas mas adelante, San Serafin; á otra, la de la Merced; á otra, de San Rafael, y treinta y dos leguas mas adelante, hácia el Poniente, intitularon con el nombre de San Marcelo un puesto que los naturales llaman Sonoydag, paraje muy bueno por sus tierras, pastos y aguas abundantes, á distancia de aquel terreno como veinte le-

guas de camino bueno. A quince mas de San Marcelo dieron en la ranchería de Bacapa, hasta donde llegó en su peregrinacion Fray Márcos de Niza, como lo expresa en su libro de las Siete Ciudades. Caminadas otras cuarenta, llegaron á Caborca; y despues de veintidos mas, á Tubutama, y de allí á Dolores, habiendo andado mas de trescientas leguas en esta jornada. Desde esta poblacion, en veinte de Octubre, dió el padre Kino noticia de su viaje al padre superior de las Misiones, que le agradeció no ménos que el señor gobernador de las armas, por lo mucho que podian conducir para el divino servicio y para el de nuestro católico monarca. Con las mismas finas expresiones respondieron desde California los padres Juan María Salvatierra y Francisco María Piccolo, que fueron los primeros conquistadores, por haberles el padre Kino participado el descubrimiento de la costa, y mostraron grandes deseos de llegar con sus barcos luego que pudiesen, al puerto de Santa Clara.

CAPITULO VIII.

Dos nuevos penosos dilatados viajes del padre Kino, con que claramente convenció la verdad contra las calumniosas voces que habia exparcido la malicia.

¿Quién creyera que este nuevo descubrimiento de nuestro fervoroso apostólico ministro no se ganase los aplausos de todos? Mas no faltó quien exparciese rumores falsos y calumniosos; porque viéndose convencidas sus mentirosas voces en haber achacado á los Pimas Sobaypuris que eran bárbaros infames, y que como fieras se mantenian de carne humana, trasladaron esta calumnia á las Opas y Cocomaricopas recien descubiertos por el padre Kino. Para desvanecerla, de órden de sus superiores em-

prendió ese gran jesuita, en siete de Febrero de mil seiscientos noventa y nueve, un nuevo largo viaje, acompañándole el teniente Juan Mateo Mange y el padre Adán Gil: llegaron á S. Marcelo de Sonoydag, en donde dejaron porcion de ganado mayor para socorro de los padres de California, si estos acaso viniesen al puerto de Santa Clara; y dejando á éste á un lado, por camino nuevo de cuarenta leguas fueron á las cercanías no muy distantes del desemboque del rio Gila, ó al lugar en que éste se junta con el otro llamado Colorado: encontraron allí mas de cincuenta indios Pimas, Yumas, Opas y Cocomaricopas, que les recibieron con grande amor: á este puesto le intitularon San Pedro; á otra ranchería mas abajo, San Pablo; estos les dieron noticia de otras naciones que les eran confinantes llamadas Iguanes, Cutganes y Alchedomas: predicaron los padres en lengua Pima, y por intérprete á los Cocomaricopas y Yumas: oyeron todos con aprecio y muestras de buen afecto la palabra de Dios, y ofrecieron al bautismo algunos párvulos.

Estos indios; que son de traje y lengua diferente, aunque no se descuidan de sus sementeras, se dedican á la pesca; para asegurarla abundante, están bien proveidos de buenos instrumentos y redes muy curiosas. Así como el año pasado á los buenos recados y mensajes que el padre Kino les envió, respondieron gratamente, convidándole á que les visitase en sus tierras, así ahora con todo afecto se encargaron de participar á las otras naciones confinantes sus cariñosos saludos; porque el celo de este incansable obrero de la viña del Señor no sabia

descansar, y lo mismo era llegar á descubrir una, que aspirar á la conquista, descubrimiento y conversion de las mas inmediatas. Agasajaron nuestros misioneros á estos indios con algunas dádivas, que igualmente extendieron á los otros confinantes, correspondiendo á esta ingeniosa santa liberalidad aquellos bárbaros con generitos extraordinarios y propios de sus tierras: entre la variedad de su regalo, unas vistosas conchas azules contentaron sobremanera al padre Kino; porque habiendo hallado en el tiempo que estuvo en California, en su contracosta, que mira hácia Filipinas, otras muy semejantes, que creía no hallarse en ninguna otra parte, inferia su grande penetracion, que el paraje en que se hallaban en esta entrada, debia poco distar de aquella Península, y que por tierra habria sin duda alguna comunicacion. Mucho cuidado y no menor afan causó este discurso á este sábio prudente misionero, como en adelante se verá.

En veintitres de Febrero se despidió de estas naciones, que quedaron con mucho deseo de que presto volviese á verlas; les encargó solamente que si algun barco se acercaba á las playas inmediatas, recibiesen á su gente con todo amor, declarándoles que los padres de California eran sus hermanos, y vendrian desde luego con los mismos deseos de ayudarles en su salvacion. Con esto, subieron ochenta leguas rio Gila, arriba hasta San Andrés, la Encarnacion y Casas Grandes. En todas partes salian indios á encontrarles con alegría, adelantándose jornadas enteras para su recibimiento; y porque los padres advirtieron que los de la junta de los rios

eran enemigos de los otros que se hallaban mas arriba, en las cercanías de la Casa Grande, con eficaces exhortaciones amistáronles recíprocamente, cesando de esta suerte los ódios antiguos y las muertes muy frecuentes que sucedian en los dos bandos. Antes de llegar á San Andrés, descubrieron otro rio llamado Azul, poblado de muchas frondosas alamedas: juzgaron que recogeria sin duda sus primeros manantiales en las cercanías de la Provincia del Moqui, á quienes el padre Kino habia enviado de antemano sus cariñosos mensajes: volvió en esta ocasion á repetirles, aunque á lo que parece por entónces por diferentes estorbos, no tuvieron el deseado efecto; mas logró el que tanto le importaba á este cuerdo prudente jesuita, y fué, que jurídicamente y por atestiguacion del teniente Mange, se hiciese notorio á todos, que estas naciones nada tenian de bárbaras, y mucho ménos que comiesen carne humana. En la vuelta de este viaje pasaron por San Javier del Bac y San Cayetano, y acabáronle, habiendo sido no ménos dilatado que de trescientas sesenta leguas, en la Mision de los Dolores, á que llegaron el 14 de Marzo. Supo el padre Kino en este tiempo, que el capitan Humari, con el valor propio de su nacion, habia muerto en un encuentro treinta y seis bárbaros infieles, y habiendo cautivado ocho muchachos, los cinco se los remitió de regalo aquel autorizado indio, que con gran consuelo bautizó nuestro apostólico misionero.

Los afectuosos recados que en su última jornada envió el padre Kino á los Yumas, Opas y Cocomaricopas y á los de la Provincia de Moqui, tuvieron

ahora buen efecto, viniéndole á la Mision de los Dolores la respuesta de aquellas naciones, convidándole y rogándole que les cumpliese sus deseos, y les fuese á visitar. Recibió este aviso, despues de haber dado una vista á Tubutama y Tucubabia; mas ya que del Moqui no se logró ahora lo que se deseaba, porque los mensajeros fueron cogidos por los apaches inmediatos á Cocomaricopas y Pimas Sobaypuris, con todo, juzgando estos bárbaros que aquellos recados se los enviaba el padre Kino, siguieron el ejemplo de los otros indios, convidándole igualmente á que pasase á sus tierras á predicar la ley de Dios. Así lo aseguraron muchos indios gobernadores, que para este efecto vinieron al pueblo de los Dolores, y lo confirmó igualmente el cacique Humari, su confinante, que llegó á esta Mision á comunicar á este celoso misionero tan plausible novedad. No es fácil de creer el gozo que esta noticia causó, no solo al apostólico corazon del padre Kino, que veía como á la corta diligencia de unos recados, se amansaban unas naciones en pos de otras, sino á los otros padres y á toda la Provincia de Sonora; porque habiendo sido aquellos feroces indios, como en adelante mas largamente se dirá, el azote mas riguroso de sus pueblos y Misiones, con razon confiaban que si se redujesen á la Fé de Cristo, no se experimentarian ya mas los estragos y enemigas invasiones que tanto habian dado que llorar.

Nunca los muy distantes conciben las cosas con aquella viveza con que las penetran los presentes: aquellos en lo que conciben, hallan dificultades in-

superables por lo que imaginan engañados, dando pleno ascenso á lo que falsamente se les refiere; estos se rien de estos soñados reparos, mirando con evidencia por la práctica y aun con la vista experimental todo lo contrario de lo que se asienta como fijo: por esto no es de admirar que sujetos que se hallaban distantes de la Pimeria, informasen á Mèxico con dictámenes muy contrarios á lo que en sus cartas afirmaba el padre Kino, así de la muchedumbre de los Pimas, como de la docilidad y afecto á la Fé, que en ellos habia descubierto y reconocido. Esta contrariedad de pareceres, si no consiguió que se dudase de la verdad de todo lo que escribia nuestro apostólico misionero, suspendió á lo ménos la resolucion de los superiores, y les detuvo en enviar nuevos operarios que se empleasen en aquellas remotas gentilidades, difiriéndolo siempre hasta que se liquidasen las dudas y se apoyase con irrefragables testigos, no ménos el número que la inclinacion á la Fé de los recien descubiertos Pimas. Encargóse de esta diligencia el superior de las Misiones de Sonora, padre Antonio Leal, y en compañía de los padres Francisco Gonzalvo y Eusebio Kino, quiso hacer personalmente la averiguacion; porque no ménos celoso del bien de las almas, que afligido de ver que se dilataba su conversion por estos contrarios informes, anhelaba mucho á que se comenzase y tuviese feliz principio por la de los apaches, cuya ferocidad se habia hecho hasta entónces tan temible. Salieron los tres padres en 24 de Octubre del año 1899, de la Mision de los Dolores, comenzando el viaje por Cocospera, y continuándole por Suamca,

S, Luis Guevavi, S. Cayetano y S. Javier del Bac. En todas partes fueron bien recibidos, saliendo á encontrarles los niños con cruces en las manos, y la demas gente en grandes hileras: vieron asimismo adelantadas las siembras, multiplicado el ganado, fabricadas casas y capillas á diligencia del padre Kino para los padres que esperaban recibir. Cuatro leguas mas adelante hallaron la ranchería de San Agustin, y por haber enfermado algunos de la comitiva, que juzgaron no ser conveniente desamparar, se frustró la principal idea del viaje de pasar y llegar á los confines de los apaches; no obstante, el padre Kino prosiguió quince leguas mas adelante, hasta otra ranchería, que llamó de Santa Catalina: en ésta y en la de San Agustin, encontraron mas de mil quinientas almas: la mayor lástima fué, que en otra ocasion no se emprendiese la pacificacion de los apaches, que siempre han aumentado su fiereza con insultos y daños mas considerables. Enviáronse cariñosos mensajes á todos los indios mas distantes, excusándose de no haberse acercado mas por el contratiempo que les sobrevino. Para volver á los Dolores, cogieron el rumbo del Poniente, pasando por las rancherías ya otras veces mencionadas en esta Historia, de San Serafin y San Marcelo. Reconocieron en todas partes el mismo número de gente, que siempre habia asegurado el padre Kino: experimentaron su docilidad, su alegría en recibirles, su deseo de ser bautizados, y su cariño en regalarles.

Se hicieron nuevas solícitas diligencias, para averiguar si habia paso por tierra á California, preguntando con su gran prudencia el padre Kino de

dónde habian venido aquellas conchas azules que en otra ocasion le habian presentado los indios de junto al rio Gila, de sus respuestas solo entendió, por lo que le certificó un indio Cocomaricopa, que á la otra banda del Rio Colorado se hallaba otra nacion hasta ahora incógnita, llamada de Cuculatos. En estas últimas rancherías al Poniente vieron, como en las otras, mucho número de gente, mucho agasajo y total quietud, como siempre habia afirmado nuestro insigne grande jesuita, á quien por su incansable afan en alumbrar á esta tan numerosa nacion, con razon pudiéramos llamar Apóstol de los Pimas. En todas partes se hicieron algunos bautismos, y se les predicaba la palabra de Dios, para mantenerles en sus ardientes ánsias de abrazar la Santa Fé; y para que si viniesen nuevos operarios, se pudiese desde luego poner mano á la conversion de pequeños y de adultos. En muchas de estas rancherías tenia ya el padre Kino repartido algun gánado, y les exhortaba á que se aplicasen á las siembras, para tener adelantado este paso tan importante para la permanencia de la poblacion. Los tres padres pasaron á San Ambrosio del Bufanic, y de allí á Tubutama; y por San Ignacio se restituyeron á la Mision de los Dolores, en donde recibieron la gustosa noticia, qne habiendo el gobernador de las armas despachado algunos soldados acompañados de indios Sobaypuris del capitan Coro, dieron sobre una ranchería de los bárbaros con muerte de algunos y cautiverio de otros muchos: accion que acreditó de nuevo no ménos el valor, que la fidelidad tan disputada de los Pimas.

CAPITULO IX.

Nueva trabajosa jornada del P. Kino, para averiguar si la Pimeria se unia con la California, en bien y aumento de las Misiones de entreambas Provincias.

Llegamos ya al principio del nuevo siglo 1700, á los diez y ocho años de tarea, de ánsias y de afanes del padre Kino, en solicitar y promover la conversion de tantos pueblos, como de lo dicho hasta ahora se echa bien de ver; pero frustradas todas sus diligencias, sin poder obtener los operarios necesarios para tanta mies, aunque nunca se olvidó de cultivar y fomentar á sus hijos los Pimas, que tantas veces habia visitado á costa de dilatados viajes y jornadas peligrosas, se valió este nunca bastante-

mente alabado jesuita, de otra industria para conseguir á lo ménos indirectamente la mayor utilidad y adelantamiento espiritual de toda la Pimeria. Procuró mucha union y comunicacion con la California, viendo que los deseos de todos conspiraban al fomento y conversion de aquella Península: á su reduccion se dirigian las Cédulas de Su Majestad, los despachos de las Reales Audiencias, las órdenes de los señores Vireyes, las limosnas cuantiosas de muchos piadosos particulares, y las providencias de los superiores de la Compañía, así del general desde Roma, como de los padres provinciales de la Nueva España desde México. A vista de todo esto, juzgó muy acertadamente que si tenia la California comunicacion y aun union por tierra, y se reconociese la necesidad de las abundantes cosechas y frutos de la Pimeria, para ser socorrida la esterilidad casi extrema de aquella tan infecunda Provincia, que las providencias que se daban para la conversion de sus pobres indios, se extenderían tambien á esta tan necesitada; y que siquiera por respeto de la otra tan favorecida, mereceria las mismas atenciones y participaria de sus espirituales socorros, suministrándole los temporales.

Puso á ese fin el mayor esfuerzo en descubrir si aquella Península estaba unida, y si era tierra firme con la Pimeria. Esto pudo moverle á tan trabajosa é importante empresa, sin que se pretenda que su celo igualmente no abarcase el bien de los Californios; le deseaba sinceramente, y lo mostró, no solo en lo que personalmente afanó para asegurarle, sino porque en el año mil seiscientos noventa y siete ha-

bia sido asignado á la espiritual conquista de aquella Provincia con el padre Juan María Salvatierra, aunque á repetidas instancias, así de los nuestros de la de Sonora, como de varios seculares, los mas autorizados, se alcanzó de los superiores de la Compañía que no saliese de la Pimeria: en esto pretendian que no careciesen los Pimas de este consuelo, y mucho mas que no faltase en aquellas dilatadas tierras y naciones, un sujeto que consideraban por operario el mas útil y del todo necesario, para que cada dia se adelantasen las conquistas espirituales y no se malograse el fruto ya conseguido á costa de casi increibles apostólicas fatigas. A impulsos de su mismo celo sacó facultad de N. M. R. Padre General Tirso Gonzalez, de poder en adelante emplearse seis meses en bien de los indios de la Pimeria, ocupando los otros seis en la conversion de los Californios; y aunque nunca llegó á pasar á sus tierras, se verá, no obstante, cuántos esfuerzos hizo su fervoroso espíritu para abrir comunicacion estable por tierra entre una y otra Provincia.

Fueron tantas las diligencias y tantas las penosas fatigas que pasó, tan peligrosos y dilatados los viajes que emprendió, que bien se le echaba de ver que la vehemencia de sus santos deseos le proponia por cierto, claro y evidente lo que sin la fuerza de esta inclinacion pudiera parecer, que no excedia los términos de dudoso y probable; á lo ménos los críticos con razon dijeran que para asegurar esta verdad, eran necesarias mayores, mas exactas y mas circunstanciadas diligencias, examinando, pesando y averiguando con mas solidez lo que le facilitaba su

celo, y le proponia como tan fijo y tan seguro su ansioso deseo de la conversion de aquellas tan pobres desvalidas naciones. Mas esto prueba cuán preocupado estaba su apostólico corazon del ardiente deseo de ganar para Dios aquella tan numerosa gentilidad. Esto ha sido necesario advertir á los que leyeren esta Historia, para que no admiren que este grande fervoroso misionero nos diga en su relacion, que las tierras que están junto al Rio Colorado y Gila, se llaman California Alta, y que, sin haber registrado sino muy poco las ensenadas que se hallan á la otra parte del Rio Colorado, asegure casi como cierto que aquella Península está unida con la Pimeria Alta: véamos ahora, con qué ocasion emprendió un nuevo largo viaje este apostólico varon, para averiguar ese punto tan importante. En veintinueve de Marzo, en su Mision de los Dolores, recibió un nuevo regalo de conchas azules que le enviaba un gobernador de la Nacion Cocomaricopa; esto avivó sus deseos de saber con mayor certidumbre, por dónde aquellos indios las habian adquirido. A ese fin salió en veintiuno de Abril del año mil setecientos, de su Mision: pasó por Cocospera, en donde halló que sus moradores habian ya restablecido el pueblo, despues de la última invasion en que los bárbaros le habian casi destruido: continuó su rumbo por San Luis á Guevavi y á San Cayetano: cinco leguas mas adelante, en la ranchería de los Reyes, halló al capitan Coro, que con todos los suyos, en número de quinientas almas, habia aumentado aquella poblacion; era ya cristiano, por haberse bautizado la inmediata Pas-

cua de Resurreccion de aquel año, en Nuestra Señora de los Dolores.

A San Javier del Bac acudió gran número de indios Sobaypuris: le instaron con tanto ardor que se quedase con ellos, que no pudo negarse á su tan justa fervorosa peticion, interrumpiendo por entónces el emprendido viaje: aquí le visitaron los gobernadores de varias partes, el Humari, dos de la Encarnacion y San Andrés, otros de la Nacion Cocomaricopa, y algunos de los mismos Pimas, que yacen hácia el Poniente. Con todos estos tuvo largas contínuas pláticas el padre Kino, confirmándoles en su buen afecto á la Santa Fé, y haciendo con la mas prudente cautela las pesquisas posibles sobre las conchas azules, sin sacar, á lo que parece, noticia cierta. Entretanto, aprovechándose de la buena inclinacion de aquellos indios, y del fervor con que fabricaban muchas casas, abrió en San Javier los cimientos á una nueva grande iglesia, y tan capaz, que bastase para la mucha gente que allí solia concurrir: empleó en la fábrica mucho tezontle, que en aquellas cercanías halló, y es especie de cierta piedra ligera y porosa, muy cómoda para los edificios, de que casi toda la ciudad de México se ha servido para los suyos mas suntuosos. Los indios trabajaban gustosos en aquella obra, que tanto deseaban, sin negarse á cosa alguna que el padre les mandase, por el grande y tierno amor que le tenian. En cinco de Mayo se volvió el padre Kino á su Mision de los Dolores, habiendo ántes conseguido el perdon de un indio Pima ya sentenciado á muerte por el cabo militar de unos soldados: entraron estos has-

ta Tucubabia, y quedaron muy satisfechos, como lo expresaron en su carta escrita á nuestro insigne misionero, del mucho número de gente que habian visto, admirando no menos su cristiandad, que su buena educacion y enseñanza aun en lo político.

Deseó mucho nuestro incansable operario de la viña del Señor establecerse en la Mision de San Javier del Bac, para acudir mejor á los muchos indios que le pedian; y aunque el padre superior de la Sonora aprobó su buen deseo, por no tener á quien dejar la de los Dolores, se malogró su intencion; mas no por eso se olvidó de nuevas gloriosas empresas. No le permitió mucho descanso su celo; y el deseo de apurar la verdad de si la California era tierra continente con la Pimeria, le estimuló á una nueva larga y peligrosa jornada. A ese fin, en 24 de Setiembre de este mismo año de 1700, la emprendió tan dilatada, que anduvo trescientas ochenta leguas: comenzóla por el pueblo de los Remedios á la estancia de San Simon y Júdas: con veintiocho leguas de camino llegó á San Ambrosio del Bufanic, y de allí á Tucubabia: pasó adelante al aguaje de Santa Eulalia, habiéndose ántes detenido en una ranchería de trescientos indios, á quienes exhortó á la Fé, y le prometieron agregarse á Bufanic luego que tuviesen padre de asiento: á seis leguas de distancia encontraron cuarenta hombres de los principales de aquellas poblaciones confinantes, que venian á saludar á nuestro insigne jesuita, regalándole con mucha abundancia de alimentos: á otras seis leguas mas, llegó á Nuestra Señora de la Merced:

prosiguió el dia siguiente, y habiendo atravesado cuatro rancherías, á las veinte leguas halló otro lugar de mucha gente, que llamaron San Gerónimo: aquí encontró doscientos cincuenta hombres en hilera, con cruces y ramadas á manera de arcos; ya de noche llegaron otros ciento cincuenta indios de otra ranchería, que se admiraron mucho de ver al padre Kino y á su comitiva, por no haber seguido este rumbo hasta entónces nuestro misionero ni los indios haber visto otra gente que la suya.

A cinco leguas, guiándole aquellos bárbaros de San Gerónimo, vino á un buen aguaje, y despues de otras doce, encontró otro muy empinado y dificultoso, en que pudiesen beber las caballerías: á otras diez de camino, llegó al rio Gila, hasta que encontró, que habiendo siempre caminado sus corrientes hácia el Poniente, daba una vuelta de ocho leguas para el Norte, continuando despues su curso como ántes: aquí, habiendo en todo el espacio intermedio pasado por varias y numerosas rancherías, se halló entre la Nacion Yuma: la puso en paces con los indios, que habitan rio arriba, olvidando el enojo que se habian mútuamente concebido por varias muertes que pocos meses ántes hubo de una y otra parte. Los bárbaros, que en otra entrada habian tenido bastante miedo á las caballerías, en esta ocasion, habiéndose perdido algunas, las cogian, y lo mismo hicieron con un perro, aunque les causaba gran novedad, por ser animal nunca visto por allí: celebraron mucho su mansedumbre y fidelidad. En este paraje subió el padre Kino acompañado de algunos á un muy alto cerro hácia el Poniente: en su rela-

cion asegura, que mirando por todas partes del Poniente, del Sur, y entre Sur y Poniente, por el trecho de casi treinta leguas, no pudo divisar la mar de California; que solo se descubrian tierras por cuanto se extendia la vista, aun ayudada con anteojo; que de la misma cumbre veía aquel ángulo de tierra, en que el rio Gila desemboca en el Colorado; y que preguntando qué gentes poblaban aquellas tierras, le dijeron que eran cuatro naciones llamadas Quiquima, Bagiopa, Hoabonoma y Cutgana. Esto es en breve resúmen lo que dejó en su relacion el padre Kino, sin quitarle ni añadirle cosa.

Mas á la verdad esta narracion en el mas crítico importante punto, parece muy suscinta, sin que baste para aclarar la duda, de si la California estaba unida con la Pimeria. Y aunque casi da por concluida la averiguacion, no queda del todo satisfecho el entendimiento: dificultad que tambien se encontrará igual en otras diligencias, que en adelante referiremos haber ejecutado ese incansable apostólico jesuita. En esta ocasion hubiera ya parado el descubrimiento, por haber enfermado algunos de la comitiva; mas al querer ya tomar la vuelta, vino un gobernador de los Yumas, qne viven á la orilla del Rio Colorado, á rogar al padre que pasase á verles, añadiéndole que toda la gente estaba muy esperanzada, con grandes deseos de recibirle: poco despues llegaron otros cuarenta indios con la misma demanda; resolvió muy cuerdamente complacerles: le fué preciso, para ejecutarlo, pasar el rio Gila: esto hubiera sido muy difícil por ser muchas sus aguas, si no le hubieran enseñado un paraje en que dividién-

dose en tres ramos, se facilita el vado. De allí á ocho leguas dieron con la primera ranchería de los Yumas del Rio Colorado, en que encontraron varios de aquellos indios que el año anterior habian ido á ver al padre Kino al puesto que intituló de S. Pedro: salieron dos leguas á recibirle, le regalaron con sus comidas, é instaron que se quedase algunos dias, para complacer á los muchos que concurririan de varias naciones, solo para verle y saludarle. Poco mas adelante, en la ranchería grande de los Yumas del Rio Colorado, en terreno muy bueno y muy inmediato al lugar en que se junta con el Gila, llamado San Dionisio, por haber llegado allí el dia de este santo, vinieron á ver al padre en poco tiempo como mil quinientas personas; muchas de estas pasaron á nado el Rio Colorado; y notaron que eran de estatura muy grande, y entre ellos sobresalia uno de corpulencia agigantada, á quien hasta entónces no habian encontrado alguno que igualase. A todos hizo nuestro apostólico misionero muchas y largas Pláticas de su eterna salvacion, que oyeron con gran gusto.

Observó el padre la altura del puesto de S. Dionisio, y halló estar en treinta y cinco grados y medio. El Rio Colorado es el mas caudaloso que hay en toda la Nueva España: viene cogiendo su corriente mas arriba del Nuevo México, caminando casi siempre entre Poniente y Norte, de que inferia el padre Kino, que hallándose la Provincia de Moqui en treinta y seis grados, no podia, siguiendo el rumbo rio arriba entre Norte y Oriente, distar mas de treinta y seis leguas de la ranchería de San Dioni-

sio, desde donde juzgó que costeando el rio, se podria llegar al Moqui, sin que las tierras pobladas de los apaches pudiesen ponerle estorbo á la entrada. De San Dionisio cogió su vuelta, y llegando al paraje en que habia desde su cerro hecho la observacion, que poco há referimos, subió á otro mas elevado, desde donde al ponerse el sol, divisó distintamente, segun asegura en su relacion, muchas tierras de la California, y notó que los dos rios, despues de su junta en San Dionisio, corrian como diez leguas al Poniente, y tomando la vuelta al Sur por otras veinte de camino, embocaban en el remate de la mar de California. En este tornaviaje, llegó primero al aguaje, que llamó de la Trinidad, y con otras doce leguas de distancia á otro, que nombró la Agua escondida: allí cerca subió á otro cerro, y escribe que no pudo divisar mas que tierras y arenales de la California. Con otras doce leguas llegó al aguaje, muy encumbrado y difícil para las caballerías. Habiendo andado el trecho de otras diez y ocho mas de distancia, se halló en el arroyo que pasa por S. Marcelo, á donde vino con otros ocho de camino. Por todas partes salieron los naturales leguas enteras á encontrarle con las mayores demostraciones de cariño, saludándole afectuosamente y regalándole con sus comidas. Este pueblo de San Marcelo es casi el único terreno de aquella costa y playa que sea capaz para formar una Mision, por tener agua bastante, pastos buenos, de que carecen los contornos, y por hallarse en él y en sus cercanías mas de dos mil almas. Desde esta poblacion hasta la de Caborca, rumbo del Sur, hay cincuenta leguas, y por

el del Norte hasta el rio Gila, igual distancia; por el de Oriente hasta San Javier del Bac, otras cincuenta; y el otro, entre Poniente y Norte, hasta el desemboque del Rio Colorado, en la mar de California, hay la misma distancia.

Prosiguió el padre Kino su viaje con la misma continuacion de numerosos encuentros y agasajos de indios á las rancherías de San Luis de Bacapa, que son doce leguas de camino; y con otras veinte llegó á San Eduardo, que cuenta en sus contornos mas de mil doscientas almas. Despues de otras diez y seis de viaje, llegó á Caborca; con otras doce á Tubutama; con diez y siete mas á San Ignacio; y el dia 20 de Octubre se restituyó á su Mision de los Dolores. La noticia de esta larga trabajosa jornada del padre Kino, consoló mucho á todos los nuestros de Sonora, que le dieron los debidos parabienes, y el señor gobernador de las armas le agradeció, en nombre de Su Majestad, su celo, esmero y afanes tan gloriosos y de tanto servicio de Dios y de nuestro católico Monarca. El padre Salvatierra le dió asimismo los plácemes por su feliz jornada con muchas gracias, por haberle ayudado en su grande necesidad con una no pequeña porcion de ganado mayor y menor para socorro de la California, contribuyendo no poco desde su Mision de los Dolores. En esta jornada y descubrimiento pudieron excitarse algunas dudas y dificultades de bastante consideracion, mas porque en las siguientes se renovarán las mismas perplegidades, será mas conveniente dejar la respuesta á los reparos que pueden mover los críticos, para la conclusion de los viajes del padre Kino.

CAPITULO X.

Repite el P. Kino otro largo y penoso viaje á instancias del P. Salvatierra, para averiguar mas la comunicacion de la California con la Pimeria.

La noticia que de este descubrimiento tuvo el padre Juan María Salvatierra, conmovió tanto su ánimo, que juzgó ser de suma importancia para su subsistencia y permanencia de la California el averiguar con la mayor posible individualidad el continente de aquella Península con la Pimeria: instó al padre Kino que se sirviese de hacer otro viaje á ese fin, ofreciéndose á acompañarle en la misma jornada, con firme resolucion de no desistir de la demanda hasta conseguir paso con el favor de Dios,

por la Pimeria al desemboque del Rio Colorado, y costear por tierra toda la California, volviéndose al Real ó Puesto de Loreto, en donde se habia establecido el principio de la conversion de los Californios. No necesitaba de tantos estímulos el padre Kino para emprender de nuevo aquella jornada tan conforme á su celo y deseo ardiente de dar á conocer á Dios á todo el mundo: hizo luego prevenciones crecidas de alimentos, caballerías, y de los necesarios sirvientes.

El padre Juan María, entretanto, por Enero de 1701, pasó desde la California al rio Yaqui en Sinaloa; y por Febrero llegó á la Mision de los Dolores acompañado de algunos indios Californios deseosos de volver á su tierra, no ya por mar, sino por tierra firme; y porque el padre Salvatierra se recelaba que pudiesen, pasado el Rio Colorado, encontrar con naciones totalmente bárbaras y enemigas, alcanzó del gobernador de las armas de Sonora que les acompañasen diez soldados en esta jornada. Mas estando ya para principiarla, un repentino accidente la puso en gran contingencia: fué el caso, que por el mes de Febrero de este año entraron hasta la Mision de Cucurpe, cercana á la de los Dolores, una gran porcion de aquellos bárbaros, que ya otras veces dijimos, tenian por costumbre arruinar á la Sonora; y habiendo en el pueblo de Larache cometido muertes, estragos y robos, se retiraron, dejando amedrentados á los demas pueblos, y muy temerosos de experimentar los funestos efectos de alguna otra repentina invasion: salieron del Presidio de Fronteras soldados en seguimiento de los enemigos:

sobre quienes eran ó no eran, hubo bastantes controversias, queriendo unos, que habian sido los mismos bárbaros que tantas veces habian lastimosamente talado la Provincia, y porfiando otros tercos en sus primeras impresiones, de que los agresores eran indios de la Pimeria; mas en breve quedaron estos desengañados, porque los soldados destinados de aquel Presidio, habiéndose acompañado con el fiel Coro y con indios Sobaypuris, alcanzaron junto al cerro de Chiguicaguys á los bárbaros: conocieron muy bien, y reconocieron no ser Pimas, y volvieron á cobrar todo el robo que habian hecho, teniendo por gran felicidad los infieles no pagar con la vida su insolencia, por haberles favorecido en la fuga el mal terreno, que no dió lugar á su alcance.

Libres ya nuestros celosos apostólicos misioneros de este contratiempo, salió el padre Salvatierra á fines de Febrero de los Dolores, y pasando por la Mision de San Ignacio á Tubutama, á Addi, á Uquitoa y Pitquin, llegó á Caborca, en donde aguardó al padre Eusebio Francisco, que habiendo ántes dado algunas providencias para el resguardo de sus pueblos contra enemigas invasiones, que de nuevo pudieran ofrecerse, partió el 1º de Marzo de aquel año de su Partido, y tomando la vuelta por Cocospèra, la Estancia de San Simon y el Bufanic, fuè á alcanzarle en Caborca. En 10 del mismo mes salieron los dos, y marchando por San Eduardo y San Luis de Bacapa, llegaron á San Marcelo, recibiéndoles como siempre, con demostraciones de mucho regocijo en todas las rancherías, que dejaron en el camino. Todos iban muy contentos: por el camino,

en varias lenguas cantaron muchas alabanzas al Señor, en lo que eran bastantemente diestros los Californios que acompañaban al padre Salvatierra. En S. Marcelo tuvieron la respuesta de los indios de la Nacion Quiquima, que yace hácia los fines del Rio Colorado, á los mensajes que el año pasado les habia enviado el padre Kino; y se reducia, á que se alegrarian mucho de que fuese á verles y doctrinarles. En 16 de Marzo salieron para el aguaje, que dista ocho leguas de San Marcelo; y habiendo venido muchos indios á encontrarles, les dieron noticia, como siguiendo el camino mas breve para el desemboque del Rio Colorado, habian de encontrar muchos arenales con mucha escasez de pasto y de agua. Con esto entraron en duda si seguirian el mismo rumbo, ó si subirian hasta los rios Gila y Colorado. No se sabe por qué razones se determinaron á seguir su rumbo por la costa, resolucion que frustró tan trabajosa y larga jornada. Caminaron trece leguas al Poniente, y en una ranchería de doscientas almas, bautizó el padre Kino una vieja, al parecer de ciento veinte años. Prosiguieron los dias 19 y 20 el camino, dejando á mano derecha y hácia el Norte el cerro grande de Santa Clara, que en tiempos pasados debió ser volcan, segun los claros vestigios que aun se hallaron.

El padre Kino subió con el capitan Juan Mateo Mange á un cerrito, desde donde descubrieron claramente la California. El dia 21 llegaron á la misma playa del mar, padeciendo ya grandes carestías de agua y pastos: pesado con el astrolabio el sol se halló que estaban en treinta y un grados de altura;

y porque con el molesto arenal que habian ya cruzado, se fatigaron mucho las caballerías, y todos desmayaban por la falta de agua, fué preciso retroceder á San Marcelo; mas ántes de llegar á este pueblo, resolvieron los padres hacer otra entrada con menos embarazo de gente y caballerías hácia el Poniente, por ver si acaso podian excusar el arenal que supieron tenia, nada menos que sesenta leguas de circunferencia. Con trece de camino, en que reconocieron altura de treinta y dos grados y treinta y cinco minutos, llegaron y subieron á un cerrito, en que á una hora ántes de ponerse el sol, divisaron la Sierra Grande del Mezcal y la llamada Azul de la California, y vieron distintamente la union de aquella Península con la Pimeria Alta. En este paraje, habiendo venido á saludar á los padres varios indios de aquellos que el año pasado concurrieron en San Dionisio, ó junta de los rios, les certificaron que todavía desde el puesto en que se hallaban les faltaban treinta leguas de arenal que pasar; con esto perdieron la esperanza de poder proseguir mas adelante, y volviendo á San Marcelo, comenzaron allí una capilla dedicada á Nuestra Señora de Loreto, cuya imágen, como conquistadora de California, habia traido consigo el padre Salvatierra, deseando que esta Señora conquistase tambien las gentilidades de la Pimeria, y descubriese la union, camino y pasaje de una a otra Provincia. Los mismos padres alternativamente la llevaban, y habiéndosela quedado por ahora el padre Kino, resolvió dedicarle aquella capilla. Aquí, en San Marcelo, le alcanzó el gobernador de los Quiquimas, que sabiendo su

jornada, se adelantó á convidarle: el padre muy afligido del malogrado viaje, le aseguró que por el otoño de aquel año, por el camino ya trillado, pasaria á ver su gente. No hay duda, que es de extrañar, que tan prudente experimentado misionero se engañase en esta jornada, siendo fijo que en este tiempo del año son escasos, ó casi ningunos los aguajes y pastos, y excesivos los calores, sin que puedan faltar arenales propios de todas las playas. Mas en breve veremos cómo corrigió este yerro con grande acierto.

Habiendo dado las providencias de la capilla y exhortado á los indios á que se aplicasen á las necesarias sementeras por San Rafael, la Merced y San Serafin, llegó con poco mas de cincuenta leguas de camino á San Javier del Bac, experimentando en todas partes el mismo agasajo y amor de aquellos indios. Prosiguió por San Cayetano, San Luis, Guevavi y Cocospera, concluyendo felizmente el dia 14 de Abril su jornada en Nuestra Señora de los Dolores. En este último tramo de su vuelta tuvo la gustosa noticia de que los Pimas Sobaypuris, en número de mas de trescientos, acompañaron al cabo Juan Bautista Escalante, como arriba se apuntó, y dieron en una ranchería de los bárbaros, en que mataron diez y seis, y casi otros tantos cautivaron: lance, que como autenticó de nuevo el valor de estos indios, así aseguró á toda la Provincia de Sonora de su fidelidad; y de este buen suceso, no menos que de la jornada que acababa de hacer, le dieron, no solo los seculares, sino los religiosos de todos aquellos contornos, muchos plácemes y para-

bienes. No fué inferior el consuelo que tuvo este celoso jesuita en este tiempo, por haber venido cuatro padres que fueron repartidos á San Javier del Bac, á Guevavi, á Tubutama y á Caborca. Entraron estos nuevos operarios muy contentos de la buena suerte que les cupo, y no menos satisfechos de lo mucho que hallaron adelantadas, por las diligencias del padre Kino, en lo espiritual y temporal sus nuevas Misiones: diéronle repetidas gracias en cartas de afectuosas expresiones y agradecimientos. Mas este consuelo no duró por mucho tiempo; porque los padres, ó por enfermedades, ó por otras urgencias, no pudieron permanecer en sus pueblos, volviéndose las cosas al estado antiguo de cargar todo el peso sobre los robustos hombros del padre Kino, que vuelto á los Dolores, tuvo á un tiempo tantos negocios y cuidados, que apénas podia dar el abasto necesario, y mucho menos disponer lo preciso para la nueva entrada, que meditaba por Octubre de este año.

CAPITULO XI.

Otra peligrosa y larga jornada del Padre Kino, para hacer la misma averiguacion.

No obstante el pequeño ó ningun fruto de la jornada pasada, haciendo mayores esfuerzos, emprendió á 3 de Noviembre el padre Kino la que habia proyectado. Caminó por los Remedios, Cocospera, San Lázaro, San Luis de Babi, San Simon y Bufanic: parajes todos ya otras veces expresados, y por no haberse ofrecido cosa especial, se apuntan como en compendio. Del Bufanic, dejando á un lado Tubutama y Caborca, cogió nuevo rumbo para llegar á S. Marcelo: pasó por la ranchería de Oltan, que intituló

San Estanislao: á quince leguas llegó á la de Anamic, que apellidó con el nombre de Santa Ana: á tres mas de distancia hácia el Poniente vino á un corto aguaje mas adelante de San Martin; y á diez y seis de camino, habiendo primero pasado por San Rafael, dió ya con San Marcelo, en donde se consoló con ver acabada, techada y blanqueada con aseo la capilla de Nuestra Señora de Loreto, y que en todo se habian esmerado los indios en adelantar las sementeras: punto que siempre mucho aseguran los padres en las Misiones; porque al ver que los bárbaros se aplican al trabajo necesario para recoger víveres bastantes para su sustento, reconocen que tienen intencion de permanecer en aquel puesto, así como infieren muy bien de no dedicarse á las siembras, que quieren por su voluntad verse precisados á andar, vagando por otras tierras en busca de mantenimiento, lo que estorba la doctrina y enseñanza que se les ha de administrar, si de veras desean convertirse.

Salió el padre Kino en 12 de Noviembre de San Marcelo, y por los aguajes que ya habia notado en otras jornadas. Llegó primero al rio Gila y ranchería de San Pedro, bien recibido de muchos Pimas y Yumas que se habian adelantado: acompañado de mas de doscientos de ellos rumbo del Poniente, habiendo rodeado el Gila, vino á la junta de los rios y rancheria de San Dionisio. Y porque los Pimas y Yumas de este rio tuvieron este año por falta de agua mucha escasez de víveres, el padre les ofreció, para remediarles en su necesidad, permutar con algunas dádivas los frutos de que necesitaban, y de

que sabia que entre los Quiquimas se hallaba gran abundancia: con mas de trescientos de ellos, habiendo repasado el rio, fué caminando entre Sur y Poniente para los de aquella nacion; y á trece leguas de tierra llana, dejando á su parecer al Oriente el gran arenal con que acaba el estrecho de la mar de California, llegó á la última ranchería de los Yumas, de mas de quinientas almas, á que dió el nombre de Santa Isabel. El dia 19 entró en la primera de los Quiquimas, que salieron mas de dos leguas á recibirle con comida y abundancia de alimentos. Fué tanta la gente que vino á encontrarle, que siendo nacion nueva y nunca vista, un solo sirviente español que le acompañaba, se asustó de modo, que cuando menos lo observaron, huyó con tanta aceleracion, que aunque el padre despachó algunos mozos en su seguimiento, no fué posible hallarle: caso que le dió bastante cuidado, por el recelo que tenia que no fuese á exparcir nuevas falsas, de que con toda su comitiva habia perecido entre aquellos bárbaros.

Puso el padre Eusebio á esta ranchería el nombre de San Félix de Valois, y para corresponder en alguna manera al mucho amor que le mostraron, se quedó dia y medio con ellos, agasajándoles con algunas dádivas, que son de su aprecio, y con muchas pláticas para atraerles á que le tuviesen muy grande de nuestra Santa Fé, á que se mostraban ya muy inclinados. Dijo misa en esta ranchería, y los Quiquimas quedaron muy admirados del ornamento que era de primavera, sembrada de vistosas flores, sin cansarse de mirarlas y remirarlas: deseaban que

el padre se quedase todo el dia revestido con aquel tan nuevo y agradable traje á sus ojos, para que los demas indios de su nacion, que iban sucesivamente llegando, gozasen de aquella tan gustosa vista. Tambien se admiraron mucho de las caballerías, hasta entónces nunca vistas en su tierra; ni querian persuadirse que en el caminar, pudiesen ser mas veloces y ligeras, que los hombres, y fué preciso desengañar á su incredulidad: un mozo del padre subió á caballo, y aprontándose para la carrera diez Quiquimas, los mas ligeros, vieron con mucho pasmo suyo, que á poco trecho al ginete les venció y dejó por buen trecho muy atrás. El dia 20 continuaron el camino rio abajo, rumbo entre Sur y Oriente; y á cinco leguas llegaron acompañados de mas de quinientas almas á un paraje, en donde ambas orillas del rio estaban llenas de muchísima gente, que á la novedad habian concurrido. Los que estaban á la del Poniente, pasaron los mas á nado á la contraria, para saludar al padre, y en unas bateas que son propias de la Pimeria Alta, tejidas de ciertas particulares yerbas, vistosamente entreveradas, que llegan á recibir el agua, sin que pueda penetrar dentro, trajeron sus comidas y sustento. Mas en este paraje, las bateas llamadas coritas, que en la Pimeria son por lo comun mas pequeñas, eran tan crecidas, que cargaban mas de una fanega de maíz, y los indios por el rio, empujándolas á manera de barquitos andantes, las trasportaban á la otra banda.

El dia 21, en uno como barquillo construido de varias maderas secas, pasó el padre Kino el Rio Co-

lorado, conducido del capitan de los Quiquimas y de muchos otros indios que le acompañaron á nado. Tenia el rio en este puesto, que se llamó de la Presentacion, doscientas varas de ancho, sin encontrársele fondo, sino en sus orillas. Por las caballerías, que espantadas no quisierou entrar en el rio, no pudo el padre continuar, como deseaba muy mucho, el descubrimiento: no obstante, llegó á la casa del capitan Quiquima, distante como tres leguas por tierras muy pingües, todas sembradas, bien labradas y pobladas de bellísimas arboledas; fué grande el concurso de gente: vinieron indios de la Nacion Cuteana, de la Coanopa y Ojiopas. A todos anunció el padre la Santa Fé por intérpretes; mostraron gran deseo de abrazarla; y sobre este punto tuvieron dia y noche, segun la costumbre de estos naturales, largas pláticas y conferencias: en demostracion del contento que les causó la venida de aquel celoso misionero, la celebraron con muchos bailes y alegres danzas.

Aquí supo el padre Kino, finalmente, que las conchas azules las traían de la contracosta de California: le aseguraban que no distaba aquel terreno mas que ocho ó diez dias, y que con otra jornada que caminase para el Sur, llegaria al desemboque del Rio Colorado, en la mar de aquella Península. Envió el padre por todos los contornos recados y mensajes para aquellos pueblos y naciones, exhortándoles no menos á la paz mútua entre sí, que á abrazar la Santa Fé; y porque estaba en persuasion de hallarse ya en la California, y de no distar de la Mision de Loreto mas de ciento veinticinco leguas,

envió una carta al padre Juan María Salvatierra: el capitan de los Quiquimas se encargó de hacerla penetrar hácia aquella Mision, aunque no se logró. Hizo el padre juicio que en los contornos de la Presentacion se hallarian poco menos de diez mil almas; y habiendo consolado á todos con el mayor afecto que le dictaba su ardiente celo, repasó el rio; y por San Dionisio, San Pedro del Gila, y por el mismo rumbo ya expresado, en la ida llegó por San Marcelo, á 7 de Diciembre á su Mision de los Dolores, habiendo caminado en ida y vuelta mas de cuatrocientas leguas. En este largo tornaviaje no se ofreció cosa especial, sino que en aquel aguaje, que ya otras veces dijimos ser difícil para las caballerías, hizo el padre allanar las peñas que estorbaban, para que subiendo con facilidad, gozasen el beneficio del agua.

En San Marcelo encontraron al sirviente español, que habia huido, que confesó el nimio miedo que tuvo al ver tanta gente nueva, y el recelo de que no pereciesen á manos de los Quiquimas. Esta jornada sin duda fué de mucha gloria para el padre Kino, y de no menor utilidad para las naciones que se descubrieron. Se llaman así en estas partes aquellas partidas de gente, que aunque no sean muy numerosas, se diferencían de las otras en lenguas, trajes y costumbres. No es ya dudable, por lo que despues se referirá, que ahora fuera imprudencia quererse persuadir que el mar de California continuaba mas adelante, y que aquella Provincia es isla rodeada por todas partes de otros hasta ahora no conocidos. Indicios de esta verdad tuvo ya el padre

Kino, no solo por las conchas azules que habia recibido, sino por la noticia que le daban algunos indios moradores de la cercanía del Rio Colorado. Mas clara y palpable se hizo esta verdad, por lo que con el padre Juan Salvatierra el capitan Juan Mateo Mange habia registrado desde la altura del cerro, y se dijo ya en su lugar. No obstante, quedó aun alguna duda; pues á aquel cabo militar le pareció, aunque veía la union de unas con otras tierras, que divisaba una abertura por donde podia ser, que aunque se angostase mucho el brazo de mar, no obstante continuase cogiendo mas arriba nuevos ensanches. Mas en este presente viaje, aquel aunque tenue recelo parece que bastantemente se desvaneció; porque hallándose el padre Kino á la otra banda del Rio Colorado, y habiendo tratado con indios de diferentes naciones confinantes, ya que ninguno daba noticia de este estrecho, ni ponia estorbo de mar intermedia, para llegar á la contracosta de California, parece que con justa razon se infiere, que aquella abertura, que el capitan Mange se persuadió divisar, fué mas aparente que verdadera; y que merece mas ascenso el dictámen del padre Kino, que absolutamente afirmó, que el solo Rio Colorado dividia la California de la tierra firme de esta América septentrional.

CAPITULO XII.

Otro dilatado viaje del P. Kino para la misma averiguacion, con muchas noticias de sus descubrimientos y varias observaciones.

El año siguiente de 1702, hizo el padre Kino el último esfuerzo para afianzar y eximir de toda duda esta union de las dos Provincias, ó del paso por tierra á California, emprendiendo nueva y mayor jornada en compañía del padre Manuel Gonzalez, misionero de Oposura, que animoso y lleno de celo se convidó á acompañarle, para autenticar este camino por tierra, y cooperar en cuanto pudiese al bien de tantas almas. Hicieron los dos padres las mejores prevenciones que pudieron, saliendo

bien apercibidos á 5 de Febrero de la Mision de los Dolores; y pasando por los Remedios, San Simon, el Bufanic, (en donde concurrieron los principales indios de aquellos contornos á encontrarles y saludarles), San Estanislao, Santa Eulalia, Santa Sabina, San Martin, San Rafael, llegaron á San Marcelo. De aquí por los mismos parajes y aguajes ya conocidos y expresados en otras jornadas, vinieron al rio Gila; y á 28 de Febrero á San Dionisio ó junta de aquel con el Colorado, siendo en todas partes bien recibidos y agasajados, y haciendo como siempre al concurso de la gente Pláticas de la Santa Fé con algunos bautismos de párvulos.

En primero de Marzo, habiendo espacio mirado la amenidad y fertilidad de las tierras inmediatas á la junta de los ya nombrados caudalosos rios, dieron con la ranchería de Santa Isabel; y dejando á la mano derecha San Félix y la Presentacion, rumbo entre Sur y Poniente, penetraron en otra numerosa de los Quiquimas, que intitularon de San Rudefindo. Concurrió muchísima gente á este paraje; y los dos misioneros agasajaron á todos, repartiéndoles el padre Gonzalez, sobremanera prendado de su afabilidad, mucha parte de su propio vestuario. Asegura el padre Kino, que reconoció hallarse esta poblacion en treinta y un grados y medio de altura. El dia 4, caminando rio abajo directamente al Sur; llegaron á otras rancherías que intitularon San Casimiro. El dia 5 bajaron á los esteros de la mar: concurrieron muchos indios, de quienes se informaron de los cerros, parajes, naciones y rios que habia hácia el Poniente. El dia 6 probaron pasar

el rio; pero por los atascaderos que causó una de sus grandes avenidas, no pudieron conseguirlo. El dia 7 vinieron al mismo desemboque; rumbo, como afirma el padre Kino, del Poniente. El dia 8 reconocieron á la otra banda del rio mucha gente: varios pasaron á esta banda, y rogaban muy mucho á los padres, que fuesen á consolarles. Más hallaron no pequeñas dificultades en condescender á sus ruegos.

Porfiaron los naturales con mayor ternura, asegurándoles, para lograr lo que tanto deseaban, que por allí encontrarian otro rio que llamaban Amarillo, y que en ocho ó diez dias llegarian á la contracosta de California. Corroboraban esta súplica con ofrecerles cuanto tenian de su pobreza, y traían tanto pescado, que ya no sabian los padres qué hacer con él, ó en que emplearle. Tambien les presentaron nuevas conchas azules, y con todo lo que alcanzaba su cortedad les regalaba, para mostrarles la sinceridad de sus afectos. Determinaron á vista de esto los padres bajar de nuevo al desemboque; y comenzando á disponer una balsa, encontraron de nuevo tantos atascaderos, que no era posible pudicran pasar las caballerías, y hubieron de desistir de la empresa, consolando y esperanzando como pudieron á los indios, que en otra mejor ocasion procurarian complacerles. Durmieron tan cerca del desemboque, que la plena mar se les metió muy cerca de sus camas. El dia 11, refiere el padre Kino, que el sol les amaneció por encima del remate de la mar, sin ver mas que tierra continuada por el Sur, Poniente y Norte, y teniendo solo al Oriente la mar de California.

Comenzaron ya á emprender la vuelta de su viaje; y el padre Kino, no escarmentado aun de ser tan intransitable el arenal que llega al desemboque, volvió con su compañero ya muy enfermo por el camino de diez y ocho leguas, á probar si acaso por este atajo pudiesen mas brevemente restituirse á San Marcelo; pero fué tanta la escasez de agua y pastos, que le fué preciso volver otra vez al Rio Colorado, y por Santa Isabel, San Dionisio y por los demas lugares ya nombrados en todo lo demas del camino que siguieron en la entrada, llegaron á San Marcelo en 22 de Marzo. En este pueblo la enfermedad se le agravó tanto al padre Gonzalez, que en adelante fué necesario que los indios se lo cargasen recostado sobre sarmientos entretejidos. En el aguaje de Santa Sabina, el padre Kino le dió el Santo Viático; y aunque llegados á Tubutama hicieron para su curacion todo lo que permiten aquellas desprovistas tierras, dentro de pocos dias fué Dios Nuestro Señor servido, que la dolencia le consumiese, recibiendo, como esperamos, de Su Majestad la paga y premio correspondiente á su celo, méritos y gloriosas fatigas, que á gloria suya, y para llevar su Santo Nombre á tantas, tan bárbaras remotas naciones acababa de pasar.

Antes que muriese aquel celoso misionero, escribió en 2 de Abril el padre Kino al padre superior de las Misiones, dándole cierta noticia de su vuelta, para desvanecer la mal fundada que habia corrido, creyéndola no pocos, de que los dos padres se habian ahogado en el Rio Colorado. Le avisó que en este viaje, de mas de cuatrocientas leguas, habia

muy junto al desemboque contado mas de cuatro mil almas; que habiéndoles hablado de nuestra Santa Fé, le instaron les bautizase; que difiriéndolo para el tiempo en que fuesen mejor instruidos, ocho de ellos le acompañaron hasta los Dolores, para lograr tan grande beneficio; que á mas del Rio Colorado, desembocaba tambien en la mar de California otro llamado el Amarillo; que le habian noticiado los indios que despues de haberse incorporado el Gila con el Colorado, se partia en dos brazos muy grandes que formaban una isla no menos espaciosa, que fértil y amena. Hasta aquí el padre Kino en su carta al padre superior de las Misiones. Mas es preciso en este viaje echar menos la noticia mas cabal y exacta de si el Rio Azul, que todos dicen que corre por aquellas tierras, se incorpora con el Gila, ó si en derechura desemboca en el Colorado. Tambien es de creer que el otro rio, que le afirmaron llamarse el Amarillo, debe juntarse con el Colorado, ántes que este desemboque en el estrecho de California; porque es cosa muy sabida que por parte de tierra firme ningun rio, despues del Yaqui, que sea de algun caudal, llega á desembocar en aquella mar, si no el Rio Colorado. Por parte de la California es igualmente cierto, que desde el Cabo de San Lúcas hasta el desemboque de ese caudaloso rio, no hay otro alguno; con que se debe concluir, que si por lo que aseguran los naturales hay Rio Amarillo, este debe incorporarse ántes del desemboque del Colorado.

No es menos difícil de entender, que éste tenga su desemboque en los treinta y un grados de altura;

porque si segun el viaje pasado del padre Kino en compañía del padre Salvatierra, se hallaron en altura de treinta y dos grados entre aquellos arenales, y les faltaban todavía como treinta leguas, para acabarles de pasar para llegar al desemboque que buscaban, es difícil de percibir, que despues mas adelante se hallase en menos grados. Impugna esta misma asercion con mas vigor la averiguacion y viaje últimamente hecho, como en adelante se dirá, en que halló el desemboque del Rio Colorado en treinta y tres grados. Pero lo que hace mayor dificultad, para hacer bien entendido, es lo que el padre Kino afirma, de que bajando al desemboque, seguia el rumbo de Poniente, cuando en otra parte dijo que desde el cerro mas alto descubrió y notó, que despues de la junta caminaba el Rio Colorado como diez leguas al Poniente, y despues por otras veinte hasta el desemboque hácia el Sur. Ni es menos escabroso el entender, como en el mismo desemboque tuviese el padre como treinta leguas de mar hácia el Oriente; porque desembocado el Rio Colorado hácia el Sur, y esto en el mismo remate de la mar de California, no se puede penetrar, como por el rumbo del Oriente pudiese tener tanta mar, cuando es constante que toda la mar de California, desde su mayor altura hasta el Cabo de San Lúcas, mas tira al Sur que al Oriente, inclinándose al Sureste entre Norte y Sur. Fuera de esto, el padre Kino no halló en el desemboque aquellas islas, que en el último viaje, que despues se referirá, se encontraron. Sino es que digamos, que el rio, en el trascurso de casi cuarenta y cinco años, las haya formado

de nuevo; lo que no fuera de maravillar, atendiendo á la variedad de las avenidas que los rios muy caudalosos suelen tener. Pero es preciso confesar, que como arriba se dijo, estas dificultades á los distantes parecen invencibles; y los que se hallan cerca las reconocen de ningun peso. Sin duda el padre Kino, si se las hubieran propuesto, las hubiera desatado con toda claridad. Con todo, estos puntos, para que se entiendan mas claramente, necesitan de mas individual y exacta inspeccion.

Lo que en estas relaciones se puede ordinariamente, es proponerles abreviados y como compendiados. Es el caso, que cuando los que hacen la jornada llegan al remate de su viaje están cansados, acompañados de enfermos, consumidos los víveres y recelosos de la vuelta, cuyo dilatado camino les tiene muy inquietos; con esto, ya por fuerza, ya por propia inclinacion, no se detienen mucho; no hacen las averiguaciones é inspecciones con el reposo necesario, y quedan de ordinario los puntos mas principales diminutos, y sin desatar las dificultades que se ofrecen á los ausentes. Por esto el padre Juan María Salvatietra cuerdamente aconsejaba al P. Kino en la carta, que sobre esta entrada se escribió, que procurase bien acompañado proveerse con abundancia de lo necesario, aunque fuese preciso que para la plena inspeccion y exacta averiguacion, se detuviese un mes entero en todos los contornos del Rio Colorado, para hacerlo de manera que no se hallase forzado á la vuelta, cuando el reconocimiento de las tierras, rios y mar aun no estuviese perfectamente acabado. Esto mismo respectivamente debieran

practicar los que por mar emprenden la misma demanda; porque así quizá pudieran satisfacer al argumento, que á los mas de los antiguos y á no pocos de los modernos, ha movido á persuadirse que la California era isla, y que su mar continúa mas arriba del desemboque del Rio Colorado, y que tiene comunicacion con otros superiores.

Este argumento consiste en las corrientes tan contínuas que se experimentan entre el Norte y Poniente hácia la parte que cae entre Sur y Oriente; porque si el estrecho estuviera, decian, cerrado y rematado en el desemboque del rio, no hubiera razon para que las corrientes sean muy contínuas por ese rumbo, mas ántes parece que en este caso debia todo el estrecho ó brazo quedar agitado y conmovido á manera de flujo y reflujo por las avenidas del mar, que corriendo primero hasta el desemboque, y hallando resistencia para pasar adelante, debia retroceder, causando diferencia y alteracion en las corrientes, y concediéndose abertura y continuacion de aquel brazo de mar, esta razon fácilmente se alcanza; pues entónces se dirá que en el estrecho de California, respecto á sus mares superiores, sucede lo mismo que en el estrecho de Gibraltar acontece; porque el mar Océano continuamente se desagua en el Mediterráneo, sin que se sepa que jamás mude sus corrientes. No obstante esta oposicion, pudiera acaso decirse que angostándose mucho el estrecho de California hácia su remate, pues aun en la playa de Caborca se reconoce de no grande anchura, no es mucho de extrañar que entrando en el mismo remate el caudal cuantioso del Rio Colorado, que en

su desemboque tiene de ancho casi una legua, este golpe de agua continuadamente añadido á las del mar de poco ensanche, cause entre aquellas costas no muy distantes entre sí, las continuadas corrientes que se han experimentado entre las islas de *Sal si puedes*, que atraviesan el golfo de California, poco mas abajo de las playas de Caborca. De hecho, cuando se ensancha mas aquella mar entre el Yaqui y Real de Loreto, aunque se reconozcan algunas corrientes, con todo esto no son tan violentas como se experimentan en el mismo golfo, cuando mas se estrecha y acerca al desemboque del Rio Colorado.

CAPITULO XIII.

Utilidades del último viaje del P. Kino con las pruebas mas sensibles de su apostólico celo.

Dejando las averiguaciones en punto tan importante á las diligencias de los mas inteligentes, y las reflexiones que se pudieran hacer sobre lo ya averiguados al maduro cuerdo juicio de los críticos, volvamos al padre Eusebio Francisco Kino, para ver los efectos favorables que causó su último descubrimiento. Las naciones gentiles que este grande apostólico jesuita halló en el desemboque, quedaron muy aficionados á nuestra Santa Fé, por lo que de su boca oyeron de sus Misterios: los Quiquimas principalmente, y los Yumas despacharon varios mensajeros á San Marcelo, y tomaron á aquel gobernador por su medianero, para que les alcanzase los padres necesarios para su tan deseada instruccion.

pasó prontamente con estos enviados á Nuestra Señora de los Dolores á proponer la santa peticion de aquellas naciones: nuestro celoso prudente misionero, aunque deseaba mas que todos lo que se le pedia, les remitió al padre superior de las misiones de Sonora, á quien mas inmediatamente pertenecia este negocio: para que á los mas de ellos, que ya habian caminado mas de cien leguas; se les hiciese mas llevadero el trabajo de este nuevo viaje, les acompañó él mismo y les condujo á Guepaca, en el valle de aquella Provincia, donde se hallaba el padre Antonio Leal, superior de las Misiones: recibióles con todo amor: les prometió apoyar sus justas demandas con los superiores de México, para que les concediesen lo que pedian y de que tanto necesitaban. En este mismo tramo de su tan largo y penoso viaje, enfermó uno de los mensajeros: le catequizó y bautizó el padre Kino, y su muerte, que poco despues se siguió, no solo no contristó á sus compañeros, ántes quedaron tan gozosos, que le tuvieron envidia por la singular dicha que habia logrado, por haber muerto ya cristiano.

A mas de esta diligencia que el P. Eusebio Francisco habia hecho para promover el bien de estos indios tan distantes, visitó de nuevo á los Pimas del Soba, que son los que caen al Poniente por el rumbo de Tubutama y Caborca: despues pasó á San Javier del Bac; llegó á las dilatadas rancherías de los Sobaypuris; y ya comenzando, ya prosiguiendo las fábricas de las iglesias de Santa Gertrudis del Sayre, de San Ambrosio del Bufanic y de la Concepcion de Caborca, procuró por todas partes mantener la

buena inclinacion de los indios á nuestra Santa Fé: alargó este su nuevo viaje á San Marcelo, y desde allí despachó bastante trigo á los Quiquimas y Yumas, para que en las féstiles vegas junto á los rios le sembrasen. En estas poblaciones acaloró el deseo de los indios de tener padres que les enseñasen: todo esto, con lo sucedido en la última jornada, movió á varios sujetos á persuadirse que era preciso que el padre Kino emprendiese otra nueva á México, para que con informes hechos á boca al señor Virey y al padre provincial, consiguiese los operarios necesarios para tan abundante copiosa mies. Mas la consideracion de hallarse en guerra Europa, suspendidas las flotas y detenidas las Misiones, hizo juzgar que este viaje no podria producir el deseado efecto, y que quizá la ausencia del padre ocasionaria mayores daños y atrasos. Suspendióse esta jornada, y por otras razones igualmente fuertes, la empresa que meditaba este incansable misionero, de un nuevo viaje por el Rio Colorado hasta penetrar á la Mision de Loreto de California.

Muchas dificultades habia ya vencido el padre Kino para comenzar, establecer y adelantar las conversiones de los Pimas y de otros pueblos: mas este año, 1703, á que llega ya la pluma, probó el Señor con los mas sensibles golpes su virtud, para mas acrisolar su fortaleza: por este tiempo ningun viaje hizo: y sin que se buscase trabajos y afanes, en su misma quietud les tuvo muy sensibles su fogosa actividad: vió faltar á los Pimas, así á los del Poniente como á los del Norte, los operarios que tenian, por haber muerto unos, otros enfermado y sacado

á otros. Añadiósele aun mayor aflixion; porque habiendo ya destinado á otros cuatro, se los quitaron tan presto, que ni les dejaron llegar á la Pimeria, por los falsos informes y maliciosos rumores que se exparcieron, de que los Pimas habian muerto al P. Francisco Javier Mora, misionero de Arispe, y de que los del Poniente trataban de alzarse y unirse con los bárbaros Serys y Tepocas, para hacer invasiones en la Sonora, añadiendo aun, que en esas nuevas conversiones se perdia el tiempo y nada se adelantaba por la constitucion tan mala de esta Provincia, que solo con referirla amedrentaban á los mismos que impelidos de su celo, habian solicitado ser destinados para trabajar en la conversion de aquellos pobres desvalidos indios. Al mismo tiempo se formó dentro de la misma Provincia nueva turbacion contra los Pimas, contra los padres que les cuidaban, y mas particularmente contra el padre Kino; porque las muertes y hostilidades que nuevamente cometian los bárbaros infieles, las atribuían á los naturales: la voz comun publicaba que estos eran los agresores y culpados.

El motivo de tan mentirosa calumnia era, como á fondo lo reconoció el padre Eusebio, ociosidad y codicia; porque á los que exparcian estos maliciosos rumores, les tenia mucha cuenta el afianzar esta calumnia, para no ser precisados á salir á campaña contra los bárbaros, en donde habian de pelear y mostrar su valor con ningun fruto ni despojo; habian de correr riesgo en los combates; habian de afanar en alcanzar al enemigo; habian de desvelarse para vencer á contrarios tan valientes que sabian

resistir; muy de otra suerte les sucedia, si salian á campaña contra los Pimas, que fingian sus enemigos; porque encontraban tierras pobladas y conocidas; no hallaban resistencia; conseguian despojos y se levantaban sin riesgo alguno con el glorioso renombre de pacificadores, de nuevos conquistadores, de hombres alentados y valerosos. A mas de esto, un poco cuerdo teniente de aquellos países se encaprichó de señalarse por hombre de distincion; así sucede no pocas veces en aquellas remotas Provincias: á muchos, no teniendo habilidad alguna con que mejorar de fortuna, y mantenerse al mirarse revestidos de un título y vara de justicia, se les entra todo el orgullo y se persuaden tener todo el poder Real para obrar cuanto les dicta su antojo, vanidad y codicia. A ese modo, aquel cabo militar forjó en cuatro pliegos un informe de acusaciones tan denigrativas contra los padres, que fué preciso acudiese el alcalde mayor de la Provincia: hizo las mas exactas averiguaciones, y descubrió la falsedad de tan enormes imposturas, y del juramento con que iban selladas: le despojó de su empleo, y le castigó con rigurosa cárcel.

Al mismo tiempo, no sé con qué autoridad ni con qué justicia, ó con qué pretexto entraron soldados á la Pimeria, así del Poniente como del Norte: recogieron á manera de saqueo el ganado, que para mayor comodidad y alivio de los padres y de los indios, en varias estancias habia depositado el padre Kino: vejaban, á mas de esto, á los indios de las Misiones con muchas molestias y sinrazones: estorbaban á que acudiesen las naciones mas remotas á

la Mision de los Dolores, para consolarse con el padre; y llegó á tanto extremo su inhumanidad, que á una india principal la obligaron á huir y morir en el monte sin bautismo, y á otro indio forastero muy distinguido entre los suyos, por haber hablado bien de estas Misiones, le mataron alevosamente. Esta tropelía de contratiempos, que herian en lo mas vivo al padre Kino, no solo porque desacreditaban y desmentian sus informes hechos á las cabezas principales del Reino, sino porque escandalizaban á sus tiernos neófitos, viendo que cometian tan enormes injusticias los que debian mas patrocinarles, que despojaban de sus bienes á los inocentes que estorbaban las diligencias de atraer á tantas naciones á nuestra Santa Fé, y que impedian la llegada de los ministros necesarios para la enseñanza de los ya convertidos, bien necesitaba de toda la constancia de su virtud, para no desmayar entre tantas congojas tan sensibles, tan sin remedio, y que bastaran, para oprimirle, á no tener un esforzado apostólico corazon. Dióse por desentendido á tantas injurias; asistió y perseveró en el cuidado de sus hijos; adelantó la fábrica de los templos; procuró con informes voluntarios, que personas de calidad y bien intencionadas le suministraron, desvanecer las calumnias con que habian procurado desacreditar sus acciones, y aun su porte tan fervoroso y religioso, dejando lo demas á la Providencia de Dios, que todo lo ordena á la mayor gloria, y de los fines mas torcidos sabe sacar aumentos ventajosos aun á favor de los que son mas injustamente perseguidos.

Al principio del año 1704, acabadas las dos iglesias de los pueblos de los Remedios y Cocospera, que en su pulidez y buen primor de arquitectura igualaban á las mejores de toda la Provincia, las dedicó con solemnidad y no menor regocijo de sus hijos, que de todas partes, así del Poniente como del Norte, concurrieron á la fiesta, como ántes con prontitud habian cooperado, viniendo muchos de San Javier del Bac á su construccion. Por este tiempo repitieron sus excursiones los bárbaros: reconvenido el padre, para que con sus Pimas ayudase á reprimir el orgullo de los infieles, á la menor insinuacion que hizo á los capitanes, fué el número de gente que le habian pedido al Presidio de Fronteras; pero por discordias que se ofrecieron entre españoles, nada se ejecutó en defensa de la Provincia: solo se evidenció la fidelidad de los Pimas y la prontitud de su obediencia, no obstante que pudieran mostrarse irritados y justamente sentidos de la mala correspondencia que experimentaron: esto igualmente autenticó la solidez de la virtud del padre Kino, que sabia pagar con beneficios las malas obras con que desacreditaban su conducta. Por Febrero de este año, para que se viese que ya comenzaba Dios á poner su poderosa mano para lenitivo de tantas penas, condujo el padre Kino al pueblo de Tubutama un nuevo misionero: que no obstante el miedo con que quisieron estorbarle su entrada en la Pimeria, resolvió dedicarse á la enseñanza é instruccion, obligándose el padre Eusebio á fabricarle á su costa la iglesia, para que su falta y la dificultad en construirla, no dilatase su permanencia.

CAPITULO XIV.

Otras afiixiones del apostólico celo del P. Kino, por las que pasaban calumniosamente los Pimas, defendiéndoles como amoroso padre en sus trabajos.

En 25 de Marzo hizo el padre Kino otro viaje de doscientas leguas en ida y vuelta á la Nacion Guayma, que está cerca del rio Yaqui, y constaba de casi cuatro mil almas; los mas eran todavía gentiles, y al presente ya muy pocos se encuentran que no se hayan convertido. Abrió este grande y nunca bastantemente alabado jesuita este camino por Opodepe, Nacameri y Santa María del Pópulo hasta el misme pueblo y puerto de Guayma, debiendo ántes rodearse muchas leguas por el rio Yaqui, para pe-

netrar en aquel puerto: el fin fué conseguir mayor brevedad en los socorros que se remitian á California, pues allí habian establecido escala los padres de aquella tan necesitada Península. Por las rancherías que visitó, fué bien recibido de los naturales, que no ignoran la lengua Pima, llamándose por eso sus contornos la Pimeria Baja. Les predicó la palabra de Dios; les agasajó con algunas dádivas; y esto contribuyó no poco á que despues, aunque por industria de otros misioneros, se redujesen á la Fé.

Este año de 1704 y el siguiente de 1705, fueron igualmente para el padre Kino trabajosos. En el primero, como para apercibirse, experimentó un corto ensayo; porque se apareció la voz, que los Pimas se alzaban; que tramaban la muerte de un padre misionero, y que el gobernador de Cocospera se habia retirado á los montes, amenazando robos é invasiones. Para desmentir tan maliciosos rumores vino aquel autorizado indio al solo llamamiento del padre Eusebio: se presentó francamente en Cucurpe ante los españoles y desarmó á sus calumniadores: así cesó por entonces la turbacion, que se habia conmovido. Mas el siguiente de 1705 fué mayor y mas grande la borrasca, que ocasionó otro teniente igualmente soberbio, codicioso y cobarde.

Sus primeras embestidas fueron contra la Mision de los Dolores, queriendo sacar muchos indios allí avecindados; lo mismo hizo en otros pueblos de neófitos naturales de la Pimeria: apoderóse de sus ganados y de sus frutos; llegó al exceso de quemar hasta su capilla; valióse para colorear su conducta

tan indigna, de pretextos muy frívolos, y todos se reducian á querer colocar los indios en otros puestos, en donde mejor se sirviesen para sus particulares intereses, aunque aquellos pobrecitos perdiesen todos los suyos y quedasen desterrados de sus tierras. Con el mismo despotismo comenzaba á proceder con los indios Sobaypuris del Norte, sin mirar mas, que á sus conveniencias, ni atender al bien de las almas, ni arreglarse á ley alguna de justicia. Siempre son pesadas estas demacías en semejantes oficiales y se hacen siempre increibles los excesos que cometen, y las tiranías á que se arrojan, como sino fueran cristianos, ni tuviesen el menor tinte de vasallos de nuestro católico monarca; mas no es de admirar, que pase á veces entre españoles de la América lo que sucedió á San Francisco Javier entre portugueses en Oriente, ni que permita el Señor, que por un ténue interés atrasen, y destruyan en poco tiempo cristiandades enteras, que costaron, para formarlas muchos de casi increibles fatigas de los ministros evangélicos. Mas entre los Sobaypuris oyó el ambicioso teniente otro cantar; porque el capitan Coro ya otras veces mencionado en esta historia, le habló bien claro, previniéndole que se detuviese en sus demacías, si no queria, que los indios se retirasen á los montes.

Este trueno, que mas era arma defensiva, que ofensiva, le amilanó de manera, que por todas partes al retirarse divulgó, que aquel capitan, y el gobernador de Cocospera se habian ya alzado; que junta su gente, hacian ya estragos; y que disponian invasion contra toda la Provincia de Sonora. Tanta

impresion hizo el miedo en el cobarde pecho del teniente, que voceando continuamente el alzamiento, le hizo creer á los padres, á los superiores, á todas las justicias y cabos de aquella Provincia, que se suponia tan siniestramente amenazada: por cuyo motivo se mandó á los pocos padres, que habia en la Pimeria con el padre Kino, que asegurasen sus vidas, y todo lo que pudiesen perteneciente á las iglesias, y se juntaron luego las armas para hacer resistencia, y apagar el incendio. Todos acudieron por cartas al padre Kino, para que sosegase los indios, y principalmente al Coro, cuyo valor tenian bien conocido. Prometieron remover al teniente; y dar toda satisfaccion á los Pimas con condicion, que se apaciguasen. Nuestro insigne jesuita todo lo consiguió; porque no hubo conmocion alguna: hizo que viniesen los capitanes Coro, y el de Cocospera, que con muchos otros concurrieron en la Mision de los Dolores, en donde tambien se habian juntado los españoles: para mayor satisfaccion de todos les envió al valle de Sonora, en donde fueron bien regalados, y se acallaron las maliciosas voces, que la poca cordura del teniente habia esparcido, haciéndose patente á todos la sinrazon, no menos, que la fidelidad, y cristiandad de los tan indignamente agraviados Pimas: ojalá que con esta y con otras semejantes ya antiguas, ya modernas vejaciones escarmentasen los que administran gobiernos mayores, para que no fien empleos subordinados de justicia á sujetos cuya cristiandad y virtud no sea bien probada; porque si les confieren á quien mas les pretende, y menos les merece; ó á quien ofrece mayor premio y paga; ó á

quien para su mantenimiento no tiene otro fundamento, ni otras rentas, que su vara de justicia; ó á quien es notado de presumido, altivo y despótico, son ciertos mil desórdenes, daños, culpas y atrasos, que se seguirán, y en que no solo serán culpados los que les cometieren, sino tambien los que les han indignamente promovido.

No hay para qué ponderar en el caso presente los justos sentimientos, y gravísimas aflicciones, que estos excesos causaron á los padres misioneros; porque ya se viene á los ojos, que habiéndose desterrado de sus patrias, pasado mares, traginado tierras, para vivir entre bárbaros, obligados á aprender idioma estraño, y habiendo renunciado el lustre y comodidades, que podian tener y gozar en la quietud de las casas de su religion, se sujetan á las incomodidades, inclemencias y escaceses, que soledades tan remotas, é incógnitas consigo traen, sin mas mira, que promover la gloria de Dios, y ganarle á costa de sus continuas fatigas tantas almas, que ciegas en su gentilidad infelizmente se perdian; y que á vista de eso no hallen otro retorno á sus trabajos y tareas, que vejaciones, injusticias, injurias y falsos testimonios? Y lo que aumenta el sentimiento sin consuelo, que hayan de mirar como la impiedad, la codicia, la insolencia en pocos dias, ó atrase ó arruine del todo lo que habian ganado para Dios en tantos años, con tantos sudores y afanes casi increibles? No es dable, que los padres cuando ven ultrajados y tiranizados á sus hijos no salgan á la defensa, si no quieren faltar á lo mas preciso de su obligacion, y á los estímulos del amor que les cobran por reegen-

drarlos en Cristo á costa de tan penosas tareas; pero si se ponen á defenderles, les sucede lo que al padre Kino; se levantan pleitos, sinsabores, quejas: se averigua la vida del misionero: se hacen procesos de sus acciones: todo se interpreta á mal: se afianza con falsos testigos; se divulga por todas partes: se presentan en los estrados y tribunales: les llaman perturbadores, ambiciosos de arrogarse toda potestad secular y eclesiástica; y por fin claman, para hacerles mas odiosos, que son causa y motivo de los alzamientos y rebeliones.

De toda esta tempestad se libertára el misionero, si callára á las vejaciones que semejantes oficiales hacen á los pobres indios: el lobo dejára seguro al pastor, si le permitiera la intentada carnicería entre las ovejas; pero si las quiere guarecer, es preciso sufra los asaltos y heridas de la voraz irritada fiera. Lo mismo padecen los misioneros en defensa de sus neófitos, que no teniendo en sus desdichas mas recurso, que al padre como pastor suyo, es forzoso que este se exponga á recibir animoso los estragos que se intentaba causar en su rebaño. Vienen estos oficiales y ministros con el mismo mérito de haberse desterrado de sus patrias, pero con el motivo muy diferente de solo adquirir caudal; y como en aquellos países tan remotos el único medio para juntarle es el servicio de los indios, de estos quieren valerse sea como se fuere, sin atender derecho ni justicia, sacándoles de sus tierras, obligándoles á excesivo trabajo, pagándoles de mala manera, empeñándoles á que se avecinen en sus estancias, arrastrándoles á las minas, en donde perecen á monto-

nes; y para que no reconozcan ese engaño tan injusto, permítenles libertad, juegos, desahogos, liviandades, sin hacer caso de que olviden la doctrina, no cumplan con los preceptos, caigan en mil absurdos y perezcan sus almas sin remedio por los contínuos escandalosos desórdenes de su vida. Claro está que á estas demacías debe oponerse el misionero; pero ha de persuadirse que si les quiere atajar, los que le eran afectos, le serán contrarios; los que le debian obligacion, le corresponderán con ingratitud; los que debieran agradecerle, que cuide los indios como vasallos del Rey, dirán que se opone á los intereses de Su Majestad; los que habian de apreciar su vigilancia, lo interpretarán á codicia ó interes particular: los que debieran alabar la continuacion de sus fatigas apostólicas con los indios, dirán que se sirve de ellos como de esclavos, para su propia comodidad; y finalmente, los que hubieran de aprobar las correcciones que contra algunos delincuentes debe usar, las divulgarán por barbaridad y tiranía, acreditándose de muy escrupulosos por el menor castigo que use el misionero como amoroso padre con sus hijos, para enmendarles, sin que les remuerda la conciencia, que en su injusto y excesivo servicio mueran los indios á millares. Todo esto hemos visto repetido en nuestros dias, como en los suyos lo sufrió la apostólica fortaleza del padre Kino, para defender á sus hijos de las maliciosas é injustas vejaciones y calumnias, con que tantas veces les pretendieron oprimir; pero porque fuera nunca acabar, si se dejara correr la pluma, basta lo ya insinuado para que los misioneros se

armen de paciencia, y los Ministros se hagan cargo de los males que pueden nacer de sus pasiones, si les sueltan la rienda, sin atender á motivos tan sagrados.

De todo lo que acabamos de referir, se echa bien de ver cuán importante era la presencia del padre Kino en la Pimeria; pues el respeto y amor que los Pimas le tenian, puso en paz á toda la Provincia de Sonora, que con la sola noticia de éste, aunque imaginado alzamiento, se alteró y fluctuó entre recelos; y los mismos, que por su inconsideracion la causaron, pretendiendo ofender á tan insigne misionero, se hallaron obligados á recurrir á sus autoridades, para libertarse de los males que temian y merecian por sus tan injustas como violentas insolencias.

CAPITULO XV.

Ansiosos deseos de los Pimas de hacerse cristianos, y último penoso viaje del padre Kino, con otras cosas gloriosas hasta su dichósa muerte.

El año 1706, gozando ya mayor tranquilidad la Pimeria, fué el padre Kino á principios de Enero por Tubutama á Caborca: de allí por cien leguas de camino penetró á los últimos Pimas, que están entre Sur y Poniente: llegó hasta la mar de California por este rumbo, que nadie todavía habia pisado: descubrió á distancia de la playa, de seis á siete leguas, una isla que tendria como tres de ancho y siete ú ocho de largo: el dia siguiente, desde un puesto algo mas elevado á distancia de tres le-

guas de aquella isla, descubrió otro pedazo de tierra, que no pudo bien distinguir si era otra ó si estaba contigua con la California. A la isla intituló con el nombre de Santa Inés, y á la otra tierra la llamó *Cabo de San Vicente*, y dice que este paraje se halla en treinta y un grados de altura. Halló en estas playas como mil quinientas almas de gente buena y afable, á quienes predicó la palabra de Dios, y persuadió que se agregasen á Caborca para gozar y lograr entera y perfecta instruccion en la Santa Fé. Con esto, habiendo vuelto á su Mision de los Dolores en 27 de Febrero de aquel año, visitó de nuevo á San Ambrosio del Bufanic y Santa Gertrudis del Saric. En estos dos pueblos, como tambien en Caborca, á donde llegó de nuevo, en San Diego del Pytquin, en Tubutama, y en el pueblo de Santa María Magdalena ejerció sus ministerios de predicar, confesar, bautizar, adelantando las iglesias ya comenzadas con los sirvientes y carpinteros que trajo de su Mision, para que ayudasen á los padres de estos Partidos en la construccion de estas tan importantes sagradas fábricas.

Al volver de este viaje, el capitan de la nacion Quiquima le envió la cabellera de un indio de la de Ababonoma, que era como sacerdote entre los suyos y habia hecho la mayor resistencia que cabia en su enconado corazon, para que no diesen crédito á las persuasiones de aquel apostólico misionero, cuando en la última entrada les predicaba la ley de Dios; pero aquellos bárbaros quedaron tan prendados de nuestros sagrados Misterios, que no pudiendo sufrir los embustes de aquel tan pertinaz indio, le

mataron; y el capitan de los Quiquimas, en prueba de haberse ya quitado el único estorbo que habia para la conversion, envió al padre Kino su cabellera, convidándole á que entrase á visitarles, pues todos estaban dispuestos á recibir el santo bautismo. Esta nueva consoló mucho á nuestro insigne jesuita, aunque la escasez de Ministros no le permitió que emprendiese nuevo viaje.

Por Abril de este mismo año entró dos veces, aunque no muy adentro, á los indios Pimas del Norte: en San Lázaro y en Santa María, en parte comenzó y parte prosiguió las casas é iglesias; por este tiempo le enviaron de San Marcelo conchas y otras dádivas que le remitian algunos indios Quiquimas que habian llegado allí, y le rogaban que fuese á verles á sus tierras. Le aguardaron por mucho tiempo en San Marcelo; y viendo que no parecia, se fueron desconsolados, aunque el padre con buenas esperanzas procuró templarles su tan justo sentimiento. Por Mayo y Junio de este año volvió á Caborca y Tubutama; para mayor aliento de los indios, celebró con toda la solemnidad posible la dedicacion de estas dos iglesias, aunque no se hallaban del todo acabadas. Por Setiembre siguiente, vino á la Mision de los Dolores por la parte del Norte el capitan Coró, que expontáneamente habia registrado muchas rancherías de los Sobaypuris, que todos le instaron que en su nombre fuese á pedir padres que le doctrinasen, asegurando que todos estaban ansiosos del santo bautismo. Lo mismo en nombre de las naciones del Rio Colorado vino á pedir el gobernador del pueblo de San Marcelo: no hay du-

da que estas repetidas instancias consolaban mucho al padre Kino, por ver su perseverancia en el afecto á la ley de Dios; pero al mismo tiempo despedazaban con inconsolable dolor á tan celoso corazon, por considerar que no podia él solo acudir á tantas partes.

Sobre todo le afligia, que estando la mies tan madura, ó no se creían sus informes, ó no se daban providencias para el bien de tantas almas. No obstante, este año cobraron algun aliento sus esperanzas, por haber sabido que habia venido Mision de Europa, y habérsele pedido que informase cuántos misioneros serian necesarios para la Pimeria. Con mucho gusto informó el padre Eusebio, asentando que el Rey católico habia concedido ocho á aquella tan necesitada Provincia. Las Misiones de los Dolores, San Ignacio y Tubutama, tenian actualmente Ministros; los otros cinco debian ponerse en Caborca, en Santa María, en San Javier del Bac, en San Ambrosio Bufanic y en Santa Ana del Quiburi. Estos informes, con otro mas dilatado que por órden del superior gobierno envió al señor Virey de México el capitan Juan Mateo Mange, haciendo como testigo ocular relacion exacta de muchos de los viajes arriba expresados, y de la buena disposicion é inclinacion de todas aquellas numerosas naciones para convertirse, proponiendo los medios mas proporcionados que á su discrecion y experiencia se ofrecian, para conseguir su tan dilatada reduccion, llegaron á México; mas tales debieron de ser las dificultades y los estorbos que se ofrecieron para la feliz y tan importante ejecucion, que poco ó ninguno

fué el buen logro que merecieron tan cristianas solicitudes.

Llegamos ya á la última jornada, que por su relacion manuscrita nos conste haber emprendido el padre Kino; y porque por órden del gobernador de las armas le acompañaron dos cabos militares, con prevencion de hacer un puntual diario, como lo ejecutaron de su largo viaje, será su narracion mas circunstanciada, y con alguna mayor individualidad se especificarán aquí los provechos que se sacaron y los fines que movieron á emprenderle. Se adelantó el padre Kino casi cincuenta leguas, hasta la Mision de Cuquiarachi á recibir aquellos oficiales, y en 14 de Octubre, con catorce leguas de camino, llegó al pueblo de Bacoachi. El dia 15, con diez leguas, pasó al Real de Bacanuchi: el 16, con otras veinte, vino á los Dolores, en donde los cabos vieron la multitud de dádivas de conchas azules, bolas curiosas, pitayas y cruces, que de lejos habian enviado las naciones, instando al padre Eusebio que les pasase á ver y á bautizar, siquiera á sus párvulos: el 17 dispusieron todo lo necesario para aquel tan dilatado peligroso camino: el 18 despacharon aviso á San Marcelo, para que estuviesen prevenidos de la próxima llegada y le pasasen á las rancherías que se extendian en adelante: el 19, 20 y 21 se acabaron las disposiciones con los avíos precisos, y salieron los cabos para el pueblo de los Remedios: el 22, habiendo ya partido el padre Kino á alcanzarles, encontró á Fray Manuel de la Ojuela, franciscano, que venia desde Guadalajara á recoger alguna limosna para la fundacion del Noviciado de

aquella ciudad, y se resolvió acompañar á nuestro insigne jesuita en su jornada: el 23 todos pasaron á Cocóspera, celebrando mucho la hermosura de las iglesias que el padre en estos pueblos habia construido, y aplaudiendo su actividad en haberlo poblado todo con mucho ganado mayor y menor, y haber abierto siembras de todo género de frutos, no solo para el alivio de su Mision y pueblos, mas tambien de prevencion para el sustento de otras que en aquellos contornos se fundasen: el 24 llegaron á la estancia de San Simon y Jùdas del Syboda, gastando quince leguas en el camino; el 25 viajaron por la buena labor de Babafaqui: el 26 vinieron con catorce leguas mas adelante de Santa Bárbara, que es ranchería con buenas tierras: tiene iglesia, y fueron recibidos con todo afecto: el 27, á las cuatro leguas, llegaron á San Ambrosio del Bufanic, festejados de todos aquellos indios: á tres leguas dieron ya con Santa Gertrudis del Saric, y poco mas adelante con San Bernardo del Aquimuri: en todas partes vieron por la industria del padre Kino beneficiadas las tierras con siembras de trigo y maíz, pobladas con ganado mayor y menor, erigidas capillas é iglesias, domesticados y reducidos á policía los indios: el 28 pasaron en Tubutama, y hallaron todo cariño en el padre Gerónimo Minutuli, que deseaba acompañarles en la jornada; pero ya que las indispensables ocupaciones no lo permitieron, procuró compensarlo con todo el posible socorro y avío que suministró para el viaje. Alentaron acá á los indios y les ayudaron á finalizar su iglesia. Los cabos en todas partes les daban en nombre de su go-

bernador, documentos de vida política y sociable, y el padre Kino les hablaba de los Misterios de la ley de Dios, confesaba y bautizaba á los necesitados: el 29, pasando por Santa Teresa, llegaron á S. Antonio del Uquitoa: el 30 por San Diego del Pytquin, á las trece leguas, vinieron á Caborca: en una y otra parte vieron adelantadas las iglesias, mejoradas las siembras, multiplicados los ganados, y mucha gente particularmente en esta última poblacion. El dia 31, con diez y seis leguas de camino llegaron á la ranchería de San Eduardo Baypia: los naturales les recibieron con todo agasajo y atencion: en 1 ° de Noviembre, pasando por San Luis Beltrán del Baccapa, á las veinte leguas, vinieron á otro paraje en que los indios les habian prevenido vivienda y hospedaje: el dia 2, con catorce leguas, llegaron á San Marcelo Sonoydag: les recibieron con arcos de ramada, con cruces, y con el camino bien limpio, saliendo á encontrarles mas de una legua: vieron que cuidaban con aseo de la iglesia que hizo el padre Kino, y con vigilancia del ganado que allí habia puesto para su aumento, y que ejecutaban en las siembras cuanto aquel prudente misionero les habia ordenado.

Aquí concurrieron mas de cuarenta indios principales de las rancherías de su contorno; vinieron tambien los gobernadores de las naciones Yumas y Cocomaricopas; y porque faltaban los de los Quiquimas, les despacharon recados y mensajes. El dia 3 se juntó mucha mas gente, á quien, así el padre como los cabos, hicieron sus respectivas pláticas. El dia 4, con siete leguas, llegaron al buen aguaje

del carrizal. El 5, con otras catorce de camino, se hallaron en el aguaje, entre peñas al pié del cerro ó volcan de Santa Clara: subieron hácia su cumbre por cuatro leguas, y dividiéndose en tres elevados picachos, se encaminaron al que miraba al Sur: desde lo mas alto, sin tener mar alguno, ni al Poniente, ni al Oriente, ni al Norte, ni entre Poniente y Norte, vieron la continuacion de la California con la Pimeria, que toda consistia en arenales y cerritos, por cuanto casi por distancia de cincuenta leguas podia alcanzar la vista, y durmieron aquella noche en la cumbre del picacho. El dia 6 fray Manuel, bajando de éste subió á otro mas elevado, todos volvieron á reconocer la Sierra Grande de la California, que corre de Sur á Norte, rematando en el mar, y observaron una bahía grande de casi diez leguas de largo, intitulándola de *San Manuel* por el padre fray Manuel, que mas distintamente desde su picacho la divisó. Bajaron del monte, y á catorce leguas llegaron al Carrizal. El dia 7 volvieron á San Marcelo. El 8 á diez leguas por otro camino vinieron á San Rafael de Actum, y durmieron en el aguaje de San Martin. El 9 á las nueve leguas pararon en Santa Bibiana. El dia 10 con doce leguas llegaron á San Estanislao de Octam. El 11 con tres leguas pasaron á Bufanic y á Tubutama, en donde descansaron el dia 12 y 13. El 14 viajaron á Santa María Magdalena, y el dia 16 á los Dolores. Esta relacion dieron los cabos, que acompañaron al padre Kino, para que se remitiese á México, aunque no tuvo efecto. El padre fray Manuel dió así mismo una certificacion dilatada, en que dice lo mismo: no

se pone aquí por extenso por contener algunos puntos muy arduos de creer, y se presume, que les insertó por lo que oyó de personas, que le parecieron fidedignas.

Por fines de este año y principio del de 1707 procuró el padre Kino, que se acalorase con viveza la fundacion de una Villa, que fuese resguardo á toda la Provincia de Sonora, de freno á las insurrecciones de los bárbaros, y de defensa á las naciones inclinadas á convertirse. Aunque semejante máquina es muy basta para ser promovida y acabada por un religioso, no obstante es muy digno de ser alabado el acierto y discurso del padre Eusebio, que indagaba á impulsos de su celo el adelantamiento, firmeza y seguridad de las nuevas conversiones. En adelante se volverá á tocar esta especie, que es total remedio para lo que está fundado, y la mejor traza, para conseguir el mas seguro establecimiento de lo que está por conquistar. En lo demas de este año 1707 y los dos siguientes de 1708 y 1709, parece que el padre Eusebio no emprendió otras jornadas; pues dice en su relacion, que escribió este último, que lo principal que tuvo que hacer, fué sufrir las ordinarias contradicciones y emulaciones, y que por mas que procuró y solicitó nuevos operarios, no pudo conseguirles.

El año 1710 compuso un informe para el rey nuestro señor en abono de las misiones de la Pimeria, procurando persuadir la extrema necesidad, y utilidad grande en adelantar las conversiones de aquellas naciones. Este año sobrevino la muerte del padre Eusebio Francisco Kino á los treinta ha deberse

puesto en camino para las Indias. Es muy natural, que en estos últimos los achaques propios de la vejez, y que son indispensables á una vida tan trabajosa, como siempre tuvo ese insigne apostólico jesuita le detuviesen los pasos, y no le permitiesen las fuerzas ya postradas, que siguiese el vuelo de su fervor, que nunca se llenaba de convertir almas á nuestra santa fé. Sin duda su muerte seria muy correspondiente á las grandes obras, á que se dedicó de la mayor gloria de Dios; y su Divina Magestad le abrá abundantemente compensado el celo, y casi increibles trabajos, que por dilatar su Santo Nombre entre las mas bárbaras remotas naciones padeció con tanto gusto su grande activa caridad.

CAPITULO XVI.

Breve elogio del padre Kino, para que sirva siquiera de epitafio en su sepulcro, hasta que mejor pluma saque á pública luz su admirable apostólica vida.

Fué el padre Kino natural de la ciudad de Trento, y pariente cercano del padre Martin Martini de nuestra compañía insigne operario y apostólico misionero del imperio de la gran China, cuyas pisadas gloriosamente siguió en esta América Septentrional. Se aplicó tanto al estudio de las matemáticas, y se adelantó de manera con su grande ingenio, que visitando el colegio de Inglostat el serenísimo duque de Baviera con su hijo Maximiliano, glorioso progenitor del difunto emperador Cárlos VII, mostró su

alteza electoral deseo de emplearle en una cátedra de esta utilísima ciencia en aquella tan célebre universidad: renunció este honroso ofrecimiento, que solo le sirvió, para tener estó mas, que sacrificar á Dios, solicitando pasar á Indias movido de su ardiente celo de las almas, y consiguiéndolo poco despues; porque estimaba mas las penosas fatigas, dedicándose á la conversion de los infieles, que el literario lucimiento de su vivo ingenio en las mas elevadas cátedras. Llegado á México con ocasion de un célebre cometa, que en aquellos tiempos ocupó la curiosidad y aplicacion de los matemáticos, descubrió casi sin advertirlo, que penetraba los mas delicados puntos de aquella nobilísima facultad.

Mas dirigiendo desde luego todos sus desvelos á la mayor gloria de Dios y bien de las almas, estrenó su apostólico ardiente celo en la California, cuya reduccion con el carácter de superior de los nuestros emprendió, afanó allí gloriosamente mas de año y medio con no pocas conversiones y con muchos descubrimientos: paró esta tan importante empresa por faltar los medios necesarios, para proseguirla; mas siempre conservó este celoso apostólico varon el amor á esta espiritual conquista primogénita de su grande y fogosa caridad: por el puerto de Guaymas, por el cercano á Caborca, por el de Santa Clara, por la isla que descubrió el primero y llamó de Santa Inés, por el desemboque del rio Colorado, y por la averiguacion de ser aquella Península tierra continente con la Nueva España, siempre procuró abrir camino para entrar; y cuando ya estuvo conquistada, entabló comunicacion y comercio á costa

de contínuos y penosísimos viajes para facilitarle los socorros, y remediarla en su nativa esterilidad. Es casi increible lo que afanó en abrir paso por el rio Colorado, para llegar hasta el puerto de Monterey y Cabo Mendocino, juzgando con gravísimos fundamentos, que no podia distar de allí mas que ocho, nueve ó diez jornadas: y es cierto, que si hubiera conseguido este intento, cooperara mucho y facilitara en gran manera la reduccion de un estendido y dilatado terreno de California con el logro de muchos millares de almas que le habitan, y era á lo que dirigia sus afanes este infatigable misionero.

Los que apostólicamente trabajaban en aquella Provincia confesaban llanamente, que el Padre Kino era su insigne bienhechor, no solo por lo que acabamos de insinuar, sino por las contínuas cuantiosas casi anuales limosnas y socorros que les remitia, constituyéndose procurador de aquellas Misiones, facilitándoles grandes asistencias y apoyando con su autoridad, informes y cartas la subsistencia de tan gloriosa é importante empresa. La Pimeria Alta se debe tan del todo á su incansable celo, que con razon se puede llamar apóstol de los Pimas: cuando entró la halló enteramente inculta; y afuerza de trabajos y afanes casi increibles comenzó á desmontar aquel infiel bárbaro terreno, atrayendo á los indios y persuadiéndoles con las maravillosas industrias que le sugeria su ferviente y encendida caridad, á que se juntasen en pueblos, se acostumbrasen á política sociable vida, oyesen con ansia la palabra de Dios, renunciasen su antigua infame libertad, y sujetasen sus cervices al suave yugo de Cristo. No es

casi creible, cuantos cuidados y sudores cueste la fundacion de una nueva Mision: los infinitos desvelos, la heroica paciencia y el teson incansable, que para principiarla, adelantarla y establecerla son inexcusables y del todo necesarios, solo podrá dignamente ponderarles, y aun llegar á conocerles quien lo viere con sus ojos, y lo experimentare con sus fatigas.

Si una solamente es obra tan trabajosa, ¿qué habrán costado al Padre Kino tantas? ¿Qué, los casi innumerables pueblos que visitó, que ordenó, que trazó, que adelantó, y que tan gloriosamente perfeccionó? Se deben á sus contínuos apostólicos afanes las Misiones de la Pimeria; suyas son la de los Dolores con dos pueblos de visita; la de San Ignacio con otros dos; la de Tubutama con otros nueve, la de Caborca, que abarca muchísima gente; la de Santa María Suamca, que aunque en la cabecera tiene pocos indios, en los pueblos de visita, que se extienden hácia los de los Sobaypuris, cuenta muchos; la de Guevavi, que comprende no menos indios en sus rancherías, que españoles en sus estancias; y la de San Javier del Bac, que es entre todas muy numerosa. A mas de estas Misiones, cuyo principio se debe al Padre Kino, descubren su infatigable activa caridad tantas rancherías, ya por el Sur hasta los Serys, ya entre Poniente y Norte, siguiendo la playa de Caborca hasta el remate de la mar de California, ya entre el Norte y Oriente hasta el rio Gila, que seguramente podian ocupar otros cuatro ó seis misioneros, para cuidarlas con su enseñanza. Y aun otros ocho misioneros tuvieran bastante cam-

po, para esplayar su celo en los pueblos y rancherías, que el Padre Kino visitó, domesticó, acarició y atrajo á abrazar nuestra santa religion en las orillas del rio Gila y del Colorado, y son de las naciones Pimas, Opas, Cocomaricopas, Yumas y Quiquimas.

Bautizó este grande obrero de la viña del Señor mas de cuarenta mil de estos infieles, y pudiera haberse alargado á muchos mas millares, si hubiera tenido esperanza de poderles en adelante asistir, señalándoles misionero, que cuidase de doctrinarles. Pasan de treinta mil almas, que estas desamparadas remotas tierras descubrió. Lo singular es, que no solo formó pueblos y bautizó indios, sino que en gran parte les redujo á vida política, y les enseñó á fabricar casas, construir iglesias, beneficiar tierras, formar estancias, cuidar ganados, hacer provision de frutos, ejercitarse en armas, proceder con fidelidad, vivir quietos, sujetarse á las justicias, obedecer á sus leyes y amansar á los demas: para eso instruyó con mucha especialidad á los principales en el gobierno de los suyos, consiguiendo así, que hiciesen sus veces y aunque persuadiesen á los confinantes su reduccion á la santa fé, sujecion al rey y amor á la nacion española. Fray Manuel de Ojuela se admiró tanto de verlo con sus ojos, que casi no creía lo mismo que miraba; porque hallándose en San Marcelo notó con asombro, y aun con pasmo, que despues de haber predicado el padre Kino á los muchos que concurrieron en aquel pueblo, acabada la plática, tomó la mano el indio principal, y continuó la materia del sermon por espacio de dos horas, si-

guiéndose á ese otros, que alternando ese oficio toda la noche y el dia siguiente, exhortaban á los suyos á lo mismo que habia propuesto aquel misionero.

Siempre se debe confesar que estas mudanzas de gente de la inculta bárbara infidelidad son obras de la mano de Dios, y efecto de los benignos influjos de su gracia; mas aquí, para conseguirlas se valió del apostólico celo del padre Kino, de la agradable afabilidad que mostraba á aquellos bárbaros del tierno sincero cariño, con que les trataba y del amor que les descubria, acreditándole con saludos, mensajes, recados, dádivas, regalos, agasajos, y con desinterés en solicitar sus bienes, y en la ansiosa aplicacion que reconocian muy patente en procurarles sus adelantamientos aun temporales, para que estuviesen bien abastecidos y gozasen de todas aquellas mejoras y ventajosas asistencias de que en su gentilidad carecieron. Veían aunque bárbaros, que caminó en su alivio mas de seis mil leguas, pasando arenales, sufriendo calores, aires y lluvias, vandeando rios, tolerando desvelos, escaséz en su sustento y tantas molestìsimas inclemencias como acarrean largos viajes en tierras no conocidas y entre naciones totalmente nuevas. Miraban el cariño con que les recibia, las ansias con que les buscaba y el gusto con que vivia con ellos, acomodándose á su cortedad y rudeza, disimulando sus faltas y sus defectos. Atendian, cuanto se interesaba en amistar los bandos de diferentes parcialidades y asentar las paces entre muy reñidas naciones. No ignoraban cuanto se esmeraba en hablar bien de su mansedumbre, en abonar su fidelidad y pregonar su valor. Tambien les

onstaba lo mucho que por ellos padecia, ya en los bienes de su Mision, ya en los mas estimables de su honra, haciendo á todos resistencia á cara descubierta, cuando les molestaban con vejaciones. Muy bien penetraban que su mayor sentimiento era cuando ponian estorbos á su conversion y cuando dudaban de su buena inclinacion á nuestra Santa Fé.

Testigos eran como despues de haber logrado su reduccion anhelaba á la de los Apaches, á la de los Moquis, á la de los Serys, de los Tepocaos y de toda aquella numerosa gentilidad, que se hallaba á la otra banda del Rio Colorado. Todo este amor tan conocido como experimentado, le grangeó en grata correspondencia el tierno afecto de estos indios: se lo tenian tan sincero, que á pocas palabras que por sí ó por intérpretes les dijese, todos se allanaban sin contradiccion á cuanto deseaba para bien de sus almas: para eso el Señor concedió tan especial eficacia á sus sermones: siempre que podia les continuaba con infatigable teson: en sus contínuos y penosos viajes interrumpia de buena gana la jornada, para darles noticia de los sagrados Misterios de nuestra santa religion: proseguia con tal ardor muchas veces estas pláticas, que duraban hasta media noche, teniendo este sirviente desahogo de su celo por el mejor descanso de sus fatigas: agradecíanlas los indios, oyendo con ánsia su doctrina, abrazando muy de corazon cuanto les proponia, y comunicándolo á los otros confinantes para complacerle y dar puntual cumplimiento á lo que tanto les encargaba. Le profesaban todos un amor tan entrañable, que parecian excesos los que ejecutaban, solamente para

verle y para tratarle, caminando muchos en numerosas tropas y aun los principales muchas leguas entre naciones antes no conocidas, y aun entre otras enemigas, para lograr su vista, para oirle y saludarle: explicaban este gusto al verle en sus rancherías con las mayores demostraciones que su cortedad y pobreza les permitia: le salian por muchas leguas al encuentro: celebraban con danzas su llegada; le ofrecian para sí y toda su comitiva cuanto alcanzaban de sus bienes y de sus frutos: mostraban grande sentimiento al ausentarse; se afligian cuando no podia permanecer siquiera por algun tiempo, para lograr algo mas de su tan deseada y amable comunicacion: efecto de este tierno amor eran el rendimiento y la obediencia que le mostraban, acudiendo á su menor insinuacion de muchas leguas: sin detenerles la repugnancia de su natural desidia, se aplicaban al trabajo que les aconsejaba: no solo hacian lo que les ordenaba en las sementeras, mas á veces sin aguardar órden alguna, prevenian sus avisos y se adelantaban con no pequeña admiracion de todos los que saben la aversion que los indios de esta América tienen á todo género de fatiga.

Habiendo todos visto que con la total confianza en la sinceridad de su amor, penetró este apostólico varon casi cincuenta diferentes veces á sus puestos y rancherías, ó sin arrimo de soldados, ó cuando algunos le acompañaban, conteniéndoles para que en nada se excediesen, le correspondian agradecidos y estaban plenamente satisfechos que cuanto les decia les era conveniente: tomaban las armas contra los bárbaros cuando se los insinuaba; las dejaban con-

tra los españoles, cuando así lo disponia: se amistaban con las naciones enemigas cuando se ponia por medianero: los principales y mas autorizados entre todos se preciaban de guiarle en los caminos y de llevar á remolque las balsas, cuando vadeaba los rios: en fin, cosa ninguna se ofrecia que no hiciesen y ejecutasen prontamente, para complacer al que todos veneraban, y querian como á su mas tierno y amoroso padre.

No eran solo los Pimas los que estimaban con tan finas y sinceras demostraciones á nuestro insigne apostólico misionero: á medida de sus méritos le amaban tambien y apreciaban los señores Vireyes, los Ministros de la Real Audiencia de Guadalajara, los gobernadores, los capitanes, los justicias y la gente mas lucida de aquellas tierras; todos le miraban como á varon apostólico, incansable en la mas solícita é industriosa caza de almas, y en dilatar el Reino de Cristo: muchos confesaron con ingenuidad que habia sojuzgado mas tierras, pueblos y gentes con su ardiente y activo celo, que sus armas, presidios y soldados: le escribian en términos muy reverentes: le presentaban y ofrecian sus bienes y caudales para contribuir de esta suerte al feliz logro de sus apostólicas empresas.

Los padres generales de la Compañía de Jesus, Tirso Gonzalez y Miguel Angel Tamburini, respondian á sus cartas é informes con expresiones llenas de un paternal afecto, agradeciéndole sus gloriosas fatigas, y el que como nuevo vaso de eleccion llevase el santo nombre del Señor á tantas y tan desconocidas naciones, alentándole á que continuase

obra tan apostólica, y les comunicase los felices sucesos de tan gloriosos sudores: los padres provinciales de Nueva España, y los superiores de aquellas Misiones con otros muchos de la Compañía, celosos de la honra de Dios y bien de las almas, le animaban con las mas finas expresiones, haciendo la debida y correspondiente estimacion, no menos de sus méritos que de sus grandes y admirables virtudes: con todo, para mas acrisolarlas, toleró graves oposiciones y muy sensibles contradicciones: ni podia ser de otra manera, porque este es el carácter que distingue gloriosamente las obras del Señor, y las que son de su mayor gloria. Por eso no hay que admirar que algunos ó poco cuerdos, ó maliciosos, ó ciegos á tanta luz, acaso le censurasen de andariego, vistiendo con este odioso traje á sus apostólicas contínuas peregrinaciones hechas á impulsos de su fogosa caridad, que no dejándole parar, le obligaba siempre á andar presuroso como en contínuo movimiento, para ganar mas y mas naciones para la iglesia y para Dios.

Y para que campeara mas su virtud y se descubriese con mas claridad en sus dilatados apuntes al verse precisado á tocar algo de las oposiciones que padecia, admira el singular recato y modesto disfraz que guarda en referirlas, sin expresar sujeto y sin tomar en boca ó en la pluma los particulares que con tanta sinrazon le calumniaban. Sin exajeracion alguna puede afirmarse que solo el padre Kino hizo tanto en los 23 años que estuvo en la Pimeria, que, habiéndose por su muerte atrasado, como en breve veremos el estado de aquella Provin-

cia, en 40 años sucesivos no han podido despues todos los misioneros que allí trabajan, poner corriente la tercera parte de aquellos pueblos, tierras y naciones que aquel apostólico varon habia atraido, cultivado y tan bien dispuesto, para sujetarse al suave yugo del Evangelio. En fin, fué y será siempre el ejemplar para los obreros de aquella viña del Señor, y el original que todos se han de proponer para imitar: abrió la puerta, allanó el camino, y fué delante como guía que han de seguir los que aspiran á ampliar la gloria de Dios y la conversion de muchas almas. No es casi creible cuantas diligencias practicó para ejecutar las grandes y elevadas ideas de su celo: envió copiosos informes hasta al Rey en su Real Consejo de Indias: presentó copiosos sábios escritos á todos los superiores de la Compañía: dejó instrucciones llenas de luz para los venideros; solicitó con el mayor ardor y con los mas eficaces y repetidos recursos que la Pimeria tuviese los necesarios operarios para coger á manos llenas la mucha mies que las suyas solas no podian: este era todo su anhelo, y el mayor dolor no poderlo conseguir. De lo que hasta aquí insinuó la pluma, se podrá claramente inferir, no solo su grande é infatigable celo, que dia y noche le consumia, le ocupaba todos sus cuidados, y por fuera nos dió en tan grandes llamaradas indicio claro del ardiente fuego que escondia dentro de su abrasado corazon, lleno de la mas fina abrasada caridad, deseosa de sacrificarse toda á Dios, á mayor gloria suya y bien de tantas desconocidas bárbaras naciones.

CAPITULO XVII.

Estado lastimoso de las Misiones de la Pimeria, hasta que las animó el celo del señor Obispo de Durango y el del señor Marqués de Villapuente.

Aunque faltan relaciones individuales de los años siguientes, insinuará brevemente la pluma lo mas principal, que pertenece á la Pimeria Alta y á otras Provincias confinantes. Despues de la muerte del padre Eusebio Francisco Kino, descaecieron mucho las Misiones de los Pimas: ninguna ha padecido mayor estrago que la de Nuestra Señora de los Dolores: faltó aquel ardiente y activo espíritu, que repartia vigor, comunicaba aliento y daba vida á todo aquel vasto y dilatado cuerpo, derivándola maravi-

llosamente desde su cabeza á todos sus tan distantes apartados miembros, y luego perdió todo su lustre, su antigua hermosura y gallardía: los pueblos tan numerosos, así el de los Dolores como el de los Remedios, se disminuyeron, de suerte que sus moradores se redujeron á siete ú ocho familias en cada uno. El terreno es ciertamente fértil y pingüe, mas con el tiempo se ha observado que es maligno y muy contrario á la salud; porque los veneros de agua que se empantanan, con sus gruesas exhalaciones inficionan el aire con muerte segura de los que le respiran. Aquellas tan bellas, capaces iglesias y viviendas que habia construido el padre Kino, se han perdido, de manera que al presente apenas queda rastro ni señal de que en algun tiempo las haya habido; porque los indios, con su natural descuido, si el padre no está velando sobre todo lo que han de hacer, á nada acuden, ni remedian cosa alguna; y siendo ahora tan corto su número, no se puede esperar que vuelvan á repararse ni que recobren su lustre antiguo aquellas ya arruinadas fábricas. A la cortedad de naturales se ha añadido la plaga de contínuas invasiones de los bárbaros, que hallando allí poca ó ninguna resistencia, se inclinan á aquella vereda, así para robar á su salvo, y casi con seguridad cuanto encuentran, como para penetrar mejor á otros pueblos. Este es el motivo porque hoy el de los Dolores y el de los Remedios están casi despoblados, por mas que no les hayan faltado operarios que les cuiden. El de Cocospera, que pertenece á la misma Mision, se conserva aún; mas siendo fronterizo á los infieles enemigos sus contínuas invasiones

y los estragos que con ellas padecia ya en tiempo del padre Kino, se le han hecho tan frecuentes y les ha sufrido tanto en estos últimos años, que si no fuese socorrido con las armas, se puede con razon temer que experimente la misma desgracia que los otros dos.

Menos mal ha librado la segunda Mision de la Pimeria, llamada de San Ignacio; porque el padre Agustin de Campos, que en algunos viajes acompañó al padre Kino y le sobrevivió veinticinco años, en los cuarenta y mas que la cuidó, la mejoró y aumentó su antiguo lustre, aunque en el número de moradores ha descaecido en sus tres pueblos, por estar hasta ahora infestada de contínuos acometimientos de los bárbaros, por mas que sus indios les resisten con valor y les escarmientan no pocas veces, cuando no con engaño, sino á cara descubierta les embisten.

Las Misiones de Tubutama y Caborca, despues de la muerte del padre Kino, por la escasez de operarios, no les tuvieron en propiedad casi en diez años; porque siendo necesarios muchos para tantas partes y provincias, y hallándose por las lastimosas guerras de Europa muy alterado y atrasado el comercio de España con América, no fué dable que á la Pimeria le cupiesen los que pedia su casi extrema necesidad. Mas llegando ya por los años de mil setecientos veinte algunos para remediar la que tenia esta Provincia, señalaron los dos superiores para Tubutama y Caborca: mucho hallaron que trabajar, y afanaron gloriosamente para mejorar el estado de aquellos dos Partidos. Los indios ya casi

no se acordaban de lo que antes aprendieron; las rancherías mas inmediatas de San Eduardo, de San Luis, de San Marcelo y otras, apenas tenian ya noticia ni de los padres: con todo, conservan aun aquel mismo buen genio, aquella natural afabilidad y docilidad como nativa, siendo aun ahora muy fácil el reducirles á vivir vida civil, rindiéndose sin resistencia á lo que les sugiere con la enseñanza de sus Ministros. No se sabe por qué á estas rancherías se les da ahora el renombre de *Papagos*.

Lo que sucedió á estos pobres desvalidos indios, y aun mas aconteció á los del Rio Gila y á los que pueblan las orillas del Colorado: no hubo padre que les cuidase ni á quien pudiesen hacer el menor recurso; estaban poco há tan sin señal alguna de la enseñanza que tuvieron, que habian ya enteramente recobrado su antigua barbaridad, siendo ya casi tan incógnitos y nuevos, como fueron en tiempo de las primeras entradas del padre Kino. Con todo, las dos Misiones de Tubutama y Caborca, al presente son las mas floridas, no solo de la Pimeria, mas aun de toda la Provincia de Sonora: en número exceden á todas: solo la de Bacercua podrá disputarles esta prerogativa: si se conservan en tan floreciente estado, como con razon se espera, podrán servir no poco para comunicarle á las de California, cuando la poblacion de esta Península suba de fuerte, que llegue á fronterizarse con Caborca. A mas de las grandes ventajas y provechos considerables que en breve se confia ha de lograr por este medio aquella Provincia, no se duda que estos dos Partidos serán en adelante la escala para restablecer en su antiguo

estado, y aun para mejorar los pueblos intermedios al Rio Gila y á las naciones vecinas á sus playas y á las del Colorado.

Parece ya, cuando esto se escribe, que llegó aquel dichoso tiempo destinado por la Divina Providencia, á que tantas veces aspiraba con tanto afan en su vida el padre Kino: sin duda que con sus ruegos en el cielo ha conseguido que se abrevie la conversion de sus amados hijos los Pimas, que acá procuró tan deveras y solicitó con tantas ánsias. Mas descaecieron aun con la falta de aquel insigne jesuita las Misiones de Santa María Guevavi y S. Javier del Bac. En casi veinte años quedaron sin Ministros, volviendo poco á poco á tal estado, que parecia el de su antigua rudeza, sin mantener sino muy cortos rastros de lo que entre ellos se habia trabajado. Es verdad que aun así conservaban de manera el afecto á la nacion española, que siendo anuales los robos de los bárbaros, nunca estos Pimas Sobaypuris les apoyaron, ni hubo quien les tuviese por culpados.

Estaba el demonio muy contento de poseer sin contradiccion las almas de estos pobres casi abandonados indios, sin inquietarles con las calumnias, ni con las imposturas, con que tanto les persiguió en tiempo de aquel grande misionero, cuando trataban de convertirse, desatando toda su furia para desviarles con aquellas vejaciones del camino de su eterna salvacion. Aun ahora los bárbaros desde el contratiempo, que padecieron viviendo el capitan Coro, les tienen no poco miedo; y sabiendo que sus rancherías están muy bien pobladas, se recelan de

irritarles para no experimentar de sus tan notorios bríos algun nuevo golpe. Mas esta misma quietud en cierto modo há como debilitado por ocioso el valor de los Pimas Sobaypuris, que no son ya tan alentados y animosos, como se habian mostrado sus mayores. No acometen contentándose de que no les molesten sus enemigos. Con intervalo tan grande en que no oyeron la palabra de Dios, no es mucho, que volviesen casi al estado de gentiles: así les consideraban todos hasta los años de 1726 ó 27, en que visitó parte de la provincia el Illmo. Sr. Dr. D. Benito Crespo, obispo de Durango á cuyo cuidado y diócesis pertenecen casi todas las misiones de la Compañía de Jesus de la Nueva España.

A pocas diligencias vinieron á noticia de aquel tan celoso vegilante prelado estos indios Sobaypuris: representáronselos algunos bien intencionados en traje de gentiles, mas con pretension de agregarse á su rebaño. Este solícito Pastor tomó muy á pecho esta demanda: escribió al católico monarca Felipe V en su Real Consejo de Indias con cláusulas tan eficaces, que luego Su Majestad concedió la fundacion de estas tres tan importantes misiones á costa de su Real Erario: en tiempo del padre Kino habia ya destinado socorro para ocho misioneros, y con la muerte de aquel grande jesuita se redujeron á solo cuatro, á que ahora se añadieron los otros tres con instancias tan autorizadas. Así se ejecutó el año de 1731 pasando tres misioneros á la Pimeria, y antes á Durango, capital de la diócesis: mucho se alegró aquel celoso esclarecido obispo con su venida: les regaló con dádivas, para ganar la voluntad de

aquellos neófitos y les remitió á su destino con entera confianza de ver restaurada y dilatada en aquella numerosa gentilidad á nuestra santa religion. Más uno en poco tiempo falleció; otro enfermó muy gravemente con la infernal fuerza de algun hechizo; y el padre Ignacio Keler quedó solo para tan penosas fatigas, y persevera todavía trabajando gloriosamente, sin que le hayan podido jamas dañar los muchos hechiceros, que varias veces lo han procurado. Desde este tiempo tuvieron siempre ministros estos Pimas; mas por haber cundido mucho allí los maleficios, haber descaecido su valor, y haber padecido aquel partido frecuentes invasiones de bárbaros, no ha producido tan felices efectos la enseñanza, y la doctrina de nuestros misioneros, como con razon se prometian. Contribuyó á sus adelantamientos á impulsos de su tan noble como cristiana generosidad de D. José de la Puente Peña, marqués de Villapuente, que habiendo fallecido en España por Febrero del año de 739 dejó en su testamento que del remanente de sus bienes, entre otras obras pías, se emplease el caudal competente para la manutencion de otros dos misioneros jesuitas en la Pimeria.

La fundacion no pudo ejecutarse luego por la guerra de los ingleses con España, hasta que concluidas las paces llegó por Agosto de 1750, nuevo número de operarios: dos fueron prontamente destinados á dar cumplimiento á la piadosa voluntad de aquel grande nobilísimo caballero: encargóse el uno, no solo de los pueblos del Bufanic y Zaric con otras muchas rancherías agregadas, sino de atraer como vigilante solícito Pastor á su rebaño á los varios

gentiles que como ovejas desparramadas vagaban por sus contornos. El otro tuvo su destino á San Marcelo, por voluntad expresa del fundador; y por su notoria tierna devocion al Santo Arcángel, se comenzó á llamar *San Miguel Sinoitag:* con tan acertadas utilísimas providencias se halla ya actualmente adelantada la conversion de la Pimeria por otras cincuenta leguas, desde Caborca, que era la última mision hasta Sinoitag: y hay esperanzas ciertas de promover el conocimiento de la fé entre las vecinas naciones, facilitándolo no poco la comunicacion que desde allí se tiene con aquellos bárbaros. Todo esto será un perpétuo inmortal acuerdo á la posteridad del nobilísimo cristiano celo del señor Marqués de Villapuente; y no es mucho haya erigido en la Pimeria ese glorioso monumento, siendo á todos notorio, que se ven otros muchos exparcidos por las cuatro partes del mundo, á que extendió su caridad aquel magnánimo cristianísimo corazon que aun en nuestra Provincia á expensas de sus caudales facilitó la conversion de toda la California.

LIBRO III.

DE NUEVOS PROGRESOS,

VARIOS DESCUBRIMIENTOS, Y ESTADO PRESENTE

DE LA PIMERIA ALTA.

CAPITULO I.

Nuevos esfuerzos para reparar los estragos pasados.

El padre Jacobo Seldemayer, que desde el año mil setecientos treinta y seis administra la Mision de Tubutama por su parte, y el padre Ignacio Keler, que asiste en Santa María Suamca por la suya, hicieron diferentes entradas en el Rio Gila y á las Casas Grandes: han resucitado las centellas ya casi apagadas de nuestra Fé entre aquellas naciones: procuraron acariciar á aquellos bárbaros haciendo

con su dulce y suave trato, que no solo no extrañen la presencia y vista de los padres, sino que ganándoles así el amor, les entre el de su eterna salvacion, y el que antes tuvieron á nuestra santa religion sus progenitores. Ya se experimenta entre los vecinos á los rios Gila y Colorado la misma afabilidad y correspondencia que se habia granjeado el padre Kino. Mas véamos los sudores, fatigas y largas trabajosas jornadas de nuestros misioneros, para conseguir fin tan glorioso, y para ablandar con santas ingeniosas industrias la mas terca obstinacion.

El año de 1720 llegó á la Mision de San Ignacio de la Pimeria un mulato: notó el singular consuelo que el padre Agustin de Campos manifestaba, rebosándole por el semblante cuando podia bautizar algunos párvulos de los gentiles: para aumentárselo, le aseguró que habiendo estado en la Provincia de Moqui, oyó á aquellos indios que recibirian el santo bautismo, si los padres de la Compañía les doctrinasen. Aquella region es canfinante al Nuevo México: con las celosas y contínuas diligencias de los padres de San Francisco, se habian bautizado sus moradores; mas el año de mil seiscientos ochenta, en un alzamiento general, quedaron muertos casi todos aquellos apostólicos religiosos, y los indios impiamente apostataron: no por eso desistieron de tan gloriosa empresa los de aquella seráfica religion, y lograron felizmente que los del Nuevo México se reconciliasen con la iglesia: con todo, los de Moquí, algo mas distante, hasta ahora han continuado en su rebeldía, sin sujetarse al sagrado yugo del Evan-

gelio. Esta nacion, segun el cómputo que sacó el padre Eusebio Francisco Kino, hallándose en las orillas del Rio Colorado, como á treinta y seis leguas de distancia de aquel sitio. Esto sabria sin duda el padre Agustin de Campos, por haber tratado muchos años íntimamente con aquel grande apostólico jesuita, y entró en esperanzas no mal fundadas de que podria penetrar aquella Provincia y reducir á la fé de Cristo á aquellos tercos rebeldes indios. Comunicó este tan glorioso designio con uno de los capitanes de aquellos Presidios, que apoyó tan santa empresa: formaron los dos consultas con los informes necesarios: y echó Dios tan visiblemente su bendicion, que llegaron felizmente á los oídos de nuestro católicó monarca: despachó Su Majestad cédula el año de mil setecientos veintitres, en que mandaba al Virey de la Nueva España, Marqués de Casafuerte, que alentase y promoviese la conversion de los indios del Moqui.

Aquel grande prudentísimo caballero, que no ignoraba la cercanía de esta Provincia á las Misiones de Nuevo México, y que era mucha su distancia de la Pimeria, quedó perplejo y muy dudoso, si esta espiritual conquista se habia de encargar á los padres de San Francisco, que se hallaban ya tan cercanos, ó á los de la Compañía, que segun el informe solicitaban los mismos indios: pidió su parecer en esta perplejidad al señor Obispo de Durango, Dr. D. Benito Crespo, á quien suponia bien enterado de unas y otras Misiones de entre ambas sagradas religiones, y mas estando todas dentro de su jurisdiccion, en terreno perteneciente á su tan vasta y ex-

tendida diócesis. Este solícito vigilante prelado, como despues ingénuamente confesó, hallándose al principio de su gobierno sin haber tenido tiempo ni ocasion de registrar ocularmente las dilatadas regiones de su cargo pastoral, se vió precisado á valerse de agenas informaciones, y persuadió al señor Virey que confiriese á los padres de la Compañía la reduccion del Moqui: poco despues emprendió la visita de su Obispado, y acercándose á las Misiones del Nuevo México, reconoció su inmediacion á aquella Provincia, y la grande distancia de la de Pimeria. A todo eso se añadia, que los padres misionoros franciscanos del Nuevo México le aseguraron que un santo y venerable religioso de aquellas partes, habia pocos años antes animosamente penetrado el Moqui; que repartió entre los indios varios donecillos, para conciliarse así su benevolencia; que se volvió sin hablarles de su tan deseada reconciliacion, para mejor disfrazar su santa apostólica idea; y que el año inmediato, practicando otra vez la misma ingeniosa cuerda industria, el gobernador de aquellos bárbaros le mostró haber penetrado lo que tanto disimulaba, y le exhortó á que se retirase antes que sus indios se desmandasen, previniéndole claramente que en sus juntas ocultas reconocia ya alguna conmocion, y concluyendo por fin con estas notables poderosas expresiones: "Véte, padre, que todavía no ha llegado el tiempo para que volvamos á ser cristianos."

No obstante esta convincente relacion, el señor Obispo no manifestó su interior dictámen, hasta oir tambien lo que hubiese sucedido en la Pimeria con

el padre Agustin de Campos: conferido aquí con la mas séria refleccion ese tan grave importante punto, y visto cuán poco podia fiarse en la noticia del mulato, se suspendió la empresa, guardando para tiempo mas òportuno la tan deseada conversion de aquella bárbara rebelde nacion.

CAPITULO II.

Varias arriesgadas y largas jornadas del padre Ignacio Keler, sin mas fruto que el de manifestar su ardiente celo.

Estuvo como dormido lo del Moqui casi veinte años, hasta que el de mil setecientos cuarenta y dos vino otra nueva Real Cédula de la Majestad de Felipe V, encargando al provincial de la Compañía de Jesus en la Nueva España, la reduccion de esa Provincia. No es mi ánimo referir en esta Historia todo lo que precedió á la ejecucion de esta real órden, las consultas que se hicieron, las peticiones que se presentaron, y las respuestas que se dieron por parte de los interesados en tan gloriosa é importante

empresa: basta decir que todos, á impulsos de su ardiente celo, avivaron sus diligencias para el tan deseado fin de la reduccion de aquellos bárbaros. Los padres franciscanos del Nuevo México, ó por haber alguno penetrado al Moqui, ó por haberse valido de amigables cariñosos mensajes, ó aplicado oportunos medianeros, consiguieron que algunos centenares de aquellos indios, dejando su misma patria, se agregasen á sus pueblos y doctrinas allí vecinas, con esperanzas no mal fundadas que á su ejemplo se restituirian los demas al gremio de la iglesia. Por otra parte, el padre Ignacio Keler, de nuestra Compañía, desde la Mision de Santa María Suamca de la Pimeria, aplicó solícito nuevas diligencias para ver si por aquel lado se pudiese penetrar al Moqui y lograr su tan deseada como importante conversion. El año de mil seiscientos treinta y seis, ese celoso jesuita habia ya llegado hasta las Casas Grandes y varias rancherías que están cerca del Rio Gila, Ler, Guevavi y San Javier: visitólas, volviendo por el mismo rumbo, sin notable novedad: halló las cosas en el mismo estado y con las mismas circunstancias con que las habia dejado el padre Eusebio Kino.

Por Julio y Agosto del de mil setecientos treinta y siete, hizo aun ese apostólico varon otra nueva entrada por las tierras de los Sobaypuris, siguiendo la corriente del rio que, comenzando cerca del Terrenate, se extiende casi doscientas leguas, hasta desembocar en el otro llamado Gila: vió las fértiles tierras de aquel valle: las mas pueden regarse con las aguas del arroyo: encontró las reliquias de las

muchas rancherías que en otro tiempo se formaron en aquel terreno, y ya en la mayor parte desampararon los Pimas Sobaypuris, por estar allí muy expuestos á los contínuos bárbaros asaltos de los enemigos Apaches, á quienes antes habian hecho frente, venciéndoles no pocas veces; mas hallándose sin el abrigo de nuestras armas y soldados, se cansaron de tan frecuentes y reñidos combates, y tuvieron por menos mal ceder al enemigo la tierra, que verse precisados á vivir con las armas en la mano, y entre contínuos sustos de su cruel barbaridad, y haber muy á menudo medir las fuerzas con tan feroces rabiosos contrarios. El paraje es excelente para formar buenas reducciones y pueblos muy competentes, dando para su manutencion y subsistencia tantos víveres que aseguran la abundencia. Llegado al Rio Gila aquel grande misionero jesuita, notó que en aquel sitio mudaba notablemente el rumbo en su corriente de Norte á Sur, y por el encuentro de una Sierra de Sur al Norte, aunque despues vuelva á tomar la suya natural, que es de Oriente á Poniente.

Habiendo en su jornada declinado ya el padre Ignacio á las Casas Grandes, vió un peñasco encumbrado que remataba en un llano competente; y porque andaba muy válida la fabulosa voz de que allí hubo pueblo en otro tiempo, que con todos sus moradores, ajuares y caballerías se habian convertido en piedras, subió, aunque con mucho trabajo, empleando un dia entero, y averiguó claramente que eran delirios de la fantasía las que aquellos bárbaros publicaban por verdades tan seguras. Mas ade-

lante halló los dos rios llamados el Verde y el Salado: éste se apellida así, porque lo es verdaderamente: los dos se juntan formando el de la Asuncion, que despues desagua en el Gila; y aunque visitó á los Cocomaricopas por hallarles en movimiento de guerra contra ciertos enemigos, cogió luego por otras rancherías la vuelta á su Partido de Santa María Suamca. Descansó, trabajando con sus indios hasta el año de mil setecientos cuarenta y tres, y á fin de Julio, prevenidas las cosas necesarías para un largo viaje y registro de cuatro meses con soldados, y otros tantos de sus hijos emprendió otra peligrosa é importante jornada: llegó al Rio Gila: pasó mas adelante, encaminando el rumbo hácia el Moqui ó á sus cercanías: mas, ó porque le faltaron guías, ó porque se dejó arrebatar nimiamente de su fervor, penetró á tierras incógnitas sin saber si su gente era amiga ó enemiga. Estaba con todo muy apercibido, y con ánimoso aliento para proseguir su demanda; pero á la madrugada, no pocos de aquellos infieles indios acometieron á su comitiva, mas con deseo de robar, que de ofender, ni de matar: los sirvientes, recobrados del primer susto, se esforzaron á ahuyentar aquellos bárbaros que se habian ya apoderado de todas las caballerías: procuraron recobrarlas con valor para no quedar en tierra enemiga imposibilitados á la vuelta: lograron solamente algunas, que bastaron para retirarse á la Mision.

En la refriega, á un soldado le alcanzó un flechazo, que por no haber penetrado mucho, no hizo caso, y poco á poco se enconó, de suerte, que final-

mente murió de aquella despreciada herida. Sintió aquel fervoroso jesuita en el alma esta desgracia, la de frustársele su glorioso designio, y la de ver malogrados los socorros con que la caridad de otros misioneros habia cooperado á la jornada, y sobre todo las que despues de resulta se siguieron; porque cierto sujeto que administraba vara de justicia, dispuso por sus particulares siniestros motivos las cosas de manera que en adelante careciese aquel celoso misionero de escolta de soldados: y siendo las tierras por donde habia de pasar conocidamente enemigas, era lo mismo que obligarle á que no continuase sus apostólicas entradas, por ser temerario su arrojo, sin defensa alguna exponerse á nuevos y mayores riesgos, y esa fué la causa porque aunque el año inmediato de setecientos cuarenta y cuatro, se ofreció animoso á nuevo viaje, ya por aconsejárselo uno de sus superiores, ya para dar cumplimiento á la obediencia del Real mandato, ya para ejecutar prontamente las órdenes que últimamente habian llegado del padre general de la Compañía, P. Francisco Retz, encargando que se procurase con el mayor esfuerzo reducir al Evangelio las próximas numerosas gentilidades, con todo el proyecto ideado se frustró, logrando solamente que viesen todos y entendiesen la gran valentía del apostólico celo del padre Keler.

CAPITULO III.

Jornadas y descubrimientos del padre Jacobo Sedelmayer, misionero de Tubutama.

El padre Jacobo Sedelmayer hizo en diferentes tiempos largos y peligrosos viajes con varios descubrimientos: les juntaremos todos por cronología de años á que corresponden en este capítulo, reservando los dos últimos para el siguiente. Poco despues de haber entrado á cuidar de la Mision de Tubutama, con las mejoras y progresos que en su lugar insinuamos, por Setiembre de mil setecientos treinta y siete, con un rodeo de cien leguas visitó á varias de las rancherías de los Papagos no muy dis-

tantes del lugar en que residia. Hiciéronle los indios buena acogida con demostraciones de mucha alegría: deteníase mas ó menos dias, segun el número de gente que encontraba: enseñaba y doctrinaba en todas partes, y en algunos dia y noche: consiguió no solo que le escuchasen, mas tambien que con gusto le ofreciesen muchos párvulos para el bautismo: de estos, poco despues gran número logró con la muerte temporal la eterna y verdadera vida, por haber prendido el contagio de las viruelas, que es mortal para los indios en aquellos parajes: muchos de los de aquellas rancherías comunicaban con los Pimas vecinos del Rio Gila: con esta ocasion se volvió á renovar por su medio el trato, comercio y comunicacion con los indios mas distantes. El principal cuidado de este insigne misionero era que dejasen sus terrenos y se agregasen á los pueblos de su Mision de Tubutama, con la mira de poderles mejor doctrinar y suavemente reducir á su tan deseada conversion: empresa que aunque otros la procuraron, no la pudieron conseguir, y este apostólico varon ahora afanó, de suerte que despues, el año 1743, con ocasion de haber á la violencia de un rayo, muerto siete personas, no solo una de aquellas rancherías de sesenta almas, se agregó al pueblo de Tubutama, abrazando nuestra Santa Fé, sino otra de cien con la fuerza de su persuasion se juntó al pueblo de Santa Teresa, á dos leguas de distancia del suyo, á que añadió con el mismo buen estado de hacerse cristianos al cabo de catorce años á todos los indios de otra ranchería. Fueron asimismo muchas las que aumentaron la

Mision de Sán Ignacio: todo evidencía los grandes provechos que en gente tan bien dispuesta á poca costa se consiguen con semejantes jornadas, hablándoles el Ministro de los misterios de nuestra Santa Fé; porque no solo se logra la salvacion de muchos párvulos, sino que la bondad divina prepara los ánimos de aquellos pobres desvalidos bárbaros, para que muchos á su tiempo abran los ojos á la luz del Evangelio.

Con esa experiencia hubiera querido aquel apostólico misionero repetir viajes de tanta utilidad como fecundos de penalidades y riesgos casi continuos; pero sus enfermedades y calenturas se lo embarazaron, mortificando no poco su ardiente celo; no obstante, el año de 1743, por el mes de Setiembre, con uno de ciento treinta y tres leguas, pasó á S. Marcelo con un niño, que aprendió con perfeccion, á costa de sus fatigas, las oraciones y doctrina en Tubutama: enseñóla á otros hecho ya maestro el que poco antes fué discípulo, y quedaron ya bien dispuestos para el santo bautismo, y que les administró el padre José Torres, misionero entonces de Caborca. Con esta jornada aumentó con varias familias de muchas rancherías intermedias, no solo á esas dos Misiones, sino á sus pueblos de visita. Animado con tan felices efectos de sus viajes, á fines de Noviembre hizo uno tan dilatado, como lleno de peligros: guiado de los indios de los pueblos que visitó los años antecedentes, llegó á las cercanías del Rio Gila, á uno muy poblado de los Pimas, ya de Cocomaricopas: recibiéronle con grandes demostraciones de alegría; y aunque les halló al uso de su

brutalidad, totalmente desnudos, á persuasiones suyas sembraron algodon, de que hacian sus tejidos con que en adelante se cubrieron: las mujeres iban con alguna mas decencia, que á pesar de su barbaridad les enseñaba la razon con su escasa luz, usando de ciertas enaguas formadas de lo mas tierno de la corteza de los sauces. De aquí pasó el padre Jacobo al Rio Gila que, incorporándosele en aquel paraje el de la Asuncion, corre bastantemente caudaluso, dejándose bien percibir las aguas del Salado por su insipidez: reconoció tierras buenas y bastantes semillas que le ofrecian en gran abundancia, al ver que se las volvia, añadiéndoles algunas cosas de las que mas estiman, como cuchillos y listones. sobremanera apreciaron una hacha que les dió; y mostraron estar excesivamente prendados de los caballos de su comitiva. La nacion de los Cocomaricopas se extiende por treinta y seis leguas, poblando una y otra parte de aquellas orillas casi cuarenta rancherías, segun escribe este celoso misionero en su "Diario." Despidióse de esta gente, y subiendo rio arriba, á distancia de algunas leguas encontró tres grandes poblaciones de Pimas, algo distantes entre sí, y eran de aquellas primeras que reconoció el padre Kino. En su tornaviaje halló otras muchas ya expresadas en otras jornadas, y se restituyó á Tubutama, despues de haber corrido 172 leguas en la suya, descansando hasta que llegase el tiempo de emprender otra mas arriesgada y extendida á la Provincia de Moqui.

Antes dispusieron los superiores que desde su Mision, con cariñosos mensajes, procurase la entrada

en las tierras de aquellos rebeldes obstinados bárbaros; porque, hallándose en paraje no tan expuesto á las excursiones de los gentiles, necesitaba de menos resguardo, pudiendo ejecutar con pocos familiares su viaje sin conocido riesgo; mas se le ordenó que sin bastante seguridad no se arrojase á emprenderle: encargósele asimismo que de antemano se previniese de guías fieles; que se asegurase de la distancia; que se informase de las naciones intermedias; que sobre todo remitiese algunos afectuosos recados á aquellos bárbaros, para que su vista improvisa no les irritase; que si le franqueaban la entrada, pasase en hora buena á sus tierras; que en caso de hallar, como ya pregonaba la fama, que los padres del Nuevo México trabajaban en su reduccion, exhortase á los indios á que admítiesen su doctrina, y animándoles á que abrazasen la ley de Dios, se retirase á su Mision; y finalmente, que si aquellos solícitos obreros de la viña del Señor no hubiesen podido con la eficacia de su espíritu ablandar la dureza de sus obstinados corazones, viese y reconociese la disposicion de aquellos infieles, para seguir y abrazar las verdades evangélicas, informándose de paso de sus pueblos, idioma, costumbres, situaciou y buenas calidades de aquella tierra, formando lo mejor que pudiese algun dibujo ó uno como mapa de la Provincia, y anotando puntualmente el derrotero cuotidiano, las distancias, los parajes y las poblaciones.

Con esta instruccion, bien prevenido, dispuestas ya las demas cosas necesarias, por Octubre del año de 1744, caminó el padre Jacobo ochenta leguas

desde Tubutama hasta el Rio Gila: en las rancherías de este intermedio halló como seis mil almas: en las de los Papagos, en las de la misma nacion Pima, y en otras adyacentes á aquel rio, segun cómputo prudencial, otras seis mil: fué bien recibido de estos indios, que ya en otras entradas habia conocido: con los donecillos que les repartia les era mas gustosa su venida: tenian aquellos bárbaros las casas muy angostas y largas, juntándose en cada una todos los de la parentela, y pareciendo un hormiguero cuando salian los que la habitaban. Admiró aun algun rastro de los viajes del padre Kino; mostráronle un pedazo muy corto de una hacha con que les habia regalado aquel grande insigne jesuita: era ya la única herramienta que les quedaba, usándola por turno para el corte de la madera: estaba tan gastada, que apenas podia ya servir. Hizo nuestro fervoroso misionero algunas pláticas, para dar á aquellos infieles alguna luz de los misterios de nuestra santa religion, entablando otras muy familiares y amigables para ganarles la voluntad: les preguntó con igual prudencia que sagacidad, si sabian por donde caía el Moqui. Cuánta era la distancia? Cuáles los caminos? Si ásperos? Si escasos de aguas? Si arriesgados? Si expuestos á la ferocidad de los bárbaros? Y por último, si se atreverian á guiarle y conducirle á aquel país? A todo le respondieron lisamente; y se reducia á que el Moqui distaba tres ó cuatro jornadas; que los caminos eran buenos; que no faltaban aguas suficientes; que no habia riesgos de infieles, y que le conducirian de buena gana: oyólo con gran gusto el padre Jacobo, mas el dia siguien

te mudaron todos de lenguaje, y cuanto el antecedente habian facilicitado aquella tan gloriosa como deseada é importante empresa, otro tanto se la dificultaron: ponderaban la distancia, la aspereza del camino, la carestía del agua y el evidente peligro de los bárbaros, concluyendo con patente contradiccion, y sin rubor alguno de su bárbaro pundonor, con negarse á lo que ya le habian ofrecido.

Aquel sábio experimentado jesuita, luego penetró la causa de tan repentina novedad: atribuyóla sin duda ó á los donecillos que habia repartido á aquellos indios, y discurrian á su modo, que cuantos mas llevase al Moqui, tantos menos les daria; ó á sus familiares de Tubutama, que les persuadieron aquella noche la mudanza, ó para excusar de este modo tan larga jornada, ó bien porque temian que llegando á aquel país, se les quedaria por allá el que amaban como tierno amante padre, perdiéndole y privándose así de su enseñanza; ó porque el demonio, temeroso de la reduccion de aquella Provincia, que tenia tan tiranizada con sus ocultas instigaciones, les amedrentó en aquella empresa. Estas razones son muy proporcionadas á la rudeza y poco alcance de los indios; y si cada una es suficiente, todas juntas eran sobradísimos motivos para negar lo que antes tan liberalmente ofrecieron. Viendo aquel sábio discreto jesuita tan cerrada la puerta á sus apostólicas ideas, siguió el rumbo del Rio Gila abajo: llegó á la nacion Cocomaricopa, y la halló de diferente lenguaje y con armoniosa correspondencia con los Pimas: reconoció aquella vuelta que dan allí sus corrientes, por ocho leguas hácia el Norte,

y por la larga distancia de sesenta y seis hasta acercarse á incorporarlas con el Rio Colorado: anduvo en sus cercanías casi cuarenta leguas; y sin darse por entendido de lo pasado con los Pimas, hizo á los Cocomaricopas las mismas preguntas sobre la entrada al Moqui: respondiéronle con toda sencillez, y con igual facilidad lo mismo, ofreciéndosele prontos á conducirle; pero el dia siguiente les halló con la misma mudanza y contradiccion con que se desvaneció del todo aquella importante empresa: solo se logró que prometieron aquellos indios que avisarian á los de aquella region cuando viniesen á sus tiempos acostumbrados para el comercio, de la venida del padre y del deseo que tenia de pasar á visitarles; y que si de antemano lo otorgaban, le comunicarian su respuesta: mas ni aun esto ejecutaron; pues nunca ha llegado alguna sobre ese punto. Perdido ya este, se procuró asegurar el de reconocer el Rio Colorado: descríbele el padre Jacobo con las calidades ya referidas en otra parte de esta Historia, añadiendo solamente que es navegable, como otros grandes de Europa: observó tambien las orillas del Azul, advirtiendo que mas arriba del Gila vió al otro muy caudaloso, llamado de la Asuncion, que se compone de otros dos nombrados el Verde y el Salado: señala el sitio en que se junta el de la Asuncion con el Gila, en cuyas orillas muy arriba coloca á los Apaches: síguese despues un despoblado de dos dias rio abajo, luego se hallan ya rancherías de indios Pimas, inmediatamente otro despoblado, y despues los Cocomaricopas. pasado un dilatado despoblado de treinta leguas, asegura su re-

lacion que se llega al Rio Colorado; que en una y otra parte hay poblaciones compuestas de Pimas y de Cocomaricopas; que mas abajo, segun afirmaban los naturales, vivian los Yumas tenidos por indios de la nacion Cocomaricopa, por hablar la misma lengua, mas que estaban enemistados con los otros.

Vió nuestro insigne misionero como pasaban á nado aquellos bárbaros la caudalosa corriente de aquel rio: cuando el varon trae armas, las levanta con una mano sobre un palo, mientras nada con la otra: las mujeres vestidas allí de hojas de árboles, ponen su bárbara pobre ropa en una corita ó batea, acostando sobre el niño cuando crian; y empujando el rústico barquillo con la mano izquierda, nadan con la diestra hasta llegar al otro lado; lo demas de la relacion conforma con las del padre Kino en la numerosa muchedumbre de gente en su buen recibimiento, en las calidades de aquellas tierras cercanas á los rios, en su fertilidad, amenidad, frecuencia de rancherías y de arboledas. Predicó en todas partes aquel apostólico varon, dando noticia á tan numerosas gentilidades de nuestros sagrados misterios, para prepararlas á que algun dia les confesasen, alumbrándolas el Señor para salir finalmente de su bárbara lastimosa ceguedad. Escucháronle con gusto, mas por haber enfermado algunos de su comitiva, le fué preciso volverse á Tubutama, á donde llegó á principios de Noviembre. Con la puntual noticia de esta jornada, los superiores le instaron otra vez que repitiese otra nueva; mas, ó por falta de quien le siguiese animoso, ó por los achaques que le debili-

taron la salud, ó por sus sobradas ocupaciones en su numerosa Mision y pueblos de su cargo, no pudo emprenderla.

Llegó el año 1746, y sin poder ya contener mas su ardiente celo, hizo otra de ciento dos leguas: registró la playa del mar de Caborca, para ver si por allí podia encontrar surgidero competente para que las canoas de la California pudiesen conducir á sus nuevas Misiones los víveres necesarios que en competente porcion puede suministrarles la Pimeria. No halló paraje alguno reconociendo bastante escasez de agua; mas ya que no logró en su jornada el fruto que principalmente pretendia, en su vuelta cogió uno que le suavizó sus fatigas, persuadiendo que se agregasen como doscientas cincuenta almas á su Mision, á mas de las ciento cincuenta que habia ya añadido el año de 1744: todos se convirtieron y bautizaron con inexplicable consuelo de aquel solícito fervoroso misionero. La diligencia de reconocer la costa de Caborca para facilitar las conversiones de California, la perfeccionó mucho despues el padre Tomás Tello, actual ministro de aquel pueblo por Mayo del año de 751. Adelanto aquí esa noticia, para que se entienda como felizmente se logró lo que tan ansiosamente se buscaba. En su carta asegura aquel experimentado jesuita, despues de haber hecho las mas cuerdas solícitas averiguaciones, que los meses de mayor seca con alguna dificultad podrán conducirse los víveres á la costa de aquella Península; que en los demas del año, habiendo ya la provision necesaria de agua, no se hallará alguna especial; y que en la misma caja del

rio de Caborca (cuya agua se consume ordinariamente sin dejarla llegar á desembocar en la mar), pueden tener abrigo muy bastante las canoas de aquella tan necesitada Provincia: noticia á la verdad muy estimable, y tanto mas, cuanto sin este fácil recurso seria muy árduo y casi humanamente imposible que se adelantasen las Misiones y conversiones en la costa de California.

CAPITULO IV.

Dos jornadas últimas del padre Jacobo Sedelmayer, con utilísimos descubrimientos.

Ya que no logró el padre Jacobo lo que tanto deseaba en su jornada del año 1746, emprendiendo otra por Octubre de 1748, con una suficiente escolta que le acompañó, penetró desde Tubutama por el camino mas recto, pasando por varias rancherías de los Papagos, que halló como siempre, mansos y afables, hasta el Rio Gila: de allí se encaminó á los Cocomaricopas, viendo con gran consuelo la quietud con que vivian, así los de ésta como los de la nacion de los Pimas, sin extrañar, antes alegrándose de su

venida: prosiguió su comenzado rumbo, no solo hasta el Rio Colorado, sino siguiendo su corriente hacia el Poniente, entró en las tierras de los Yumas: hallóles enemistados, como sucedió ya al padre Kino en sus primeros viajes, con los confinantes Cocomaricopas por el Oriente, y con los Quiquimas por el Poniente; estos bárbaros, que en mucho tiempo no habian visto ni padres ni españoles, extrañaron su llegada, por venirles como de improviso, sin haber precedido mensaje alguno; formaron nuevas admiraciones de cuanto veían, de los caballos, de las sillas y de las armas, que embargaban toda su atencion, mostrando bastante inclinacion y deseo de apropiárselo todo, aunque fuese con alguna violencia: estas alhajas, para ellos tan estimables como nuevas, les estimulan siempre con vehemente bárbara fuerza, de manera que no la pueden disimular: conociéronla claramente: el padre, y á su ejemplo los soldados, que por órden superior seguian su direccion, se portó con gran prudencia, como si no penetrara su intento: continuó en vivir con ellos, mostrando en su trato exterior una entera confianza: los infieles se contuvieron, sin arrojarse á lo que les sugeria su barbaridad, por ver la vigilancia de la tropa, receländose de su valor: continuóse la jornada hasta muy cerca del desemboque del Rio Colorado, para descubrir y averiguar la situacion y calidades de aquel país; mas casi de repente, por motivos graves que no se expresan, se vió el padre Jacobo obligado á volverse á su Mision de Tubutama.

Quiso su ardiente espíritu, por el año 1749, con

otro nuevo viaje, descubrir el desemboque del Rio Colorado, que no pudo en el pasado: ofrecióse pronto á la empresa; mas por justísimas razones se hubo de suspender, hasta haber informado al cabo que mandaba en aquella Provincia, que se acercaba ya á este fin y entraba en la Pimeria, para dar mas de cerca mejores providencias, que sin duda servirán de seguro fuerte resguardado para los descubridores evangélicos, para formar representaciones favorables al Superior Real Ministerio, para que aquellas gentilidades sean asistidas con ministros y reducidas á nuestra Santa Fé. En toda su larga jornada dispuso nuestro apostólico misionero á ese fin á todas las naciones que visitaba, predicando la palabra de Dios, que era bien oída; y de la bárbara intencion de los Yumas infirió con evidencia el gran daño que ha causado á estos pobres infieles el no haberse continuado las entradas que con tan buen suceso habia entablado el padre Kino: entonces con esa sola diligencia volvian los bárbaros con gran fidelidad á sus dueños aun lo perdido; y ahora declinaban ya arrastrados de su nativa barbaridad, al extremo de usurpar aun con violencia lo ajeno: mas si se continúan estas visitas, se amoldarán poco á poco á las leyes de civilizacion, y tomarán costumbres no solo políticas, sino aun con el tiempo cristianas.

Para conseguirlo á costa de fatigas casi increibles, emprendió el padre Jacobo en 17 de Noviembre de 1750 otro largo peligrosísimo viaje, y fué el último en sus correrías apostólicas: acompañábale bastante escolta: el intento era llegar al desemboque del Rio Colorado hasta la mar de California: pasado el Bu-

fanic y San Marcelo, con la travesía de mas de cincuenta leguas, llegó al Rio Gila y al paraje en que se junta con el Colorado: en el camino solo divisó muchos carneros cimarrones exparcidos por aquellas tierras: encaminóse rio abajo á la nacion Yuma, que no se cansaba de mirar los caballos, las sillas y demas aderezos propios de viajantes: siguiendo la corriente, entró en los confines de la última nacion, que puebla aquel terreno en sus orillas hasta su desemboque: ésta, que el padre Kino llamó Quiquima y el padre Jacobo Guimac, acudió en buen número, aunque poco se pudo entender de su lenguaje, por diferenciarse mucho del de los Yumas, por mas que en su país sea uno mismo el idioma. El dia siguiente, al emprender su camino, dejáronse ver de nuevo varios de estos indios armados de cabrestillos: unos les habian tejido de sus mismos cabellos, otros de las cortezas de los sauces: con bárbara osadía se arrojaban sobre los caballos de la comitiva; se mandó á los soldados que les apartasen y desviasen sin lastimarles ni ofenderles: prosiguió su rumbo rio abajo hasta un llano de muy linda vista: aquí fué mayor el atrevimiento de aquellos bárbaros, que mostraron estar tan prendados de los caballos y tan resueltos á robarles á todo trance, que no bastó la diligencia de los soldados para preservarles: viéndoles ya determinados á valerse de sus flechas para apoderarse de lo que tan bárbaramente pretendian, hubo la tropa de entrar en refriega, de que salieron muertos algunos de aquellos tercos obstinados indios, sin que á soldado alguno hiriesen tantas flechas sino solo á un caballo. Estaban ya cerca del deseado

y tan buscado desemboque, á que sin este contratiempo hubieran llegado aquel dia, y afirma el padre Jacobo que tenia la mar de California á su vista hácia el Sur, y las serranías que coronan su remate á sus espaldas y lado hácia el Norte y Poniente, lo que claramente se opone á la relacion del padre Kino, y aun á las presentes mas fundadas averiguaciones. Tuvo mucha pena este insigne misionero, que teniendo ya tan cercano y tan iumediato el desemboque, no pudiese registrarle á su satisfaccion; porque habiendo de proseguir su viaje, para lograrlo entre la misma nacion Quiquima ó Guimac, juzgó muy cuerdamente que podian ocurrir otros lances mas pesados y tales encuentros, que su escolta no bastase para su resguardo y seguridad: para evitar tan inminentes riesgos, y mueho mas para no desazonar los ánimos de aquellos bárbaros, determinó dejar este último descubrimiento y revolver á los Yumas: ejecutólo así, sin hallar la menor oposicion ni hostilidad.

Con todo, para excusar el grande rodeo que rio arriba habia de hacer en su tornaviaje, no se atrevia á cortar desde el lugar de la refriega en derechura hácia San Marcelo, temiendo otro enemigo, de que menos podia defenderse, y era la falta de agua, que dos veces experimentó el padre Kino en aquellos dilatados arenales, atrasándole y aun frustrándole del todo sus intentos: mas en esta ocasion deparó el Señor á un indio Yuma que ofreció guiarle, de manera que se evitase aquel tan temido inconveniente: creyéronle y lo cumplió; porque á diez leguas de camino hallaron en medio de aquellos arenales un

hermoso hoyo de agua dulce, que formando una laguna competente criaba en sus contornos un buen carrizal con bastante pasto para todas las caballerías: con esta tan importante noticia se logró no solo facilitar la vuelta, sino el registro tan deseado del desemboque, por ser así el viaje mucho mas breve y ahorrarse en ida y vuelta no pocas jornadas, con que notablemente se suaviza el visitar y reconocer aquellas numerosas naciones y sus tierras. Llegaron á San Marcelo, y pasando por la ranchería de San Luis Beltran, hallaron que allí habia bastante agua para formar un pueblo de visita de aquella Mision: dió el padre Jacobo la vuelta por Caborca á Tubutama, habiendo andado en cuatro semamas mas de doscientas leguas en este su último viaje.

En su relacion asegura la amenidad y fertilidad de las tierras, su buena disposicion para producir con abundancia cualquiera suerte de semilla, y la muchedumbre de gente que halló, siendo á su parecer la nacion Yuma lo menos de cuatro mil almas, la Yutcana, cuyo asiento solo vió de lejos en la otra orilla del Rio Colorado, de dos mil, y la Quiquima ó Guimac, de cinco mil, añadiendo, por fin, que hay tantas otras en este rincon, que igualan á las de toda la dilatada Pimeria Alta, aun sin contar la de los Mescaleros, que viven en la Sierra del Poniente, inmediatos al desemboque, ni la Bajioopa, que está á la otra banda del rio, en los llanos, ni la de los Cocomaricopas y Pimas, bastantemente numerosos, ni la otra rio arriba, que descubrió el año de 1744, cuando llegó á las cercanías del Rio Azul y de la Provincia de Moqui: si se computaran todas, seria

un nuevo reino muy considerable, extendiéndose sus términos al Oriente del Nuevo México, al Norte de la Luisiana de los franceses, al Poniente casi sin límite, pues no se sabe si son aquellas tierras cortadas por algun estrecho de mar, que facilitando el paso, ha poblado á todo este nuevo mundo despues del diluvio.

Para instruccion de los que en adelante han de proseguir aquella gloriosa espiritual conquista, comunicó en sus últimas cartas estas noticias, que algunos indios que viven en las cercanías del Rio Gila, vinieron á ver hasta Tubutama; y que otros de la nacion Yuma trajeron hasta San Marcelo tres caballos, que en esta última jornada se habian desviado con unos estribos de hierro que habia perdido un soldado, mostrando así su buena inclinacion, y tanto mas, cuanto mayor es su estima y aprecio de alhajas semejantes. Restituido ya el padre Jacobo á su Mision, se maravillaba y daba sin cesar muchas gracias á Dios por ver la muchedumbre de infieles Papagos, que suavemente atraidos del ejemplo de otros indios, desamparaban su terreno y se venian á agregar á aquellos pueblos, sujetando gustosos su cuello al yugo de nuestra Santa Fé. Este es el estado de aquellas gloriosas Misiones, cuya buena sazon, si llegara por nuestra dicha á los oidos de nuestro católico monarca, sin duda moviera á su cristiano corazon á disponer las providencias mas eficaces y conducentes para recoger mies tan sazonada y tan abundante para llenar las trojes del Señor. Y si esto no se consigue, á lo menos quiera Dios que como las noticias de la conquista de California animaron

á muchos á concurrir con abundantes limosnas para promoverla, así las que lean en esta Historia de tan numerosas desamparadas naciones, exciten su piedad para facilitar la entrada al Evangelio, para bien de tantas almas, y dilatar por aquellas vastas regiones casi sin límite el imperio de Jesucristo, y los términos de la Santa Iglesia, con tanta gloria del Señor y salvacion de innumerables pueblos. Oigan siquiera esto aquellos celosos jesuitas, que viviendo en Europa aspiran ansiosos á las apostólicas tareas de la América ó de las Indias Orientales, para que se aviven sus deseos, se estimule su ardiente caridad y no paren hasta ejercitarla con naciones tan numerosas como necesitadas en campo dilatadísimo en que tanto la pueden explayar.

CAPITULO V.

Nuevas diligencias para adelantar la cristiandad de la Pimeria, promoviéndola muy especialmente una Real Cédula.

Mientras el padre Jacobo estaba procurando nuevas conversiones avivando los deseos de abrazar nuestra santa religion, ya casi apagados en tan numerosas naciones, el padre Tomás Tello hizo dos ó tres entradas hácia San Marcelo, á distancia de cincuenta leguas de Caborca, y dispuso con tanto acierto los ánimos de aquellos indios, que con gran consuelo recibieron á su nuevo ministro. No faltó por este tiempo al padre Tomás en su asistencia á Caborca, á ejemplo del padre Kino, un poco adver-

tido teniente que le ejercitase con vejaciones muy sensibles: desagradecido á los beneficios con que los padres de aquellas Misiones en sus mayores ahogos le habian favorecido, con graves delaciones y con muy siniestros informes hirió á lo mas vivo de su honor, olvidado de la gratitud, de su propia conciencia y de lo que debia á la inocencia y apostólico celo de aquellos ejemplares fervorosos jesuitas: pensó tal vez aquel ciego apasionado ministro, que con semejante conducta acreditaria su fidelidad, mejorando de fortuna; sucedióle muy al revés; y viéndose justamente despojado de su empleo, cayó en tan profunda melancolía, que le acarreó la muerte, no como quiera, sino al parecer tan infeliz, que ni quiso confesarse, aunque pudo.

En esta misma sazon mostraron gloriosamente su fidelidad y valor el año 1750 los indios de la Pimeria Alta. Inquietáronse los indios Serys, cometiendo muchas crueldades, con muertes alevosas, con robos y con incendios: hacian poco caso, y aun despreciaban los esfuerzos de las armas españolas; porque retirándose, ó á la aspereza de los montes, ó á la Isla del Tiburon, algo apartada de tierra firme, se libraban de sus tiros y apagaban todos sus bríos. El gobernador de Sinaloa juntó varios soldados de los Presidios; alistó no pocos vecinos de Sonora, y solicitó un buen número de indios Pimas de nuestras Misiones: así logró ya algunos lances favorables, en que perecieron no pocos de los alzados, y se cogieron muchos; y para acabar de una vez á los de aquella tan feroz bárbara nacion, pasó con parte de sus tropas á la Isla del Tiburon con canoas que

hizo venir del Rio Hiaqui: descubrió algun número de Serys, que con ventaja se apostaron en los repechos de algunos montes: ordenó á sus tropas el avance, exhortándoles á que con valor embistiesen al enemigo que tenian á los ojos, acabando en él con felicidad los estragos, robos y alevosas muertes que cada dia causaba su barbaridad; mas quién creyera que ni los repetidos estímulos del gobernador, ni su propio pundonor, bastase para obedecer con rendimiento á lo que tan justamente se les mandaba? Antes se acobardaron de tal manera los soldados, que ninguno quiso ni siquiera ofrecerse al asalto: entonces el valeroso cristiano jefe se volvió al escuadron de los indios Pimas, y á pocas palabras animosamente arremetieron, acabando con los Serys de tal suerte, que ni uno se halló vivo despues de la mas exacta pesquisa en toda aquella Isla y en sus cercanías: quedó con esta gloriosa hazaña muy acreditado, no menos el valor que la fidelidad de los Pimas, sobresaliendo aun mas á vista de la indecorosa cobardía de aquellos que debieran haber sido los primeros en comenzar el combate para enseñar como maestros á estos indios las lecciones mas gloriosas de la valentía en la sañuda honrosa escuela de Marte.

Mientras pasaba esto en la Pimeria, en la Corte de Madrid se trabajaba en expedir una nueva Real Cédula, que aunque indirectamente miraba á esta Provincia, se cree, por lo que se dirá, que la mayor utilidad en su cumplimiento, ha de seguirse á estas naciones, y aun observándose como se debe, nos podemos prometer la total conversion de otra Provin-

cia. Esta real órden expidió la Majestad de Felipe V, de gloriosa memoria, su fecha en el Buen Retiro en 13 de Noviembre de 1744, previniendo que habiéndose visto en su Real Consejo de Indias lo acontecido en el alzamiento y pacificacion de la California, con las disposiciones dadas con ocasion de las alevosas muertes de dos padres misioneros en tiempo de aquella inquietud por el Exmo. Arzobispo Virey de la Nueva España; y que habiéndose registrado los demas instrumentos pertenecientes á aquella Península, ordena que con calor y actividad se continúe la conversion de toda aquella Provincia; que para facilitarla, en los puertos se erijan poblaciones de españoles sostenidas de soldados; que en el centro de la California, supuesta su fertilidad, de que algnnos habian informado, se establezca una colonia á modo de villa, conduciendo para su poblacion vecinos de Sinaloa y de México, para que en cualquiera sublevacion tengan recurso los padres y no se pierda de un golpe todo lo conquistado.

Añade Su Majestad, á impulsos de su católico ardiente deseo de amplificar mas el Imperio de Jesucristo que el suyo, que habiéndose en su Real Consejo reflexionado lo mucho que por subsistencia de la California podia contribuir su comunicacion por tierra con la Pimeria, era su real voluntad, que al paso que en aquella Península se adelantasen hácia el desemboque del Rio Colorado las conversiones por la costa fronteriza de la Pimeria, igualmente se promuevan sus Misiones hasta juntarse con las otras, cerrando el círculo, para que desde el Cabo de San

Lúcas hasta aquella altura del desemboque estuviese todo reducido á la fé de Cristo y á su real dominio, sin interpolacion de gentilidad alguna. Ordena asimismo Su Majestad, que concurriendo á un mismo tiempo los misioneros de entrambas Provincias á juntarse por la costa, (pues el Consejo de Indias daba ya por averiguado y concluido que la California no era isla, sino Península), cada parte por su lado, hasta llegar á unirse, formase un pueblo, para que facilitándose la comunicacion de una á otra parte, fuesen mas prontos los socorros que la Pimeria le suministrase en su gran necesidad. Dispone tambien que en las Misiones fronterizas á la gentilidad de entrambos países y tambien en el de Sonora, fuesen duplicados los misioneros, dándosele de su real hacienda á cada uno el mismo estipendio ó limosna que á los ya antes asignados, con el fin y motivo que mientras el uno de los dos queda en el pueblo, así para doctrinarle y administrar los Sacramentos, como para precaver cualquiera alteracion entre los neófitos con ocasion de su ausencia, el otro pueda no solo hacer las excursiones mas oportunas para atraer, domesticar y aficionar á nuestra Santa Fé á los gentiles mas inmediatos, sino hacer los registros y reconocimientos mas propios de las tierras, rios, sierras y pueblos en que á su tiempo se adelante el servicio de Dios y suyo. Finalmente encarga que para la seguridad y mas firme subsistencia de estas nuevas conversiones, se coloque, ó el Presidio de Terrenate, ó el Pitiq junto á los Serys en el Rio Colorado, segun se juzgare mas conveniente, y que siempre acompañe á los padres en

las entradas y descubrimientos que hicieren, una moderada escolta de soldados que les estén en semejantes ocasiones subordinados, para que no se desmanden ni excedan, ó hagan alguna vejacion que atrase las conversiones que se solicitan, irritando en vez de atraer los ánimos de los infieles: y para que esta moderacion tan necesaria en los soldados se asegure, quiere Su Majestad que el sueldo que les tocare sea expedido por mano de los mismos padres, para que esta dependencia les precise á seguir sus consejos y direccion; y aun previene igualmente, para precaver eficazmente cualquier desórden que pueda embarazar la promulgacion del Evangelio y la extension de nuestra Santa Fé, que puedan los padres remitir para que sean corregidos ó despedidos aquellos militares que reconocieren y vieren que con su porte dañan y son de perjuicio á los buenos progresos ó al establecimiento de aquella nueva cristiandad.

Cortenia tambien esta Real Cédula una consulta del señor presidente de la Audiencia de Guadalajara, perteneciente á la California, aunque sus puntos no están bastantemente liquidados. Este real despacho dirigido únicamente á facilitar la conversion de toda la California y la de tantas naciones como se hallan en la Pimeria y en sus cercanías, es una de las pruebas mas evidentes del católico celo de nuestros piadosísimos monarcas, que bien informados por sus ministros dan prontamente, estimulados de su innata piedad, las necesarias providencias para la dilatacion de nuestra Santa Fé y bien espiritual aun de sus vasallos mas desvalidos y retirados

en las mas remotas escondidas tierras de este nuevo mundo, sin perdonar á gasto alguno de su Real Hacienda, con no pequeña admiracion de los extranjeros. Léase la carta edificante de un jesuita frances, que habiendo pasado por la Nueva España y por las Filipinas al Oriente, afirma que parecen cosa increible las excesivas cantidades que los reyes católicos gastan en los anuales estipendios de ministros evangélicos, y para la manutencion de las iglesias, y que sin duda por esta admirable piedad el Señor les ha sujetado tantas tierras y tan ricos dilatados reinos que le contribuyen como en grata correspondencia tan copiosos é innagotables tesoros, con que la España, por razon de las Indias, ha podido enriquecer á todas las monarquías de Europa. Iguales, y aun mayores elogios y agradecimientos resonabán en la Nueva España al leer en la Real Cédula las celosas expresiones de nuestro católico monarca; y los padres misioneros de la California se daban muchos parabienes por ver ya allanado el camino á la entera conversion de su Provincia; y los de la Sonora, y mucho mas los de la Pimeria Alta, concibieron bien fundadas esperanzas de que tan católicas y eficaces providencias asegurarian la reduccion, no solo de los pueblos de su tan dilatado país, sino de tantas naciones como cada dia nuevamente llegan á conocer con sus gloriosos descubrimientos.

CAPITULO VI.

Pasa el padre Jacobo Sedelmayer á México para madurar algunos puntos de la Real Cédula, y de resulta se hace una sincera puntual informacion al Rey.

El padre Jacobo Sedelmayer reconoció en la Real Cédula el buen logro de tantas espirituales ventajas; y habiendo consultado con sus superiores en aquellas partes los medios mas convenientes que eran precisos para la perfecta ejecucion de lo que mandaba Su Majestad, juzgó por inexcusable que alguno de los nuestros en México bien instruido representase lo que se debia informar y suplicar á nuestro católico monarca, para que en todo se diese el mas exacto cumplimiento á sus piadosas dis-

posiciones. A ese fin se determinó que el mismo P. Jacobo tomase como tan experimentado á su cargo esta tan importante diligencia: rindióse gustoso, sin embargo de haber de emprender un tan molesto viaje en ida y vuelta, de mas de mil leguas de camino, imitando con su ardiente apostólico celo el que tenia tan presente del padre Kino, que por semejante motivo habia tambien hecho otro igual. Llegó el padre Jacobo á esta Corte: informó á los superiores muy exactamente; y tuvo el consuelo de ver que sus proyectos y acertadas celosas ideas concordaban con las maduras reflexiones que á vista de la Real Cédula se habian formado en esta gran capital, para pasarlas con el mas respetuoso rendimiento á la católica Majestad en su Real Consejo de Indias.

En efecto, obedeciendo al real mandato que se remitió al padre Cristóbal de Escobar, provincial á la sazon de la Compañía de Jesus en la Nueva España, hizo este un exacto informe del estado de ambas Provincias, así de la California como de la Pimeria, poniendo en consideracion de Su Majestad los siguientes puntos con otros, que por brevedad ó se omiten, ó se ciñen á compendio. Representó, que la California no admitia poblaciones nuevas ni en su centro ni en sus puertos, por su nativa esterilidad, y por no producir aun lo bastante para mantener lo conquistado, sin embargo de haber procurado algunas siembras y algun aumento del ganado trasportado; que por mas que aquellos padres misioneros con infatigable desvelo é increible trabajo, han solicitado habilitar el terreno para que rinda

lo necesario para el mantenimiento, cuanto en el trascurso de casi cincuenta años se ha podido adelantar, no alcanza para el sustento de la tercera parte del año; que es tan corta y aun escasa la cosecha de aquel tan infecundo terreno, que toda la que los padres en alguna de las cabeceras de sus Misiones á costa de grandes y excesivas fatigas sacan de la tierra, regándola con sus sudores, se reduce á poco ó nada, sin que los naturales cojan ni un grano de semilla para comer, ni fruto alguno de que hacer alguna ropa para cubrirse en su desnudez; que es así por la mala calidad de aquel país, cuya tierra es pedregosa, y en la mayor parte arenisca, de poco jugo, aun para los pastos, y de cortísimos aguajes aun para beber; que por esos tan ponderosos motivos los padres se ven precisados á permitir á los indios que busquen por los montes, como hacian antes de su conversion aquellos cortísimos frutos silvestres, que son su único mantenimiento, y les obligan para vivir á un contínuo movimiento ó romería, contentándose que los dias de fiesta, no todas, sino algunas rancherías por su órden y alternándose unas á otras, vengan á la cabecera á oir misa, doctrina y sermon; que al tiempo de estos concursos es preciso que el padre de la Mision les mantenga á todos, repartiéndoles la comida, como la da á los enfermos, á los catecúmenos y á los indispensables familiares; que para tener con que acudir á estos precisos gastos, se socorren mútuamente los misioneros; que siendo tan corto el subsidio que se pueden unos á otros suministrar, desde el principio de la conquista, acuden todos á

los desemboques de los cuatro rios de la fronteriza Sinaloa, que siendo poblados de Misiones de la Compañía en tierras mas fértiles, han socorrido y aun socorren, ya con limosnas, ya con otros modos sugeridos de su grande caridad á esta tan pobre y casi extremadamente necesitada Provincia de California; que siendo esa la mas sincera verdad, demuestra poco menos que con evidencia, que las poblaciones ordenadas en la Real Cédula no pueden erigirse en aquella Península; que no tiene menor dificultad la ulterior conversion de esa Provincia, subiendo hácia el Norte, por ser constante, que aunque las cercanías del puerto de Monterey y del Cabo Mendosino en la contracosta de California es mas fértil el terreno, con todo, en los puestos y parajes inmediatos á la Mision de San Ignacio, que es el término de lo conquistado hasta ahora, por el tramo de muchas leguas que se habian registrado, se halló la misma esterilidad que dificulta y casi imposibilita la ereccion de nuevas cabeceras ó Misiones; que por ese tan insuperable inconvenienteá la décima quinta ya establecida no se le habia hallado todavía lugar oportuno en que asentarla; que la falta de mayor número de obreros evangélicos no habia permitido el exacto registro de toda la tierra para escoger la que se juzgase mas oportuna; que en caso de resolver seguir la costa de mar fronteriza á la Pimeria y en el de hallar puesto á propósito, se echaban menos todavía dos requisitos muy importantes y necesarios; que el uno era tener en la costa de la Pimeria hácia Caborca, asegurada la posibilidad del trasporte de los frutos, lo que falta

por ahora, por no estar aun registrada aquella playa ni saberse puerto para el resguardo, ni el fondo de la mar, ni sus corrientes, añadiéndose la distancia de veintidos leguas de la Mision mas cercana, con total carestía de agua, lo que casi imposibilita la conduccion de los frutos para el pretendido trasporte; que el otro requisito indispensable era un nuevo barco para cargar los víveres, siendo necesario y apenas suficiente el que se halla en el Real de Loreto, para pasar desde Matanchel las cosas que se remiten á las Misiones, gastando lo demas del año en conducir desde los rios de la Provincia de Sinaloa los frutos precisos para la manutencion de las Misiones ya establecidas, sin poder sacar otros, ni bastar para tantas leguas en adelante, para proveer esta nueva fundacion; que á lo ya expresado se añadia, que con el Presidio de Loreto, con los treinta soldados asignados y con igual número en el Cabo de San Lúcas, apenas podian resguardarse casi trescientas leguas, que ya ocupa lo conquistado, y pasando por otras cincuenta á lo menos mas adelante hácia el Norte nuevas fundaciones, era indispensable el aumento de tropa con otro Presidio, y con seguridad de poderle mantener.

CAPITULO VII.

Continúa la representacion del Padre Provincial de la Nueva España al Rey Nuestro Señor, sobre lo dispuesto en su Real Cédula.

La segunda parte del informe que presentó á Su Majestad el padre provincial de la Nueva España, contenia las dificultades que se ofrecian en la ejecucion de lo demas dispuesto en su Real Cédula y en lo tocante al Presidio de Pitiq, le representaba que aun no era sazon de quitarle del todo de aquel paraje en que se hallaba para pasarle á las nuevas conquistas del Rio Colorado. Esto lo apoyaba con asegurar que aunque la nacion Hiaqui y la Maya, que pocos años antes se habian alzado, estaban ya

al parecer apaciguados con la vigilancia del gobernador que habia enfrenado á los rebeldes, no obstante se podia y debia prudentemente recelar que si faltaba, solo se atajaria la rebeldía con medios harto violentos del necesario y forzoso rigor que pidiese la sangrienta alevosía de los culpados; y rñadia, que si estaban ahora pacíficos, no era por amor á la sujecion, sino por temor al castigo, y por no ofrecerles ocasion de resistir al valor de los españoles; mas si se viesen que del todo se removiese aquel Presidio, que les sirve de fuerte y terrible freno, se podia justamente temer que libres de este respeto que les contiene, volviesen á sus antiguas inquietudes, trazando ó aspirando á la venganza de los que por culpados, experimentaron el rigor de la justicia. Confirma esa tan poderosa razon el que estando el Presidio de Pitiq entre tres bárbaras feroces naciones de los Hiaquis hácia el Sur, las de los Serys y Tepocas hácia el Norte, con la remocion de las armas de aquel sitio intermedio podian todas alborotarse, dejándose arrastrar de su innata barbaridad.

Los indios de las dos últimas, que llegarán al número de tres mil, se prevenia á Su Majestad que todavía eran infieles, y que pocos años antes habian hecho tan sangrientas invasiones en la Provincia y pueblos de Sonora, que fué preciso acudir á lasarmas y á la fuerza para reprimir su bárbaro é insolente orgullo, y mientras se conserven obstinados en su infidelidad, era muy de temer que al faltarles tan respetable freno, renovasen las mismas hostilidades. Y aunque es verdad que el padre Juan Ma-

ría Salvatierra, en una de sus entradas hácia aquellas playas, en alguna manera les amenazó, y que otros padres de la Provincia de Sonora, á costa de repetidos y continuados ejercicios de su invicta paciencia y tolerancia, convirtieron algunos á nuestra Santa Fé, poblando no muchos años há una Mision numerosa con sus neófitos, con todo se hacia presente á la comprension de Su Majestad, que si el demonio, jurado enemigo de las almas, valiéndose de su misma barbaridad, corto alcance, y de sus nativas inclinaciones les avivaba la que tienen á su libertad, á sus playas, aunque infecundas, á su dejamiento casi irreducible, á los arenales en que se criaron, y á la pesca poco laboriosa con que se alimentaron, no se hallará quien les pueda persuadir sin el respetuoso abrigo de las armas, amor á los pueblos ni sujecion á vivir en policía y comunidad. Se acordaba tambien que sus playas y marismas extendidas desde Baymas hasta Caborca son tan infecundas y estériles, particularmente de agua, que no es dable poder fundar, para acomodarse á su humor, en su tan miserable patria Mision alguna, por no sufrirlo aquel país tan falto de todo, que á no verle incapaz aun con el mayor trabajo en su cultivo, ya hubieran intentado establecerles allí los misioneros, condescendiendo á costa de sus mas penosas fatigas á la irregular inclinacion de aquellos bárbaros á su nativo infecundo terreno.

A vista de tan graves é insuperables inconvenientes, suplicaba el padre provincial al Rey Nuestro Señor, que se dignase ordenar á sus ministros que, ó los Serys y Tepocas se agregasen á los pueblos de

las Misiones ya establecidas, para asegurar su reduccion, ó con ellos se fundase otro nuevo en tierra y paraje en que pudiese permanecer, para que por falta de sustento no se retirasen otra vez á las mismas playas arrastrados de su natural inclinacion, sin que allí se les pudiese doctrinar, quedando de esta suerte con manifiesto peligro de que volviesen á intentar nuevas turbaciones. Para prevenirlo todo con prudencia, se hacia asimismo presente á Su Majestad, que aun trasladados con la mayor suavidad, se debia recelar que su barbaridad ya connaturalizada á las marismas y á la ociosidad habia de persuadirles, y con mucha especialidad á los viejos ya endurecidos en sus brutales costumbres la retirada á sus nativos arenales, y para embarazarla, ya que las razones de los padres no se consideraban suficientes, se miraba como precisa la asistencia de un destacamento de soldados que les contuviese con un respetuoso temor, y aun les estorbase si fuese necesario, con la fuerza la vuelta á sus marismas, cuando los padres con blandura no pudiesen obligarles, ni á quedar, ni á que se acostumbrasen á las siembras precisas para su necesario alimento. Esta tropa, aunque ahora al parecer forzosa, tal vez á pocos años podria ya excusarse, olvidando estos bárbaros las especies que al presente tienen tan arraigadas, y acostumbrándose al trabajo de las siembras y á la vida política tan contraria á su antigua barbaridad.

En órden á la traslacion del Presidio de Terrenate al Rio Colorado, se proponian no pocas dificultades. La principal era, que si los infieles, sin embargo de haberle erigido nuevamente en el Vi-

reynato el señor Duque de la Conquista, hacian tantos daños y repetidas invasiones que se podia esperar si se quitaba, sino mayores perjuicios y mas graves y funestos estragos? Porque queda desde el Rio Colorado hasta el Presidio de Fronteras desguarnecido un tramo tan dilatado que llega casi á cien leguas, y tendrian los bárbaros entrada y salida franca para cuantas maldades quisiesen ejecutar, sin que los soldados pudiesen acudir para cortarles el paso ó cogerles antes de poderse retirar: para precaver inconveniente tan considerable, parecia mas á propósito que el Presidio se pusiese de asiento cerca de los indios Sobaypuris de la Mision de Suamca, para que aquella nacion tan numerosa, que ahora no puede ser bien administrada por las incursiones de los infieles, no solo lograsen este beneficio, sino al ejemplo de la tropa el de adiestrarse en acometerles con el brío que en tiempos pasados acostumbraron sus mayores. A mas de esta grande utilidad se seguia la otra igual de poder desde este Presidio colocado en aquel terreno destacar unos doce ó quince soldados para la numerosa Mision de San Javier del Bac, que por la misma razon que la de Suamca, queda expuesta á los sangrientos contínuos asaltos de los infieles, siendo ahora por ese motivo muy dificil su administracion: se añade aun que aquel destacamento sirviera no poco para enfrenar el atrevimiento de los maliciosos de que abunda mucho aquel paraje, y serán sin duda mas de cada dia, si no contiene á su osadía el temor de la real justicia; porque sabiendo que su equidad no puede contentarse en los atroces delitos con un li-

gero castigo, ó con puras exhortaciones á que solo se extiende el celo de los misioneros, sino que los culpados, á medida de su maldad, son apremiados, sin duda no se desmandarán en tan repetidos excesos, como cada dia se les experimentan.

Para asegurar el Presidio en donde pudiese servir de abrigo á aquella nueva numerosa cristiandad, proponia el padre provincial al Rey Nuestro Señor en su informe otro medio que le habian sugerido los padres mas inteligentes y experimentados en aquellas vastas y peligrosas fronteras; y consistia en que en las orillas del Rio Gila, en donde segun las relaciones de los padres Kino y Sedelmayer, comienza la nacion Apache, se dignase Su Majestad de mandar que se erigiese uno de nuevo y mayor que los ordinarios, componiéndole cien soldados; porque estableciéndose así, no en las fronteras, sino en las tierras de aquellos feroces indios, habia de quedar mas expuesto á su bárbaro furor, siendo por ese motivo necesario mas poder para la resistencia, y por el de hallarse tan apartado de los otros, no podia esperar mas socorro que aquel que le podian suministrar sus propias fuerzas. Y debiendo á un mismo tiempo atender á las necesarias siembras para su manutencion y velar contra el enemigo, no se podia esto asegurar si las fuerzas no eran mayores y duplicadas. Se esforzaba aun lo mismo por la necesidad de internarse en las tierras de enemigos, lo que fácilmente ejecutaria este nuevo Presidio, acometiendo á sus rancherías, descubriendo sus guaridas y asaltando sus escondrijos, para que perseguidos y molestados aun en sus tierras, no tuviesen el

tan acostumbrado atrevimiento de hacer invasiones y robos en las ajenas. Se representaba que este habia de ser el total remedio, y que no pudiéndose ejecutar sin desamparar el puesto del Presidio, si el número de los soldados no excedia el ordinario de cincuenta, no podia dar abasto á uno y á otro designio; tenia á mas de esto el nuevo Presidio establecido, como se propone otra utilidad grande de cerrar en círculo completo con los demas ya erigidos todas las tierras enemigas, logrando así, si cooperaban con igual valor los otros capitanes, abatir y aun aniquilar en poco tiempo el insolente orgullo del Apache. En esta tan importante ejecucion se evidenciaba que aunque á los principios serian algo crecidos los gastos de Su Majestad, muy en breve se esperaba que consumido, humillado y aun pacificado el enemigo, se ahorrarian los cuantiosos consumos que se expendian anualmente en los que ya están establecidos.

A mas de lo brevemente ponderado, se lograba en seguir la idea ya propuesta que quedaba erigido este nuevo Presidio en situacion tan oportuna, que franqueaba el tan deseado é importante paso para la Provincia del Moqui; resguadaba con toda seguridad las conversiones de los Papagos, de los Pimas, de los Cocomaricopas en el mismo Rio Gila, y de las demas naciones ya pacíficas en una y otra orilla del Rio Colorado; y facilitaba la comunicacion por tierra tan pretendida como provechosa con la California. Apoyó por fin, y rematό en su informe el padre provincial este dictámen, de la necesidad y utilidad del Presidio, como se acaba de insinuar,

con algunos pareceres de hombres muy inteligentes y prácticos, siendo uno el del Ilustrísimo Sr. Obispo de Durango, D. D. Martin de Elizacachea, promovido ahora á la Mitra de Michoacan; y era de tanto mas peso cuanto mayor era la autoridad del que le daba fundado en lo que observó en la visita de su dilatadísima diócesis, viendo claramente con sus ojos el singular provecho que habia de dimanar de la ejecucion de esa importante idea, no solo en resguardo y defensa de sus amadas ovejas, que tanto deseaba librar de los sangrientos lobos como bueno y solícito pastor, sino en amplificacion prodigiosa de nuestra Santa Fé y dominios de Su Majestad.

Y aunque todas estas dificultades, segun confesaba ingénuamente el padre provincial, solo podia vencerlas el brazo poderoso de nuestro católico monarca con muy considerables gastos de crecidas sumas de dinero, especialmente las que tocaban á la California, proponia á su alta comprension como medio mas fácil y menos costoso la reduccion de la Pimeria, que serviria mucho para asegurar la de aquella Península y la de tantas numerosísimas naciones que moran cerca de los Rios Gila y Colorado. Estas, cultivadas y reducidas á pueblos sin especial dificultad, por hallarse en tierras conocidamente pingües y fértiles, sin duda podrian socorrer á las nuevas Misiones que en la California hácia el Norte se fundasen. Y así como no se hubiera podido comenzar ni continuar la espiritual conquista de aquella esterilísima Provincia, sin el seguro recurso á Sinaloa, nunca podrán ni emprenderse ni fomentarse nuevas reducciones en la California hácia el

Norte, sin tener cierto y seguro en la costa de la Pimeria y remate de sus caudalosos rios el remedio para su necesaria manutencion. Para esto proponia lo numeroso de esta gentilidad, no solo de la ya descubierta á costa de casi increibles fatigas de los misioneros jesuitas, sino de las que faltan todavía que averiguar; y añadia que esta conquista facilitaria no poco la entrada en la Provincia de los Moquis, si no se conseguia ablandar su terca obstinacion por la parte del Nuevo México. Para emprender esta numerosa y dilatada conversion, representaba á Su Majestad que no se necesitaba mas que la venida de la Mision que las guerras de Europa entonces diferian, pero que habia de ser de mas sujetos que las ordinarias, ya para poder acudir á tantas sagradas empresas, ya para dar el mas exacto cumplimiento á la órden de Su Majestad, de que en estas nuevas Misiones fuesen duplicados los ministros, ya para poder dar abasto á otras muchas antiguas que en esta vastísima América tienen los nuestros á su cargo. Ni dejaba acordar el padre provincial nuestro católico monarca, que el número de los misioneros de que tanto se necesitaba, sin duda á su menor insinuacion le concederia el general de la Compañía por el singular gusto que tendria de servir á tan grande Rey, y mas para emplearle en tan gloriosas conquistas. Ofreció por su parte el padre provincial á Su Majestad, que procuraria que se averiguase con mas exaccion la continuacion por tierra de la California con la Pimeria, que en España ya entonces se tenia por cierta, y acá todavía se mirabo por muy dudosa.

CAPITULO VIII.

Manda el Padre Provincial de la Nueva España á los padres misioneros de la California y de la Pimeria hacer varios descubrimientos en cumplimiento de lo ofrecido en su representacion al Rey Nuestro Señor, y se da noticia de los que se hicieron.

El padre provincial de la Nueva España, en cumplimiento de la palabra dada á nuestro católico monarca en su representacion, ordenó desde luego á los padres de California que hiciesen todo el esfuerzo posible para averiguar á toda satisfaccion si es continente su Provincia con la Pimeria, ó si continúa por alguna abertura aquel mar con los superiores del Norte: quiso de una vez no solo salir de esta duda, que agitaba todavía los ánimos y dividia los pareceres, sino mucho mas asegurarse por dón-

de y de qué manera hubiesen de remitirse los preciosos socorros á las nuevas Misiones que en adelante se fundasen en aquella tan estéril necesitada Provincia: para fin tan importante previno que registrasen con cuidado una y otra costa, sin olvidarse de reconocer la correspondiente interior tierra, para ver si mejoraba en pastos, temple y fecundidad: con esta diligencia asimismo pretendia descubrir algun terreno proporcionado en que erigir la última Mision ya fundada, comenzada entonces, mas aun no establecida. Es cierto que justamente se reparó que esta averiguacion, aunque tan importante y aun necesaria por las grandes utilidades que habia de producir, se debiera hacer á costa de la Real Hacienda, ó á lo menos de especiales limosnas destinadas á ese fin tan glorioso, para que no se siguiera el gravísimo inconveniente de haber de quitar aun lo necesario y preciso á las pobres necesitadísimas Misiones de la California, que sin emprender nuevos remotísimos descubrimientos, padecen ya sobradas molestísimas penurias: grande era el perjuicio que se siguió, mas se tenia aun por mayor y de peores consecuencias el de solicitar otros subsidios que, ó no se hubieran conseguido, ó entre consultas, informes y otros pasos necesarios en partes tan sumamente remotas, se hubiera retardado tanto esa empresa, que la misma dilacion la imposibilitara.

Los padres de la California obedecieron con gustoso y pronto rendimiento á la insinuacion de jornada tan gloriosa: determinaron registrar primero la costa que mira á la Pimeria: contribuyeron todos

en lo que podian: unos con canoas ó barquitos; otros con indios inteligentes en la marinería; otros con los alimentos mas precisos, aun quitándoselos de los suyos, tan escasos. El padre Fernando Consag, que tenia el cuidado de la Mision de San Ignacio y habia de tomar el de la otra que se empezaba, se encargó de este largo peligroso viaje: juntó cuatro canoas en el puerto de San Cárlos, no muy distante de su Mision; y el dia 9 de Junio de 1746 salió de aquel paraje, que está en veintiocho grados de altura: subió hácia el Norte para descubrir y reconocer todas aquellas costas de la California; y formó tan puntual sábia relacion de todo, que su derrotero se insertó en un libro que imprimió D. José Villaseñor, para dar noticia de las ciudades, lugares, pueblos y naciones de esta América Septentrional, sujeta al gobierno de la Nueva España. Y omitiendo lo demas, solo daremos aquí lugar á lo perteneciente á la Pimeria. En todo su viaje, en casi todas las costas, el padre Fernando lo registró, apuntó y examinó todo con sus ojos, con toda prolijidad, aun faltando en tierra, para averiguarlo desde cerca con mayor seguridad. Vió continuada la misma esterilidad y casi increible infecundidad con bastante carestía de aguajes buenos, que en lo ya conquistado se ha reconocido y aun padecido con tan larga penosa experiencia. En los treinta grados de altura en la bahía halló un puesto en que se puede trazar una nueva Mision, cuando haya seguridad de poderse proveer y socorrer: hay indios intermedios desde la Mision de San Ignacio: la bahía que el padre Fernando intituló de los Angeles, está en trein-

ta grados de altura: varios de aquellos bárbaros ya están bautizados, siendo muchos mas los gentiles que aquí se descubrieron: algunos son tratables y otros fieros; mas aunque quisieron mostrar su valentía, á la menor resistencia ó asomo de nuestras armas, se pusieron en cobarde precipitada fuga. Se discurre, no sin fundamento, que ni aun esta fiereza se les experimentara, si no les hubieran inconsideradamente irritado con inhumanos tratamientos, los que van á buscar perlas; porque gente semejante, que por lo comun no es la mas devota, se ha propasado en tales excesos, que han exasperado los ánimos de aquellos pobres desvalidos indios, apartándoles con tan impío desórden de nuestra santa religion y de su conversion tan solicitada á costa de tantas fatigas; y para remediar daños tan considerables, se ha suplicado al Superior Real Ministerio, que enfrene la demanda de estos codiciosos inhumanos hombres.

Vengamos ya á las averiguaciones mas inmediatas que se hicieron en las cercanías del Rio Colorado. El dia 9 de Julio llegaron á la altura de treinta y dos grados, en que ya comenzaba la estrechez del golfo, y claramente reconocieron la costa opuesta de la Pimeria, que debiera con mas razon llamarse de los Quiquimas, que por aquel paraje se acercan á sus playas. El 10 reconocieron lodazal en el fondo de la mar, y proviene de las muchas tierras que con sus avenidas arrastra aquel caudaloso rio. El 11, á poco andar, dieron en unos pantanos colorados que estorbaron llegar á tierra, aun á los marineros que se echaron fuera de las canoas, imposi-

bilitándoles lo que pretendian: vieron claramente que se hallaban ya en el desemboque de aquel tan famoso rio, dando fondo enfrente de una Isla que hace un estero arqueado al fin del estrecho. El agua en este puesto es ya tan diferente de la otra de la mar, que con su acrimonio y malignidad quita el pellejo de la carne solo con llegarla á mojar; aun se experimentó otro efecto mas extraño, y fué que dejó á los mas con un dolor muy sensible, durándoles hasta el fin de aquella empresa, declinando en algunos á los primeros síntomas del mal de Loanda, sin disminuir tan molesta repentina dolencia hasta haberse ya restituido á sus casas. El 12, con un recio temporal, se desparramaron las canoas: dos se arrimaron á tierra firme ó á sus playas, como antes á las de los Quiquimas. El 13 procuraron juntarse las embarcaciones tan divididas con la furia de los vientos. El 14 salieron algunos á registrar aquellos contornos, y hallaron muchas huellas de gente y caballada: en el desemboque se encontró agua buena para beber, y se juzgó que era extraviada de las avenidas de aquel rio. El 15 y 16 hicieron aguada. El 17 llegaron cerca de la primera Isla que se forma en aquel rio. El 18 se arrimaron á sus playas, y se notó que era casi triangular: faltó alguna gente en tierra, y se vieron cogidos luego en medio con las avenidas de aquel hinchado rio y con la entrada de las aguas de la mar: estas dos corrientes encontradas, puso en grande manifiesto riesgo de perder la vida á los que habian desembarcado: aquella noche descubrieron varias hogueras; mas de dia no pudieron divisar gente alguna. El 19 trataron

de subir rio arriba, embarazándolo su arrebatada furiosa corriente, y dejándoles adelantar muy poco; no obstante, por encima de la primera Isla reconocieron la segunda dentro la misma caja del rio, y por los lados de las dos vieron la tercera, que ocupa el vacío que entrambas dejan. Añade el padre que siendo el lado de la California en aquel desemboque mas bajo que el contrario de tierra firme, se repara hácia aquella Península amontonada la basura y palos que con sus corrientes arrastra el Rio Colorado en sus grandes violentas avenidas. Advirtieron tambien una especie de eras en que los naturales desgranan cierta semilla semejante al trigo, mas tan menuda como el anís. El dia 20 quedaron varadas las canoas; pero subiendo la marea, fué tal la violencia de las olas, que volcó á una con gran peligro de su gente, que apenas pudo recogerse en las otras; la volcada quedó tan maltratada, que allí mismo la quemaron, sin poderse aprovechar ni de los víveres que traía, recogiendo solamente su corta herramienta y clavazon. El 21, las canoas pudieron ya pasar á la segunda Isla, sin encontrar cosa particular. El 22, registraron algo de la tierra, y divisaron á distancia de cinco leguas arboledas propias de las orillas de los rios. Los dias 23 y 24 procuraron hacer nueva entrada con las canoas. El 25, algunos por tierra reconocieron el estero arqueado, y dando por concluida la jornada, volvieron hácia el cabo de San Cárlos por el mismo rumbo que se siguió en la venida, por no atreverse el padre Fernando á registrar con prolijidad las playas de la Pimería, como habia proyectado; porque siendo

aquel país por el mes de Julio y el de Agosto sujeto á muchas turbunadas, receló con su gran prudencia, que no podrian las canoas aguantarlas sin evidente riesgo de algun naufragio. Con este viaje se evidenció que el mar de California no continúa mas arriba hácia el Norte, habiendo no solo visto, sino abordado una y otra costa, subido rio arriba y registrado en tierra lo bastante, sin que por parte alguna se descubra comunicacion del mar de California con los otros. Desde Caborca hasta el desemboque del célebre Rio Colorado, que no haya comunicacion con otros, es evidente por las largas jornadas de tierra de los padres Kino y Sedelmayer, sin encontrar en algunas de ellas mar alguno; que desde el cabo de San Cárlos hasta aquel grande y extendido desemboque, tampoco haya esa comunicacion, es del todo indudable por la experiencia del padre Fernando, que en este viaje siempre fué á vista y poco apartado de tierra, sin descubrirla. A mas del derrotero que hizo este sábio jesuita de su navegacion, formó mapa muy exacto de todas las playas que costeó desde la California hasta aquel famoso desemboque, que á su parecer tiene casi una legua de ancho, y está en los treinta y tres grados de altura: tuvo aquel discreto misionero la curiosidad de registrar exactamente con el astrolabio los parajes por donde pasaba, para asegurarse mas de la verdad de cuanto su delicada pluma trasladase al papel en su puntual exacta escrupulosa relacion.

De todo se dió noticia á Madrid y á Roma, enviando trasunto del derrotero y de los mapas. El

registro de la contracosta y de la tierra interior de California, aun no se ha podido ejecutar, así por las forzosas ocupaciones de los pocos jesuitas que hay en aquella Provincia, como por la suma pobreza que siempre les tiene angustiados y sin medios para emprender lo que fuera de tanta gloria de Dios y bien de la monarquía. El padre Fernando, por lo sucedido en este viaje, inferia que por el conducto del Rio Colorado no podria ser socorrida aquella tan pobre necesitada Península por el contraste tan furioso que las aguas del rio tienen con las del mar. No obstante este sábio prudente dictámen, se hace algo difícil el ascenso; porque parece que con barcos construidos á propósito con los materiales que suministran las mismas orillas del Colorado, se puede con no pequeño fundamento esperar que se podrá vencer la oposicion de aquellas aguas. A mas de esto, es muy creible que aquel rio no siempre traiga tanta fuerza en sus corrientes y avenidas, con que cesaria toda la dificultad que se supone. A todo esto se añade, que no se puede concebir por qué, si en el recíproco encuentro de las aguas se funda toda la imposibilidad, no se podrán conducir por tierra los víveres una legua ó mas adelante, hasta llegar á sitio en que cese ese contraste. Corrobora ese mismo parecer, que si en el puerto de Santa Clara, que observó el padre Kino, hay abrigo y fondo para las embarcaciones, no será ya punto invencible, que se conduzcan allá por tierra los víveres, para que embarcados en aquel puesto se trasporten. Finalmente, si el padre Fernando tuvo razones muy nervosas para no registrar en el torna-

viaje la costa de la Pimeria, se puede inferir que antes de emprender cualesquiera nuevas fundaciones en la costa de California, será preciso que se reconozcan con menudencia y exacta averiguacion todas las playas de esta Provincia, á fin de saber los fondos, esteros, ensenadas y puertos, observando las corrientes, los vientos y contratiempos mas regulares, y examinando en los lugares de donde se puedan conducir los socorros, las distancias, si están los intermedios con pastos y con aguajes suficientes: en este registro, aunque por lo que toca á la tierra pueden cooperar los misioneros de la Pimeria, en el que corresponde al mar, siempre pertenecerá á los de la California; porque los de aquella Provincia carecen de embarcaciones, y sus indios no tienen práctica alguna, ni en gobernarlas ni en dirigir navegaciones.

Este último descubrimiento ejecutado hasta este tiempo, dió mucha luz para cuanto en adelante se hubiere de emprender. Convenció con evidencia que es Península la California, y muestra que aquellos varones apostólicos no aspiran sino á adelantar sus conversiones. Mas faltándoles los caudales por la suma pobreza de aquel terreno, para promoverlas, como ansiosamente desean, y vencer todas las dificultades que lo estorban, no dudo que así los de California como los de la Pimeria, ayudados con el poderoso brazo y ardiente católico celo de nuestro Rey, podrán en breve dar exacto cumplimiento á los cristianísimos deseos de Su Majestad, juntándose las dos Provincias en sus conquistas espirituales, sin dejar á las espaldas gentilidad alguna que no esté

del todo reducida, formando el deseado círculo de nuevas cristiandades, y dilatando no menos la fé de Cristo y su reino, que los dominios de nuestra monarquía española.

Por fin de este capítulo añado al que leyere esta Historia, que por las últimas recientes cartas que llegan de la California, se acaba de saber que por Mayo, Junio y Julio de 1751, el padre Fernando Consag, en atencion al encargo que se hizo el año de 1746, penetró aquella Península por medio de sus tierras y montes, declinando hácia la contracosta que mira al Oceano de Filipinas. Y por lo que conduce su puntual relacion, no solo al debido y puntual cumplimiento de lo que se sirvió mandar Su Majestad en su Real Cédula, y á la mas exacta ejecucion de lo que le ofreció en su representacion el padre provincial de la Nueva España, sino á que se forme el concepto correspondiente de lo mucho que por aquella Provincia y por la de Pimeria Alta se puede casi sin límites extender su nueva cristiandad á casi innumerables naciones que moran en aquellas regiones, la pondré en los capítulos siguientes con la mayor fidelidad, como se remitió de la California.

CAPITULO IX.

Comienza el "Diario" del viaje que hizo el padre Fernando Consag, de la Compañía de Jesus en la California desde 27 grados y 2 tercios hácia el Norte, entre la Sierra Madre y el Oceano.

La causa de haberse emprendido el viaje por el terreno que hay entre el Oceano y la Sierra Madre, que divide toda la California en oriental y occidental, es por ser mas ancho y regularmente menos estéril que el otro, que yace entre la misma Sierra Madre y su golfo, ó seno llamado de California, El padre provincial Juan Antonio Baltasar, cuando el visitador general vino á esta Península, me encargó ya entonces esta jornada: nunca pude efectuarla hasta ahora, ya por las epidemias, ya por falta de

víveres, ya por otras mas urgentes ocupaciones en que me tenian los superiores. Aunque la Mision frontera del Norte hasta hoy es la de nuestro Padre San Ignacio, y de aquí salió la comitiva y todo el avío necesario, á que concurrieron en parte con gran caridad los dos vecinos misioneros, sin embargo, se señaló la Piedad por plaza, en que todo habia de aprontarse, especialmente los naturales que habian de seguir á pié, prevenidos con sus víveres correspondientes. Es la Piedad el paraje ya destinado para fundar la última Mision hácia el Norte, y su gentilidad está en veintiocho grados y medio: desde San Ignacio, en proporcionada distancia hácia el Norte, no se halló mejor arroyo en lo abierto y accesible: por su sitio viene á ser casi el centro de los pueblos y rancherías que se han de administrar: su vertiente corre al Oceano: cuando años pasados ví y registré este lugar, estaba mucho mejor; porque entonces tenia un pequeño venero de agua corriente; mas buscándole ahora, me aseguraron los naturales que despues acá, con una avenida grande, se perdió con varios ancones de tierra: queda con todo ahora agua peremne en pozos para beber, y algun carrizo para mantener algunas caballerías. El agua es buena, con una singular providencia de Dios; porque las de los pocos aguajes de los contornos tienen sus resabios, ya de salobres, ya de agrias.

De este puesto de la Piedad, 22 de Mayo de 1751, bajo el patrocinio de Nuestra Señora de Loreto, á cuyo maravilloso amparo se debe la conversion de California, con cinco soldados y competente número de naturales de á pié, se emprendió la jornada pa-

sado el medio dia; porque el aguaje era tan distante, que el tren y comitiva no podia alcanzarle en un dia; y para que la falta de agua fuese mas tolerable, se escogió pasar sin ella la noche, por ser en estos contornos por este tiempo las noches aun muy frias. Al caer el sol llegamos á un sitio llamado San Everardo, que tiene ya ranchería, cuyos indios están todos bautizados y reducidos á cercanías, en que se les puede administrar: nos faltó el agua y aun escaseó el pasto para las caballerías: las lomas algunas son de peña viva y marmol colorado; otras cuajadas de arena, que de suyo se desmoronan, llenando los arroyos y bajíos de arenas de un color blanco. El dia 23, con niebla y frio proseguimos el camino por arroyos y lomas areniscas, y de tierra floja entreverada con sus piedras: no se vió árbol grande, excepto el que sus moradores llaman *Milapa*, y empiezan á hallarse desde los veintiocho grados; los mas van altos y derechos como los pinos: árbol verdaderamente inútil, estéril, y señal de la infecundidad del terreno: desde el suelo hasta la cima está rodeado de ramas cortas, pero llenas de espinas: es muy vidrioso; por lo que se hallan, ó tronchados, ó totalmente derribados con la fuerza de los vientos: toda su dureza consiste en la corteza, estando verde: lo de dentro es una masa fofa á modo de nabo ó visnaga. Aunque los mas de los palos de la California, si se queman, esparcen alguna fragancia, éste en el fuego despide un hedor tan desapacible, que causa dolor de cabeza; y tal vez por esta razon queda indemne, cuando los gentiles queman cuantos árboles grandes hallan: cuanto mas se sube al Norte,

se ven con abundancia solamente en el distrito, que hay de la Sierra Madre hácia el Oceano, y entre lo que el viento noroeste y la niebla baña. Un cuarto de legua antes del aguaje, pasamos por unos manchones de zacate, y nos sirvió para las caballerías, supliendo la falta de pasto.

Sabiendo que el agua está en dos pocitos, se adelantó alguna gente para sacarla y abrir un bateque capaz: llegamos cerca del medio dia á Kalmayi: así se llama el arroyo en que se halla el agua, y pertenece á la ranchería de Nuestra Señora de la Visitacion. La mayor parte de estos indios están ya bautizados y reducidos: algunos gentiles, así de los de aquel pueblo como de otros cercanos que vinieron, me saludaron, avisándome que habia un viejo tan agravado de su enfermedad, que estaba muy próximo á la muerte: fuí luego á pié á verle y á tratarle de su salvacion, y oyéndole decir que no me entendia, tuve grande desconsuelo. Era este anciano de otra ranchería mas remota hácia el Norte, y dejando la suya, se acogió á esta: discurrí que el no entenderme, nacia parte de la inquietud que le causaba la enfermedad y parte de miedo, por verse rodeado de gente nunca vista: le traté con cuanto cariño pude, y le regalé con carne cocida, que suelen apetecer mucho estos viejos: con esta sola diligencia ya empezó á entenderme: por estar muy remoto de nuestro Real, hice que le acercasen: proseguí instruyéndole en los misterios de nuestra Santa Fé, y dándole sus ratos de descanso: mis dudas y congojas se me mitigaron, cuando me aseguró el mismo enfermo que ya les habia oído, pero que nunca qui-

so creerles; mas que ahora sí les creia, y queria bautizarse; añadiéndome que habia soñado varias veces que yo le habia bautizado: ya muy entrada la noche, por el riesgo de quedarse de repente muerto, le bauticé sin solemnidad: se le destinaron unos cristianos que le cuidasen y asistiesen en su muerte: en los ratos que se dieron al viejo por su descanso, se bautizaron unos párvulos hijos de gentiles, que ellos voluntariamente me ofrecieron.

Sin haber nube alguna, se percibian estruendos como de truenos; y preguntando á los naturales, para saber de qué nacian, respondieron todos que eran subterráneos, y que venian de un cerro allí cercano, añadiéndome que eran mas frecuentes en el verano: de vuelta le registré, mas no ví abertura ni boca alguna. El dia 21 en cuanto á su temperamento fué muy bueno, y salimos temprano: antes del medio dia llegamos al territorio de Nuestra Señora de la Desponsacion de Pui, en donde nos esperaron algunos gentiles de varias rancherías: nos contaban que nunca creyeron que algun padre pudiese venir por aquellas asperezas, y que por haberles dado noticia cierta de que irian los nuestros á aprehender á algunos indias, ó para obligarles por fuerza á hacerse cristianos, se habia desparramado la gente: otros mas animosos querian ver si venia el padre, ó solamente porcion de españoles con algun caudillo: mas al ver venir las caballerías de remuda que iban delante, por no ser aquella todavía tierra de riego, cayeron de ánimo, y se huyeron, unos al seno, otros al mar Oceano; y estos sin duda serian la causa que por algun trecho no hallábamos ranche-

rías, por lo que de los fugitivos se dejarian impresionar: á los que quedaron se les dijo lo bastante para corregir sus vanas aprehensiones. Casi en todo el intermedio que hay entre el paraje de que salimos y el otro á que llegamos, se encuentra un pasto razonable respecto de grande esterilidad: aquí tambien fué menester abrir bateque para que bebiesen las caballerías. Un gentil me pidió que bautizase á su hijo, y lo hice por haber ya algunos cristianos de esa ranchería.

El dia 25, el padre del nuevo cristiano, aunque gentil, me queria acompañar; mas por no saber si la gente que podiamos hallar es amiga ó enemiga de la ranchería, de que era este el principal, no se lo admití, especialmente teniendo ya en la comitiva quien sabia el camino. Era preciso atravesar un brazo que de la Sierra Madre corre hácia el Oceano: por su aspereza fué penoso este rumbo: pasado ya el medio dia llegamos á un bajío, principio de arroyo, en que habia sus destiladeros de agua, uno de buena y fresca, otros de salobre: por haberse reconocido que la bajada era inandable, se despacharon algunos para componer los pasos en que podia peligrar la recua. A distancia de una legua toparon muy pocos gentiles: oyendo que el padre estaba en sus contornos, llevados de la curiosidad, ya de noche llegaron dos mozos, uno de armas y otro todavía inhábil para ellas, á verme y saludarme, dándome cuenta de que un niño estaba enfermo, que sin duda en pocos dias moriria, y que por eso ya le tenian apartado. Es costumbre entre estos bárbaros que cuando alguno queda ya desauciado, le apar-

tan á un abrigo algo remoto de los demas. Recibido el mozo con agasajo, se quedó aquella noche con nosotros, y por la mañana muy temprano se adelantó desde luego para dar cuenta á los suyos de lo que habia visto en los extranjeros que venian.

El dia 26, por mas que se habia procurado la tarde antes facilitar el paso, como el trecho inandable era largo, no pudo evitarse que no cayesen caballerías y rodasen cargas: el arroyo en partes se abre, esparciéndose con hermosa vista: tiene sus aguajes cortos, y en manchones sus mesquites grandes, que es el único palo bueno que hallamos por todo lo que vimos hácia el Norte; mas en muchas partes estaban quemados, moviéndome esto á hacer exhortar por medio de los cristianos mas cercanos á los gentiles, que se abstuviesen de quemarles. A un lado del camino se vieron indios: me aparté con el cabo de los soldados y algunos otros á hablarles del niño enfermo ya desauciado, para que me lo dejasen bautizar: no solamente admitieron mi propuesta, mas me aseguraron que se habian quedado á ese fin, por si yo quisiese bautizarle; que toda su ranchería habia bajado al Oceano, y que habiendo yo cruzado, luego la seguirian: aquel párvulo, despues de bautizado, segun supe, murió el dia siguiente. Prosiguiendo nuestro viaje, llegamos á un arroyo que tenia sus palmas y carrizo: el agua estaba en pequeños hoyos, y donde empieza á estrecharse con un salto y pedregal, corre sobre el tepejate. A poco rato de nuestra llegada, vinieron los gentiles á saludarme: uno se ofreció á guiarnos á Kañayiaka-

mân, que deseábamos ver. En estos contornos empieza la variedad de mescales, unos muy grandes, que á la vista parecen como los de la otra banda: otros medianos, que tienen las pencas y hojas muy gruesas: estos sirven á los naturales en lugar de aguá cuando andan fuera de los arroyos: cortan la hoja, la calientan, esprimen ó chupan el jugo: probé, y hallé que no es de mal gusto. El tercero es pequeño, y estimado por ser su pan de cada dia.

El 27 quedamos en el mismo paraje, parte para que se recobraran las caballerías muy mal tratadas por las dos jornadas antecedentes, parte porque la comitiva de á pié, á vista del mucho mescal grande, quiso lograrle para sustento: mas con pérdida de su trabajo se desengañó, que por muy amargo el grande era inútil para comer; pero su flor, que echa en el vástago, sobreasada por un poco de dulce que tiene, es tolerable al gusto: despues la aborrecieron, porque con ella enfermaban. Los gentiles que pasaron la noche con nosotros, se fueron, y al medio dia vinieron otros. Por su relacion supimos la falsa voz que esparcieron dos mujeres: la primera oyendo la gritería de los cristianos que cazaban venados, dió parte á su ranchería de que los Kaiavañgua, que son sus enemigos, nos habian cogido desapercibidos, matando ó hiriendo á muchos: la otra, que volvia del monte con mescales ú otras semillas silvestres, por el mismo ruido de la caza fingió que los cristianos tal vez en venganza del agravio recibido de los Kaiavañgua, habian muerto á los suyos que vinieron á verme: con esta fantástica imaginacion, todos se huyeron. El gentil que ofreció servirnos

de guía, volviéndose al caer el sol, para aviarse, al llegar á la ranchería, la halló desamparada: siguió el rastro, halló algunos encaramados en un cerro áspero, y apenas pudo desengañarles de que no hubo enemigo que nos hubiese molestado; que ni él ni sus compañeros habian observado la mas mínima señal de hostilidad; y que su principal con algunos pasarian la noche con los cristianos. Mas la voz ya se habia desparramado á Sur y Norte. Por la tarde subí á un cerro para ver el aspecto del Oceano, y observar la variacion de la aguja de marear: la niebla contínua nos embarazó el registro, y otro mas alto montecillo que estaba al Noroeste, impidió la cabal observacion; mas por lo poco que faltaba, y por lo que otras veces observé, pude conjeturar nordesteaba la aguja cuatro grados: noté tambien que habiamos retrocedido del Norte casi una cuarta de grado.

El dia 28, por no perder mas de la latitud y por no poner á riesgo las caballerías con fiarse de los informes que daban los que sabian el terreno, se resolvió que algun inteligente buscase el paso menos áspero: para estos moradores creados entre las breñas y hechos á brincar de peñasco en peñasco, nada habia inaccesible. Fué Don Fernando de Rivera y Moncada, cabo de la expedicion, y ahora dignísimo capitan comandante de California con otro soldado y algunos de á pié á reconocer el terreno de nuestro rumbo: al anochecer volvió con la comitiva, y fué unánime el informe de que por allí no se podia viajar sin arruinar la recua y sin imposibilitarnos á proseguir nuestra jornada. Un mulo, ó por sus re-

petidas caidas, ó por la mala calidad de la yerba, murió. Sin duda causó recelo y desconfianza á los gentiles lo que falsamente y tan sin fundamento habia corrido; porque todos en lugar de volver, como habian prometido, se retiraron, y aun hallamos una espía, que descubierta, se huyó. Al paso que estos indios en su primera furia son arrojados, pasado y mitigado aquel ímpetu de su nativa barbaridad, son muy medrosos.

El dia 29 amaneció con niebla y frio mas intenso del que padecimos los dias antecedentes: se despacharon algunos en busca de los gentiles para tomar alguna luz, si por otro lado distinto del que nos enseñaron y que se halló impracticable, habia alguna otra salida: en caso de no haber razon de aquellos bárbaros, se enviaron otros á ver por dónde nos pudiésemos desprender de la aspereza de aquella Sierra en que nos hallábamos encerrados, aunque fuese necesario retroceder por parte diferente de la que habiamos venido: uno y otro se logró: se trajo una familia de gentiles, que decia que venia á buscarnos, y que los suyos se habian retirado para traernos algun regalo de sus familias. Tambien se halló como facilitar la salida de aquella tan molesta pesada Sierra.

El dia 30 salimos rumbo Sudoeste, bajando á los llanos del Oceano: se les da este nombre, no porque en realidad lo sean, exceptuados unos bajíos areniscos y de tierra floja, sino respecto de la serranía tan quebrada. Por ser menor la niebla del Oceano, se descubrió una legua de arena, que en tres ó cuatro de extension se adelanta al mar, pero muy an-

gosta en cotejo de su longitud. Algunos gentiles de los que se habian visto, me salieron con otros al camino, me ofrecieron dos terciecitos de sus semillas, y nos acompañaron: otros, despues de haber parado, conducidos de sus capitanes nos regalaron asimismo dos pequeños tercios y otros nos presentaron dátiles, que es la fruta que por otoño, hasta mediados de invierno, abunda en los contornos del Oceano. Se les correspondió con otra suerte de comida muy de su gusto. El principal ofreció con su gente hacernos compañía; mas sabiendo yo que eran enemigos capitales de los de la ranchería á donde queria pasar, no le admití el agasajo. Ya me faltaba la pericia del idioma; porque á mas del acento y tonada, mudan aquellos indios algunas palabras: me valí de algunos recien bautizados sus vecinos, para que les dijesen ser mi intencion caminar mas adelante hasta que hubiese algun embarazo en la comitiva, en que viese que en su vuelta solos y por tierras enemigas, podrian correr riesgo de perder sus vidas: parecia que así quedaban muy satisfechos.

El dia 31, con el fin de haber venido á este paraje, que es el desemboque del arroyo Kañayiakamán, penetramos á su interior: ya que no se pudo por el lado, como habiamos intentado, lo ejecutamos por el mismo desemboque; mas por los saltos de sus peñas y bordos empinados, se experimentó igualmente impenetrable. Es este arroyo muy célebre entre aquellos naturales: por ese motivo se despachó gente de á pié á registrar su interior para tomar con sus informes alguna luz y averiguar si correspondia

á lo que publicaba la fama: se ofrecieron por guías dos gentiles. Está el desemboque en veintiocho grados y cuarenta minutos; su angostura, que vierte al Oceano, cae al Sur: su aguaje es muy salobre entre pedregales, como su caja algo honda, con bastantes mesquites grandes; á los lados tiene algunos llanitos emboscados de matorrales inútiles. Al caer el sol llegaron algunos de vuelta del arroyo con la noticia de que á la mitad de la jornada se habian declarado muchos enfermos, y quedaban junto á un palmar, en donde corria alguna agua; que los demas con las guías proseguian su viaje hácia arriba; y que en todo el tramo solamente se habia visto rastro de gente. Fué muy sensible la noticia de los enfermos; porque este mismo dia muchos habian amanecido con retortijones, y flujo de vientre, que es enfermedad de que mueren los mas.

CAPITULO X.

Prosigue el "Diario" del Padre Fernando Consag.

El dia 1° de Junio, mitigado algo el frio, salieron algunos á ver el camino que habiamos de andar, y á reconocer si á proporcionada distancia habia algun pasto que aquí escaseaba, para que luego que volviese la gente del arroyo pudiésemos adelantar, por haber entendido de los gentiles que la ranchería á que queriamos ir, estaba algo remota. Volvieron con el informe del camino tan tarde, que ya no podiamos salir. Al medio dia llegaron los que esperábamos, con la puntual noticia del arroyo,

que segun declararon, entre mil vueltas siempre subia al Norte en distancia de veinte leguas: así se halló, cuando en fin con todo el tren se pudo penetrar. Los naturales que guiaban, pasando una punta del arroyo, no querian proseguir, dando por excusa que ninguno de los que se adelantaban escapaba con la vida, por la barbaridad de sus vecinos: sin embargo, unos mas animosos llegaron hasta el fin, que es muy angosto, seco, de puro pedregal, y remata en un repecho ó despeñadero, de donde vinieron ya de noche á juntarse con los que habian dejado, y supieron de ellos que las guías ya habian vuelto por camino mas breve hácia nuestro Real; mas no les vimos. Con las demas noticias que nos dieron del arroyo, se encendieron los deseos de registrarle personalmente á costa de cualquier trabajo. Se reservó su ejecucion para la vuelta, á fin de observar si en este intermedio variarian en sus informes. Este es un arroyo que varias veces se intentó penetrar con gente de á pié, y no se habia logrado hasta ahora.

El dia 2 nos cupo otro brazo de Sierra que pasar: fué penosa y larga la jornada. Un caballo rodó, quedando muerto. Cerca del medio dia bajamos al arroyo de gentiles, tenidos por bravos: el agua es salada, y algunos destiladeros se cuajan en sal. Por no conocerse senda alguna, y por la poca claridad de los informes, nos vimos perplejos en escoger camino: en fin, nos metimos en un arroyo pequeño que vierte agua, que parece sal deshecha: en su remate tiene gran cantidad de marmol blanco y trasparente, como el tecale: proseguimos en demanda de otro arroyo, pero nos vimos ya muy encumbrados en la

Sierra, y tan atajado el paso por los despeñaderos, que fué menester retroceder. En esto, los indios de aquel paraje nos gritaron, amenazándonos, que ninguno de nosotros habia de volver: á las amenazas añadieron otra voz mal entendida, que obligó á toda la gente á ponerse en armas; pero desvanecida en breve la equivocacion, y bien repartida la gente para que no fuésemos cogidos en alguna angostura, continuamos la jornada empezada desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Paramos en una loma extendida; y mientras la recua descargó, una cuadrilla nuestra que cubria la mulada, y juntamente adelantaba para ver si descubria algun aguaje, le halló: al aviso del hallazgo se fué proveyendo la gente de agua. Ya tarde llegaron tres gentiles, cuya compañía habia rehusado: dieron razon del camino y aguaje; pero ya uno y otro habian reconocido los nuestros: toda la noche pasamos sin que nadie nos molestara.

El dia 3, puesto el Real en cercanía del agua, salió Don Fernando Rivera con unos indios de la comitiva en busca de los bárbaros de aquel paraje, para tomar algun informe de la tierra que tira al Norte. A los tres que nos habian alcanzado, tambien les faltaba la noticia y práctica para adelante. Espantaba la aspereza á la vista, y parecia que la Sierra hácia el Oceano, rumbo Noroeste, era mas alta de la que habiamos desechado, por lo que era necesario adquirir, ó informes, ó guía alguna para proseguir. Cerca de las cinco de la tarde volvió Don Fernando con su comitiva, y trajo un viejo y una vieja. Aunque se habian avistado muchos de

los moradores y se les habia hablado, no se pudo lograr el intento; porque se excusaban con decir que eran perseguidos de sus vecinos por los dos lados, Norte y Sur, por ser muy menguados y vivir en continua desconfianza; esto lo gritaban desde un cerro; y viéndo que algunos de la comitiva se venian para ellos, se huyeron: en esto pararon las roncas que nos echaron el dia antecedente. Yendo los nuestros en su seguimiento, alcanzaron un viejo, pero todavía fuerte y armado: él mismo avisó el matorral en que estaba escondida su mujer. En el Real se agasajaron, y con un regalito se despachó la vieja para que llamase á los de su ranchería; pero ella no volvió mas.

El dia 4 me acompañó en el registro del arroyo el cabo de la expedicion con un soldado inteligente en cosas de labor: se halló el agua corriente en poca cantidad en dos partes, mas en ambas fácil de sacar y guiarla en beneficio de las tierras: es algo salobre: está rodeada de tule esquinado: hay mas tierras que agua. Es el mejor arroyo que se vió desde que salimos de la frontera: está en veintinueve grados y quince minutos: se llama *Ajavaiamin:* por el lado del Sur se baja al lugar en donde está el agua, por unas lomas tratables y no muy altas: las nieblas á lo menos por este tiempo son grandes: por su causa, y del viento continuo que sopla del Oceano las noches y mañanas, son muy frias. Tambien una cuadrilla de los nuestros de á pié hizo su salida con el viejo gentil, para amansar y llamar á los alborotados ó amedrentados; pero malogró su trabajo y diligencia: los tres gentiles que vinieron en nuestro

seguimiento, se fueron con los nuestros en busca de sus comidas silvestres, y se desaparecieron.

El dia 5, al Noroeste, por una hora de lomas y cerros, llegamos á un arroyo de carrizal y agua corriente muy ancho, y por los dos lados abierto, que raras veces se ve en la California. Mas sus tierras son de mucho resabio: en ellas por la humedad nace un género de grama, que fuera de los arroyos y humedades salobres no se halla, pero es buen pasto para las caballerías: en el arroyo hay variedad de aguas: en unos hoyos es totalmente salobre, y en otros buena; pero la mejor para beber es la de los pozos escarvados, que con poco trabajo se hacen, por ser el suelo de arena y el agua nada honda: fué parecer de los inteligentes que se podia poner alguna Mision, valiéndose de los dos parajes, del mencionado en el dia antecedente para la siembra, y del presente para cabecera y asiento, ya por ser el agua mejor, ya por haber mas pasto para las caballerías del servicio; aunque el agua corriente se juzga inútil, sin embargo, con la sola humedad puede haber alguna corta siembra: está en veintinueve grados y poco mas de medio, y se llama *Angum*. Se hallaron en distintos parajes dos viejas desamparadas que venian al aguaje. Cerca del medio dia se oyó un aviso de los cerros, que los nuestros habian caido en alguna emboscada, ó inopinadamente quedado cercados de los bárbaros: fueron dos soldados á socorrerles; pero á distancia de una legua, poco mas ó menos, vieron haber sido aprehension falsa del que avisó solo por reparar, que dos corriendo con mucha velocidad, bajaban de un cerro.

El dia 6, con la noticia de haber otro aguaje bueno, subimos por el arroyo al Este, y caminando como dos leguas, torcimos al Sudeste para la Sierra; pero experimentando su aspereza y hallando cerca de medio dia un aguaje entre peñas, se juzgó conveniente que parase el tren, para no maltratar todas las caballerías: para certificarse del aguaje y del camino que faltaba, fué el cabo de la expedicion con un soldado y algunos de á pié, llevando consigo la guía: al caer el sol volvió con la noticia de que el agua era buena para beber, que era poca y sin corriente alguna, que no habia otra cosa de provecho, y que todo el camino era malísimo.

El dia 7 retrocedimos por el mismo rumbo por donde habiamos venido el dia antecedente, hasta llegar al paraje de que salimos, para que se reforzasen las caballerías, que lo habian pasado mal entre las piedras, sin pasto alguno. La Sierra está desnuda de todo lo que pudiera ser alivio, y solamente poblada de matorrales inútiles. La gente de á pié pidió provision de sus comidas silvestres; á ese fin determinamos quedarnos dos dias, en que recocimos los contornos: por la tarde, el gentil que servia de guía, intentó la fuga; pero á tiempo fué detenido.

El dia 8 la mayor parte de la gente fué al Oceano para proveerse de marisma, ya que el monte les negaba sus ordinarias comidas, de que pensaban hallar en abundancia. Tampoco en las playas hallaron el socorro que buscaban, ó porque no supieron, ó porque este trecho de mar de suyo es infecundo. Aquí descubrieron un cuerpecito de un niño

ó niña que los animales habian despedazado; y á poco trecho vieron dos niñas de tres á cuatro años, metidas en un hoyo: trajéronlas cargadas al Real: luego se les dió alimento, de que necisitaban mucho, deliberando la providencia que se habia de tomar para que no pereciesen aquellas pobres almas. Deparó Dios una vieja, mujer del que nos servia de guía, y la habiamos dias antes despachado, ésta tal vez suponia, ó habernos ya vuelto, ó poder llegar al agua sin ser vista de alguno de los nuestros: fué cogida, y se le encargaron las niñas: su marido le señaló el paraje en que habian de esperarle; y muy alegre por la buena acogida de los suyos, se ofreció á guiarnos á la ranchería que se seguia, aunque antes lo habia repugnado. Esta noche salió la luna eclipsada en su tercera parte.

El dia 9 antes de amanecer, despues de un estruendo subterráneo, tembló la tierra: espantadas sin duda huyeron siete caballerías que no se echaron menos, hasta que estaba ya dispuesto para salir: en buscarlas y traerlas pasó la hora, siéndonos preciso diferir la jornada.

El 10 cruzamos junto á dos aguajes cortos, entrambos salobres y rodeados de grama: el primero tenia en mas abundancia, y un pequeño carrizal. Habiamos conocido que los gentiles habian cortado carrizo para flechas; y para que supiésemos el destino y su prevencion, nos pusieron en el camino ó senda la señal de hostilidad, que suele ser un brazo de Pitajayal, ó dulce, ó agrio, ó de cardon, que á golpes de palos y á flechazos traspasan, dejando en él clavadas, pero quebradas, las flechas, para indi-

car que lo mismo ejecutarán con los que se atreviesen á acercarse á su ranchería: con este aviso esperábamos que en sus cercanías nos habian de recibir con las griterías y amenazas que acostumbran. Pero llegamos sin oir el hostil y bárbaro recibimiento que recelábamos: á vista de la poca agua que en varias partes corre, paramos: mas la experimentamos tan salada, que ni las caballerías podian beberla: tampoco pudimos llegar á otro aguaje, arroyo arriba por los malos pasos que despues se compusieron. Al bajar al arroyo algunos de á pié, entre peñas hallaron agua salobre, pero que podia beberse: de esta hicimos la provision, sin descubrir ni uno de aquellos naturales; vimos solamente el rastro de muy pocos que iban hácia la playa, segun el informe del que nos servia de guía; este es un paraje en que suelen juntarse hasta doce rancherías; mas no habia mucho que recelar, porque su licencioso género de vida no sufrirá esta union por mucho tiempo, ni les permitirá este familiar amigable vínculo.

El dia 11 nos acercamos al aguaje que el dia antes se descubrió, y solamente se puede allí beber en una grande casi extrema necesidad, ó siendo gente ya acostumbrada á semejante bebida. El agua del arroyo principal, que llamamos *Zienega*, por un gran trecho en varias partes corre entre tule esquimado, carrizo delgado y grama nacida de humedades salobres: de lejos tiene mejor vista que registrado de cerca; hay allí abundancia de mesquites grandes: el nombre de aquel paraje es *Kadazyiac:* está en veintinueve grados y cuarenta y siete minutos: se nos despidió la guía, porque ya no conocia mas tierra,

y aun ésta confesaba haberla visto solamente una vez. Muchos de la comitiva de á pié enfermaron; otros se mostraron muy cansados con el trabajo, especialmente porque la tierra por donde andábamos no les suministraba el sustento á que están acostumbrados: no obstante, se entresacaron dos cuadrillas; una que fuese á registrar todo arroyo arriba, hasta donde les permitiese llegar el tiempo: otra que fuese á buscar rastro de gente, hasta hallarla ó descubrir tierra hácia donde pudiésemos cruzar. Por la tarde, la una dió su relacion de haber encontrado rastro de gente, que dividida en tres trozos, habia acampado, y con su numerosa muchedumbre ocupado mucho terreno; no obstante, se prosiguió, hasta que observamos que los indios se habian dividido, tirando unos á la Sierra del Norte, en que se habia visto humo; mas no pudieron acercarse por ser ya tarde, y el humo algo distante. La otra cuadrilla afirmó no haber en el arroyo hácia arriba, ni mas paso, ni agua de la que estaba á la vista.

El 12, el cabo de la expedicion, con la noticia de haber mucha gente, segun los indicios del rastro, en compañía de un soldado y de algunos de á pié, fué en derechura al lugar en que el dia antes se habia visto el humo: dió con la ranchería; mas solo halló á las mujeres, niños y viejos; y aunque al ver nuestra gente se pusieron luego en fuga, sin embargo, se cogieron. Se procuró sosegarles y quitarles el miedo: dejaron intactas todas sus cosas y las armas de los hombres, que sin ellas se habian ido á la playa, para que echasen de ver que no fué gente enemiga la que llegó á la ranchería: dejóseles tam-

bien recado; pero no le entendieron. Ya muy noche volvió el cabo con su comitiva, trayendo un hombre robusto, mas algo dañado en los ojos: se procuró agasajar el huésped; con todo, parte por el susto de mirarse entre gente nunca vista, parte por la diversidad del idioma, no se pudo sacar ningun informe.

El dia 13, para facilitar á los enfermos la jornada, se determinó salir muy tarde. Casi todo el camino fueron continuadas lomas. El 14 llegamos al paraje registrado antes, y paramos en una loma en frente de la ranchería: tiene en su ladera algunos pocitos escarvados de agua salobre, y al pié el arroyo grande: al otro lado hay otros pequeños en que se halla mas y mejor agua: á ésta se conducian las caballerías, proveyéndose tambien la mayor parte de la gente. Los moradores ya habian desamparado su ranchería, y desviándose por rumbos muy quebrados, muy con tiempo trasladaron ó escondieron todo su ajuar con los ídolos que suelen tener en una casa ó ramada apartada de su poblacion; y fué de suerte que quedaba como solitaria. Forjan sus ídolos estos miserables infelices bárbaros de cualesquiera yerbas, y les afianzan con palitos: en su cara (diré mejor) en lugar de la que habian de tener se ve una roquilla ó birrete, que ellos hacen de plumas negras, entretejidas en los nudos de una redecilla á modo de las pelucas, y es entre sus obras la mas curiosa: las orejas en algunos son de palo: por hombros les ponen una tablilla á cada lado, larga, cerca de un geme, delgada y pintada; mas de manera que admiramos de ver allí la Santa Cruz: les sir-

ve de corona un plumaje compuesto de varias plumas: del cuello sobre el pecho les cuelgan muchas sartas de conchitas, caracolitos, frutillas silvestres, y de plumas de varios colores, en que consiste la mayor parte del adorno, y en su bárbara ciega opinion toda la riqueza: algunos tienen un pedazo casi de media vara de largo, de ancho una cuarta ó una tercia, de un tejido burdo de pita de mescales, y matizado toscamente con colores de tierra: cuelgan como capote ó manto real de la fingida loca Divinidad, unas madejitas de cabellos abotonados en la parte superior y ensartados. Todo este atavío suelen tenerle en unos cestillos de juntos no tejidos, sino de trecho en trecho amarrados, de modo que cuando les abren todo se extiende como una estera. En unas rancherías, cada casado tiene su adorno de su ídolo; en otras no mas algunos, pero el principal ó capitanejo, siempre le tiene. Cuando se juntan muchas poblaciones para celebrar algun convite, cada una viene cargada con el cestillo de su ídolo: delante de cada uno clavan su tabla mas ancha, ó mas estrecha, ó larga, ó corta, segun fuere la madera que tuvieren. Los vecinos del Oceano tienen las tablas mas anchas; porque se valen de unos pinos que hallan en la playa. Estas tablas son á su barbaridad de mucho aprecio, tal vez porque les cuestan mucho tiempo y mas trabajo que se puede inferir fácilmente, con saber que sin mas hierro que unas piedras ó pedernales afilados, han de debastar el palo, labrarle y pulirle, hasta llegar á lo delgado de una tabla. Todo este ajuar, cuando se bautizan, le entregan al padre. Algunos de los nuestros re-

gistraron todos los contornos, en que antes los gentiles estuvieron, mas no hallaron sino dos ó tres, que por mas que les siguieron no pudieron alcanzarles: con esta noticia se despachó el que se habia cogido de esta ranchería, para que les notificase el trato que le hicimos. Con nuestra agradable comunicacion se le habia quitado ya el miedo; empezó á entender á los que mas habia tratado; y fué entendido en la mayor parte: dió algun informe de la tierra y de la Nao de China que cruzabá por allí algunos años: aseguró que el principal de la ranchería habia de venir, y que nunca se dejó persuadir de los que le aconsejaban, que nos mostrara alguna señal de enemistad. Los enfermos se agravaron, y cayeron otros de nuevo: con esta tan sensible novedad se nos quitaron las esperanzas de continuar la jornada. Por la tarde se enviaron algunos al Oceano para explorar la playa y sus contornos: halláronla abundante de buenos mariscos, aviándose todos con copiosa provision de conchas.

El dia 15, por ser ya muchos los enfermos, y algunos tan agravados, que no se podian despachar, por ser tierra de mucho riesgo, y mucho menos dejarles hasta la vuelta, determinamos retirarnos; y para que se aviasen todos de marisma, se despachó la mayor parte de la gente á la playa. Entre las diez y once se acercó un gentil corriendo con su arco pintado de blanco y prieto, con sus flechas en una mano, y en la otra con dos mescales: la cara embijada: en la cabeza un plumaje y unas gotas de sangre sobre el pecho: señal de valor y magnanimidad. Salió uno á encontrarle; recibió los mescales,

y le condujo hasta ponerle en mi presencia: entonces entregó sus armas y sus plumas, declarando que venia de amistad, y que se habia enojado mucho con los suyos porque no le habian dado el recado que habian dejado los nuestros cuando estuvieron en su ranchería; y que ahora lo acababa de saber de su suegro, que era el que tuvimos detenido, y el dia antecedente se habia enviado á los suyos: nos convidó á su pueblo para regalarnos. Se hubiera recibido de buena gana el convite, porque nos hubiera servido para proseguir el viaje, dándonos algun informe y guías: sin comunicarle la causa de los enfermos que nos detenian, se le respondió que bien podian venir seguros, constándoles ya por experiencia de que nuestro trato no era de gente enemiga: se le correspondió con otro arco y flechas, segun la costumbre del país, que es señal de amigable paz. Despues de haberle recibido para mostrar el aprecio del regalo, le aplicó á la boca; mas en lugar de darle el beso, que no es conocido en la California, dió una chupadita, como quien huele una flor ó toma algun polvo; y entendiendo que no queriamos todavía salir de aquel paraje, preguntó si le permitiamos que viniese con su gente embijada. A que se le respondió que si venian con sus mujeres y con sus hijos, que serian bien recibidos. La causa de la condicion añadida, fué, para que en caso que con ardid y dolo quisieran hacernos algun daño, se abstuviesen de ejecutarlo para no experimentar alguna represalia en sus familias; y para que en caso que viniesen, en breve se despachasen dos hombres ligeros á la gente, que casi toda habia ido á la playa

para que volviese: yo tenia determinado ir á registrar el sitio, y lo hube de omitir. Esta tarde no se vió gentil alguno, excepto un viejo que estaba escondido en un matorral espinoso que fué menester desmontarle para poderle sacar, y nos admiró cómo siendo ciego, pudiese meterse en aquel rústico bárbaro escondrijo.

A diez y seis, á media mañana llegó un gentil todo tinaznado y empolvado con la margajita: traia una bolsa á modo de una bola muy grande, y es su género de costales, en que guardan sus semillas, y las entierran: á modo de faja se ceñia con un manojo de pita torcida: de la cabeza le colgaba un ovillo de cordel: y aunque llevaba su arco, en lugar de flecha se servia de un carrizo con que hacia mil ademanes, y con el cuerpo unas posturas bárbaramente ridículas, hasta que llegó conducido á mi presencia, en donde luego depuso todo lo que traia, diciendo que con la noticia de nuestra llegada, espantada toda la gente, se habia desparramado; mas que aunque los suyos se lo disuadian, venia de su voluntad á entregarse, y que si le soltábamos, viviria con su familia en estas cercanías, que eran su nativo terreno. Se le respondió que no solo él, sino todos los demas podian vivir sin recelo en sus tierras, bien seguros de que no veniamos á quitárselas. Segun el uso de aquel país, se le correspondió con otro regalo. Apenas éste se habia ido, cuando en las lomas se vió bastante gente, que de una en otra corrian, y á carrera llegaron de cuatro y de seis en varios trozos con mescales, tablas, plumas y sus armas, que se le cambiaron. Eran los primeros de la

ranchería, cuyas tierras habiamos transitado sin ver sus moradores; porque todos los mas se habian congregado aquí, ó para embarazarnos el paso, ó para refugiarse. Mas con ver que no mostrábamos flaqueza, no se atrevieron á ejecutar la hostilidad que tenian tan premeditada, que segun ya insinuamos, nos habian puesto á vista cierta señal de declararnos guerra: tampoco podian ya alejarse mas de sus tierras sin riesgo manifiesto: esto asimismo les obligó á que vinieran á mostrarse amigos. El principal de esta ranchería como conductor venia y volvia con ellos: al medio dia le hice detener, dándole de comer, para corresponder á los repetidos convites que nos hizo: con esta ocasion se averiguó que en tres jornadas no habiamos de hallar mas agua que de pozos escavados y sin pasto; que en adelante habia una ranchería muy crecida, y que en el Norte andaban vestidos como nosotros. En realidad uno de aquellos indios nos habia regalado un pedazo de manta de algodon, de hilado y tejido grueso, que no podia haber venido de los cristianos Californios; y lo hubieran confesado, como afirmaron, que los cuchillos llamados velduques, por vía de permutacion, venian del Sur. Entre las plumas que nos dieron, dos fuertes habia, cuyos pájaros no se ven en lo conocido de California; unas muy coloradas y otras blancas, casi á modo de las de los abestruces. Las aves de las coloradas decian que se crian á no mucha distancia del Norte; pero que las blancas se traían de las islas de aquella region: puede ser que sean las de la Canal de Santa Bárbara, que segun algunos escriben, son pobladas.

Los informes concordaban con los que dieron, así el que se habia cogido como otro de la misma ranchería. Sirviónos de gran sentimiento no poder lograr tan buena ocasion para subir al Norte, por razon de los enfermos que cada dia se aumentaban, y algunos en realidad se agravaron, de modo que se temia de sus vidas.

El dia 17 volvieron los nuestros á hacer mas provision de la marisma, de que esta playa se experimentó muy abundante. Hay tambien por allí nutrias, que otros por la suavidad del pelo llaman castores marinos: solamente se hallan en el Oceano: empieza á haberlas desde una ensenada grande que se ve en frente de la Isla de Cerros ó la de la Santísima Trinidad. Se puede discurrir que como las hay por todo el tramo hasta la presente playa, se hallan tambien mas adelante, especialmente si hay escollos ó islas pequeñas que suelen ser ordinariamente su morada. El puesto en que asentamos nuestro Real dista dos leguas de esta playa, y se llama Kalvalaga: está casi en treinta grados hácia el Sudoeste: se ve una isla alta no muy grande, y parece ser la que nombran los navegantes de Filipinas de Guadalupe. Desde aquí no pude hacer la diligencia de reconocerla y demarcarla, por la precision en que me hallaba de no ausentarme, por lo que podia ofrecerse ó con los gentiles ó con los enfermos; mas á la vuelta la ví desde un cerro, y noté que quedaba al Noroeste, si es la que llaman Guadalupe, no está tan remota de la tierra, como lo demarca un mapa que se siguió en la demarcacion de la contracosta ó costa del Oceano, cuando se hizo el de California. Si á

mas de aquella en la misma altura no hay otra semejante mas cercana á la tierra, es sin duda la de Guadalupe; porque los moradores de aquel paraje cuentan las maniobras del navío que vieron en estos mares. Concuerdan los derroteros de las tres islas, de que la Nao suele ó debe reconocer siempre alguna, despues que cogió las señas y cruzó el Cabo Mendozino; la una es la de Guadalupe, que está enmedio, entre la de Cenizas y la de la Santísima Trinidad ó de los Cerros. Como aquí son frecuentes y muy espesas las nieblas, puede ser que cuando se demarcó la isla, no se habia aun visto la tierra de Californias, ó haya parecido mas distante. Con los gentiles no hubo mas novedad, y así por la tarde tomamos la vuelta por el mismo camino que habiamos hecho.

El dia 18 llegamos á la Ciénega, y el 19 y 20 caminamos sin ofrecerse cosa digna de referirse. El 21 se despachó buena porcion de gente, para que en el desemboque del arroyo, cuyo registro se reservó para la vuelta, abriesen ó allanasen los malos pasos. El 22 volvieron algunos de los que se adelantaron el antecedente con el aviso que era imposible la pretendida composicion del camiño por el desemboque, asegurando que solamente con mayor número de gente y gran parte del año se podia conseguir; mas que del lado del Norte se habia descubierto modo, como abriendo en las partes mas ásperas alguna senda y facilitándola en otras, podia penetrarse: con esta noticia el cabo de la expedicion fué á verlo y á dirigir la gente en su trabajo. Hallamos unos gentiles amigos de varias rancherías,

y entre ellos la novedad que corria de nosotros, y la habia fingido uno de Kamaipa ó Kaiavangua, que era la de una batalla de dia y medio, que habian tenido con nosotros; que nos habiamos defendido con gran valor; mas que logrado el lance de matar al padre, con su muerte fácilmente derrotaron la demas gente. Y para que nada faltara á su fantástica bárbara valentía, añadian que habian tambien acabado con todas las caballerías. El valeroso campeon que fingió y cantó la victoria tan á su gusto, no debia haber visto ni sabido cosa de los soldados, ni percibido el estrepitoso disparo de la escopeta que basta para ahuyentar á estos tímidos cobardes bárbaros. Los gentiles que ya nos habian visto, fácilmente se desengañaron. Este cuento, que habian creido enteramente los indios que encontrábamos, fué ocasion de una peremne y copiosa muchedumdre de conversaciones y de preguntas que nos hicieron.

CAPITULO XI.

Concluye el "Diario" del Padre Fernando Consag.

El dia 23, por ser la tierra en que estábamos de gentiles ya amansados y amigos, se despacharon para San Ignacio, Mision Frontera, veinte enfermos, entre los que quisieron volverse, y otros que habian de asistirles y cuidarles. Con el aviso que dió el señor cabo y con la guía que envió, logramos penetrar el arroyo por el lado del Norte, y llegamos al anocher. Entrada la noche vinieron dos gentiles sin armas, y se quedaron con nosotros.

El 24, se empleó en abrir alguna senda para que

pudiesen pasar las caballerías. La aspereza de este arroyo es grande, por ser muy hondo: para evitar algun precipicio, es menester subir: lo que estaba á nuestra vista no correspondia á la fama ni al trabajo que tuvimos para verle. Los gentiles, que ya noche habian llegado, se quedaron con nosotros todo el dia, y nos dieron el recado que si no quisiésemos subir por el arroyo hasta donde está su ranchería, que toda vendria á verme: llevaban entrambos en sus orejas una flor en cada una: la diferencia que hay entre estos y los australes, es, que los australes ponen su hermosura y vanidad en tener los agujeros de las orejas muy grandes, que revientan y se rompen algunas veces por quererles ensanchar demasiado. Les sirve este agujero de faltriquera para meter y guardar las lartijas que cazan, ó tambien ponen un palo hueco ó carrizo grueso en que guardan los nervios para afianzar las puntas de las flechas, que son de pedernal. Segun se va subiendo al Norte, se disminuyen los agujeros de las orejas, y aquí solamente sirven para colgar alguna punta de flecha, ó para meter las flores que hacen de plumas de varios colores, á modo de un hermoso y vistoso clavel.

El dia 25 penetramos gran parte del arroyo: á media jornada hallamos los palmares: aun en las lomas y en los mas de los cerros los hay: el agua es ya buena, ya mala: en algunas partes corre; pero entre los arenales se sume: tiene tambien su carrizal. Vino un trozo de la ranchería con sus familias á saludarme; se agasajaron todos.

El 26 llegamos á lo último del arroyo, habitable:

nos esperaron aquí, ó por mejor decir, se juntaron los varios trozos de la ranchería de este arroyo, como tambien otros de varias allí vecinas, á fin, segun ellos nos aseguraban, de ver si de la derrota que nos habian dado los bravos se volvian algunos de los cristianos, ó sanos, ó heridos, explicando el gran sentimiento que habian tenido con esta triste noticia, y afirmándonos que no solo los de ésta, sino los de otras poblaciones habian convenido en vengar aquel agravio, y que ya estaban previniendo las flechas, dejando la cosecha de cardon que habian ya empezado en los vertientes del golfo, en donde por el calor madura mas temprano. Se les dijo lo bastante para que quedasen asegurados y enterados de la verdad; les exhortamos á que se abstuviesen de las peleas continuas y frecuentes muertes que se daban mútuamente. Habiamos parado como tres tiros de escopeta apartados de su ranchería, para evitar cualquier desórden que pudiese acontecer con la demasiada cercanía: pidieron los gentiles que se paseasen las caballerías en los contornos para que pudieran verlas mejor, mas no se cansaban de mirarlas: la curiosidad les impelia á acercarse, y el miedo como de cosa no conocida les apartaba: algunos de natural menos uraño fueron mirando y tocando todo lo demas del fato y trastes. Se despacharon dos cuadrillas con algunos gentiles de este sitio por guías, para registrar los llanos de uno y otro lado del arroyo: aquí se halló algun pasto. Los bordos del arroyo son cerros altos y empinados: está á las espaldas de los Angeles hácia el Poniente: abriendo el camino, como está ya desde Loreto

por todo el Norte, será la distancia de medio dia. Cuando se ponga alguna Mision en los Angeles, puede servirle para mantener alguna porcion de ganado. El agua es abundante en pozos, y por la mayor parte del arroyo tiene carrizales; en donde ahora se halla la corriente, á mas de que es muy honda, no hay tierras. Si en un llano de palmas que allí se ve vuelve á salir el agua, que solo ha faltado, segun los informes, este año, puede haber allí alguna corta siembra. Fueron llegando gentiles de varias rancherías con recado de que todos los que estaban por coger la semilla del cardon, luego subirian á presentarse. El dia se concluyó con un fatal suceso; porque algunos cristianos quedaron heridos de la yerba, que causa calenturas, hinchazones y llagas: otro se cayó por un precipicio; y si la Vírgen Santísima, patrona de nuestro viaje no le hubiera socorrido, fué su suerte que, ó se hubiera quedado muerto, ó quebrado brazos y piernas: aunque quedó gran rato sin sentido, no recibió mas daño que salir con un muslo algo desollado y con una leve contusion en la cabeza. Por estar los gentiles muy impresionados de que hubiésemos recibido algun descalabro de los bravos, para mostrarles la ventaja de las armas, que se les explicó, al anochecer se disparó una escopeta: lo interpretaron mal, y lo tomaron por seña que se daban los cristianos para que aquella noche acabasen con todos los gentiles: estaban persuadidos que era así, y á la hora que acostumbran los bárbaros dar los asaltos nocturnos, se huyeron todos, quedando solamente aquel que dormia entre los cristianos. Los que velaban la mulada

dieron el aviso de la huida; pero se juzgó por conveniente no embarazársela.

El dia 27, aunque al partirnos no pareció gentil alguno, exceptuando aquel que habia pasado la noche entre nosotros, apenas habiamos parado, cuando llegó una gran cuadrilla de indios, todos mocetones, pero sin armas, á saludarme: algunos de estos acababan de llegar esta misma mañana; otros ya habian venido la noche antecedente; mas por haberse huido toda la ranchería, se huyeron ellos tambien: como vieron que nosotros no seguiamos á los fugitivos, ni reconocieron señal de enemistad, entendieron haber mal interpretado el tiro: por ellos se supo que aquella fué la causa de haberse huido toda la gente. Otro dió el recado en nombre de su ranchería, que por haber entendido que yo habia de cruzar por su distrito, allí mismo toda la gente me esperaba. La comitiva de á pié pretendia que parase un par de dias para que pudiese aprovecharse de las frutas y proveerse de sus ordinarias comidas, que ofrecia en abundancia aquel paraje: no se pudo condescender con su pretension, porque si cayese un aguacero algo copioso, segun ya dias habia amenazado, hubiera sido necesario detenernos mucho tiempo, y tal vez muchas semanas para poder salir de aquel arroyo: por ese motivo se determinó que la jornada siguiente fuese corta, cuanto bastase para salir de unas angosturas y pasos mas peligrosos, sin embarazar á los de á pié el disfrutar la abundancia de aquel terreno. Este arroyo Kanayikamán es muy célebre entre los naturales, mas por la copia d e todo género de sus bárbaros silvestres alimentos, que por la de agua corriente,

ó pastos, ó tierras buenas para sembrar, lo que no saben los gentiles apreciar por la innata barbaridad.

El dia 28 se despacharon en derechura otros de los que enfermaron de nuevo y quisieron volverse á sus tierras. Se ejecutó tambien la jornada corta: vimos la prolijidad con que los indios de las mismas palmas hacen escaleras, amarrando de trecho en trecho palos atravesados para subir y coger con menos riesgo su fruta, que tanto apetecen.

El 29 se logró por el camino por donde venimos, restituirnos á su desemboque. Luego se trató de registrar la lengua de arena que el dia 30 de Mayo se habia visto. Segun los prácticos del país uniformemente me mostraron hácia donde caía lo que buscaba; respecto del lugar en que estábamos, es casi al Sur. Por la distancia que supe de los indios que habia hasta el principio de la lengua y por lo que yo observé cuando la vi, se puede prudentemente afirmar que está en veintiocho grados y minutos. Deseaba personalmente registrarla, pero todos los naturales me lo imposibilitaron, ya por la falta de agua y pasto, ya por empezar á poca distancia un arenal en que los de á pié, como van descalzos, se atascan hasta las rodillas, y aun en partes se sumen hasta la cintura. Me aseguraron que me darian un informe muy fiel: despacháronse con los prácticos los mas hábiles para aquel reconocimiento: los demas tiraron hácia unas lomas mas vecinas al Oceano, que tienen á la vista. Llegué á una de estas en compañía del cabo de la expedicion á buena hora; mas no logré ver sino el triste manto del Oceano, con que le cubre por este tiempo casi de

continuo la niebla, y á poco tiempo traida del Noroeste, nos envolvió en una oscura fria noche.

El 30, luego que nos lo permitió el frio, fuimos con todo el tren al aguaje que está á la falda de la Sierra: quedéme con Don Fernando de Rivera y con algunos de á pié, esperando que se deshiciese la niebla: disipóse en la Sierra, mas sobre el Oceano se quedó tan espesa, que nos quitó las esperanzas de poder en todo este dia ver la Isla que en Californias se llama *de la Santísima Trinidad*, y segun los padres de la Nao de Filipinas, *de Cerros* ó *de Cedros:* una sola vez logré descubrirla, por ser menos la niebla. En el idioma de estos naturales se llama *Vamalgua* ó *Guamalgua*, que quiere decir *casa* ó *morada de la niebla.* Explica bien este nombre lo que sucede á aquella Isla, y lo que comunica á las playas mas vecinas. Malogrado el fin de mi detencion, me encaminé á los demas al aguaje, nombrado *Medakal:* aquí me saludaron dos rancherías, la propia de aquel terreno, y otra allí vecina al otro lado de la Sierra, ó por mejor decir, de su brazo que tira al Oceano; es muy numerosa y la deseaba ver y hablar por ser menos distante de la Frontera. Se despachó gente para averiguar si habia alguna senda: á poco trecho se halló un gentil de aquella ranchería: nos mostró las veredas que á su gente sirven; mas no las pudimos seguir, por ser todas de mal país, empinadas, y en partes acantilladas. Este recado trajeron algunos que volvieron con el indio, quedándose los demas para luego que amaneciese hacer la misma diligencia por otras partes.

El dia 1° de Julio se envió mas gente para que si

se hallase algun mal paso, se consiguiese facilitarle con mas brevedad con el aumento de los gastadores ó trabajadores: volvieron á media mañana los que fueron á registrar la lengua de arena: trajeron un pozuelo, una taza caldera, un plato de losa de China y una buena porcion de cera blanca en pasta. Informaron que todos los contornos están llenos de tiestos de esa losa de todas suertes, de tibores, platos grandes, y de otras cosas semejantes; de clavos y pedazos de hierro; pero que al solo contacto se deshacen en polvos aun los clavos que están todavía metidos en sus maderos quebrados: hállase plomo batido, varias piececitas medianas y pequeñas de bronce; y lo que en mas abundancia y facilidad se encuentra es la cera. Por falta de agua no se pueden detener mucho; porque la mas cercana es muy salada, y si no enciende, no apaga la sed. Todas estas cosas que aquí se hallan, indican claramente que en las mismas lenguas de arena varó, ó en sus contornas naufragó algun navío, lo que puede suceder aun sin grande tempestad, por ignorarse la costa. Suele el Oceano derramarse cuando menos se piensa sobre todas las playas, acercándose en algunas partes casi hasta la Sierra, sin que en la cercanía se perciba mas tormenta que la inundacion: esta, sin duda, se origina de alguna tempestad á proporcionada distancia. La lengua á cada lado tiene sus esteros, que en aguas vivas dejan seco un lomo muy angosto que está unido á la tierra firme. Por entrambos lados suelen con frecuencia andar ballenas. En caso que alguna Nao viniese á estos contornos cuando el Oceano inundaba las playas, se

divisarian tal vez tambien aquellos marinos monstruos, y no recelando algun peligro, daria la nave en el banco; por ese motivo se navegará con menos riesgo, cuando se haya de pasar entre la Isla de la Santísima Trinidad, ó de los Cerros y entre la California, acercándose mas á la Isla, que á tierra firme.

El dia 2, por no haber hallado paso ni poder abrirle por el brazo de la Sierra, para llegar á la ranchería numerosa, por uno de los suyos se le envió el recado que explicase mis deseos, y nosotros nos encaminamos hácia el Noroeste á coger la misma Sierra, que á la ida nos costó tanto trabajo: mas como ya eran conocidos sus pasos, se despachó gente que se adelantase para facilitarles. Un cristiano nuevo nos aseguró que años pasados, con gentiles de otras rancherías, habia ido á cazar á un cerro en donde dieron fuego al zacate para espantar á los venados. La noticia no era despreciable: mas las que dan indios recien convertidos, no se pueden creer tan fácilmente: no porque quieran mentir ó engañar, sino porque suelen equivocarse en sus informes: como era lo mas interior de la Sierra lo que se habia de penetrar para el registro, se juzgó por mas conveniente que primero lo reconociesen algunos mas inteligentes, y observasen si hay zacate con la abundancia que se podia presumir por el informe que acabábamos de oir, notando si por algun lado era accesible para que fuésemos todos, si se hallaba ser verdad. A este fin se señaló la gente que habia de ir temprano el siguiente dia.

El tercero proseguimos en subir la Sierra, en cu-

ya cumbre nos esperó con sus indios armados el principal de la ranchería, que yo deseaba ver, y no pude por la aspereza del camino. Despues de haberme saludado, unos se volvieron para traer sus familias, otros me acompañaron, hasta que paramos en *Laboakal*, sitio de ranchería, cuyo capitanejo al presentarse me dijo que iria á recoger su gente desparramada, que cerca de la noche se juntó. Casi al mismo tiempo llegaron veinte familias que trajeron los que fueron á buscarlas desde la cumbre de la Sierra, avisando que los demas, preocupados del miedo, no se atrevieron á venir. Otros gentiles, movidos de su natural curiosidad de verme, bajaron del centro de la Sierra: contáronme la refriega que tuvieron con otra ranchería, despues que yo habia cruzado aquel país; me aseguraron que quedaron algunos lastimados y heridos de una y otra parte; mas que no habian llegado á pelear con las flechas. Habiéndoles oído, les exhorté, como pedia el caso, á la paz y concordia amigable con todos, y mucho mas con sus vecinos. Con la variacion y diversidad del dialecto, empieza esta nacion á tenerla en sus armas, que son un palo en la figura de. una Elipse imperfecta, no cerrada como la letra O, sino abierta de un lado casi como la letra C ó G, con las puntas algo hácia dentro. Su circunferencia mayor será como de tres cuartas y media: el palo es duro, no es rou llizo, sino chato, y cuando le cogen en la mano para arrojarle, representa una ɔ inversa. Se sirven de est- arma en la caza de liebres y de conejos, tirándola ba-a ja, de modo que arrastre por el suelo, y si no las ma tan, las derriba y hieren. De la misma usan en

primeras iras y pendencias repentinas, como preámbulo de la pelea, que se hace despues con flechas.

El cuarto llegamos á un cerro cubierto de pedernales toscos, asomándose de trecho en trecho unas piedras macizas de color de hierro, duras para descantillar; allí se halló una que causó un movimiento algo fuerte en la aguja de marear, que aplicada á otras del mismo color, se movia ya con mucha lentitud. A media tarde volvieron los que se habian despachado con el cristiano á ver el pasto que habia en la serranía, y relataron haberle solamente á trechos; mas que habian hallado un aguaje bien alto, con tierras buenas para el riego. La agua no es mucha, y á poca distancia, despues de haber corrido un corto tramo, se sume; mas con las diligencias acostumbradas puede servir para una corta siembra. Está en una loma baja y salta sobre un llano de la Sierra: el hoyo del agua no es grande, pero es peremne, segun informaron los moradores, que con otras cuatro rancherías se juntaron con intento de agotarle en una de sus fiestas gentilicias: gastaron dos dias en su faena supersticiosa, y vieron que con cuanto mayor empeño sacaban agua, tanto con mayor vehemencia brollaba: con este desengaño en su bárbara porfia cesaron, perdidas las esperanzas de lograr su intento. Los de la ranchería de aquel sitio acababan de volver de una lucha con los de otra, y estaban muy contentos por haber salido victoriosos. Cuando los gentiles Californios con las frutas de verano se han recobrado algo de su flaqueza, que ordinariamente les causa la falta de sustento con el frio de invierno, suelen unas rancherías desafiar á

otras á luchar. Se pudiera tomar esta costumbre por un divertimiento propio de su estado y bárbaro miserable género de vida, si de ahí no se originaran ordinariamente sus sentimientos, enemistades y peleas. La parte que es vencida en sus luchas alza las armas contra la que vence para borrar así la ignominia del vencimiento. Si los caidos son poco mas ó menos en igual número de entrambas partes, todas quedan contentas y conservan la amistad. Les cupo á los cristianos pasar la noche en la ranchería de los gentiles; y como acostumbran al anochecer juntarse á rezar el Rosario y letanías de la Vírgen Santísima, y al amanecer la doctrina cristiana, desampararon aquellos bárbaros hasta sus mujeres y niños, metiéndose entre los nuestros para oir mejor lo que se rezaba. El camino por donde habian llegado al llano de la serranía y al aguaje, era muy malo: suele igualmente el otro de la vuelta por la grande aspereza de toda la Sierra que mira al Oceano, por ser llena de precipicios, de mal terreno ó de piedras grandes sueltas y amontonadas. Solamente por el lado del Seno ó Golfo han hallado los que tomaron por aquel lado un paso mas tratable. Este fué el informe que dieron, y se creyó, por lo que tienen de inteligentes y experimentados los que informaron. Para subir á la Sierra y bajar á los vertientes del Golfo, hubiera sido preciso volver á las cercanías de la Piedad, y de allá encaminarnos otra vez al Norte, lo que no se pudo ejecutar, no solo por los enfermos, sino por los demas que deseaban lograr la cosecha de sus frutas y semillas que ya habia empezado en sus tierras. Y así queda este infor-

me para direccion de ¡otro viaje que se hiciere. El dia 5, en un sitio en que antes apenas vimos algunos, en nuestra vuelta se juntó toda la ranchería, que es numerosa: se admitió, se agasajó, y la exhortamos á que por mas cercana se dispusiese á recibir la Santa Fé: fué á tan buen tiempo nuestra llegada, que por ella se libraron las vidas de dos infieles, que de otra no muy distante en amistad se habian venido á esta: en aquella murió uno de enfermedad; el enfermo al morir, ó sus parientes cercanos achacaron la muerte al hechicero de la ranchería en que estábamos: como los dos habian venido acá, así uno de ésta habia ido á la otra de los dos: viéndole los parientes del difunto por ser de la ranchería cuyo hechicero en su bárbara opinion habia causado la enfermedad y muerte de su indio, quisieron matarle: mas tuvo la feliz suerte de escaparse, y poco antes que nosotros llegó, y contó el agravio recibido y el riesgo que corrió. La venganza se debia tomar en las vidas de los dos; pero lo embarazamos, procurándoles desvanecer su bárbara fantástica creencia. Se persuaden todos estos gentiles que las enfermedades y muertes naturales son causadas por los hechiceros. Por mas descaecidos que estén los viejos y viejas, aun cayendo ya la misma naturaleza por la complexion, y muchos años, no obstante en los achaques de su vejez, siempre culpan á aquellos malvados. Peor es aun la otra persuasion con que imaginan que para librarse de la enfermedad y de la muerte, es medio necesario el matar al que juzgan por autor, segun su loca aprension, de aquella dolencia que padecen. Con ese

diabólico error, poco há que unos enfermos llamaron á título de curarles, á un hechicero de otra ranchería; y como juzgaban que por sus maleficios padecian la enfermedad, quisieron quitarle la vida: mas por la casual llegada de los nuestros, quedó libre el que ya estaba destinado á una cruel sangrienta muerte; y conociendo el riesgo en que le ponia su infame oficio, y que su vida la debia á los dos cristianos, vino y se bautizó, asegurando así no solo la del cuerpo, sino la mas importante de su alma. Atribuyen asimismo á los hechiceros el poder para dar salud: á ese fin en cada ranchería tienen uno que es á un tiempo sacerdote para con los ídolos, y su médico para la curacion de sus dolencias. Aunque aplican remedios naturales de yerbas y varias plantas, les dan con mil embustes de supersticiosos gritos y carreras; y finguiéndose investidos de algun espíritu, tienen prevenida, ó una espina, ó piedra, ó algun animalito de los insectos: aplican su boca al enfermo; chupan, y sacan con disimulo la espina, piedra ó lo que tienen prevenido, y luego aseguran que la enfermedad en la espina, piedra ó lo que fuere, ya habia salido, y reciben el estipendio de su trabajo. Los hechiceros de esta nacion lo son solamente de nombre, pues en la realidad son embusteros ó tambien malvados, que con yerbas y raíces venenosas tal cual vez dañan ó quitan alevosamente la vida. Uno de estos, viéndose totalmente despreciado despues que su ranchería se habia ya bautizado, la amenazó, para amedrentarla que él conocia yerbas y raíces con las cuales vengaria aquel desprecio. Ya noche llegó un cristiano con aviso de

que esperaba en la Piedad la mayor parte de la gente que ha de tocar á esta Mision nueva, y que entre ella habia muchos enfermos. Con esta noticia no esperada, aunque habia resuelto detenerme aquí con estos indios, que son muy broncos, para amansarles en algo, me fué preciso al otro dia proseguir la jornada.

El 6, antes de salir, se bautizaron unos párvulos que sus padres gentiles habian ofrecido. En llegando al otro sitio, que es de ranchería rayana, por haber de ella ya muchos cristianos, se exhortaron los demas á que siguiesen el ejemplo de los suyos en abrazar la Santa Fé y en hacerse por medio del bautismo capaces de la gloria; mas alegan el miedo que tienen de pasar por esta poblacion, quedando allí muchos todavía infieles, á causa de las recíprocas y recientes hostilidades. Aseguráronme tambien que les detenía el temor de morirse, porque veían que varios que iban á recibir el bautismo, enfermaban y morian: á mas de eso les entibiaba la distancia que hay de sus tierras á San Ignacio, Mision frontera, prometiendo que habiendo en cercanía un padre, se agregarian. Vinieron otros dos de la Piedad con la noticia de que algunos de los enfermos ya empezaban á agravarse: luego se dispuso todo para que á la madrugada yo pudiese adelantarme, siguiéndome los demas en jornadas regulares.

El 7, en compañía del señor cabo de la expedicion y unos cuantos de á pié, me restituí con forzado, pero feliz viaje á la Piedad, en donde se administraron los sacramentos á varios enfermos. Este mismo dia siguieron los demas, y pasaron la noche en San Everardo.

El 8 llegaron todos á la Piedad, con el contento y consuelo de no haber habido especial trabajo ni haber muerto alguno, sin embargo de haber enfermado muchos. Con este viaje nos aseguramos de la mucha gente que vive entre las breñas y barrancos. Ya teniamos noticia de que habia muchas rancherías; pero viéndolas, hallamos mucha mas gente de lo que pensábamos. Acercándose un padre misionero y estableciéndose en la Piedad, se puede prudentemente presumir que á mas de los mil cristianos que ya tiene bautizados, en breve tiempo se le agregaran mas de otros tantos. Esta nacion, antes que tenga experiencia de nuestro trato, se muestra muy bronca y brava, y quiere á sangre y fuego acabar con todos; mas despues con la predicacion y enseñanza de los padres, entre todas las de la California, es la que se ha experimentado ser mas dócil para recibir las costumbres cristianas y adelantarse en no pocos de entrambos sexos á pedir la sagrada comunion con mucho consuelo del padre misionero; y mostrando alguna dificultad en admitirles á tan soberana mesa, para probar si su deseo sale de la curiosidad ó de la fé, y motivos sobrenaturales se ve claramente en muchos cuanto puede la gracia del Señor. Apreciarán debidamente este fervor en la fé de estos nuevos cristianos los que saben cuanto cuesta en otras Provincias atraer á los naturales á la sagrada comunion. La lástima es que habrá de parar la conquista de esta pobrísima necesitada Península por falta de socorros necesarios para mantener acá á los Ministros evangélicos. Los fondos que la piedad de los caballeros y señoras de-

seosas de la salvacion de tantas almas franquearon, todos se han empleado en las Misiones ya erigidas, y que hasta ahora se mantienen. Nuestra Señora de Loreto, patrona de la California, mueva los corazones de sus devotos, para que con sus caudales suplan los socorros que la aspereza y esterilidad de este país les niega.

CAPITULO XII.

Crueldad y osadía de los indios Apaches, y necesidad de reprimirles para asegurar los progresos de la nueva cristiandad de la Pimeria.

Vista la gran muchedumbre de naciones de la California, volvamos ya á la Pimeria, y digamos brevemente la grande admirable disposicion de aquellos numerosos pueblos, para formar una floreciente cristiandad, si se lograse poner freno á la cruel insolente osadía de los bárbaros. El apóstólico padre Francisco Eusebio Kino, en las repetidas ocasiones en que ya hace mencion de estos infieles, les llama Joocomes, Xamos, Summas y Apaches. Es cierto que en tiempos pasados las tres primeras naciones fue-

ron bastantemente conocidas, mas ahora, ó se han ya acabado, ó los pocos que han quedado se incorporaron y confundieron con el nombre de Apaches. No se sabe si en algun tiempo se convirtieron, ni si su inconstancia en la Fé les ha acarreado el tizne de apóstatas, como publica el vulgo. El formidable nombre de Apaches se ha extendido tanto, y por sus frecuentes sangrientas hostilidades se han hecho tan temibles, que comunmente á todos los gentiles belicosos se les atribuye. Pero principalmente habla esta relacion de los comprendidos en aquel tramo de tierra casi circular, que comienza desde el Real de Chihuahua, cruza hácia el Poniente por los Presidios de Xanos, Fronteras y Terrenate, llega al Rio Gila, sube aun hácia el Norte hasta el Moqui y Nuevo México, revuelve hácia el Oriente al Presidio del Paso, y remata hácia el Sur en el Real de Chihuahua. En esta dilatada extension de tierra, que es de mas de trescientas leguas, viven los tan temidos como crueles feroces Apaches esparcidos y divididos en rancherías no muy numerosas entre Valles y Serranías muy difíciles de penetrar, ó por la escasez de aguas en los caminos, ó por lo áspero é inaccesible de sus montes.

De algunos cautivos que lograron la felicidad, ó de la fuga ó de la libertad, cangeándoles con otros, se sabe que son indios de grande rusticidad y sangrienta barbaridad; que es muy corta su siembra de frutos; que oprimen con un muy duro trato á sus prisioneros; que entre ellos se esconden muchos malvados; que algunos delincuentes que, ó han fingido abrazar la Fé, ó temen la justicia por sus enormes

delitos, se les agregan; que el sustento mas al gusto de su brutalidad, es la carne de caballos y de mulas; que en el cuerpo van desnudos; que en solo el calzado se diferencian de otros bárbaros, porque de las pieles forman en una pieza zapatos y botines, con que es muy fácil conocer el rastro de la vereda por donde cruzan, si se apean; que en las caballerías no usan de ordinario sillas, sino una piel atravesada sobre las espaldas del bruto; que sin embargo, corren con la mayor ligereza; que en sus acometimientos acostumbran la comun algazara y gritería de los indios de esta América; que es tan grande, que á los mas animosos infunde miedo. Con todo el valor no corresponde, antes es tal su cobardía, que por lo comun á poca resistencia que reconozcan, se retiran, valiéndose solamente para sus tan frencuentes como bárbaras hostilidades, de la alevosía, de la traicion, de asaltos improvisos, de celadas muy disimuladas, mas casi nunca del acometimiento á cara descubierta. Al verse vencidos como cobardes bárbaros, se humillan; mas apenas se recobran algun tanto y se les presenta alguna ocasion para usar de sus ordinarias mañas á su salvo, cuando vuelven á su antigua crueldad y bárbaro furor. Muchas veces han jurado paces con toda solemnidad, y con todo, al lograr algun lance, las quebrantan sin el menor sonrojo.

La piedad de nuestros católicos monarcas, que tanto desean la sujecion y enmienda de estos infelices, ha dispuesto que no solo al pedir las paces se las otorguen, sino que cuando sus armas se vean precisadas á castigarles, antes de ejecutarlo, repeti-

das veces de antemano se las ofrezcan. Esta cristianísima conducta, no pocas veces ha causado en su corto alcance y nativa incapacidad la persuasion que estas diligencias eran hijas del miedo y no afectos sincerísimos de la caridad mas cristiana, que en sus cabañas todavía no conocen ni aun les ha llegado á amanecer. Sus armas son arco y flecha que manejan con gran destreza, con ligereza casi increible y con tal brío y fuerza, que las primeras que disparan, si no se evitan, no tienen resistencia bastante en adargas ó vestidos, por fuertes é impenetrables que se prevengan. De las armas de fuego en moderada distancia poco se recelan, frustrando sus tiros ó arrojándose á tierra al menor asomo del disparo, ó torciendo y declinando lentamenre el cuerpo á las balas; y mientras el soldado vuelve á cargar, despiden de sus arcos sin cesar ocho ó diez flechas, y ha de ser gran felicidad, que ocupado en su faena, no le alcance alguna, ó que pueda prontamente desviarlas todas.

El motivo principal de sus tan frecuentes hostilidades, es el robo de las caballadas y mulas: con esta comida tan de su gusto, están tan embelesados, que sacrifican bárbaramente sus vidas á trueque de conseguir su loca atrevida pretension. Es casi fama pública, que al volver de sus correrías, las mujeres con sus familias celebran la felicidad de su campaña, si vienen cargados de despojos y de caballerías, aunque muchos de sus parientes hayan perecido en la refriega. Es grande el triunfo que en semejantes robos presumen haber alcanzado, y á medida de su loca bárbara presuncion son los regocijos, festejos,

bailes y danzas con que las indias celebran el valor y feliz suerte de sus maridos. Mas si al contrario, vuelven sin haber logrado lance alguno, aunque ninguno haya perecido en los encuentros, es grande la tristeza por su malograda campaña: es tan vivo su dolor, que le muestran con sus muchas lágrimas y sollozos, por la infelicidad de su jornada. La brutal comida de los caballos les hace tan hediondos, que el hedor les manifiesta á buena distancia; y aun los brutos que pasan entre los indios y pueblos de los cristianos, no sé con qué instinto ó recelo natural, reconocen la cercanía de estos sus mortales enemigos, manifestándolo con los ademanes mas expresivos de su temor, como que piden ser defendidos y protegidos del inminente peligro en que se hallan.

Estos bárbaros, confundidos todos con el renombre de Apaches, son los que por mas de ochenta años, desde el tiempo del padre Kino, y aun antes, hasta hoy, hacen anuales invasiones en la Provincia de Sonora y sus contornos, dejando impracticables los caminos, ó sumamente arriesgados, y llenando de continuas zozobras los ánimos de todos sus moradores. Estos sangrientos inhumanos infieles son muy arrojados y sin miedo; y aunque su principal intento es el robar, es casi increible la carnicería que ejecutan, ó en los que defienden sus bienes y haciendas, ó en los que encuentran, para que no avisen ni den noticia de su invasion. Pocos son los cautivos que reservan, ó para su servicio personal, ó para cangearles con algunos de sus parientes que los nuestros aprisionen; á todos los demas les pasan

á sangre y fuego, si se les oponen ó causan algun estorbo. Con sus pérdidas no escarmientan, y con sus victorias se engrien con un bárbaro insolente orgullo. Casi todos sus ardides les discurren y proporcionan, de suerte que ;les logran, aunque contribuye no poco el nimio descuido de los nuestros y la sobrada confianza que de sí tienen, franqueándoles así no pocos lances que debiera evitar la vigilancia. Muchos son los soldados que pagaron su descuido con la vida, en donde no imaginaban riesgo, saliéndoles de improviso los Apaches que cruelmente les sacrificaron á su furor. La misma desgraciada suerte tuvo el capitan Escalante, de quien se ha hecho mencion en esta Historia; y habrá como quince años, que el último, que lo fué del Presidio de Fronteras, Juan Bautista de Ansa, hombre práctico y valeroso, y que se habia hecho temer de los bárbaros, quedó oprimido por no considerar su riesgo; porque al salir de la Mision del padre Ignacio Keler, le previno aquel prudente jesuita que fuese con cuidado y con la gente de su compañía bien unida, por ser casi cierto que le saldrian los enemigos en su camino, añadiéndole aun para mas estimularle á una cuidadosa vigilancia, que se habian reconocido pisadas muy recientes, que sin duda eran de los bárbaros, que espiaban la coyuntura para hacer su tiro: lo practicó y cumplió el capitan en su viaje mientras anduvo entre serranías encajonadas en donde solian acometer los Apaches; mas al hallarse ya en campo abierto, juzgando haber evitado todo el peligro, se adelantó un poco, y detrás de los matorrales le asaltaron, le derribaron, y en po-

cos instantes le despojaron el casco de su cabellera para celebrar el triunfo, sin que los de su comitiva pudiesen llegar á sazon de ayudarle. Lo mismo experimentaron algunos españoles bien armados que defendian una estancia, y á su sombra descansaban con quietud sus familias: los enemigos á poca distancia de la casa conducian una porcion de caballada que habian robado, con el malicioso ardid de que los hombres les siguiesen para quitarles aquel ganado: así lo hicieron, y habiéndose alejado como media legua, otra porcion que estaba escondida de reten, embistió la desguarnecida estancia, y ejecutó en la familia la carnicería que le dictaba su bárbara furiosa rabia.

Fuera materia muy dilatada, si quisiéramos referir las funestas lastimosas tragedias, que casi todos los años acontecen; basta decir que no es posible hacer cómputo exacto del número de cristianos que han muerto á manos de los Apaches, y fuera fastidiar á los lectores solo el insinuar los pueblos, haciendas, estancias, rancherías y minas que para huir de la crueldad de estos bárbaros se han desamparado y despoblado. Si en las fronteras hallan poco ganado que robar, sin recelo las dejan á las espaldas, se internan en lo poblado y arrebatan cuanto encuentran, confiados del descuido, y luego por veredas muy distantes ponen en salvo sus vidas y sus robos. En sus retiradas son tan veloces, que despues de haber ejecutado ya su asalto y conseguido el hurto, en una sola noche caminan diez, doce y cerca de treinta leguas, sin detenerse, aunque las caballerías se les cansen, matando la que no puede seguir la

tropelía ó se inutiliza. Por ese motivo es grande la dificultad de poderles dar alcance: porque despavoridos los pueblos, desprevenidos los vecinos y turbados con la oscuridad de la noche, que es el tiempo mas ordinario de que se aprovechan cuando se recobran del susto, y se aperciben para seguirles, ya están tan distantes, que cansan y rinden sin fruto alguno al mayor valor. Aumenta esta dificultad la situacion de los pueblos: si es en campaña rasa, mas fácilmente huyen los bárbaros, esparciéndose por veredas diferentes; si es en montes y serranías, es mas árduo perseguirles con poca ó ninguna esperanza de alcanzarles. Se puede verdaderamente asegurar que si los nuestros logran algun buen lance para escarmentar á su bárbara osada crueldad, mas es casualidad, que acierto.

De aquí se podrá inferir el continuo riesgo de los padres misioneros de esta Provincia, en que de casi treinta Misiones ya establecidas, mas de veinte están sujetas á esta tan formidable plaga, sin que por parte alguna tengan, ni mediana seguridad de no ser embestidos, combatidos y cautivados. De este mismo continuado recelo nace la dificultad casi insuperable de poder exactamente administrar y doctrinar á los hijos de los pueblos de Visita apartados de la cabecera, ni pueden obligar á mayor puntualidad á los indios, que ven expuestos á tantos riesgos, y precisados á estar casi siempre con las armas en las manos. Los bienes de la Mision quedan sujetos igualmente, que el corto ajuar de los naturales, á los improvisos frecuentes robos de los bárbaros; y ciertamente causa el mas vivo inconsolable dolor

perder de repente lo que cuesta tantos años de afanar, para mejorar en utilidad y provecho de los indios los bienes temporales: y sí verles hechos despojos de sus mayores enemigos tanto aflige, ¿quién podrá ponderar la congoja que oprime á sus paternales corazones, al mirar ejecutadas enormes crueldades en sus hijos, que tanto estiman, y que á costa de tantas fatigas reengendraron en Cristo?

CAPITULO XIII.

Medios aplicados para contener la ferocidad de los Apaches.

Los Presidios que se han puesto en las Fronteras para contener tantas hostilidades, no hay duda que son útiles y aun necesarios; porque sin ellos serian mucho mayores los estragos de su furor, y mas orgullosa su insolencia: es tambien constante que varias veces han dado terribles golpes y bastantes escarmientos á su osadía. No obstante, no pueden ejecutar lo que convendria para enfrenar su barbaridad; ya por los maliciosos ardides que no se pueden siempre penetrar; ya por su ligereza en retirarse, sin

que se les pueda alcanzar; ya por las excesivas distancias á que prontamente los soldados no pueden acudir. De estas razones no se hacen cargo los que experimentan los estragos, atribuyendo toda la culpa de sus daños á los Presidios, teniendo por poco valerosos á los soldados, y aun notando de cobardes á los capitanes. Estas quejas no son nuevas: desde el tiempo del padre Kino se ven en las cartas que le escribian, las mismas cláusulas. Tampoco se puede negar que el empleo de capitan en aquellas fronteras es muy peligroso, siendo preciso, para cumplir con las obligaciones de aquel cargo, ponerse en continuo movimiento y exponerse á repetidos casi continuos riesgos. Si faltan á su deber, son imponderables las consecuencias que cargan sobre sí, por las muertes, pérdidas de bienes y atrasos de nuestra santa religion, que forzosamente se han de seguir. No se les puede embarazar, que atendiendo al bien comun, no olviden el particular de su familia; mas si apetecen el empleo para su propio aprovechamiento y para adelantar sus intereses, descuidando de la seguridad y defensa pública, no es tolerable tan perjuicial desórden, de que sale como de su fuente una continua peremne inundacion de calamidades con la total ruina de la República y de estas nuevas cristiandades, de que serán reos, no solo en el Divino Tribunal, sino en el de nuestro católico monarca.

Mas llegando á los casos particulares, no se puede fácilmente definir quien tenga la culpa de tan funestos acontecimientos; siendo aun á los presentes muy difícil dicernir de quien sea el delito, lo es

mucho mas á los distantes, que solo pueden gobernarse por informes, sin penetrar si son legítimos ó dados por la malicia ó emulacion. Con todo, se puede asegurar que desde la muerte del capitan Ansa, ha declinado de suerte el estado de la Provincia, que de cada dia descaece y se descubre tan diferente del pasado, que saca lágrimas del mas vivo dolor á los celosos del bien de la religion y de la monarquía: no se ha oido en estos tiempos faccion gloriosa: se repiten mas á menudo las desgracias: son mayores los temores: ha llegado á lo sumo el orgullo de los bárbaros: si antes una ó dos veces hacian sus entradas, son ahora mas continuos los asaltos: si acometian por una ú otra parte, ahora penetran tan atrevidamente por la que se les antoja, que todos peligran igualmente, sin que ni una esté segura: si se contenian en las fronteras, llegan ahora al centro y corazon de la Provincia: si se asomaban pocos y aun con cobardía, ahora se vienen á centenares y acometen con insolente orgulloso atrevimiento. Para atajar daños tan considerables, los padres y superiores de aquella Provincia, antes que llegue la última destruccion de aquella florida cristiandad, y sea despues preciso restablecerla con excesivas sumas de dinero á costa del Real Erario, lo que ahora se pudiera remediar tan fácilmente, han hecho sus recursos á los gobernadores de la Provincia, han presentado sus pretensiones y declarado los peligros á los señores Vireyes, pero sin ver los efectos de sus clamores, ya por no tener unos autoridad bastante para aplicar el remedio, ya por no querer otros creer tan urgente necesidad, atribuyendo á

sobrado miedo las representaciones, y excusándose de ocasionar gastos extraordinarios á la Real Hacienda. Repitieron con mas viveza á impulsos de su celo tan importantes representaciones los padres el año de 1747, con tan evidentes pruebas de la siempre mayor ruina de la Provincia, que los superiores de la Compañía de Jesus en México juzgaron ser indispensable obligacion acudir con memorial al señor Virey, y suplicarle con el mayor rendimiento el pronto y eficaz remedio.

Supieron con esta ocasion, cómo Su Excelencia se habia aplicado con mucho desvelo á la defensa de la Provincia, expidiendo providencia por consulta que le habia hecho el señor Auditor de Guerra, el Marqués de Altamira, que se hiciese todo el esfuerzo para reprimir la altivez del bárbaro Apache. La disposicion fué muy bien ordenada, con confianza y bastante seguridad que habia de lograr un feliz éxito la campaña que se habia proyectado. Fué la órden sin dar lugar á interponer excusa ni dilacion, con conminacion de severa multa ejecutada en cualquier renitente, que por los Presidios por la mayor parte vecinos á los bárbaros, esto es, por los de la Nueva Vizcaya de los del Paso, Nuevo México, Xanos, Fronteras y Terrenate, saliesen de cada uno á lo menos treinta soldados acompañados de otros milicianos españoles y porcion correspondiente de indios, y que todos á un mismo tiempo acordado antes entre sí, entrasen por diferentes caminos al centro de la Apachería, en donde debian unirse estas escuadras, y que si hallasen resistencia, batiesen al enemigo, le echasen de sus guaridas, le despose-

yesen de las armas, y obligasen á la paz. No hay duda que esta entrada por tantas partes hubiera enfrenado á los infieles, ó á lo menos impedido que no se atreviesen á nuevas excursiones.

Los padres de Sonora, por lo que tocaba á sus dos Presidios de Fronteras y Terrenate, concurrieron gustosos á esta empresa, suministrando de sus Misiones indios, caballos, víveres y dinero; porque teniendo la jornada por mira principal la defensa de su Provincia, debian cooperar al buen suceso en cuanto sus fuerzas alcanzasen, y lo hubieran continuado los demas años, si se hubieran reiterado las entradas, como queria el señor Auditor: esta repeticion de jornadas, lográndose algunos ventajosos sucesos, hubieran ciertamente debilitado al enemigo, enfrenado su osadía y embarazado sus progresos; pero un acaso improviso con la órden mal entendida y siniestramente ejecutada, desvaneció todas las esperanzas de esta campaña. El gobernador de Nuevo México, que debia concurrir con mayor número de gente, descubrió la traicion de ciertos indios confinantes á su Provincia: como enemigos solapados, aunque algun tiempo se ocultaron con la especiosa agradable capa de amigos; manifestaron finalmente su alevosía, obligando á los vecinos de aquel su gobierno á volver contra ellos todas sus armas: así lo hicieron, ejecutando con ellos un ejemplar castigo: por ese motivo faltó la tropa de este cabo en la ideada jornada. Los otros cinco en vez de entrar por el país enemigo, cada uno por su lado, se juntaron todos, y aunque penetraron por sus tierras, no se logró el fin pretendido; porque los Apaches les fran-

quearón el paso sin resistencia, viniendo á invadir las fronteras desguarnecidas de Sonora.

Lo mas lastimoso fué, que aunque á cierto sujeto, deseoso de la conquista de la Provincia de Moqui, se habia permitido que cuando el gobernador de Nuevo México volviese de la campaña contra los bárbaros Apaches, pudiese conducir sus armas á la pretendida sujecion de aquella region, para solicitar su conversion, viendo impedido el concurso con su tropa á la expedicion tan encargada, acudió á los otros capitanes para conseguir su deseada conquista: se rindieron aquellos cabos al respeto, olvidando el importante fin de su jornada; y el efecto fué, que ni pudieron llegar al Moqui por falta de víveres, ni obraron contra el Apache, que era la mira principal de la empresa, y perdidos los caballos, faltos de alimentos, fatigada la tropa, volvieron sin conseguir ventaja alguna, quejándose justamente la Provincia de Sonora de que sus contribuciones para reprimir aquellos feroces bárbaros, se divirtiesen, sin saberse con qué justicia, á empresas tan diferentes, que no solo no le servian de utilidad alguna, antes la dejaban expuesta á mayores desgracias y á mas fatales invasiones de aquellas irritadas fieras.

Mucho se sintió en México que esta empresa tan bien trazada y discurrida, en vez de aprovechar, acarrease mayores daños. Se ordenó para lenitivo de tan justo sentimiento, como consta de las cartas últimamente recibidas, que se ejecutase nueva campaña, y de hecho se juntaba ya la tropa por el atoño del año de 1748, á mas de los miliciancs y doscientos

indios Opatas y trescientos Pimas, que de nuevo aviaron los padres de aquella Provincia con los socorros que les permitia su pobreza. Por cartas de Sonora se acaba de saber el éxito de esta jornada. Salieron los soldados del Presidio de Fronteras internándose en las tierras de los enemigos; mas habiendo por el estío del año pasado de 1748 escaseado mucho las lluvias ordinarias, cayeron despues muy abundantes por los meses de Noviembre y de Diciembre. que era el tiempo de esta gloriosa empresa: no obstante, montaron la Sierra de Chiguisagui, ordinario refugio de aquellos bárbaros; halláronlo todo despoblado, sin poder descubrir ni el menor rastro de su retirada por la mucha nieve que habia caido en las cumbres, y habiéndose derretido, borró las huellas de los infieles fugitivos. Al retirarse el campo, se acometió una ranchería de los Apaches, cautivando diez y dejando muertos algunas otros en el abance. Este fué todo el fruto de esta campaña, sin producir el que con tanta razon se habian todos prometido: no obstante, despues se han experimentado mejores efectos; porque una porcion de aquellos bárbaros pidió la paz en el Presidio de Xanos, ofreciendo poblar en sus cercanías, para vivir con quietud. Otra ranchería suya practicó la misma diligencia en el de Fronteras, añadiendo aun en su peticion la de un padre que les doctrine. Con todo, poco se puede fiar de la instabilidad y poca legalidad ya muchas veces experimentada de tan astutos fingidos indios: y aun cuando se redujeran todos estos, fuera muy corto el número que se quita á su tan numerosa nacion. Quiera

Dios que reconocidos finalmente, abracen la Santa Fé, y que con su ejemplo amansen y atraigan á otros parientes suyos; y en todo caso cuanto mayor número se separe de tan feroces enemigos, tanto menos tendrán que temer las Misiones de la Provincia de Sonora.

CAPITULO XIV.

Medio muy eficaz para enfrenar el orgullo de los Apaches.

Así el padre Kino como el padre Sedelmayer, tan experimentados en todo lo tocante á la Pimeria Alta y á sus vecinas naciones, instaron y solicitaron la fundacion de una nueva Villa en las orillas del Rio Gila con su Presidio; porque colocado este en tierras pingües y fértiles, daria fácilmente principio á una no despreciable poblacion, admitiéndose por soldados con sueldo las cabezas de familias: de esta suerte formaban todo un lugar, que dentro de pocos años, pasando de Presidio á Villa, se halle con

bastantes fuerzas para ejercitar sin nuevo gasto de la Caja Real en calidad de vecinos y moradores las mismas funciones que antes á título de soldados y presidiarios. Tendria este proyecto aun mas segura subsistencia, si se agregasen con su debida division cien indios con sus familias, armados á su modo y segun costumbre: esto con cortas expensas de la Real Hacienda, ó con alguna excepcion debida á su ejercicio, pudiera fácilmente conseguirse, como en caso semejante propuso con no menor solidez que prudencia en informe separado á Su Majestad el gobernador de Sinaloa, D. Agustin de Vidosola, á quien el Rey encargaba en su Real Cédula del año de 1744, que diese como práctico y perito su parecer acerca de los puntos que aquellas reales letras contenian. Y porque no se podrá esperar que esta Villa, así dispuesta aun mas que con las armas, podrá con industria y buen ejemplo amansar y convertir la indómita nacion de los Apaches? Lo cierto es que este efecto casi á sí mismo se ha conseguido en la Nueva España con los indios Chichimecos, que tanto estorbo hicieron á la extension de los reales dominios; y los que con armas nunca fueron rendidos, con poblaciones establecidas en sus tierras se sujetaron al yugo de Cristo y abrazaron la paz, que antes fiados en sus fuerzas rehusaron. No hay motivo para que en el nuevo Presidio ó Villa no se pueda esperar ese feliz suceso, si los primeros ministros del Evangelio procuran, como es debido, atraer con suavidad y agasajo y con muestras de verdadero y fino amor algunas familias de los Apaches; éstas, atestiguando despues á sus parientes el buen trato, amis-

tad y hospedaje que han recibido de los ministros seculares y eclesiásticos y de todos los vecinos, les persuadirán amor á la Fé y á la nacion española: borrada así la aversion, les entrará la aficion, y cesando las armas, reinará la paz y triunfará la Fé de Cristo. Y aunque los mas envejecidos entre los bárbaros nunca se olvidaran de su antigua oposicion, sus hijos á lo menos criados ya con diferentes documentos y enseñanza, seguirán distinto rumbo, dedicándose insensiblemente al culto del verdadero Dios, como la experiencia ha enseñado haber sucedido entre otras naciones bárbaras de esta nuestra América.

Promoverá no poco y fomentará los buenos sucesos que se desean aquella subordinacion de los soldados á los ministros del Evangelio, que Su Majestad manda en su Real Cédula; y aunque parece extraña, y algunos juzgarán que saca las cosas de sus quicios, es cierto que tuvo motivos muy superiores iguales á la soberana comprension del legislador. Si estas tierras se asemejarán á las vastas regiones del Paraguay, en la casi total separacion de los Neófitos de los antiguos cristianos españoles, no fuera necesaria esa órden; porque el ejemplo de los que viven menos ajustados á las obligaciones de la Santísima Ley que profesan, no les podria causar el grave escándalo que ahora tienen á vista por acá las recien establecidas cristiandades; y hallándose en estas tierras con la peligrosa proximidad de los crueles bárbaros Apaches, ricos minerales de plata y de otros metales, no es dable carecer del auxilio, escudo y defensa de las armas españolas. Mas sien-

do su concurso inexcusable para ocurrir á males de tan funestas consecuencias, con grande acierto dispone nuestro católico monarca que con la moderada subordinacion ya expresada, se eviten los excesos en que pudieran incurrir los militares, si no tuvieran quien á impulsos del celo contuviera y moderaro sus pasiones. Ya insinuamos en esta Historia las demasías de algunos que tienen empleo de vara de justicia: otras no inferiores se han visto de soldados que con licencia militar, pensaron serles lícito cuanto les dictó el antojo: estas nimiedades siempre culpables, con mas razon se deben evitar entre nuevas cristiandades, por ser mas peligrosas en lo espiritual y temporal las consecuencias á veces irremediables que justamente se han de temer, y en algunas partes han dado tanto que llorar á los mas celosos del bien de las almas y de la monarquía.

En la reduccion de la California, al principio estuvo esa subordinacion; ni los cabos ni los soldados se atrasaron, antes mucho se adelantaron; en cosa alguna no fueron vejados los indios; ni entre aquellos presidiarios hubo disensiones ú otros excesos que corregir. Mas cuando no muchos años há se aumentó el Presidio con el número de los soldados que se colocó en el Cabo de San Lúcas, el señor Virey de México que entonces era, quiso mudar el estilo hasta aquel tiempo practicado; eximióles de toda conexion y dependencia de los padres; y fueron en poco mas de un año tan graves los inconvenientes que se experimentaron, tan enormes los excesos de que quedó convencido que aquel mismo

excelentísimo caballero se vió precisado á sacar al cabo de su empleo, y á ordenar la misma dependencia que se ha ya evidenciado tan necesaria, útil y provechosa, como dañosa, perjudicial y nociva la falta de subordinacion. No ignoran los padres que esta manera de gobierno les acarrea odios, aversiones, murmuraciones contra su porte, calumnias y testimonios denigrativos de que son codiciosos de extender su honra y su mando, no solo en lo eclesiástico, sino aun en lo político y militar, entremetiéndose en lo que excede su esfera y no corresponde á su estado, y añadiendo que se van tras los bienes temporales que quieren manejarles, disponerles á su gusto, y segun otros, usurparles. Tambien saben que ese tal cual manejo, aunque no se interesen en tenerle, solo les ocasiona mayores molestias, duplicados trabajos y fastidiosos cuidados; mas todo lo sufren de buena gana, con el fin de que no se atrase el servicio de Dios y el bien de las almas que ven aligado á este modo de conducta, aunque tan á costa suya.

Si estas nuevas conversiones que se solicitan, se estableciesen con esta subordinacion, ó en todo ó en parte, ciertos serán los trabajos y censuras que padecerán los misioneros; mas siempre tendrán á su favor esta expresa real católica órden; y aunque tal vez no dejará de haber algunos que por sus particulares fines la murmuren, no sé si se atreverán tan fácilmente á quebrantarla y frustarla de su tan debido cumplimiento.

Sobre ese punto y los demas de la Real Cédula, llegó á la Corte de Madrid la representacion del pa-

dre provincial de la Nueva España: presentóse, y se reflexionó con la mas sábia prudente consideracion en el Real Consejo de Indias su contenido: se examinó todo, y enterado Su Majestad de lo resuelto en aquel sábio Senado, se dignó expedir en 4 de Diciembre de 1747 nueva Cédula al Sr. Virey de la Nueva España, en que insertando la otra, le previene, que vista la representacion del provincial de la Compañía de Jesus (enviándole un traslado) examine todos y cada uno de los puntos contenidos con la atencion que pide su gravedad é importancia, valiéndose para el mayor acierto de informes de personas de su satisfaccion, que le aseguren la conveniencia, utilidad y necesidad de los artículos contenidos en la copia que le remitia; y que liquidados cumplidamente, por sí mismos, sin aguardar nuevas órdenes de la Corte, les ejecute y cumpla puntualmente, encargándole por fin, que con especial cuidado y con la mayor vigilancia se aplique á la conversion de la nacion de los Serys, de los Papagos, de los Pimas altos (son los que se hallan en el Rio Gila), y de los Sobaypuris.

Y para mas asegurar tan santo fin, ordena que se haga todo el esfuerzo en contener las hostilidades, robos y crueldades de la nacion Apache. Esta es como en compendio la última Real Cédula: nueva y convincente prueba del ardiente celo de nuestros católicos monarcas: quiera Dios que á medida de tan gloriosos cristianísimos deseos se proporcionen y correspondan á los informes que se hacen, los efectos que se esperan y las obras que se han de ejecutar, para lograr finalmente que la luz del Evangelio

alumbre á tantos pueblos que se hallan en la sombra de la muerte, y á tantas naciones como cada dia nuevamente se descubren, sin que hasta ahora se pueda saber, ni aun congeturar, pasadas las orillas del Rio Colorado en donde rematen aquellas dilatadísimas tierras, ni en donde se acaben las poblaciones, ni cuanto sea el número de infieles de aquellas incógnitas extendidísimas regiones, que hasta ahora ninguno ha pisado, ni penetrado sus espacios casi inmensos, ni registrado el terreno casi sin límites que ofrece en tan numerosas gentilidades copiosísimos frutos de innumerables almas: de esto cuánta gloria resultaria á Dios? Cuán grande ampliacion á la iglesia? Y cuánta extension á la monarquía española? Qué monumento mas glorioso podia erigirse al Rey católico, que el de franquear puerta tan espaciosa á la dilatacion del Santo Evangelio, de la iglesia, del Imperio de Jesucristo y del suyo, ganando el cielo tantas almas, y para sí tanta gloria, tantos dominios, y tal vez en aquellas hasta ahora no conocidas Provincias, copiosísimos tesoros? Dios Nuestro Señor, en cuyas manos están los corazones de los hombres, se digne derramar sus gracias, para que finalmente aquellos desamparados pueblos le sirvan, amen y glorifiquen.

CAPITULO XV.

Estado presente de la cristiandad de la Pimeria Alta.

En esta Historia no pocas veces se ha asegurado la fidelidad de los indios Pimas desde los primeros años de su conversion: un solo alboroto que causó la muerte del venerable padre Saeta, nació de la inquietud de pocos infieles, en que no tuvo parte el comun de su nacion, y á poca diligencia se desvaneció. Muchas veces calumniosamente se les achacó rebelion y alzamiento en tiempo del padre Kino, que no poco trabajó en probar su fidelidad y en evidenciar su pacífico sincero porte; mas es preciso ya

confesar, que al fin del año pasado de 1751, cuando menos se temia semejante novedad, prevaricó la nacion y se precipitó en un abismo de traicion, trocando la gloria de su dasada fidelidad en la mas fea vil infamia de declarada rebelion y bárbara crueldad.

El dia 14 de Enero del presente año de 1752, llegó á esta capital de México correo despachado del gobernador de la Provincia con muchas cartas de los padres, en que todos contestes aseguran que un indio Pima llamado Luis (que en varias campañas habia dado muestras de valor, de esfuerzo, de buena conducta, de acreditada fidelidad y satisfaccion tan entera, que se le nombró capitan de los suyos) movido de alguna pasion, sin que hasta ahora se haya averiguado radicalmente la causa verdadera de tan detestable alevosía, convocó con tan cauteloso secreto la mayor parte de su numerosa nacion, que ninguna cosa transpiró: ni los padres, ni los españoles de aquellos contornos tuvieron la menor sospecha; y aunque el mismo dia destinado para la traicion se dió alguna noticia al padre superior de aquellas Misiones, Jacobo Sedelmayer, no la creyó su experimentada prudencia, por no haber reconocido causa para tanto movimiento, ni indicio alguno en el traidor Luis; pero juntas finalmente el dia 21 de Noviembre del año pasado las gentes y escuadras atraidas con la persuasion y autoridad de aquel solapado alevoso bárbaro, comenzó el alboroto al anochecer en el pueblo del Saric, situado hácia el Oriente respecto de Tubutama de donde dista de cinco á seis leguas, y era Mision nuevamen-

te erigida, en que asistia el padre Juan Nentuig: aquí de repente mataron los Pimas á los españoles que encontraban; pocos pudieron escaparse, siendo uno aquel padre que acababa de saber la traicion: solo se puso en camino, y llegó á pié á juntarse con el padre Sedelmayer en Tubutama: pasó luego acá el grueso de los alzados, cercando en la casa é iglesia á los dos celosos jesuitas: metieron fuego los rebeldes al templo recien fabricado; y ocho personas entre vecinos y soldados que casualmente se hallaron allí, para salvar las vidas de los misioneros y las suyas, se defendieron en el cementerio dos dias y una noche, en que varios asaltos les combatieron los sediciosos, quedando el padre Sedelmayer lastimado gravemente en la cabeza y herido con dos zaetas: consumidas ya las municiones y muertos dos de los que peleaban, cubiertos con las tinieblas de la noche desampararon aquel puesto, y por varios rumbos procuró cada uno ponerse en salvo, sin que por especial amorosa providencia del Señor lo advirtiesen los rebeldes.

El padre Sedelmayer encontró un indio á caballo, y con este alivio pudo acogerse á la Mision de San Ignacio, distante casi veinte leguas de Tubutama, en donde curó y recobró de sus heridas. Aquí tambien tenian el recelo de ser asaltados; mas en breve le perdieron, por haberse juntado allí vecinos, soldados y armas, con que ya no temian al enemigo. Algunos españoles de la cercanía de Tubutama lograron tambien la dicha de salvarse; el padre Juan Nentuig, despues de casi cinco dias de extravío, en que á causa de la sed se halló en riesgo de perecer,

logró la fortuna de guarecerse asimismo en la Mision de San Ignacio. La conspiracion debió sin duda extenderse á las dos de Guevavi y de San Javier del Bac, en donde corrió la voz que tambien se experimentaron algunas crueldades, aunque los dos padres misioneros pudieron no sin mucho trabajo acogerse á Suamca, caminando el uno veinticinco leguas á pié: esta Mision, aunque pertenece á la Pimeria, parece que aun no estaba contaminada: á pocos dias uno de los cabos militares que acudió al remedio, aprehendió á un indio que vagaba por aquellos pueblos: á poca diligencia confesó ser íntimo y muy allegado de Luis, que le enviaba para que solicitase el alzamiento en los Pimas de aquella Mision y Partido: mandó el oficial con brevedad para escarmiento de los otros, que se ajusticiase.

La mayor furia de los alzados se extendió desde Tubutama hácia la Mision de Caborca: aunque carecemos de noticias individuales de lo acontecido, casi todas las cartas de allá convienen en que algunos españoles que habian penetrado por aquellos parajes al rescate de los metales, les han muerto cruelmente los rebeldes: todos añaden la sangrienta muerte dada al padre Tomás Tello, misionero de Caborca, y porque en la de San Miguel Sonaitag, distante de allí como cincuenta leguas entre Norte y Poniente, se hallaba el padre Enrique Ruhen, dan tambien por cierto que le ha muerto el furor de aquellos bárbaros, por estar tan inmediato al grueso de los sediciosos y quedar cortada toda comunicacion: esto mismo hasta ahora nos ha privado de la puntual noticia de las circunstancias de las fata-

lidades sucedidas. Llegó solamente la de ser nueve los pueblos de los alzados: segun lo muy poblado de aquellos Partidos, se discurre que los rebeldes lleguen á dos ó cuatro mil hombres de armas; y tal vez por esta causa, aunque llamados á paz y convidados con el perdon, añaden que con orgullosa soberbia le han rehusado y despreciado.

El gobernador de Sinaloa, que se hallaba en la Sonora, á la primera noticia de la sublevacion, despues de algunas providencias para que otras naciones de los indios de su gobierno no se alterasen ó no conspirasen con los Pimas, ó no inquietasen por otros lados á los pueblos y Misiones, acudió luego con socorros competentes de gente y armas á la de San Ignacio, haciendo allí, como terreno mas próximo á los alborotados, Plaza de armas: desde allá remitió á esta Corte el correo con la noticia de lo acontecido, para que se les acudiese con brevedad con los socorros y providencias mas oportunas.

No fué pequeño el pesar que acá causó este inopinado alzamiento, así al señor Virey por lo que tocaba á la seguridad de aquellas Provincias, como á los superiores de la Compañía por el resguardo de sus hijos. Este excelentísimo vigilante caballero convocó prontamente una junta de algunos ministros, en que dispuso se hallase tambien psesente el padre provincial de la Compañía: allí determinó Su Excelencia que se estableciese en la Pimeria en el lugar que se juzgase mas á propósito un nuevo Presidio de cincuenta plazas de soldados, para que el gobernador de la Provincia con las demas tropas se hallase con vigor y fuerzas competentes, no solamen-

te para oponerse á los rebeldes, mas aun para poderles sujetar y castigar. Expidiéronse para este efecto los despachos necesarios, suministrando el dinero correspondiente con la provision de algunas armas, de que no poco se carece en aquellas tan remotas tierras. Segun las escasas noticias recibidas, aunque aquel gobernador confiaba que á su menor insinuacion el capitan Luis se habia de entregar, sujetar y bajar de la Sierra á donde despues de las crueldades ejecutadas se habia acogido, guareciéndose de su aspereza contra las armas católicas, no habia conseguido tan fácilmente la pacificacion, como su buen deseo se lo habia persuadido.

Yo no me atrevo á decir que la larga tardanza en establecer el Presidio tan solicitado en el Rio Gila, haya sido causa, ó á lo menos ocasion de ese tan ruidoso alboroto que fué sin duda traza del demonio, para detener el curso y progreso de nuestra Santa Fé, y á la conversion de aquellos numerosos pueblos, á que no puede llegarse con la predicacion, si no se deja pacificada y asegurada la Pimeria Alta, cuyas tierras son el tránsito forzoso para pasar á las demas remotas naciones. Con todo, nos dá gran confianza de buen suceso la misma muerte que se asegura de los padres; su sangre tan gloriosamente derramada sin duda en el Tribunal de Dios, promoverá el bien de aquellas almas, por cuyo cultivo y enseñanza se sacrificaron. Se remitieron luego otros dos misioneros que ocupen el lugar de los difuntos, y sin mostrar el menor temor restablezcan aquella cristiandad sin perder de vista á los confinantes gentiles, para emplearse en su re-

duccion, siempre que Dios se digne abrir la puerta á su espiritual conquista.

La gran distancia de aquellas tierras, que no ha dado lugar á las mas recientes noticias, estorba que no se pueda añadir por fin de esta Historia lo que en estos últimos meses puede haber acontecido. El Señor de aquella muy necesitada ofendida viña, despues de este fiero nublado que la ha tan maltratado, ponga su poderosa divina mano para reparar sus daños, darle nuevos aumentos, infundirle mas vigor y cuidarla, de suerte que enviando muchos solícitos obreros, se cojan aquellos copiosos abundantes frutos, que solo con el celestial riego de sus gracias podemos prometernos.

FIN.

